

Seix Barral Biblioteca Formentor



Donna Leon

Acqua alta



La arqueóloga norteamericana Brett Lynch, vieja conocida del comisario Guido Brunetti, sufre una agresión en su casa. Dos matones le advierten así que no se reúna con el doctor Semenzato, director del museo del Palacio Ducal, uno de los más relevantes de la ciudad. Días después, Semenzato aparece muerto en su despacho con la cabeza aplastada por una bella pieza procedente de un yacimiento arqueológico. El melancólico, culto y pragmático comisario creado por Donna Leon se enfrenta a una trama mafiosa que extiende su red de contrabando en el tráfico internacional de arte. Al retirarse el *acqua alta*, la marea que periódicamente inunda las calles de Venecia, arrastra consigo una suciedad que deja tras de sí un poso de inmundicia y tristeza. La mirada de Brunetti es la de quien sabe que debe nadar en medio de esas aguas, que empapan también el alma de su ciudad.



Donna Leon

Acqua alta

Saga Comisario Brunetti 5

ePUB v1.0

Creepy 21.04.12

más libros en epubgratis.org

Título Original: *Acqua Alta*, 1996
Autor: Donna Leon[*]
Fecha edición española: 2001
Editorial: Editorial Seix Barral, S.A.
Traducción: Ana María de la Fuente Rodríguez

Para Guy Santa Lucia

*Dalla sua pace la mia dipende,
quel che a lei piace vita mi rende,
quel che le incresce morte mi dà.
S'ella sospira, sospiro anch'io,
è mia quell'ira, quel pianto è mió
e no ho bene, s'ella non l'a.*

De su paz la mía depende,
lo que a ella place vida me infunde,
lo que la aflige muerte me da.
Si ella suspira, también suspiro,
mía es su ira, su lamento es el mío
y no conozco dicha que le sea ajena.
Mozart, Don Giovanni

1

Reinaba tranquilidad hogareña. Flavia Petrelli, diva reina de La Scala picaba cebolla en la caldeada cocina. Dispuestos ante sí tenía varios tomates de pera, dos dientes de ajo cortados en finas láminas y dos rollizas berenjenas. Mientras trabajaba inclinada sobre el mármol, Flavia cantaba llenando la cocina de las áureas notas de su voz de soprano. De vez en cuando, retiraba con la muñeca un oscuro mechón de cabello que, no bien quedaba recogido detrás de la oreja, volvía a saltar sobre la mejilla.

En el otro extremo de la vasta habitación que ocupaba la mayor parte del último piso del *palazzo* veneciano del siglo XIV, Brett Lynch, su propietaria y amante de Flavia, estaba echada en un sofá beige con los pies descalzos apoyados en un brazo del mueble y la cabeza en el otro, siguiendo la partitura de *I Puritani*, cuya grabación lanzaban al aire a todo volumen —los vecinos, a chincharse— dos altavoces alargados que descansaban en pedestales de caoba. La música subía de tono haciendo vibrar el aire de la habitación, mientras «Elvira» se disponía a enloquecer... por partida doble. Porque en la habitación cantaban dos «Elviras», lo que producía una sensación inquietante: una, la que Flavia había grabado en Londres cinco meses antes y que brotaba de los altavoces; la otra, en la voz de la mujer que picaba cebolla.

De vez en cuando, Flavia interrumpía el afinado dúo para preguntar:

—¡Uf! ¿Quién ha dicho que tengo un registro medio?

O:

—¿Se supone que es un si bemol lo que tocan los violines?

Y después seguía cantando y picando. A su izquierda, en una gran sartén puesta sobre un fogón graduado al mínimo, el aceite esperaba las hortalizas.

Alguien tocó el timbre cuatro pisos más abajo.

—Yo abriré —dijo Brett, dejando la partitura abierta boca abajo en el suelo y levantándose—. Serán los Testigos de Jehová. Siempre vienen el domingo.

Flavia asintió, se apartó el pelo de la cara con el dorso de la mano y volvió a repartir su atención entre las cebollas y «Elvira», que seguía cantando en sus transportes delirantes.

Descalza en el grato calor del apartamento esta tarde de últimos de enero, Brett cruzó sobre el suelo de madera y salió al recibidor, descolgó el interfono que estaba junto a la puerta y preguntó:

—*Chi è?*

Una voz de hombre contestó en italiano:

—Venimos del museo. Traemos unos papeles del *dottor* Semenzato.

Era extraño que el director del museo del *palazzo* Ducal le enviara papeles, y más aún, un domingo por la tarde, pero quizá la carta que Brett le había enviado desde China lo había alarmado —aunque por supuesto no le dio tal impresión cuando habló con él la semana anterior— y quería darle a leer algo antes de la cita que a regañadientes le había dado para el martes por la mañana.

—Súbalos, por favor. Último piso. —Brett colgó el aparato y oprimió el pulsador que abría la puerta de la calle cuatro pisos más abajo, luego se acercó a la puerta y gritó a Flavia, entre el llanto de los violines—: Del museo. Traen papeles.

Flavia asintió, tomó una de las berenjenas, la cortó por la mitad a lo largo y, sin perder el compás, se entregó de nuevo al serio proceso de enloquecer de amor.

Brett volvió a la puerta de la escalera, se agachó para doblar la punta de una alfombra y abrió la puerta. De abajo llegaba ruido de pisadas, y por el recodo de la escalera aparecieron dos hombres que se detuvieron en el rellano, antes de acometer el último tramo.

—Sólo dieciséis peldaños más —dijo Brett sonriendo en señal de bienvenida, y entonces, sintiendo el aire glacial de la escalera, se cubrió un pie con el otro.

Ellos miraban la puerta abierta. El primero llevaba en la mano un gran sobre marrón. Los hombres empezaron a subir el último tramo y Brett volvió a sonreírles.

—*Forza!* —los animó.

El que subía delante, que era bajo y rubio, sonrió a su vez. Su acompañante, más alto y moreno,

aspiró profundamente y lo siguió. Cuando el primer hombre llegó ante la puerta, esperó a que el otro se reuniera con él.

—¿*Dottoressa* Lynch? —preguntó pronunciando el apellido al modo italiano.

—Sí —respondió ella, retrocediendo para dejarlos pasar.

Cortésmente, los dos hombres murmuraron «*Permesso*» al entrar en el apartamento. El primero, que llevaba el pelo cortado al uno y tenía bonitos ojos oscuros, le alargó el sobre.

—Los papeles, *dottoressa*. —Al entregárselos añadió—: El *dottor* Semenzato me ha dicho que los lea inmediatamente. —Modales suaves y corteses. El alto sonrió y volvió la cabeza hacia un espejo colgado a la izquierda de la puerta que le había llamado la atención.

Ella inclinó la cabeza y empezó a abrir la solapa del sobre, pegada con lacre rojo. El rubio se acercó, como para ayudarla a abrir el sobre, pero bruscamente se situó detrás y la sujetó por los brazos inmovilizándola.

El sobre cayó sobre sus pies descalzos y fue a parar entre ella y el segundo hombre, que lo apartó con el zapato, como si temiera estropear su contenido, y se acercó a ella. El primero aumentó ahora la presión de sus manos y su compañero, encorvando su alta figura, dijo en voz baja y grave:

—Usted no irá a la cita con el *dottor* Semenzato.

Ella sintió cólera antes que miedo, y la cólera le hizo decir:

—Suéltlenme. Y salgan de esta casa. —Se revolvió, tratando de zafarse de las manos del hombre, pero él le sujetó los brazos a los costados.

A su espalda, subía el tono de la música y la doble voz de Flavia inundaba la habitación. La sincronía era perfecta, nadie hubiera sospechado que eran dos voces y no una las que cantaban de dolor, amor y añoranza. Brett volvió la cara hacia la música, pero deliberadamente interrumpió el movimiento y preguntó mirando al que tenía delante:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

La voz del hombre cambió y se hizo adusta, lo mismo que su cara.

—No hagas preguntas, zorra.

Nuevamente, ella trató de soltarse, pero era imposible. Apoyando el peso del cuerpo en un pie, golpeó con el otro al hombre que la sujetaba, pero el talón desnudo no podía hacer mucho daño.

Entonces, ella oyó decir al que la sujetaba:

—Vamos. Adelante.

Ella volvía la cabeza para mirar atrás cuando el primer golpe la alcanzó en el estómago. Fue una explosión de dolor que le hizo doblar el cuerpo tan violentamente que casi escapó de las manos del que la inmovilizaba, pero él la enderezó con brusquedad. El que estaba delante volvió a golpearla, esta vez, debajo del pecho izquierdo, y la reacción fue la misma: el cuerpo de ella se dobló con un espasmo para defenderse del dolor.

Entonces, de prisa, tan de prisa que Brett perdió la cuenta de los puñetazos, el hombre la golpeó repetidamente en el pecho y las costillas.

A su espalda, mientras las voces de Flavia cantaban al futuro de dicha que la aguardaba cuando se desposara con «Arturo», el hombre golpeó en un lado de la cabeza a Brett, a la que empezó a zumbarle el oído derecho, y ya sólo pudo oír la música con el izquierdo.

Ella únicamente era consciente de una cosa: no podía emitir sonido alguno. Ni gritar, ni pedir auxilio, ni quejarse. Las voces de soprano se fundían detrás de ella, alborozadas, cuando su labio se partió bajo el puño del hombre.

El que estaba detrás de ella le soltó el brazo derecho. Ya no hacía falta sujetarla y, si aún la agarraba de un brazo, era para sostenerla. Ahora la obligó a volverse a mirarlo.

—No vaya a la cita con el *dottor* Semenzato —dijo todavía con voz suave y cortés.

Pero ella ya no podía oírle, sólo percibía vagamente la música, el dolor y el miedo de que estos hombres la mataran.

La cabeza le colgaba inerte y sólo les veía los pies. Notó que el alto hacía un brusco movimiento hacia ella y sintió un calor repentino en las piernas y en la cara. Había perdido el control de su cuerpo y percibió el olor acre de su propia orina. Con sabor a sangre en la boca, vio cómo el

líquido chorreaba y les salpicaba los zapatos. Ella se tambaleaba entre los dos hombres, pensando tan sólo que no podía emitir ni un sonido y deseando que la dejaran caer, para poder hacerse un ovillo y mitigar el dolor que sentía en todo el cuerpo. Y, mientras tanto, la doble voz de Flavia Petrelli brotaba en notas de júbilo alzándose sobre el coro y el tenor, su enamorado.

Brett, con un esfuerzo mayor del que había puesto en algo en toda su vida, alzó la cabeza y miró a los ojos al hombre alto que ahora estaba delante de ella. Él le dedicó una sonrisa tan íntima como la que ella hubiera podido ver en la cara de un amante. Lentamente, extendió la mano y le oprimió suavemente el pecho izquierdo mientras susurraba:

—¿Quieres más, *cara*? Con un hombre es mejor.

La reacción de Brett fue totalmente involuntaria. Su puño rebotó en la cara del hombre sin hacerle daño, pero lo repentino del movimiento la liberó de la mano del otro hombre y fue a dar de espaldas contra la pared. Sintió su dureza pero no dolor, como si no fuera su cuerpo el que había chocado.

Entonces vio que se hundía, notó el roce áspero del ladrillo que le levantaba el jersey. Despacio, muy despacio, como a cámara lenta, fue resbalando hacia el suelo. La rugosa pared le arañaba la carne mientras la fuerza de la gravedad tiraba de su cuerpo.

Brett estaba confusa. Oía una voz de Flavia que cantaba la *cabaletta* y otra voz de Flavia que gritaba furiosa:

—¿Quiénes son? ¿Qué hacen aquí?

«Sigue cantando, Flavia», quería decirle, pero no podía recordar cómo decirlo. Acabó de caer al suelo y quedó con la cara vuelta hacia la puerta de la sala, donde vio a la verdadera Flavia a contraluz, oyó la música excelsa que llegaba con ella, envolviéndola, y descubrió el gran cuchillo de picar cebolla que traía en la mano.

—No, Flavia —susurró, pero nadie la oyó.

Flavia se lanzó hacia los dos hombres. Ellos, sorprendidos a su vez, no tuvieron tiempo de reaccionar, y el cuchillo hizo un corte en el antebrazo que el más bajo había levantado. El hombre dio un grito de dolor y apretó el brazo contra el cuerpo, cubriéndose la herida con la otra mano. La sangre empezó a empapar la manga de la chaqueta.

Otra imagen congelada. Luego, el más alto inició la retirada en dirección a la puerta que había quedado abierta. Flavia, con la mano del cuchillo a la altura de la cadera, dio dos pasos hacia él. El herido le lanzó un puntapié con el pie izquierdo que la alcanzó a un lado de la rodilla. Ella cayó de rodillas, con el cuchillo todavía bien sujeto junto a su cuerpo.

La señal que intercambiaron los dos hombres en este momento fue totalmente silenciosa, pero ambos fueron hacia la puerta al mismo tiempo. El alto se agachó alargando el brazo para recuperar el sobre, pero Flavia, desde el suelo, fintó con el cuchillo hacia su mano y él retrocedió dejando el sobre en el suelo. Flavia se puso de pie y bajó corriendo varios escalones detrás de ellos, mas enseguida se detuvo, volvió al apartamento y cerró la puerta con el pie.

Se arrodilló al lado de la mujer que estaba en el suelo.

—Brett, Brett —dijo mirándola con ansiedad. La otra tenía la parte inferior de la cara cubierta de la sangre que le salía de la nariz, del labio y de una herida del lado izquierdo de la frente. Estaba tendida con una rodilla doblada debajo del cuerpo, el jersey subido hasta la barbilla y los pechos al descubierto—. Brett —dijo Flavia por tercera vez y durante un momento pensó que aquella figura inmóvil estaba muerta. Pero inmediatamente ahuyentó el pensamiento y le puso una mano a un lado del cuello.

Con la lentitud con que amanece una encapotada mañana de invierno, se alzó un párpado y luego el otro, aunque sólo hasta la mitad, porque estaba hinchándose rápidamente.

—*Stai bene?* —preguntó Flavia.

La única respuesta fue un leve quejido. Pero era una respuesta.

—Pediré ayuda. No te apures, *cara*. Vendrán enseguida.

Corrió a la otra habitación y alargó la mano hacia el teléfono. Durante un segundo, no supo qué era lo que le impedía agarrar el aparato, y entonces vio el cuchillo ensangrentado que tenía agarrado con una mano agarrotada. Lo dejó caer al suelo y levantó el aparato. Con dedos rígidos

pulsó el 113. Al cabo de diez señales, una voz de mujer le preguntó qué deseaba.

—Es una urgencia. Necesitamos una ambulancia. En Cannaregio.

La voz, con acento de aburrimiento, le pidió la dirección exacta.

—Cannaregio, 6134.

—Lo siento, *signora*. Es domingo y sólo hay una ambulancia. La pondré en lista.

Flavia alzó la voz.

—Una mujer *está* herida. Han intentado matarla. Hay que llevarla al hospital.

La voz asumió un tono de sufrida paciencia.

—Ya se lo he dicho, *signora*. Sólo disponemos de una ambulancia y antes tiene que atender otros dos servicios. En cuanto esté libre se la enviaremos. —Al no recibir respuesta de Flavia, la voz preguntó—: *Signora, ¿me oye?* Si hace el favor de repetirme la dirección, tomaré nota. *Signora? Signora?* —En respuesta al silencio de Flavia, la mujer cortó la comunicación, dejando a Flavia con el teléfono en la mano y deseando tener todavía el cuchillo.

Temblando, Flavia soltó el teléfono y volvió al recibidor. Brett seguía en el mismo sitio, pero había conseguido ponerse de lado y se abrazaba el pecho, gimiendo.

Flavia se arrodilló a su lado.

—Brett, tengo que ir a buscar a un médico.

Flavia oyó un sonido ahogado y la mano de Brett se acercó a la suya. Los dedos apenas llegaron a rozar el brazo de Flavia antes de caer desmayados al suelo.

—Frío —dijo tan sólo.

Flavia se levantó y fue al dormitorio, tiró del edredón, lo arrastró al recibidor y lo extendió sobre la figura inmóvil. Abrió la puerta de la escalera, sin preocuparse de comprobar antes por la mirilla si habían vuelto los dos hombres. Dejando la puerta abierta, bajó corriendo dos tramos de escalera y golpeó con fuerza la puerta del piso de abajo.

A los pocos momentos, la abrió un hombre de mediana edad, alto y medio calvo, con un cigarrillo en una mano y un libro en la otra.

—Luca —jadeó Flavia, sobreponiéndose al impulso de gritar, porque el tiempo pasaba y nadie venía a atender a su amante—. Brett está herida. Necesita un médico. —Bruscamente, le falló la voz y empezó a sollozar—. Por favor, Luca, por favor, tráeme a un médico. —Lo asía del brazo, incapaz de seguir hablando.

Sin decir palabra, el hombre retrocedió un paso y agarró unas llaves de encima de una mesa que había al lado de la puerta. Dejó caer el libro al suelo, cerró la puerta y desapareció por la escalera abajo antes de que Flavia pudiera decir más.

Flavia volvió a su apartamento subiendo los peldaños de dos en dos. Vio que debajo de la cara de Brett había un charquito de sangre, en el que flotaba un fino mechón de pelo. Años atrás, había leído que a las personas en estado de shock hay que mantenerlas despiertas, que es peligroso que se duerman, por lo que volvió a arrodillarse al lado de su amiga y la llamó. Ahora uno de los párpados estaba tan hinchado que no podía abrirse, pero al sonido de la voz el otro se entreabrió ligeramente y Brett la miró sin dar señales de reconocerla.

—Luca ha ido a buscar a un médico. Enseguida estarán aquí.

Lentamente, la mirada pareció extraviarse, luego volvió a fijarse en ella. Flavia se sentó sobre los talones e inclinando el cuerpo hacia adelante apartó el pelo que cubría la cara de Brett y sintió que la sangre le empapaba los dedos.

—Todo se arreglará. Enseguida llegarán y te curarán. Todo se arreglará, mi vida. No tengas miedo.

El párpado se cerró, se abrió, la mirada se perdió, luego volvió.

—Duele —susurró.

—No te apures, Brett. Pronto pasará.

—Duele.

Flavia acercó la cara a la de su amiga, tratando de hacer que aquel párpado siguiera abierto, de captar la atención de aquella mirada, musitando frases que luego no recordaría. Al cabo de un rato, estaba llorando, sin darse cuenta.

Vio la mano de Brett, semiescondida por el edredón y la asió con suavidad, como si fuera del mismo plumón que la envolvía.

—Pronto estarás bien, Brett.

De pronto, oyó pasos y voces en la escalera. Por un momento, pensó que pudieran ser los dos hombres que volvían para terminar lo que fuera que hubieran venido a hacer. Se levantó y fue hacia la puerta, confiando en poder cerrarla a tiempo, pero entonces vio la cara de Luca y, detrás de él, a un hombre con chaqueta blanca y un maletín negro.

—Gracias a Dios —exclamó y comprobó con sorpresa que lo decía sinceramente. Detrás de ella, cesó la música. Finalmente, «Elvira» tenía a su «Arturo» y la ópera había terminado.

2

Flavia retrocedió para dejar entrar a los dos hombres.

—¿Qué hay? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Luca mirando el edredón del suelo y la figura que cubría. *Dio mio* —murmuró sin poder contenerse y se inclinó hacia Brett, pero Flavia extendió el brazo atajando el movimiento y llevándoselo de allí, para hacer sitio al médico al lado de la mujer que estaba en el suelo.

El médico se agachó y alargó la mano buscando el pulso del cuello. Al comprobar que era lento pero firme, retiró el edredón para examinar las lesiones. El jersey estaba ensangrentado y fruncido bajo las axilas, dejando el torso al descubierto. La piel tenía desgarros y marcas rojas que estaban amoratándose.

—*Signora*, ¿puede usted oírme? —preguntó el médico.

Brett hizo un sonido gutural; le era muy difícil articular palabras.

—Voy a moverla. Sólo un poco, lo justo para examinarla. —Hizo un ademán a Flavia, que se arrodilló al otro lado—. Sujétele los hombros. Tengo que estirarle las piernas. —El médico asió la pierna izquierda por la pantorrilla, la enderezó y repitió la operación con la derecha. Lentamente, dio la vuelta a la agredida y Flavia le apoyó el hombro en el suelo. Todos estos movimientos llegaban a la semiinconsciente Brett como una nueva oleada de dolores, y ella gemía.

—Traiga unas tijeras —dijo el médico a Flavia que, obediente, entró en la cocina y sacó unas tijeras de un gran bote de cerámica de la encimera. Entonces notó el calor del aceite que siseaba en la sartén en el fogón. De un manotazo, hizo girar la llave y volvió rápidamente junto al médico.

Éste cortó el ensangrentado jersey para liberar el tórax. El hombre que la había golpeado llevaba un grueso anillo de sello que había dejado pequeñas improntas circulares más oscuras en las ya amoratadas señales de los golpes.

El médico volvió a inclinarse.

—Ahora procure abrir los ojos.

Brett trató de obedecer, pero sólo pudo abrir uno. El médico sacó una linternita del maletín y le iluminó la pupila, que se contrajo. Involuntariamente, ella cerró el párpado.

—Está bien —dijo el médico—. Ahora mueva la cabeza, aunque sólo sea un poco.

Aunque le costó un gran esfuerzo, Brett lo consiguió.

—Y ahora la boca. ¿Puede abrirla?

Ella lo intentó y ahogó un grito de dolor, un sonido que hizo a Flavia buscar el apoyo de la pared.

—Ahora le examinaré las costillas, *signora*. Cuando le haga daño, dígamelo. —Le palpó las costillas suavemente. Ella se quejó dos veces.

El médico sacó un sobre de gasa estéril y lo abrió. Empapó la gasa en antiséptico y, lentamente, empezó a limpiarle la cara de sangre. La fosa nasal derecha y el corte del labio seguían sangrando. El hombre hizo una seña a Flavia, que volvió a arrodillarse a su lado.

—Manténgale esto en el labio y procure que no se mueva.

Dio a Flavia la gasa manchada de sangre, y ella obedeció.

—¿Dónde está el teléfono? —preguntó el médico.

Flavia señaló la sala con un movimiento de la cabeza. El médico desapareció por la puerta, y Flavia le oyó marcar y hablar con el hospital. Pedía una camilla. ¿Por qué no se le había ocurrido? La casa estaba tan cerca del hospital que no hacía falta ambulancia.

Luca andaba alrededor de ellas, sin saber qué hacer, hasta que finalmente se inclinó y tapó a Brett con el edredón.

El médico volvió y se agachó al lado de Flavia.

—Ya vienen. —Miró a Brett—. No puedo darle nada para el dolor hasta que le hagamos las radiografías. ¿Duele mucho?

Para Brett el mundo era sólo dolor.

El médico, al ver que temblaba, preguntó:

—¿Tienen más mantas? —Luca, al oírlo, entró en el dormitorio y salió con una colcha que entre él y el médico extendieron encima de ella, pero no pareció que sirviera de algo. El mundo se había enfriado, y ella no sentía nada más que frío y un dolor creciente.

El médico se puso en pie y miró a Flavia.

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé. Yo estaba en la cocina. Cuando he salido, ella estaba en el suelo y había dos hombres.

—¿Quiénes eran? —preguntó Luca.

—No lo sé. Uno era alto y el otro bajo.

—¿Y qué has hecho?

—Atacar.

Los dos hombres se miraron.

—¿Cómo? —preguntó Luca.

—Tenía un cuchillo. Estaba en la cocina, y he salido con el cuchillo en la mano. Cuando los he visto, me he lanzado sin pensar. Se han ido corriendo. —Movié la cabeza, desinteresándose de todo aquello—. ¿Cómo está? ¿Qué le han hecho?

Antes de responder, el médico se apartó unos pasos de Brett, aunque ésta estaba muy ajena a lo que ocurría alrededor como comprender u oír siquiera sus palabras.

—Tiene varias costillas rotas, contusiones y cortes. Y quizá la mandíbula fracturada.

—*Oh, Gesù* —dijo Flavia llevándose la mano a la boca.

—Pero no hay señales de conmoción. Reacciona a la luz y entiende lo que le digo. De todos modos, hay que hacer radiografías.

Aún no había acabado de hablar el médico cuando se oyeron voces en la escalera. Flavia se arrodilló junto a Brett.

—Ya vienen, *cara*. Todo se arreglará. —Lo único que supo hacer fue poner la mano en la colcha encima el hombro de Brett y mantenerla allí, con la esperanza de transmitirle su calor—. Te pondrás bien.

Dos hombres con bata blanca aparecieron en la puerta, y Luca con un ademán les invitó a entrar. Habían dejado la camilla en el portal, como era lo obligado en Venecia, y habían subido el sillón de mimbre que utilizaban para acarrear a los enfermos por las estrechas escaleras de las casas venecianas.

Al entrar, los recién llegados miraron la cara ensangrentada de la mujer que estaba tendida en el suelo como si todos los días vieran imágenes parecidas y ya estuvieran acostumbrados. Quizá lo estaban. Luca se fue a la sala y el médico les recomendó que la movieran con sumo cuidado.

Mientras tanto, Brett no sentía nada que no fuera el prieto abrazo del dolor. Lo sentía en todo el cuerpo, en el pecho comprimido, que hacía de cada respiración un suplicio, en los huesos de la cara, y en la espalda, que la abrasaba. A veces, sentía dolores fraccionados, pero enseguida se fundían y le recorrían el cuerpo anulando todo lo demás. Después sólo recordaría tres cosas: la mano del médico en su mandíbula, un contacto que le envió al cerebro un fogonazo blanco; la mano de Flavia en su hombro, el único calor en aquel mar de hielo; y el momento en que los dos hombres la levantaron del suelo, y ella dio un grito y se desmayó.

Cuando volvió en sí, al cabo de varias horas, el dolor seguía presente, pero algo lo mantenía un poco apartado. De todos modos, sabía que, si se movía, aunque sólo fuera un centímetro, volvería aún con más fuerza, por lo que se mantenía perfectamente inmóvil. Pensó en palpar cada parte de su cuerpo, para averiguar dónde acechaba el dolor más agudo, pero antes de que pudiera dar a su cerebro la orden de empezar el recorrido, el sueño la venció.

Volvió a despertarse, y esta vez, con la mayor precaución, su mente empezó a explorar varias partes de su cuerpo. El dolor se mantenía a cierta distancia y ya no parecía que moverse tuviera que ser tan peligroso. Centró su pensamiento en los ojos y trató de determinar si lo que había ante ellos era luz u oscuridad. No podía adivinarlo, por lo que dejó vagar la mente por el rostro, donde el dolor permanecía latente, luego por la espalda, que le ardía y palpitaba, y por las manos. Una estaba fría y la otra caliente. Permaneció quieta durante lo que le parecieron horas

pensando: ¿por qué una mano estaba fría y la otra caliente? Se mantuvo inmóvil una eternidad mientras su mente estudiaba el enigma.

Una mano caliente y una mano fría. Decidió moverlas, para ver si variaba la temperatura y, un siglo después, empezó el movimiento. Trató de apretar los puños y consiguió mover un poco los dedos. Pero fue suficiente: la mano caliente se sintió envuelta en más calor y una suave presión por encima y por debajo. Oyó una voz, una voz que sabía familiar pero no pudo reconocer. ¿Por qué aquella voz le hablaba en italiano? ¿O era chino? Entendía lo que le decía, pero no recordaba en qué lengua. Volvió a mover la mano. Qué agradable era aquel calor que había respondido a su primer movimiento. Probó otra vez y oyó la voz y sintió el calor. Oh, parecía mágico. Había palabras que podía comprender, y calor, y una parte de su cuerpo que estaba libre de dolor. Reconfortada por esta sensación, volvió a dormirse.

Finalmente, recobró el conocimiento y descubrió por qué una mano estaba caliente y la otra fría.

—Flavia —dijo con una voz casi inaudible.

La presión de la mano aumentó. Y el calor.

—Estoy aquí —dijo Flavia, y su voz sonó muy cerca.

Sin explicarse por qué, Brett sabía que no podía volver la cabeza para hablar con su amiga ni para mirarla. Trató de sonreír, de decir algo, pero una fuerza extraña le mantenía la boca cerrada, le impedía abrirla. Trató de gritar o de pedir socorro, pero la fuerza invisible no le dejaba abrir la boca.

—No trates de hablar, Brett —dijo Flavia, aumentando la presión de la mano—. No muevas la boca. Está atada con un alambre. Tienes una fisura en el maxilar. No hables. Todo va bien. Pronto te sentirás mejor.

Era muy difícil entender todas aquellas palabras. Pero el peso de la mano de Flavia era suficiente, el sonido de su voz bastaba para calmarla.

Cuando despertó estaba totalmente consciente. Aún le costaba bastante abrir el ojo, pero lo consiguió, aunque el otro permaneció cerrado. Suspiró de alivio al comprobar que ya no necesitaba recurrir a la astucia para burlar a su cuerpo. Paseó la mirada por la habitación y vio a Flavia dormida en la silla, con la boca abierta, la cabeza hacia atrás y los brazos colgando a cada lado del cuerpo, en actitud de abandono total.

Mientras observaba a Flavia, Brett volvió a pasar revista a su propio cuerpo. Quizá pudiera mover brazos y piernas, aunque sería doloroso, de un modo general, indeterminado. Al parecer, estaba de lado y sentía en la espalda un ardor difuso y doloroso. Finalmente, consciente de que esto sería lo peor, trató de abrir la boca y sintió la terrible presión que le comprimía los dientes. Estaban atados con un alambre, pero podía mover los labios. Lo peor era tener la lengua prisionera. Al pensarlo, sintió pánico. ¿Y si tenía que toser? ¿Se ahogaría? Ahuyentó el pensamiento con firmeza. Si podía discernir, señal de que estaba bien. No vio tubos que salieran de la cama y comprendió que no estaba sondada. Así que peor de lo que estaba ahora no iba a estar. Y esto era soportable. A duras penas, pero soportable.

De pronto, sintió sed. Tenía la boca seca y le ardía la garganta.

—Flavia —dijo con una voz que era menos que un suspiro, que casi ni ella podía oír. Flavia abrió los ojos y miró en derredor con expresión de pánico, como solía hacer cuando se despertaba bruscamente. Al momento, se inclinó hacia adelante, acercando la cara a la de Brett—. Flavia, tengo sed —susurró.

—Y buenos días a ti también —dijo Flavia con una carcajada de alivio, y entonces Brett comprendió que pronto estaría bien.

Flavia se volvió y tomó un vaso de encima de la mesa que tenía a su espalda. Dobló la caña de plástico e introdujo el extremo entre los labios de Brett, por el lado izquierdo, lejos del corte tumefacto que le torcía la boca hacia abajo.

—Hasta he mandado poner hielo como a ti te gusta —dijo fijando la caña en el vaso, mientras Brett trataba de sorber el líquido. Tenía los labios secos y pegados, pero por fin consiguió abrir una rendija y la bendita agua fría le bañó la boca y la garganta.

A los pocos tragos, Flavia retiró el vaso diciendo:

—Ya basta. Espera un poco y luego podrás tomar más.
—Me siento drogada —dijo Brett.
—Lo estás, *cara*. Entra una enfermera cada pocas horas y te pone una inyección.
—¿Qué hora es?
Flavia se miró el reloj.
—Las ocho menos cuarto.
El número no le decía nada.
—¿De la mañana o de la noche?
—De la mañana.
—¿De qué día?
—Martes —sonrió Flavia.
—¿Por la mañana?
—Sí.
—¿Y tú por qué estás aquí?
—¿Dónde quieres que esté?
—En Milán. Esta noche tienes función.
—Para eso están las suplentes, Brett —dijo Flavia con indiferencia—. Para cantar cuando la titular está enferma.
—Tú no estás enferma —dijo Brett, atontada por el dolor y los calmantes.
—Que no te oiga el director general de La Scala, o te haré pagar la multa por mí. —A Flavia le costaba trabajo mantener el tono jovial, pero lo intentaba.
—Tú nunca suspendes.
—Bien, esta vez he suspendido y no se hable más. Vosotros, los anglosajones, sois muy formales en las cosas del trabajo —dijo Flavia, ya con falsa ligereza—. ¿Más agua?
Brett asintió e inmediatamente se arrepintió del movimiento. Se quedó quieta un momento, con los ojos cerrados, esperando que se calmaran la náusea y el vértigo. Cuando los abrió, vio a Flavia inclinada sobre ella con el vaso. Nuevamente, saboreó la fresca delicia, cerró los ojos y se adormeció. De repente, preguntó:
—¿Qué sucedió?
—¿No lo recuerdas? —preguntó Flavia, alarmada.
Brett cerró los ojos un momento.
—Sí, recuerdo que tenía miedo de que te mataran. —El hablar con los dientes juntos hacía vibrar en su cabeza una resonancia sorda.
Flavia, manteniendo su tono de bravata, rió:
—No hay miedo. Debe de ser por todas las Toscas que he cantado en mi vida. Me lancé sobre ellos con el cuchillo y herí a uno en un brazo. —Repitió el ademán, sonriendo al recordar la escena. Brett no dudaba de que su amiga había clavado el cuchillo—. Me gustaría haberlo matado —prosiguió Flavia con naturalidad, y Brett le creyó.
—¿Qué pasó después?
—Que salieron corriendo. Entonces bajé a llamar a Luca, él fue a buscar al médico y te trajimos aquí. —Flavia vio cómo a Brett se le cerraban los ojos y se quedaba dormida unos minutos, con los labios abiertos, a la vista el detalle grotesco del alambre.
De pronto, abrió los ojos y miró la habitación como si no supiera dónde estaba. Al ver a Flavia se tranquilizó.
—¿Por qué lo hicieron? —Flavia dio voz a la pregunta que llevaba dentro desde hacía dos días.
Brett tardó en contestar.
—Semenzato.
—¿Del museo?
—Sí.
—¿Por qué? ¿Qué dijeron?
—No lo entiendo. —Si hubiera podido mover la cabeza sin dolor, Brett la hubiera movido ahora—. No sé por qué. —Tenía la voz ahogada por la dura trampa que le impedía abrir la boca.

Volvió a pronunciar el nombre de Semenzato y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, preguntó—: ¿Qué tengo?

Flavia tenía la respuesta preparada y dijo escuetamente:

—Dos costillas rotas y una fisura en la mandíbula.

—¿Qué más?

—Eso es lo más grave. También tienes una desolladura en la espalda. —Al ver la extrañeza de Brett, explicó—: Diste de espaldas contra la pared y te arañaste con los ladrillos al caer. Y tienes varios cardenales en la cara —terminó Flavia, sin darle importancia—. El contraste realza el color de tus ojos, pero no estoy segura de que me guste el efecto.

—¿Es grave? —preguntó Brett, disgustada por el tono jocoso.

—No es nada —dijo Flavia con evidente falsedad. Brett la miró largamente obligándola a rectificar—. Tendrás que llevar un vendaje en las costillas y estarás tiesa durante una semana poco más o menos. Ha dicho el médico que no habrá secuelas. —Como era la única buena noticia que podía dar, completó el informe del médico—: Dentro de unos días te quitarán los alambres. Es sólo una fisura. Y los dientes están bien. —Al ver el escaso consuelo que la noticia procuraba a Brett, agregó—: La nariz, también. —Seguía sin aparecer la sonrisa—. No te quedarán cicatrices: cuando baje la hinchazón, estarás perfectamente. —Flavia no habló de las cicatrices que le quedarían en la espalda ni de lo que tardarían en borrarse las marcas de la cara.

De pronto, Brett se sintió exhausta por esta breve conversación y el sueño volvió a invadirla.

—Vete a casa un rato, Flavia. Yo dormiré un poco y... —Su voz se apagó antes de que pudiera terminar la frase. Ahora dormía. Flavia se recostó en la silla y se quedó contemplando la cara que descansaba de lado en la cama. Durante aquel día y medio, los hematomas de la frente y las mejillas se habían puesto casi negros, y un párpado seguía hinchado, lo mismo que el labio inferior, alrededor del corte vertical abierto.

Habían mantenido a Flavia fuera de la sala de urgencias a la viva fuerza, mientras los médicos curaban a Brett las heridas de la espalda y le vendaban el tórax. Tampoco estuvo presente mientras le inmovilizaban los maxilares con finos alambres. Ella se había paseado por los largos pasillos del hospital uniendo sus temores a los de los otros pacientes y familiares que deambulaban como ella, se agolpaban en el bar o contemplaban el patio desde las ventanas. Había estado paseando durante una hora y había pedido tres cigarrillos a otras tantas personas, los primeros que fumaba en diez años.

Desde última hora de la tarde del domingo, había estado junto a la cama de Brett, esperando que despertara, y una sola vez había ido al apartamento, el día anterior, únicamente para ducharse y llamar por teléfono dando el pretexto de una supuesta enfermedad que le impediría cantar en La Scala esta noche. Tenía los nervios en tensión por la falta de sueño, el exceso de café, el renovado deseo del cigarrillo y la viscosa envoltura de miedo que se pega a la piel del que está demasiado tiempo dentro de un hospital. Mientras miraba a su amante, volvió a desear haber matado al hombre que le había hecho esto. Flavia Petrelli no conocía el arrepentimiento, pero era muy poco lo que ella no supiera de la venganza.

3

A su espalda se abrió una puerta, pero Flavia no se volvió para ver quién entraba. Otra enfermera. No un médico, seguramente; éstos eran aquí muy escasos. Al cabo de un momento, oyó una voz de hombre:

—¿*Signora* Petrelli?

Ella volvió la cabeza, intrigada por quién podía ser y cómo la había encontrado aquí. En la puerta vio a un hombre más bien alto y corpulento, que le era vagamente familiar, pero no recordaba de qué. ¿Uno de los médicos de la planta o, mucho peor, un periodista? Se había quedado en la puerta, al parecer, esperando permiso para entrar y acercarse a Brett.

—Buenos días, *signora* —dijo el hombre, sin moverse—. Soy Guido Brunetti. Nos conocimos hace años.

Era el policía que había investigado el caso Wellauer de La Fenice. Ahora lo recordaba: no carecía de inteligencia, y Brett, por razones que Flavia no acababa de explicarse, lo encontraba simpático.

—Buenos días, *dottor* Brunetti —respondió Flavia ceremoniosamente, a media voz. Se levantó, miró a Brett para cerciorarse de que dormía y fue hacia él. Le tendió la mano que él estrechó brevemente.

—¿Lo han asignado a esto? —preguntó ella. En cuanto lo hubo dicho, reparó en la agresividad del tono y la lamentó.

Él pasó por alto el tono y respondió la pregunta.

—No, *signora*, pero he visto el nombre de la *dottoressa* Lynch en el parte y quería saber cómo está. —Antes de que Flavia pudiera referirse a su tardanza, él explicó—: El caso fue encomendado a otra persona y no he visto el informe hasta esta mañana. —Miró a la mujer dormida, dejando que su mirada hiciera la pregunta.

—Está mejor —dijo Flavia. Dio un paso atrás y con un ademán lo invitó a acercarse a la cama. Brunetti cruzó la habitación y se paró detrás de la silla de Flavia. Dejó la cartera de mano en el suelo, apoyó las manos en el respaldo de la silla y miró la cara de la agredida. Finalmente, preguntó:

—¿Qué ocurrió? —Había leído el informe y la declaración de Flavia, pero quería oír su versión directamente.

Flavia reprimió el impulso de decir que esto era precisamente lo que él debería estar averiguando, pero respondió, en voz baja:

—El domingo fueron a casa dos hombres, diciendo que eran del museo y que traían unos papeles para Brett. Ella les abrió la puerta. En vista de que pasaba el tiempo y ella no venía, salí al recibidor para ver qué la retenía y la vi en el suelo. —Mientras la mujer hablaba, él movía la cabeza afirmativamente; todo esto constaba en la declaración que ella había hecho a dos policías—. Yo tenía un cuchillo en la mano. Estaba picando verduras y se me olvidó que lo llevaba. Cuando vi lo que estaban haciendo, me lancé sobre ellos sin pensar y herí a uno. Creo que profundamente, en un brazo. Se fueron corriendo.

—¿Robo? —preguntó él.

—Es posible. —Flavia se encogió de hombros—. Pero, ¿por qué hacerle eso? —preguntó agitando la mano en dirección a Brett.

Él asintió nuevamente.

—Es verdad, sí —murmuró y retrocedió hasta donde ella se había quedado—. ¿Hay objetos de valor en el apartamento? —preguntó con su voz normal.

—Supongo que sí. Hay alfombras, cuadros, porcelanas.

—¿Entonces pudo tratarse de un intento de robo? —preguntó, y a Flavia le sonó como si tratara de convencerse a sí mismo.

—Dijeron que los enviaba el director del museo. ¿Cómo se habían enterado de la relación?

—preguntó ella. Flavia nunca había creído que el robo fuera el motivo y cada vez que miraba la cara de Brett le parecía menos verosímil la explicación. Si este policía no lo entendía así, no entendería nada.

—¿Son graves las lesiones? —preguntó él, eludiendo la respuesta—. No he tenido tiempo de hablar con los médicos.

—Costillas rotas y una fisura en la mandíbula, pero no hay señales de conmoción cerebral.

—¿Ha podido hablar con ella?

—Sí. —Lo brusco de la respuesta le recordó que su última entrevista no fue muy amistosa.

—Lamento mucho lo ocurrido. —Lo dijo como particular, no como funcionario público.

Flavia aceptó la frase con una breve señal de asentimiento, pero no dijo nada.

—¿Cree que la afectará? —La pregunta, formulada en estos términos, aludía al íntimo conocimiento que Flavia tenía de Brett, reconocía su capacidad para tomar el pulso espiritual de su amiga y descubrir la mella que pudiera dejarle el haber sido objeto de semejante agresión.

Flavia advirtió con sorpresa que sentía el impulso de darle las gracias por preguntar aquello y reconocer de este modo su papel en la vida de Brett.

—No; creo que no la afectará. —Y, desviando la conversación hacia el lado práctico—: ¿Qué dice la policía? ¿Han averiguado algo?

—No, por desgracia —dijo Brunetti—. Las descripciones que hizo usted de los dos hombres no corresponden a nadie que nosotros conozcamos. Hemos preguntado en los hospitales de aquí y de Mestre, pero no han curado a nadie de una herida de arma blanca en un brazo. Se están comprobando las huellas del sobre. —No le dijo que la sangre que cubría una de sus caras dificultaba la operación, ni que el sobre había resultado estar vacío.

Detrás de él, Brett se agitó, suspiró y volvió a quedar quieta.

—*Signora* Petrelli —empezó él, y se interrumpió, para elegir cuidadosamente las palabras—, me gustaría quedarme un rato al lado de ella, si usted no tiene inconveniente.

Flavia se preguntó, sorprendida, por qué la halagaría tanto que él aceptara con naturalidad lo que ella y Brett eran la una para la otra, y se sintió más sorprendida todavía al darse cuenta de que no tenía una idea clara de lo que eran realmente. Movidamente por estos pensamientos, tomó la silla que estaba detrás de la puerta y la puso al lado de la que ella había ocupado.

—*Grazie* —dijo él. Se sentó, se apoyó en el respaldo y cruzó los brazos. A ella le pareció que estaba dispuesto a quedarse allí todo el día, si era necesario.

Él no hizo otro intento de conversar sino que permaneció callado, esperando acontecimientos. Ella se acomodó a su lado en la otra silla, sorprendida de no sentir necesidad de mantener una conversación, ni de mostrarse socialmente correcta. Simplemente, estaba allí. Pasaron diez minutos. Poco a poco, fue inclinando la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el respaldo de la silla, se quedó dormida y despertó con un sobresalto cuando la cabeza se le venció hacia adelante. Miró el reloj. Las once y media. Hacía una hora que él estaba allí.

—¿Se ha despertado? —le preguntó.

—Sí, pero sólo unos minutos. No ha dicho nada.

—¿Le ha visto?

—Sí.

—¿Le ha reconocido?

—Sí, creo que sí.

—Bien.

Al cabo de un rato, él dijo:

—*Signora*, ¿no querría ir a casa un rato? ¿A comer algo, quizá? Yo me quedaré. Ella me ha visto con usted y si se despierta y me encuentra aquí no se alarmará.

Horas antes, Flavia había sentido hambre, pero ya se le había quitado por completo. Pero la sensación de fatiga y falta de aseo subsistía, y la idea de una ducha, toallas limpias, pelo limpio, ropa limpia casi la hizo suspirar de ansia. Brett dormía ¿y con quién estaría más segura que con un policía? La tentación era irresistible.

—Sí —dijo levantándose—. Pero no tardaré. Si se despierta, por favor, dígame a donde he ido.

—Descuide —dijo él levantándose a su vez mientras Flavia recogía el bolso y descolgaba el abrigo de detrás de la puerta. En el umbral, ella se volvió a mirarlo y se despidió con la primera sonrisa auténtica que le había dedicado desde que se conocían, y cerró la puerta con suavidad.

Cuando, aquella mañana, la *signorina* Elettra le entregó el informe del robo, él, viendo que el caso había sido asignado a la rama uniformada, lo dejó a un lado de la mesa casi sin mirarlo. Entonces ella dijo, antes de volver a su despacho:

—Me parece que eso le interesará, *dottore*.

La dirección no le decía nada, pero en una ciudad en la que sólo había seis distritos postales las direcciones tenían un significado muy relativo. Entonces el nombre le saltó a la vista: Brett Lynch. No sabía que hubiera vuelto de China y durante los años transcurridos desde la última vez que se habían visto no había vuelto a pensar en ella. Fue el recuerdo de aquella última entrevista y de los hechos que la precedieron lo que esta mañana lo había traído al hospital.

La hermosa joven a la que había conocido años atrás estaba irreconocible, hubiera podido confundirla con cualquiera de las docenas de mujeres maltratadas a las que había visto desde que estaba en la policía. Mientras la miraba, hacía mentalmente la lista de los hombres a los que sabía capaces de esta clase de violencia contra una mujer, no contra una mujer conocida sino una mujer con la que se tropezaran mientras cometían un delito. La lista era muy corta: uno estaba en una cárcel de Trieste y el otro, en Sicilia, o supuestamente en Sicilia. La lista de los que hacían eso a las mujeres a las que conocían era mucho más larga y varios de ellos estaban en Venecia, pero él dudaba que alguno la conociera o que, conociéndola, tuviera algún motivo para hacerle esto.

¿Un robo? La *signora* Petrelli dijo a los dos policías que la interrogaron que los dos hombres que habían ido al apartamento no sabían que hubiera allí otra persona, por lo que la agresión no tenía explicación. Si hubieran ido con intención de robar, hubieran podido atar a Brett o encerrarla en una habitación y luego llevarse tranquilamente todo lo que quisieran. Ninguno de los ladrones a los que él conocía hubiera hecho eso. Y, si no era robo, ¿qué era?

Como ella no había abierto los ojos, él se sobresaltó al oír su voz:

—*Mi dai da bere?*

Sorprendido, se inclinó hacia la cama.

—Agua.

En la mesita de noche él vio un jarro de plástico y un vaso con una paja. Llenó el vaso y le sostuvo la paja entre los labios hasta que ella hubo bebido toda el agua. Al retirársela, vio la jaula de alambre que le ataba los maxilares. Esto explicaba su manera de hablar arrastrando las sílabas. Esto y los calmantes.

Ella abrió el ojo derecho, de un azul más intenso que la piel de alrededor.

—Gracias, comisario. —El párpado se cerró un momento, volvió a abrirse—. Extraño lugar en el que volver a vernos. —A causa de los alambres, su voz sonaba como si saliera de una radio mal sintonizada.

—Sí —convino él, sonriendo ante lo absurdo de la observación, su convencionalismo banal.

—¿Y Flavia? —preguntó ella.

—Se ha ido a casa un momento. Volverá enseguida.

Brett movió la cabeza en la almohada y él oyó el brusco jadeo. Al cabo de un momento, ella preguntó.

—¿Por qué ha venido?

—He visto su nombre en el informe de delitos y he venido a ver cómo estaba.

Sus labios se movieron ligeramente, quizá insinuando una sonrisa, cortada por el dolor.

—No muy bien.

Se hizo un silencio que se alargó hasta que él, a pesar de su propósito de no hacer preguntas, dijo:

—¿Recuerda qué ocurrió?

Ella hizo un sonido de asentimiento y empezó a explicar:

—Traían unos papeles del *dottor* Semenzato del museo. —Él asintió, conocía el nombre y al hombre—. Les abrí la puerta. Y entonces... —Su voz se apagó y después agregó—: Empezaron con esto.

—¿Le dijeron algo?

Ella cerró el párpado y tardó en contestar. Él no sabía si trataba de recordar o de decidir si se lo contaba. Tanto tardaba la respuesta que él ya pensaba que ella había vuelto a dormirse cuando, al fin, la oyó decir:

—Me dijeron que no fuera a la cita.

—¿Qué cita?

—La que tenía con Semenzato. —Así pues, no fue un intento de robo. Él no dijo nada. No era el momento de insistir. Ahora no.

Con la voz más ronca y fatigada por momentos, ella explicó:

—Esta mañana, en el museo. Las cerámicas de la exposición de China. —Se hizo una pausa. Ella se esforzaba por mantener el ojo abierto—. Conocían mi relación con Flavia. —Después de esto, su respiración se hizo más lenta y profunda y él vio que había vuelto a dormirse.

Se quedó mirándola mientras trataba de encontrar sentido a lo que ella le había dicho. Semenzato era el director del museo del *palazzo* Ducal. Había sido el museo más famoso de Venecia hasta la reapertura del *palazzo* Grassi después de su restauración, y Semenzato, el más importante de sus directores. Quizá aún lo era. Al fin y al cabo, el *palazzo* Ducal había montado la exposición del Tiziano, mientras que todo lo que el *palazzo* Grassi había presentado durante los últimos años era Andy Warhol y los celtas, ambas exposiciones, eventos de la «nueva» Venecia y, por consiguiente, productos más del bombo mediático que de una seria preocupación artística.

Brunetti recordó que, unos cinco años atrás, Semenzato había ayudado a organizar la exposición de arte chino y que Brett Lynch había actuado de enlace entre la administración de la ciudad y el Gobierno chino. Él había visitado la exposición mucho antes de conocer a Brett y aún recordaba algunas de las piezas: los soldados de terracota de tamaño natural, un carro de bronce y una cota de malla decorativa construida con miles de piezas de jade engarzadas entre sí. También había pinturas, pero éstas le habían parecido aburridas: sauces llorones, hombres con barba y el consabido puentecito de filigrana. La estatua del soldado, no obstante, lo había impresionado, y recordaba haberse quedado mucho rato delante de ella, contemplando la cara y leyendo en ella lealtad, valentía y honor, señales distintivas de un pueblo que durante dos milenios había dominado medio mundo.

Brunetti había hablado con Semenzato en varias ocasiones y le parecía un hombre inteligente y agradable, con esa pátina de afabilidad que adquieren con los años los hombres que ocupan cargos públicos. Semenzato descendía de una antigua familia veneciana y tanto él como sus varios hermanos se dedicaban a las antigüedades, al arte o al comercio en este sector.

Puesto que Brett había concertado la exposición, era lógico que, a su regreso a Venecia, se entrevistara con Semenzato. Lo que no tenía sentido era que alguien tratara de impedir la entrevista y que para ello recurriera a medios tan brutales.

Una enfermera con un montón de sábanas y toallas entró sin llamar y pidió a Brunetti que saliera mientras bañaba a la paciente y le cambiaba las sábanas. Evidentemente, la *signora* Petrelli se había movido entre el personal del hospital, cuidando de hacer llegar sobrecitos, *bustarelle*, a manos de las personas clave. A falta de tales «atenciones», en aquel hospital no se dispensaban a los pacientes ni los servicios más elementales y, a veces, aun con ellas, eran los familiares los que tenían que alimentar y bañar al enfermo.

Él salió al pasillo y se acercó a una ventana que daba al patio central, parte del primitivo monasterio del siglo XV. Al otro lado se levantaba el nuevo pabellón, construido e inaugurado a bombo y platillo: medicina nuclear, la tecnología más avanzada de toda Italia, los médicos más eminentes, un nuevo concepto en la atención sanitaria en beneficio de los ciudadanos de Venecia, que tantos impuestos pagaban, por cierto. No se había regateado en inversión; el edificio era una maravilla arquitectónica, con unos altos pórticos de mármol que daban una réplica moderna a los delicados arcos del *campo* Santi Giovanni e Paolo por los que se accedía al edificio principal.

Se celebró la ceremonia de la inauguración, hubo discursos, acudió la prensa, pero el edificio aún estaba sin estrenar. No tenía desagües. Ni drenajes ni responsables de su falta. ¿El arquitecto había olvidado dibujarlos en los planos, o los constructores habían olvidado instalarlos? Lo cierto era que la responsabilidad no había recaído en nadie y que, a un edificio ya terminado,

habría que añadir ahora los desagües, con un enorme gasto adicional.

La impresión de Brunetti era que se trataba de un montaje planeado desde el mismo inicio del proyecto, a fin de que el constructor consiguiera no sólo el contrato para edificar el nuevo pabellón sino también, más adelante, el encargo de destruir buena parte de lo hecho, a fin de instalar las olvidadas tuberías.

¿Era para reír o para llorar? Después de la inauguración, que no inauguró nada, el edificio se dejó sin protección, y los vándalos habían entrado y dañado parte del equipo, por lo que ahora el hospital tenía que pagar a unos guardias que patrullaban por corredores desiertos, mientras los pacientes que precisaban los tratamientos que el centro hubiera debido procurarles eran enviados a otros hospitales, puestos en lista de espera o tenían que buscar asistencia en clínicas particulares. Ya no recordaba Brunetti los miles de millones de liras que se habían gastado. Y, si querías que te cambiaran las sábanas, tenías que sobornar a las enfermeras.

Por el fondo del patio apareció entonces Flavia Petrelli. Nadie la reconocía, pero todos los hombres la miraban. Se había puesto un vestido color púrpura de falda larga que se ondulaba al andar. Llevaba colgado de un hombro un abrigo de piel, aunque no de algo tan prosaico como el visón. Mientras la seguía con la mirada, Brunetti recordó, de una novela leída años atrás, la descripción de la entrada de una mujer en un hotel. Estaba tan segura de la atención que su dinero y su posición le garantizaban, que se quitaba el abrigo de visón dejándolo caer hacia atrás sin molestarse en mirar si había algún criado preparado para sostenerlo. Flavia Petrelli no necesitaba leer estas cosas en los libros; ella estaba absolutamente segura de cuál era su lugar en el mundo.

La vio entrar por uno de los pórticos que conducían a las plantas superiores y observó que subía los peldaños de dos en dos, con una prisa que desentonaba tanto del vestido como del abrigo de piel.

Al cabo de unos segundos, aparecía en la escalera y, al verlo fuera de la habitación, se le crispó la cara.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó yendo hacia él rápidamente.

—Nada. Ha venido una enfermera.

Ella entró en la habitación sin molestarse en llamar. Minutos después, salía la enfermera con una brazada de ropa y una palangana de hierro esmaltado. Él esperó un poco, llamó a la puerta y oyó que le invitaban a entrar.

Vio que la cabecera de la cama había sido mínimamente levantada y que Brett estaba un poco incorporada, con la cabeza apoyada en unas almohadas. Flavia, a su lado, sostenía el vaso del que ella bebía con la boquilla. El efecto de su cara era menos impresionante, ya fuera porque él había tenido tiempo para acostumbrarse, ya porque ahora podía ver zonas que no estaban desfiguradas.

Él se agachó, recogió la cartera y se acercó a la cama. Brett sacó una mano y la deslizó hacia él, que la oprimió brevemente con la suya.

—Gracias —dijo ella.

—Si me lo permite, mañana volveré.

—Sí, por favor. Ahora no puedo, pero ya le explicaré.

Flavia fue a protestar, pero se contuvo. Dedicó a Brunetti una sonrisa que empezó siendo profesional y luego se convirtió en perfectamente natural, con sorpresa para ambos.

—Gracias por venir —dijo, volviendo a sorprenderlos a los dos con la sinceridad de su voz.

—Entonces, hasta mañana —dijo él oprimiendo de nuevo la mano de Brett. Flavia se quedó al lado de la cama mientras él salía de la habitación. Bajó por la misma escalera que ella había utilizado y torció hacia la izquierda siguiendo el pórtico. A un lado del corredor había una anciana envuelta en un capote militar, que hacía media sentada en una silla de ruedas. A sus pies tres gatos se peleaban por un ratón muerto.

Mientras volvía a la *questura*, Brunetti se sentía preocupado por lo que había visto y oído. Comprendía que las lesiones se curarían, que el cuerpo volvería a ser el de antes. La *signora* Petrelli estaba segura de que Brett se repondría. No obstante, él había visto más de una vez que los efectos de una agresión tan violenta persistían, a veces durante años, aunque sólo fuera en forma de súbitos accesos de pánico. En fin, quizá estuviera equivocado y quizá las norteamericanas fueran más fuertes que las italianas y ella no tuviera secuelas, pero no podía acabar de vencer la inquietud.

Cuando Brunetti entró en la *questura*, uno de los agentes de uniforme se acercó a él:

—El *dottor* Patta ha preguntado por usted, comisario —dijo en voz baja y neutra. Al parecer, todos los de la casa hablaban en voz baja y neutra cuando se referían al *vicequestore*.

Brunetti dio las gracias al agente y siguió hacia la escalera posterior, el camino más corto hasta su despacho. Cuando entró estaba sonando el intercomunicador. Dejó la cartera encima de la mesa y levantó el aparato.

—¿Brunetti? —preguntó Patta innecesariamente, antes de que Brunetti pudiera dar su nombre—. ¿Es usted?

—Sí, señor —respondió él hojeando los papeles que habían llegado a la mesa en su ausencia.

—Toda la mañana que le llamo, Brunetti. Tenemos que tomar una decisión sobre la conferencia de Stresa. Baje ahora mismo a mi despacho —dijo, atemperando la orden a regañadientes con un—: por favor.

—Sí, señor. Ahora mismo. —Brunetti colgó, acabó de repasar los papeles, abrió una carta y la leyó dos veces. Se acercó a la ventana y volvió a leer el informe de la agresión a Brett. Luego salió y bajó al despacho de Patta.

La *signorina* Elettra no estaba en su despacho, pero un jarrón bajo, rebosante de fresias amarillas esparcía por la habitación un aroma casi tan exquisito como su presencia.

Brunetti llamó a la puerta con los nudillos y esperó la autorización a entrar, que le fue transmitida por medio de un sonido ahogado. Patta se hallaba enmarcado por una de las grandes ventanas de su despacho, como si posara para un cuadro, contemplando el andamiaje perenne de la fachada de la iglesia de San Lorenzo. La poca luz que penetraba en la habitación hacía refulgir los puntos reflectantes de su persona: las punteras de los zapatos, la cadena de oro que le cruzaba el chaleco y el pequeño rubí del alfiler de la corbata. Miró a su subalterno y cruzó el despacho en dirección al escritorio. Brunetti observó con sorpresa que su manera de andar le recordaba la de Flavia Petrelli al cruzar el patio del hospital, pero mientras a Flavia le era totalmente indiferente el efecto que pudiera causar, todos los movimientos de Patta parecían estudiados con el único objeto de darse importancia. El *vicequestore* se sentó detrás de su mesa y señaló a Brunetti la silla que tenía enfrente.

—¿Dónde ha estado toda la mañana? —preguntó Patta sin preámbulos.

—He ido a ver a la víctima de un intento de robo —explicó Brunetti, haciendo su respuesta lo más vaga y, confiaba, lo más inocua posible.

—Para eso tenemos a los hombres de uniforme.

Brunetti no respondió.

Centrando entonces la atención en el asunto a tratar, Patta preguntó:

—A propósito de la conferencia de Stresa, ¿quién de nosotros irá?

Dos semanas antes, Brunetti había recibido una invitación a una conferencia organizada por la Interpol que iba a celebrarse en la ciudad balneario de Stresa, a orillas del lago Maggiore. Brunetti deseaba asistir para renovar contactos y estrechar relaciones con miembros de la red de policía internacional y porque el programa incluía prácticas en las últimas técnicas informáticas para el almacenamiento y extracción de información. Patta, que sabía que Stresa era uno de los lugares de vacaciones más selectos de Italia, favorecido con un clima que invitaba a escapar del frío húmedo del invierno veneciano, quería ir en su lugar. Pero, como la invitación estaba dirigida a Brunetti e incluía unas palabras de puño y letra del organizador, a Patta le estaba resultando difícil convencer a su subordinado para que renunciara a su derecho a asistir. Había

tenido que hacer un esfuerzo para no prohibírselo sencillamente.

Brunetti puso una pierna encima de la otra y sacó la agenda del bolsillo. En sus páginas nunca había anotaciones que hicieran referencia a asuntos policiales, pero eso Patta nunca llegó a saberlo.

—A ver esas fechas... —dijo Brunetti hojeando la libretita—. El dieciséis, ¿no? ¿Y hasta el día veinte? —Hizo una pausa teatral, orquestada para acrecentar la impaciencia de Patta—. Ya no es seguro que pueda estar libre esa semana.

—¿Qué fechas ha dicho? —preguntó Patta pasando las hojas de un par de semanas de su calendario de sobremesa—. ¿Del dieciséis al veinte? —Su pausa fue aún más teatral que la de Brunetti—. Bien, si a usted no le es posible, quizá yo pudiera ir. Tendría que reprogramar una reunión con el ministro del Interior, pero creo que será factible.

—Sería lo más conveniente. ¿Seguro que podrá disponer de ese tiempo, señor?

La mirada de Patta era ilegible.

—Sí.

—Entonces, decidido —dijo Brunetti con falsa cordialidad.

Debió de ser el tono de la voz, o quizá la prontitud con que su subordinado le cedía el puesto, lo que hizo que se dispararan los timbres de alarma de Patta.

—¿Dónde ha estado esta mañana?

—Como ya le he dicho, señor, hablando con la víctima de un intento de robo.

—¿Qué víctima? —preguntó Patta con suspicacia en la voz.

—Una extranjera que reside aquí.

—¿Qué extranjera?

—La *dottoressa* Lynch —respondió Brunetti, observando el efecto del nombre en la cara de Patta. Durante un momento, permaneció inexpresiva, pero enseguida, cuando llegó el recuerdo, los párpados se entornaron ligeramente. Brunetti, durante su observación, distinguió el preciso momento en el que Patta recordaba no sólo quién sino qué era la mujer.

—La lesbiana —murmuró denotando lo que pensaba de ella por el desdén que ponía en la palabra—. ¿Qué le ha pasado?

—Fue agredida en su casa.

—¿Agredida por quién? ¿Alguna tortillera marimacho que encontró en un bar? —Al ver la cara de Brunetti, agregó, moderando el tono—: ¿Qué pasó?

—Fue atacada por dos hombres —respondió Brunetti, y agregó—: ninguno de los cuales tenía nada de «tortillera marimacho». Está en el hospital.

Patta se encogió de hombros para evitarse el comentario al respecto y preguntó:

—¿Es ésa la razón por la que va a estar muy ocupado para asistir a la conferencia?

—La conferencia no es hasta el mes próximo. Tengo varios casos entre manos.

Patta resopló para expresar su incredulidad y preguntó súbitamente:

—¿Qué se llevaron?

—Al parecer, nada.

—¿Por qué? ¿No fue un robo?

—Alguien lo impidió. Y no estoy seguro de que fuera un robo.

Patta, haciendo caso omiso de la segunda parte de la respuesta, saltó, refiriéndose a la primera:

—¿Quién lo impidió, esa cantante? —preguntó, dando a entender que Flavia Petrelli cantaba en las esquinas por unas monedas y no en La Scala por una fortuna.

En vista de que Brunetti no entraba en discusión a este respecto, Patta prosiguió:

—Pues claro que tuvo que ser robo. En esa casa hay una fortuna. —Sorprendió a Brunetti no sólo la franca envidia que había en la voz de Patta, que parecía su reacción normal ante la riqueza ajena, sino porque tuviera alguna idea de lo que había en el apartamento de Brett.

—Quizá —dijo Brunetti.

—Nada de quizá —insistió Patta—. Si eran dos hombres, tiene que haber sido robo. —Brunetti hubiera preguntado de buena gana a su superior si las mujeres tenían que dedicarse por naturaleza a otra clase de delitos. Patta lo miró fijamente—. Eso significa que el caso es

competencia de la brigada antirrobo. Que se encarguen ellos. Esto no es un club de la alta sociedad, comisario. No estamos aquí para ayudar a sus amistades cuando tienen problemas, y menos a sus amigas lesbianas. —Por el tono parecía referirse a docenas de lesbianas, como si Brunetti fuera una especie de santa Úrsula moderna, y llevara tras de sí a once mil mujeres, todas vírgenes y todas lesbianas.

Brunetti había tenido años para acostumbrarse a la elemental irracionalidad de muchas de las manifestaciones de su superior, pero algunas veces Patta aún conseguía sorprenderlo con el calibre y la cerrilidad de algunas de sus sentencias. Y no sólo sorprenderlo sino enfurecerlo.

—¿Ordena usted algo más, señor?

—Nada más. Y recuerde, es un caso de robo y hay que llevarlo... —Lo interrumpió el sonido del teléfono. Irritado por la estridente llamada, Patta agarró el aparato y gritó: ¿No le he dicho que no me pase...? —Brunetti esperaba verle colgar violentamente, pero Patta encajó el auricular en el oído con evidente conmoción.

—Sí, sí, naturalmente que estoy —dijo—. Pásemela.

Patta irguió el tronco y se alisó el pelo con una mano, como si creyera que su comunicante podía verlo a través de la línea telefónica. Sonrió y volvió a sonreír mientras esperaba oír la voz anunciada. Brunetti oyó el murmullo lejano de una voz masculina, a la que Patta respondió:

—Buenos días. Sí, señor, muy bien, gracias, ¿y usted?

Hasta Brunetti llegó una respuesta indistinta. Vio que Patta alargaba la mano hacia el bolígrafo que tenía a un lado de la mesa, olvidando la Mont-Blanc Meisterstück que llevaba en el bolsillo. Agarró un papel y se lo puso delante.

—Sí, señor, sí. Sí, ya me han informado. Precisamente ahora estaba hablando del caso.

Hizo una pausa mientras el hilo conducía a su oído nuevas palabras que Brunetti percibía como un rumor lejano.

—Sí, señor. Desde luego. Terrible, me ha afectado vivamente.

De nuevo, pausa, esperando que la otra voz dijera algo más. Sus ojos fueron instintivamente a Brunetti y al instante desviaron la mirada.

—Sí, señor. Uno de mis hombres ya ha hablado con ella. —Hubo una brusca erupción de palabras al otro extremo del hilo—. No, señor, claro que no. Se trata de alguien que la conoce personalmente. Le he dicho taxativamente que no la importune, sólo que se interese por su estado y hable con los médicos. Desde luego, lo comprendo. Sí, señor.

Patta hacía oscilar el bolígrafo entre el índice y el mayor, golpeando la mesa rítmicamente mientras escuchaba.

—Desde luego, por supuesto. Asignaré cuantos hombres sean necesarios. Todos conocemos lo generosa que ha sido con la ciudad.

Lanzó otra mirada fugaz a Brunetti y luego, al reparar en el balanceo del bolígrafo, se obligó a dejarlo encima de la mesa.

Se quedó escuchando largamente, con la mirada fija en el bolígrafo. Una o dos veces, trató de decir algo, pero la voz lejana le cortó. Finalmente, asiendo el teléfono con una mano rígida, consiguió decir:

—Lo antes posible. Le informaré personalmente. Sí, señor. Desde luego. Sí. —La voz del otro extremo cortó sin darle tiempo a despedirse.

Patta colgó suavemente y miró a Brunetti.

—Supongo que ya habrá adivinado que era el alcalde. No sé cómo se habrá enterado de esto.

—Su tono indicaba claramente que sospechaba que Brunetti había llamado al despacho del alcalde y dejado un mensaje anónimo.

—Al parecer, la *dottoressa* —empezó, pronunciando la palabra como si cuestionara la calidad de la instrucción de Harvard y de Yale, las universidades por las que la *dottoressa* Lynch se había graduado— es amiga suya y —agregó, marcando una pausa significativa— una benefactora de la ciudad. Así pues, el alcalde quiere que este asunto se investigue y resuelva lo antes posible.

Brunetti, sabiendo lo peligroso que sería hacer sugerencia alguna en este momento, guardó

silencio. Miró el papel de encima de la mesa y luego a la cara de su superior.

—¿En qué está trabajando ahora? —preguntó Patta, lo cual, dedujo Brunetti, significaba que iba a encomendarle la investigación.

—En nada que no pueda esperar.

—Pues quiero que se encargue de esto.

—Sí, señor —dijo Brunetti, confiando en que su superior no le sugiriera medidas concretas. Demasiado tarde.

—Vaya al apartamento. Vea lo que puede averiguar. Hable con los vecinos.

—Sí, señor —dijo Brunetti, poniéndose en pie, en un intento de atajar las recomendaciones.

—Y manténgame al corriente, Brunetti.

—Sí, señor.

—Quiero que esto se resuelva rápidamente, Brunetti. Es amiga del alcalde. —Y Brunetti sabía que los amigos del alcalde eran amigos de Patta.

5

De vuelta a su despacho, Brunetti llamó al piso de abajo y pidió a Vianello que subiera. A los pocos minutos, el sargento entró, se sentó pesadamente en la silla que estaba frente a la mesa de Brunetti, sacó la libretita del bolsillo y miró interrogativamente a su jefe.

—¿Qué sabe de gorilas, Vianello?

Vianello reflexionó un momento y preguntó innecesariamente:

—¿Se refiere a los del zoológico o a los que cobran por hacer daño a la gente?

—A los que cobran.

Vianello se quedó pensativo, como si repasara listas que tuviera archivadas en la cabeza.

—No creo que aquí, en la ciudad, haya ninguno. En Mestre, sí, cuatro o cinco, la mayoría, del Sur. —Siguió hojeando sus listas mentales—. Tengo entendido que hay unos cuantos en Padua y otros que trabajan en Treviso y Pordenone, pero son de segunda división. Los auténticos son los chicos de Mestre. ¿Han causado aquí algún problema?

Puesto que la rama uniformada había hecho el primer informe y hablado con Flavia, a Brunetti le constaba que Vianello tenía que estar enterado de la agresión.

—Esta mañana he hablado con la *dottoressa* Lynch. Los hombres que la agredieron le dijeron que no acudiera a una cita con el *dottor* Semenzato.

—¿Del museo? —preguntó Vianello.

—Sí.

Vianello pensó un momento.

—¿Así que no fue robo?

—No; parece que no. Alguien los interrumpió.

—¿La *signora* Petrelli? —preguntó Vianello.

El secreto bancario suizo no duraría en Venecia ni veinticuatro horas.

—Sí; los puso en fuga. Pero no parece que tuvieran intención de llevarse algo.

—Pues demostraron tener poca vista. Allí no faltan cosas que robar.

Brunetti, al oír esto, no pudo contenerse.

—¿Y usted cómo lo sabe, Vianello?

—La asistente es vecina de mi cuñada, la vecina de al lado. Va tres veces a la semana a limpiar y cuida de la casa cuando ella está en China. Dice que lo que hay en esa casa vale una fortuna.

—No es prudente ir diciendo esas cosas de una casa que está vacía tanto tiempo —comentó Brunetti con acento severo.

—Eso mismo le dije yo.

—Confío en que le haga caso.

—Sí, señor, yo también.

Después de ver cómo el sargento eludía su reprimenda indirecta, Brunetti volvió a los gorilas:

—Vuelva a preguntar en los hospitales si han atendido al que ella hirió. Al parecer, la herida fue profunda. ¿Y las huellas del sobre?

Vianello levantó la mirada de la libreta.

—Las mandé a Roma por si podían identificarlas. —Los dos sabían cuánto podía tardar esta identificación.

—Mándelas también a la Interpol.

Vianello asintió y tomó nota.

—¿Y qué hay de Semenzato? —preguntó Vianello—. ¿De qué se iba a tratar en la reunión?

—No lo sé. De piezas de cerámica, creo. Pero estaba bajo los efectos de los calmantes y no podía explicarse con claridad. ¿Sabe usted algo de él?

—No más de lo que pueda saber cualquiera de la ciudad. Está en el museo desde hace siete años. Casado, la mujer es de Messina, me parece. De Sicilia, en todo caso. No tienen hijos. Es de buena familia y en el museo tiene buena reputación.

Brunetti no se molestó en preguntar a Vianello de dónde había sacado esta información. Ya no le sorprendía comprobar la cantidad de datos personales que el sargento había acumulado en sus años de servicio. De modo que se limitó a decir:

—Vea si puede averiguar algo más. Dónde trabajaba antes de venir a Venecia, por qué se fue, dónde estudió.

—¿Va usted a interrogarlo, comisario?

Brunetti reflexionó.

—No. Si quienquiera que envió a esos hombres quería intimidarla, prefiero que piense que lo ha conseguido. Pero quiero saber todo lo que pueda averiguarse de él. Y también todo lo que haya sobre esos hombres de Mestre.

—Sí, señor —dijo Vianello volviendo a escribir—. ¿Le preguntó si tenían acento?

Brunetti ya lo había pensado, pero su conversación con Brett fue muy breve para entrar en detalles. De todos modos, ella conocía el italiano a la perfección, por lo que quizá pudo identificar el acento y deducir de qué parte del país eran.

—Mañana se lo preguntaré.

—Mientras tanto, veré qué hay sobre gorilas de Mestre —dijo Vianello. Con un gruñido, se puso en pie y salió del despacho.

Brunetti echó la silla hacia atrás, abrió el cajón de abajo de la mesa con la puntera del zapato y apoyó en él los pies cruzados. Haciendo bascular la silla sobre las patas de atrás cruzó los dedos en la nuca y se volvió a mirar por la ventana. Desde este ángulo, no era visible la fachada de San Lorenzo, pero se veía un trozo de cielo invernal y nublado de una monotonía propicia a la reflexión.

Ella había hablado de las cerámicas de la exposición, y ésta sólo podía ser la exposición que ella había ayudado a organizar cuatro o cinco años antes, la primera vez que el público occidental había podido contemplar las maravillas que se estaban excavando en China. Por cierto, él la creía todavía en China.

Le sorprendió ver su nombre en el parte de la policía aquella mañana y le horrorizó encontrarla en el hospital en aquel estado. ¿Cuánto hacía que había vuelto? ¿Cuánto pensaba quedarse? ¿Y qué la había traído a Venecia? Flavia Petrelli podría responder a algunas de estas preguntas; quizá la propia Flavia fuera la respuesta a una de ellas. Pero estas preguntas podían esperar; por el momento, estaba más interesado en el *dottor* Semenzato.

Dejó caer la silla hacia adelante con un golpe seco, alargó la mano hacia el teléfono y marcó un número de memoria.

—*Pronto* —contestó una voz grave y familiar.

—*Ciao*, Lele —saludó Brunetti—. ¿Cómo no has salido a pintar?

—*Ciao*, Guido, *come stai*? —Sin esperar la respuesta, dijo—: Hoy no hay suficiente luz. Esta mañana he ido al Zattere y he vuelto sin hacer nada. Es una luz mate, muerta. Así que he venido a casa a preparar el almuerzo para Claudia.

—¿Cómo está?

—Bien, muy bien. ¿Y Paola?

—Perfectamente, lo mismo que los niños. Oye, Lele, ¿tienes un rato libre esta tarde? Me gustaría hablar contigo.

—Hablar hablar o hablar de policía.

—Hablar de policía, me temo. O así lo creo.

—Estaré en la galería desde las tres hasta eso de las cinco, pásate por allí, si quieres. —Brunetti oyó un siseo de fondo y luego—: *Puttana Eva*. Guido —dijo Lele—, tengo que colgar. Se está saliendo la pasta. —Brunetti casi no tuvo tiempo de despedirse antes de que se cortara la comunicación.

Si alguien sabía algo acerca de Semenzato, ése tenía que ser Lele. Gabriele Cossato, pintor, anticuario y amante de la belleza, era parte tan intrínseca de Venecia como los cuatro moros plasmados en eterna confabulación a la derecha de la basílica de San Marcos. Que Brunetti recordara, Lele había existido siempre, y Lele siempre había pintado. Cuando Brunetti evocaba su niñez, allí estaba Lele, amigo de su padre, y las historias que se contaban de Lele, incluso a él, porque siendo chico se suponía que tenía que comprender estas cosas, historias de Lele y sus mujeres, la inacabable serie de *donne*, *signore*, *ragazze* con las que el pintor se presentaba a la

mesa de los Brunetti. Aquellas mujeres ya habían pasado a la historia hacía muchos años, se las había borrado del recuerdo el amor a su esposa, pero su pasión por la belleza de la ciudad subsistía, lo mismo que su íntima familiaridad con el mundo del arte y todo lo que a éste se refería: anticuarios, marchantes, museos y galerías.

Brunetti decidió almorzar en casa y desde allí ir directamente a ver a Lele. Pero entonces recordó que era martes y que, por consiguiente, Paola almorzaría con los miembros de su departamento de la universidad y, por consiguiente, los niños estarían en casa de los abuelos, lo que significaba que él tendría que prepararse el almuerzo y comerlo solo. Para evitarlo, fue a una *trattoria* cercana y durante toda la comida estuvo tratando de adivinar qué podía haber en una entrevista entre una arqueóloga y un director de museo que fuera tan importante como para que alguien quisiera impedirla por medios tan violentos.

Poco después de las tres, cruzó el puente de Accademia y cortó por la izquierda hacia *campo* San Vio y, más allá, la galería de Lele. Cuando llegó Brunetti, el pintor estaba encaramado a una escalera de mano, con una linterna en una mano y unas pinzas eléctricas en la otra, revolviendo en lo que parecía una masa de espagueti y eran cables eléctricos alojados detrás de un panel de madera, encima de la puerta que conducía al almacén. Brunetti estaba tan acostumbrado a ver a Lele con sus trajes de rayitas estilo diplomático, que ni en lo alto de una escalera le pareció una figura incongruente. Lele, mirándolo desde las alturas, saludó:

—*Ciao*, Guido. Un minuto, mientras empalmo esto. —Dejó la linterna en lo alto de la escalera, peló el plástico de un cable que retorció alrededor de otro cable, sacó un grueso rollo de cinta negra del bolsillo de atrás y envolvió con ella ambos cables. Con un extremo de las pinzas empujó el cable introduciéndolo entre los otros que discurrían en paralelo a él. Entonces dijo a Brunetti—: Guido, ve al almacén y da la corriente.

Brunetti, obediente, entró en el gran almacén de la derecha y se quedó un momento en la puerta, mientras sus ojos se habituaban a la oscuridad del interior.

—A la izquierda —gritó Lele.

Allí, en la pared, estaba el gran cuadro eléctrico. Brunetti bajó la palanca del interruptor principal y el almacén se inundó de luz. Volvió a esperar, ahora para que sus ojos se habituaran a la claridad, y salió a la sala principal de la galería.

Lele ya había bajado de la escalera y el panel estaba cerrado.

—Sujeta la puerta —dijo, yendo hacia Brunetti con la escalera. La dejó en el almacén y salió sacudiéndose el polvo de las manos.

—*Pantegana* —explicó, dando el nombre de la rata en veneciano que, si bien designaba claramente al animal (rata), lo hacía en cierto modo más amigable y doméstico—. Se comen la cubierta de los cables.

—¿Por qué no les pones veneno?

—Bah —resopló Lele—. Les gusta más el veneno que el plástico. Las engorda. Ya no puedo tener cuadros en el almacén. Se comen la tela. O la madera.

Brunetti miró automáticamente las pinturas colgadas en la galería, vívidas escenas de la ciudad, llenas de luz y de la energía de Lele.

—No; éstos están seguros. Demasiado altos. Pero a veces pienso que un día al llegar me encontraré con que las muy cerdas han traído la escalera y se los han comido todos. —A pesar de que Lele se reía al decirlo era evidente que estaba preocupado. Dejó las pinzas y la cinta en un cajón y se volvió hacia Brunetti—: Bueno, ¿hablamos ya de esas cosas que quizá sean cosas de policías?

—Semenzato, el director del museo y la exposición que se celebró hace años —explicó Brunetti.

Lele se dio por enterado con un gruñido y cruzó la sala hasta situarse debajo de un candelabro de hierro forjado clavado en la pared. Levantó la mano y dobló ligeramente hacia la izquierda uno de los extremos en forma de hoja, dio un paso atrás para ver el efecto y se inclinó hacia adelante para doblarlo un poco más. Ya satisfecho, volvió junto a Brunetti.

—Semenzato lleva en el museo unos ocho años y ha conseguido organizar varias exposiciones internacionales. Eso significa que tiene buenas relaciones con los museos de distintos países, o

con sus directores, que conoce a mucha gente en muchos sitios.

—¿Algo más? —preguntó Brunetti con voz neutra.

—Es un buen administrador. Ha contratado y traído a Venecia a excelentes elementos. Prácticamente robó dos restauradores a Courtauld y ha cambiado el sistema de dar publicidad a las exposiciones.

—Sí, eso ya lo he notado. —A veces, a Brunetti le parecía que Venecia había sido convertida en una prostituta a la que se obligaba a elegir entre distintos clientes: primeramente, se dio a la ciudad la imagen de un pendiente de cristal fenicio, cartel que fue reproducido mil veces y que al poco era sustituido por un retrato del Tiziano que, a su vez, cedió el puesto a Andy Warhol, desbancado éste por un ciervo de plata celta. Y era que los museos cubrían con sus carteles todas las superficies disponibles de la ciudad disputándose la atención y el dinero de los turistas. Brunetti se preguntaba qué vendría después, ¿camisetas de Leonardo? No; ésas ya las tenían en Florencia. Había visto suficientes carteles anunciadores de exposiciones de arte como para que el empacho le durase toda una vida.

—¿Lo conoces? —preguntó Brunetti, pensando que quizá ésta fuera la razón de la insólita objetividad de Lele.

—Nos habremos visto unas cuantas veces.

—¿Dónde?

—El museo me ha consultado de vez en cuando sobre la autenticidad de piezas de mayólica que les ofrecían.

—¿Y entonces lo has visto?

—Sí.

—¿Qué opinión personal tienes de él?

—Me pareció un hombre agradable y competente.

Brunetti ya se había cansado.

—Venga, Lele, esto es extraoficial. Soy yo, Guido, quien pregunta, no el comisario Brunetti. Quiero saber qué piensas de él.

Lele contempló la superficie del escritorio que tenía al lado, retiró un jarro de cerámica unos milímetros a la izquierda, levantó la mirada hacia Brunetti y dijo:

—Creo que sus ojos están en venta.

—¿Cómo? —preguntó Brunetti, sin entender nada.

—Lo mismo que Berenson. Mira, cuando te conviertes en un especialista en algo, la gente viene a preguntarte si una pieza es o no es auténtica. Y como te has pasado años o quizá toda la vida estudiando la obra de un pintor o de un escultor, si tú dices que una pieza es auténtica, te creen. O que no lo es.

Brunetti asintió. Italia estaba llena de especialistas; algunos de ellos hasta sabían de lo que hablaban.

—¿Y qué tiene que ver Berenson?

—Parece ser que se vendió. Los galeristas y los coleccionistas particulares le consultaban acerca de la autenticidad de determinadas piezas y a veces las piezas que él había dado por buenas resultaban falsas. —Brunetti fue a preguntar algo, pero Lele lo atajó con un ademán—. No; no hay ni siquiera que preguntar si podía tratarse de errores cometidos de buena fe. Hay pruebas de que cobraba, de que se beneficiaba, sobre todo, de Duveen. Duveen tenía clientes norteamericanos ricos, ya sabes a qué clase de compradores me refiero, personas que no se molestan en documentarse y probablemente ni siquiera tienen gran afición al arte, pero les gusta poseer objetos. Así que Duveen conjugaba la vanidad y el dinero de unos con la reputación de entendido del otro y todos quedaban contentos: los americanos, con unos cuadros de autenticidad presuntamente garantizada; Duveen, con el beneficio de las ventas, y Berenson, con la fama y la comisión.

Brunetti tardó un momento en preguntar:

—¿Y Semenzato hace eso?

—No estoy seguro. Pero de las cuatro piezas que me trajeron para que les echara una mirada, dos

eran imitaciones. —Se quedó pensativo y agregó, a regañadientes—: Eran buenas imitaciones, pero imitaciones.

—¿Cómo lo supiste?

Lele miró a Brunetti como si éste le hubiera preguntado cómo sabía que una determinada flor era una rosa y no un lirio.

—Mirándolas —dijo simplemente.

—¿Les convenciste?

Lele sopesó si debía ofenderse por la pregunta o no, pero luego recordó que, al fin y al cabo, Brunetti no era más que un policía.

—Los conservadores decidieron no adquirir las piezas.

—¿Quién había propuesto la compra? —Pero Brunetti ya conocía la respuesta.

—Semenzato.

—¿Y quién las vendía?

—Eso no llegamos a saberlo. Semenzato dijo que se trataba de una venta de un particular, que se había dirigido a él un comerciante particular que quería vender las piezas, dos platos supuestamente florentinos del siglo XIV y dos venecianos. Éstos eran auténticos.

—¿Todos de la misma procedencia?

—Creo que sí.

—¿Podían ser robados?

Lele reflexionó antes de contestar.

—Quizá. Pero de unas piezas tan importantes, si son auténticas, la gente tiene información. Existe un registro de ventas, y los conocedores de la mayólica suelen estar al corriente de quién posee las mejores piezas y cuándo se venden. Pero no era éste el caso de las piezas florentinas. Eran falsas.

—¿Cómo reaccionó Semenzato cuando se lo dijiste?

—Oh, dijo que se alegraba mucho de que yo lo hubiera descubierto y evitado que el museo hiciera una adquisición embarazosa. Éstas fueron sus palabras, «una adquisición embarazosa», como si el marchante tuviera perfecto derecho a tratar de vender falsificaciones.

—¿A él le dijiste eso? —preguntó Brunetti.

Lele se encogió de hombros, un gesto que era compendio de siglos, quizá milenios, de supervivencia.

—No me dio la impresión de que él deseara oír tal cosa.

—¿Y qué pasó?

—Dijo que devolvería esas dos piezas al marchante y le diría que el museo no estaba interesado en su adquisición.

—¿Y las otras?

—El museo las compró.

—¿Al mismo marchante?

—Creo que sí.

—¿Preguntaste quién era?

Esta pregunta valió a Brunetti otra de aquellas miradas.

—Esas cosas no se preguntan —explicó Lele.

Brunetti conocía a Lele de toda la vida, por lo que preguntó:

—¿Te dijeron los conservadores quién era?

Lele se rió con franco regocijo, al ver dinamitada de modo tan fulminante su pose de escrupulosa discreción.

—Pregunté a uno de ellos, pero no tenían ni idea. Semenzato no mencionó el nombre.

—¿Cómo sabía él que el marchante no trataría de vender los platos falsos a otro museo o a un coleccionista particular?

Lele esbozó su sonrisa torcida, doblando una comisura de los labios hacia abajo y la otra hacia arriba, la sonrisa que Brunetti siempre había pensado que simbolizaba el carácter italiano, siempre oscilando entre la amargura y la alegría, siempre pronta a pasar de una a otra.

—No me pareció oportuno mencionarlo.

—¿Por qué?

—Nunca me ha parecido la clase de hombre al que le gusta que se le cuestione o aconseje.

—Pero te pidió que examinaras los platos.

Otra vez la sonrisa.

—Me lo pidieron los conservadores. Por eso digo que no le gustan los consejos. No le gustó que yo dijera que no eran auténticos. Me dio gentilmente las gracias por mi ayuda, dijo que el museo estaba en deuda conmigo. A pesar de todo, no le gustó.

—Interesante, ¿no? —comentó Brunetti.

—Mucho —convino Lele—; especialmente, en un hombre que está encargado de proteger la autenticidad de la colección del museo. Y —agregó— de asegurarse de que no haya falsificaciones circulando por el mercado. —Pasó por delante de Brunetti y cruzó la sala para enderezar un cuadro de la pared del fondo.

—¿Alguna otra cosa que yo deba saber de él?

De espaldas a Brunetti, mirando su propio cuadro, Lele respondió:

—Me parece que son muchas las cosas que deberías saber de él.

—¿Por ejemplo?

Lele retrocedió hacia Brunetti y contempló el cuadro a mayor distancia. Parecía satisfecho con la rectificación efectuada.

—Nada en concreto. En esta ciudad tiene muy buena reputación y amigos influyentes.

—Entonces, ¿a qué te refieres?

—Guido, éste nuestro es un mundo pequeño —empezó Lele, y se interrumpió.

—¿Te refieres a Venecia o a los que tratáis en antigüedades?

—A ambos, pero especialmente a nosotros. En esta ciudad somos sólo unos cinco o diez los que contamos realmente: mi hermano, Bortoluzzi, Ravanello... Y casi siempre nos servimos de sugerencias e insinuaciones tan tenues que nadie que no estuviera al corriente sabría lo que pasa.

—Al ver que Brunetti no comprendía, trató de explicar—: Hace una semana me trajeron una Virgen policromada con el Niño dormido en el regazo. Era una pieza siglo XV perfecta. Toscana. Quizá incluso finales del XIV. Pero el marchante que me la enseñaba levantó el Niño (eran tallas separadas) y señaló un punto de la espalda, debajo del hombro, en el que se veía un parchecito diminuto. —Se quedó aguardando la reacción de Brunetti. En vista de que ésta no se producía, prosiguió—: Eso quiere decir que en un principio era un ángel, no un Niño. El parche tapaba el lugar donde, Dios sabe cuándo, le habían cortado las alas tapando con pasta la señal, para que pareciera un Niño Jesús.

—¿Por qué?

—Porque hay más ángeles que Niños. Así, quitándoles las alas... —La voz de Lele se apagó.

—¿...los ascendían de categoría? —preguntó Brunetti, que al fin había comprendido.

La carcajada de Lele resonó en toda la galería.

—Sí, eso es. Fue ascendido a Jesús, y el ascenso significaba que podría venderse más caro.

—Sin embargo, el marchante te lo enseñó.

—Ahí es donde yo quería ir a parar, Guido. Me lo dijo pero no me lo dijo, sólo me enseñó el pegotito, y lo mismo hubiera hecho con cualquiera de nosotros.

—¿Pero no con un comprador cualquiera? —apuntó Brunetti.

—Quizá no —reconoció Lele—. La señal estaba muy bien disimulada, y muy pocos la hubieran descubierto. O no hubieran sabido qué significaba.

—¿Lo hubieras sabido tú?

Lele asintió rápidamente.

—Antes o después, sí, si me hubiera llevado la talla a casa y hubiera vivido con ella.

—¿Pero no el comprador accidental?

—Probablemente, él no.

—Entonces, ¿por qué te lo enseñó a ti?

—Porque pensó que, a pesar de todo, aún querría comprar la pieza. Y porque es importante que

sepamos que, por lo menos entre nosotros, nadie trata de dar gato por liebre.

—¿Hay alguna moraleja en todo esto, Lele? —preguntó Brunetti con una sonrisa. Desde niño, todo lo que le había dicho Lele encerraba una lección.

—No estoy seguro de que haya una moraleja, Guido, pero Semenzato no es miembro del club. No es uno de nosotros.

—¿Y quién tomó la decisión, él o tú?

—No creo que eso lo decidiera alguien en particular. Y, desde luego, a mí nadie me ha dicho nada de él directamente. —Lele, hombre más de imágenes que de palabras, contemplaba, por el gran ventanal de la galería, los efectos de la luz en el canal—. Más que excluirlo deliberadamente, nunca lo consideramos uno de los nuestros.

—¿Quién más está enterado de esto?

—Tú eres el primero al que cuento lo de las piezas de mayólica. Y no estoy seguro de que haya alguien que esté «enterado», es decir, que tenga conocimiento de algo concreto.

—¿Sobre él?

Lele se rió:

—Sobre la mayoría de los marchantes del país, a decir verdad. —Y, en tono más serio, agregó—: Y también sobre él, sí.

—No es muy buena recomendación, para tratarse del director de uno de los museos más importantes de Italia, ¿verdad? —preguntó Brunetti—. Se le quitan a uno las ganas de comprarle una Virgen policromada.

Con otra fuerte carcajada, Lele dijo:

—Tendrías que conocer a algunos de los otros. A la mayoría no les compraría yo ni un cepillo de dientes de plástico. —Los dos se rieron, pero enseguida Lele preguntó con seriedad—: ¿Por qué te interesa?

En su calidad de servidor de la ley, Brunetti había jurado no revelar información de la policía a personas no autorizadas.

—Alguien quiere impedir que hable sobre la exposición de China que se celebró aquí hace cinco años.

—¿Hmm? —murmuró Lele, solicitando más información.

—La persona que organizó la exposición estaba citada para hablar con él, pero fue agredida salvajemente y se le advirtió que no acudiera a la cita.

—¿La *dottoressa* Lynch? —preguntó Lele.

Brunetti asintió.

—¿Ya has hablado con Semenzato?

—No —respondió Brunetti—. No quiero atraer la atención sobre él. Dejemos que quienquiera que hiciera esto crea que el aviso ha surtido efecto.

Lele asintió frotándose ligeramente los labios con la mano, un gesto que hacía siempre cuando trataba de resolver un problema.

—¿No podrías indagar por ahí, Lele? Enterarte de si se habla de él.

—¿Si se habla en qué sentido?

—No sé exactamente. Si tiene deudas, por ejemplo. Mujeres... Alguna pista de ese marchante o de personas que él conozca que estén involucradas en... —Dejó la frase sin terminar, por no saber cómo expresar lo que deseaba.

—Es natural que conozca a toda la gente del ramo.

—Eso ya lo sé. Pero lo que me interesa es saber si ha tenido que ver con algo que sea ilegal.

—Como Lele no contestara, añadió—: Ni siquiera estoy seguro de lo que pueda ser eso, ni de si tú podrías descubrirlo.

—Yo puedo descubrirlo todo —dijo Lele llanamente; era simple afirmación, no jactancia. Calló unos momentos, mientras seguía frotándose con la mano los labios apretados. Finalmente, retiró la mano y dijo—: De acuerdo. Conozco a varias personas que pueden saber algo, pero necesito un par de días. Uno de los hombres con los que me gustaría hablar está en Birmania. Te llamaré a finales de semana. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Lele. No sé cómo darte las gracias.

El pintor lo atajó agitando una mano.

—No me des las gracias hasta que haya encontrado algo.

—Si hay algo que encontrar —puntualizó Brunetti, tratando de mitigar la antipatía que adivinaba en Lele hacia el director del museo.

—Oh, siempre hay algo.

6

Al salir de la galería de Lele, Brunetti giró a la izquierda y, por el paso subterráneo, salió al Zattere, el largo *fondamenta* que discurre a lo largo del canal de la Giudecca. Al otro lado del agua, levantaban sus altas cúpulas la iglesia de la Zittelle y, más allá, la del Redentore. Un fuerte viento del Este levantaba olitas espumeantes que hacían bailar los *vaporetti* como juguetes en una bañera. Incluso a esta distancia, Brunetti percibió el golpe sordo con el que uno de ellos chocó contra el muelle y vio tensarse la amarra. Se subió el cuello del abrigo y apretó el paso, impelido por el viento, pegándose a la pared, para rehuir las salpicaduras que llegaban del dique. Il Cucciolo, el bar en el que él y Paola pasaban las horas durante las primeras semanas de conocerse, estaba abierto, pero la gran plataforma de madera construida sobre el agua estaba completamente vacía de mesas, sillas y parasoles. Para Brunetti, la primera señal de la primavera era la reaparición de las mesas y las sillas en Il Cucciolo después de su hibernación. Hoy, la sola idea de sentarse allí le daba escalofríos. El bar estaba abierto, pero no entró, porque los camareros eran los más antipáticos de la ciudad, y su displicente lentitud sólo podía tolerarse a cambio de unas horas de sol.

Cien metros más allá, después de la iglesia de los Gesuati, Brunetti empujó una puerta vidriera y entró en el ambiente cálido y acogedor de Nico's bar. Golpeó varias veces el suelo con los pies, se desabrochó la chaqueta y se acercó al mostrador. Pidió un grog y observó cómo el camarero sostenía un vaso debajo de la espita de la cafetera, extraía un chorro de vapor que enseguida se condensó en agua hirviendo, le agregaba ron, una rodaja de limón y una buena dosis de una determinada botella y se lo ponía delante. Brunetti echó en el vaso tres terrones de azúcar, y encontró su salvación. Removió el brebaje lentamente, reconfortado por el aromático vapor que despedía. Como ocurre con la mayoría de las bebidas, el grog olía mejor que sabía, pero Brunetti ya estaba acostumbrado y el hecho había dejado de decepcionarle.

La puerta volvió a abrirse y un soplo de viento helado empujó al interior del local a dos muchachas. Llevaban parka forrada y ribeteada de piel que enmarcaba sus caras encendidas por el frío, gruesas botas y guantes y pantalón de lana. Por el aspecto, debían de ser norteamericanas, o quizá alemanas, ya que, si eran lo bastante ricas, podías confundirlas.

—Oh, Kimberly, ¿estás segura de que es aquí? —preguntó la primera en inglés, recorriendo el local con ojos esmeralda.

—Lo dice la guía, Alison. Nico's es famoso. —Lo pronunciaba de modo que rimara con *sicko*^[1], palabra que Brunetti había aprendido durante la última convención de la Interpol—. Es famoso por el *gelato*.

Brunetti tardó un momento en prever lo que podía ocurrir ahora. En cuanto lo advirtió, tomó un rápido sorbo del grog, que le escaldó la lengua. Pacientemente, empezó a agitar vigorosamente la bebida con la cucharilla, haciéndola saltar contra la pared del vaso, con la esperanza de que así se enfriara antes.

—Ah, me parece que ya sé dónde está. En esas cosas con tapadera redonda —dijo la primera, acercándose a Brunetti y mirando por encima del mostrador hacia el lugar en el que se encontraban las existencias del famoso *gelato* de Nico's, muy limitadas por imperativo de la estación, en las cosas que tenían tapadera redonda—. ¿De qué lo quieres?

—¿Te parece que tendrán bayas del páramo?

—No; en Italia, no creo.

—Supongo que no. Me parece que valdrá más ir a lo básico.

El camarero se acercó con una amplia sonrisa dedicada a tanta belleza y esplendorosa salud, para no hablar del coraje.

—¿Si? —preguntó afablemente.

—¿Tiene *gelato*? —preguntó una de las muchachas, pronunciando la última palabra en voz alta y firme, aunque defectuosamente.

El camarero que, al parecer, estaba acostumbrado al proceso, extendió rápidamente un brazo hacia atrás y, sin volverse, extrajo dos cucuruchos de una alta columna que tenía en el mostrador.

—¿Qué sabor? —preguntó en un inglés aceptable.

—¿Qué sabores tiene?

—*Vaniglia, cioccolato, fragola, fior di latte e tiramisù.*

Las muchachas se miraron desconcertadas.

—Creo que vale más ir a lo básico, ¿no? —dijo una. Brunetti ya no podía distinguir las, por la monotonía de sus voces nasales.

—Sí, vale más.

La primera dijo al camarero:

—*Due* vanilla y chocolatto, por favor.

Al momento, estuvo cumplido el encargo y los cucuruchos cambiaron de mano. Brunetti buscó consuelo en un largo sorbo de grog, manteniendo el vaso semilleno debajo de la nariz después del trago.

Las muchachas tenían que quitarse los guantes para sujetar el cucurucho, y una sostuvo los dos helados mientras la otra sacaba del bolsillo las cuatro mil liras. El barman les dio servilletas, quizá con intención de inducir las a permanecer dentro del local mientras se comían el helado, pero las muchachas no se amilanaban. Tomaron las servilletas, envolvieron cuidadosamente con ellas la base del cucurucho, empujaron la puerta y desaparecieron en el crepúsculo. Llenó el bar el lúgubre retumbar del choque de otra embarcación contra el muelle.

El barman miró a Brunetti. Brunetti miró al barman. No dijeron palabra. Brunetti terminó el grog, pagó y se fue.

Ya era de noche, y a Brunetti le urgía verse en casa, a resguardo del frío y del viento que seguía azotando el muelle. Cruzó por delante del consulado francés y cortó por el hospital Giustiniani, vertedero de ancianos, camino de su casa. Como andaba deprisa, no tardó más de diez minutos en llegar. El portal olía a humedad, pero la acera aún estaba seca. Las sirenas que anunciaban *acqua alta* habían sonado a las tres de la madrugada, despertándolos a todos, pero la marea había bajado antes de que el agua se filtrara por las grietas del pavimento. Faltaban sólo unos días para la luna llena y en el Norte, por Friuli, había llovido mucho, de modo que era probable que aquella noche se produjera la primera gran inundación del año.

En lo alto de la escalera, dentro de casa, encontró lo que buscaba: calor, el aroma de una mandarina recién pelada y la certeza de que Paola y los niños ya estaban allí. Colgó el abrigo del perchero al lado de la puerta y entró en la sala. Allí vio a Chiara, de codos en la mesa, sosteniendo un libro abierto con una mano y metiéndose gajos de mandarina en la boca con la otra. Cuando él entró, la niña lo miró, sonrió ampliamente y le tendió un gajo de mandarina.

—*Ciao, papà.*

Él cruzó la habitación, notando con gusto el calor y percibiendo de pronto los fríos que tenía los pies. Se acercó a la mesa agachándose lo suficiente para que su hija le metiera un gajo de mandarina en la boca. Luego otro, y otro. Mientras él masticaba, ella se terminó el resto de la fruta que tenía en un plato a su lado.

—Papá, tú sostienes la cerilla —dijo ella extendiendo el brazo hacia una carterita de fósforos que estaba encima de la mesa y dándosela. Él, obediente, arrancó un fósforo, lo encendió y lo acercó a Chiara, que eligió un trozo de piel de mandarina del montón que tenía a su lado y lo dobló junto a la llama proyectando una nubecita de aceite que chisporroteó con destellos de colores—. *Che bella* —dijo abriendo mucho los ojos con una admiración que, por muchas veces que repitieran la operación, no disminuía.

—¿Queda alguna? —preguntó él.

—No, papá, era la última. —Él se encogió de hombros, pero no sin que una expresión de disgusto le asomara a la cara—. Siento habérmelas comido todas, papá. Pero hay naranjas. ¿Te pelo una?

—No, tesoro, no importa. Esperaré hasta la hora de cenar. —Ladeó el cuerpo hacia la derecha, tratando de ver la cocina—. ¿Dónde está la *mamma*?

—En su estudio —dijo Chiara volviendo al libro—. Y de muy mal humor. No sé cuándo cenaremos.

—¿Cómo sabes que está de mal humor?

Ella lo miró y luego puso los ojos en blanco.

—Papá, no seas tonto. No hay que ser un lince para darse cuenta. Ha dicho a Raffi que no podía ayudarle con los deberes y a mí me ha gritado porque esta mañana no he bajado la basura.

—Chiara apoyó la barbilla en los puños mirando al libro—. Me revienta cuando se pone así.

—Últimamente tiene muchos problemas en la universidad, Chiara.

Ella volvió una página.

—Claro, tú siempre la defiendes. Pues te aseguro que es una lata.

—Hablaré con ella. A ver si consigo algo. —Los dos sabían que esto era poco probable, pero, siendo como eran los optimistas de la familia, se miraron sonriendo ante la posibilidad.

Ella volvió a encorvarse sobre el libro. Brunetti se inclinó, le dio un beso en la coronilla y salió de la sala, no sin encender la luz del techo. Al extremo del pasillo, se paró frente a la puerta del estudio de Paola. Hablar con ella casi nunca servía de algo, pero a veces escucharla daba resultado. Llamó a la puerta.

—*Avanti* —gritó ella, y él empujó la puerta. Lo primero que observó, incluso antes de ver a Paola de pie delante de la vidriera de la terraza, fue el caos de la mesa. Papeles, libros y revistas esparcidos, unos abiertos, otros cerrados, unos metidos en otros marcando páginas. Había que ser muy iluso o muy miope para considerar a Paola una persona pulcra y ordenada, pero este revoltijo colmaba su ya de ordinario tolerante medida. Ella se volvió de espaldas a la vidriera y, al observar la forma en que él miraba la mesa, explicó:

—Estaba buscando una cosa.

—¿A quién mató a Edwin Drood? —preguntó él, aludiendo a un artículo que ella se había pasado tres meses escribiendo el año anterior—. Creí que ya lo habías encontrado.

—Déjate de bromas, Guido —dijo ella con aquella voz que le salía cuando el humor de Guido era tan bien recibido como en una boda el antiguo novio de la desposada—. Me he pasado casi toda la tarde tratando de localizar una cita.

—¿Para qué la necesitas?

—Para una clase. Quiero empezar con esa cita, y necesito decirles de dónde la he sacado, de modo que tengo que encontrar la fuente.

—¿De quién es?

—Del Maestro —respondió ella, y Brunetti observó que se le empañaban los ojos, como le ocurría cada vez que se refería a Henry James. ¿Tendría sentido estar celoso?, se preguntaba. Celoso de un hombre que, por lo que Paola le había contado, no sólo fue incapaz de decidir cuál era su nacionalidad sino también cuál era su sexo.

Hacía veinte años que duraba esto. El Maestro había ido con ellos en el viaje de novios, estaba en el hospital cuando nacieron sus dos hijos y los acompañaba en todas las vacaciones. Henry James, fornido, flemático, poseedor de una prosa que había resultado impenetrable para Brunetti tantas veces como había intentado leerlo, tanto en inglés como en italiano, parecía ser el otro hombre de la vida de Paola.

—¿Qué cita es?

—Es una frase que dijo siendo ya viejo, en respuesta a alguien que le preguntaba qué le había enseñado la experiencia.

Brunetti sabía lo que se esperaba de él ahora. Y procuró no defraudar.

—¿Qué dijo? —preguntó.

—«*Be kind and then be kind and then be kind.*»^[2]

La tentación resultó irresistible para Brunetti.

—¿Con o sin comas?

Ella le lanzó una mirada torva. Evidentemente, no era momento para bromas y menos a costa del Maestro. En un intento por rehabilitarse a los ojos de su esposa, él dijo:

—Parece una cita un poco extraña para empezar una clase de literatura.

Ella vaciló entre hacer prevalecer la observación sobre las comas o pasar directamente a la siguiente. Afortunadamente para él, ya que aquella noche no quería quedarse sin cenar, su esposa respondió a la segunda.

—Mañana empezamos con Whitman y Dickinson, y yo esperaba que la cita sirviera para apaciguar a algunos de los más temibles de la clase.

—*Il piccolo marchesino*?—preguntó él, menospreciando con el diminutivo a Vittorio, vástago y heredero del *marchese* Francesco Bruscoli. Al parecer, Vittorio había sido persuadido de dar por concluida su asistencia a las universidades de Boloña, Padua y Ferrara y, hacía seis meses, había acabado en Cà Foscari, tratando de licenciarse en Filología Inglesa, no porque sintiera interés o entusiasmo por la literatura ni por algo que estuviera relacionado con la palabra escrita sino, simplemente, porque las *nannies* inglesas que lo cuidaban le habían enseñado el idioma.

—Es un pedazo de cerdo con una mente abyecta —dijo Paola con vehemencia—. Un vil degenerado.

—¿Qué es lo que ha hecho ahora?

—Oh, Guido, no es lo que hace, sino lo que dice y cómo lo dice. Los comunistas, el aborto, los gays. No hay más que mencionar una de estas palabras para que se dispare como un torrente de lodo, diciendo que es una suerte que el comunismo haya sido derrotado en Europa, que el aborto es pecado mortal, que los gays... —Agitó la mano hacia la ventana, como si pidiera a los tejados que comprendieran—. Que habría que llevarlos a todos a campos de concentración y a los enfermos de sida, aislarlos. Hay momentos en los que de buena gana le daría una bofetada —agregó, volviendo a agitar la mano, pero terminando el movimiento, según advirtió ella misma, sin energía.

—¿Cómo es que se habla de esas cosas en una clase de literatura, Paola?

—Ocurre pocas veces —admitió ella—, pero oigo lo que dicen de él otros profesores. Tú no lo conoces, ¿verdad?

—Conozco al padre.

—¿Cómo es?

—Por lo visto, poco más o menos, lo mismo. Simpático, rico, guapo. Y nefasto.

—Eso es lo malo. Que es guapo y rico, y muchos de sus compañeros se mueren por andar por ahí con un *marchese*, aunque sea un mierdecita. Y lo imitan y repiten sus opiniones.

—Pero, ¿por qué te preocupa ahora?

—Porque mañana empezamos a estudiar a Whitman y a Dickinson, ya te lo he dicho.

Brunetti sabía que eran poetas; lo que había leído del primero no le había gustado y a Dickinson la encontraba difícil pero lo que había podido comprender le parecía magnífico. Movié la cabeza a derecha e izquierda, pidiendo explicación.

—Whitman era gay y Dickinson, probablemente, lesbiana.

—¿Y eso no se ajusta a los cánones de conducta que *il marchesino* considera aceptables?

—Para decirlo con la mayor suavidad —respondió Paola—. Por eso quería empezar con esa cita.

—¿Crees que pueda servir de algo?

—Probablemente, no —reconoció ella, sentándose a la mesa y empezando a ordenar el desbarajuste.

Brunetti se instaló en un sillón arrimado a la pared y extendió las piernas. Paola cerraba libros y apilaba revistas.

—Hoy he tenido una muestra de eso.

Ella interrumpió la tarea y lo miró.

—¿A qué te refieres?

—A una persona a la que no le gustan los homosexuales. —Hizo una pausa y agregó—: Patta.

Paola cerró los ojos un segundo y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—¿Te acuerdas de la *dottoressa* Lynch?

—¿La norteamericana? ¿La que está en China?

—Sí a lo primero y no a lo segundo. Ha regresado. Hoy la he visto en el hospital.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Paola en tono de verdadera preocupación, con las manos bruscamente inmóviles sobre sus libros.

—Una paliza. Dos hombres fueron a su casa el domingo, dijeron que iban a llevar unos papeles,

ella les abrió y la golpearon.

—¿Está grave?

—No todo lo grave que podría estar, afortunadamente.

—¿Y eso qué representa, Guido?

—Una fisura en la mandíbula, varias costillas rotas y contusiones.

—Si te parece poco, me asusta pensar lo que tú considerarías grave —dijo Paola y preguntó—: ¿Quién lo ha hecho? ¿Por qué?

—Quizá por algo relacionado con el museo, pero también podría ser por lo que mis colegas norteamericanos se empeñan en llamar su «estilo de vida».

—¿Te refieres al hecho de que sea lesbiana?

—Sí.

—Pero eso es demencial.

—De acuerdo. Pero real.

—¿Ya ha llegado aquí? —La pregunta era puramente retórica—. Creí que esas cosas sólo pasaban en Norteamérica.

—Progresamos, cariño.

—¿Qué te hace pensar que sea ésa la razón?

—Me ha dicho que esos hombres conocían su relación con la *signora* Petrelli.

Paola nunca perdía ocasión de generalizar:

—Antes de que se fuera a China hace años, te hubiera costado trabajo encontrar en todo Venecia a una sola persona que no estuviera enterada de eso.

Brunetti, más cauto, protestó:

—Eso es una exageración.

—Quizá. Pero la gente hablaba —insistió Paola.

Brunetti, después de contradecir a su esposa una vez, juzgó más prudente callar. Además, el hambre iba en aumento, y quería su cena.

—¿Por qué no han dicho nada los periódicos? —preguntó ella bruscamente.

—Ocurrió el domingo. Yo no me había enterado hasta esta mañana y aún porque alguien vio su nombre en el informe. Lo habían pasado a la rama uniformada y se trataba como un caso de rutina.

—¿Rutina? —repitió ella con asombro—. Guido, aquí no pasan esas cosas.

Brunetti optó por no volver a hablar de progreso, y Paola, al comprender que no iba a darle más explicaciones, volvió a mirar los papeles de la mesa.

—No puedo perder más tiempo buscando eso. Tendré que pensar en otra cosa.

—¿Por qué no mientes? —sugirió Brunetti con desenfado.

Paola levantó la cabeza con un movimiento brusco para mirar a su marido:

—¿Qué quieres decir?

A él le parecía evidente.

—Piensa en un libro en el que pudiera estar y diles que está ahí.

—¿Y si han leído el libro?

—También escribió un montón de cartas, ¿no? —A Brunetti esto le constaba, ya que las cartas habían ido con ellos a París dos años antes.

—¿Y si me preguntan qué carta?

Él no se dignó responder a pregunta tan estúpida.

—A Edith Wharton, el 26 de julio de 1906 —dijo ella de inmediato, y Brunetti reconoció en su voz aquella nota de absoluta certeza en que ella se apoyaba para proferir sus invenciones más descabelladas.

—A mí me suena bien —sonrió él.

—A mí también. —Paola cerró el último de los libros, miró el reloj y luego a Guido.

—Casi las siete. Hoy Gianni tenía unas chuletas de cordero muy hermosas. Ven conmigo a la cocina y te tomas un vaso de vino mientras las aso.

Brunetti recordó entonces que Dante había castigado a los malos consejeros rodeándolos de

grandes lenguas de fuego en las que debían arder por toda la eternidad. Pero no había hablado de chuletas de cordero.

Cuando, al día siguiente, apareció por fin la noticia, estaba encabezada por el titular: «Intento de robo en Canareggio» y hacía el relato escueto de los hechos. Se decía de Brett que era una especialista en arte chino que había regresado a Venecia para solicitar del Gobierno italiano una subvención para las excavaciones de Xian, donde coordinaba el trabajo de arqueólogos chinos y occidentales. Seguía una breve descripción de los dos presuntos ladrones que habían fracasado en su propósito, a causa de la fortuita presencia en el apartamento de la *dottoressa* Lynch de una «*amica*» no identificada. Al leer esta explicación, Brunetti se preguntó cuál sería la identidad del «*amico*» que había omitido el nombre de Flavia. Podía ser cualquiera, desde el alcalde de Venecia hasta el director de La Scala, deseoso de proteger a su *prima donna* de una publicidad potencialmente perjudicial.

Al llegar a la *questura*, el comisario, camino de su despacho, pasó por el de la *signorina* Elettra. Hoy las fresias habían sido sustituidas por un ramo de luminosas calas. La joven levantó la cabeza cuando él entró y, sin preocuparse de darle los buenos días, informó:

—El sargento Vianello me ha pedido que le diga que en Mestre no hay nada. Que ha hablado con varias personas y que ninguna sabe nada del ataque. Por otra parte —agregó mirando un papel que tenía encima de la mesa—, en ninguno de los hospitales de la zona han atendido a nadie de un corte en el brazo. —Antes de que él pudiera preguntar, terminó—: Y nada de Roma, todavía, acerca de las huellas dactilares.

Por consiguiente, a falta de pistas, Brunetti consideró llegado el momento de ver qué más podía averiguar de Semenzato.

—Usted había trabajado en la Banca d'Italia, ¿verdad, *signorina*?

—Sí, señor.

—¿Conserva amistades allí?

—Y también en otros bancos. —La *signorina* Elettra no pecaba de modesta.

—¿Cree que podría tejer con su ordenador una fina red para ver qué puede encontrar acerca de Francesco Semenzato? Cuentas bancarias, valores, inversiones de cualquier tipo...

La respuesta fue una sonrisa cómplice tan amplia que hizo preguntarse a Brunetti a qué velocidad debían de viajar las noticias en la *questura*.

—Nada más fácil, *dottore*. ¿Y quiere que me informe también sobre la esposa? Tengo entendido que es siciliana.

—Sí; también sobre la esposa.

Antes de que él pudiera preguntar, ella explicó:

—En el banco tienen dificultades con las líneas telefónicas, por lo que quizá no pueda saber algo hasta mañana por la tarde.

—¿Puede usted revelar su fuente, *signorina*?

—Es alguien que tiene que esperar a que el jefe del sistema informático del banco se vaya a su casa —dijo ella únicamente.

—Está bien —respondió Brunetti, dándose por satisfecho con la explicación—. También me gustaría que llamara a la Interpol de Ginebra. Puede preguntar por...

Ella lo atajó, pero con una sonrisa.

—Ya tengo la dirección, comisario. Y me parece que ya sé por quién tengo que preguntar.

—¿Heinegger? —preguntó Brunetti, dando el nombre del capitán que dirigía la oficina de investigaciones financieras.

—Eso es, Heinegger —dijo ella, dando la dirección y el número de fax.

—¿Cómo ha podido informarse tan pronto, *signorina*? —preguntó Brunetti, francamente sorprendido.

—En mi anterior empleo tenía tratos con él —respondió ella con naturalidad.

Brunetti, a pesar de ser policía, prefirió no tratar de averiguar en aquel momento qué relación existía entre la Banca d'Italia y la Interpol.

—Así pues, ya sabe lo que tiene que hacer —fue todo lo que se le ocurrió decir.

—Tan pronto como llegue la respuesta de Heinegger se la subiré —dijo ella, volviendo a su

ordenador.

—Sí, muchas gracias. Buenos días, *signorina*. —El comisario dio media vuelta y salió del despacho, pero no sin antes lanzar otra mirada a las flores, que se recortaban en el vano de la ventana abierta.

La lluvia de los últimos días había cesado, alejando la amenaza inmediata del *acqua alta* y dejando tras de sí unos cielos cristalinos, por lo que no había que contar con encontrar en casa a Lele, que estaría en cualquier sitio menos allí, pintando. Brunetti decidió ir al hospital para hablar con Brett, ya que no acababa de comprender las razones que la habían hecho regresar desde el otro lado del mundo.

Cuando entró en la habitación, su reacción inmediata fue pensar que la *signorina* Elettra había pasado por allí: masas de flores inundaban de color todas las superficies horizontales disponibles. Rosas, lirios, azucenas y orquídeas adornaban la habitación con su exquisita presencia, y la papelera rebosaba de los envoltorios de Fantin y Biancat, las dos floristerías en las que solían comprar los venecianos. Brunetti observó que también norteamericanos o, cuando menos, extranjeros, habían rendido su tributo floral, ya que a ningún italiano podía habersele ocurrido enviar a una persona enferma o herida aquellos gigantescos ramos de crisantemos, flores que en Italia se ofrendan exclusivamente a los difuntos. Se sentía incómodo con tantos crisantemos en una habitación de hospital, pero trató de sobreponerse y desechar la sensación, que le parecía fruto de una burda superstición.

Las dos mujeres estaban en la habitación, tal como él esperaba y deseaba; Brett, incorporada en la cama, que había sido levantada por la parte superior, con la cabeza entre dos almohadas, y Flavia, sentada en una silla a su lado. Esparcidos sobre la cama había varios bocetos de mujeres ataviadas con unos trajes largos y complicados. Todas llevaban una diadema que era una explosión solar de pedrería. Al entrar él, Brett levantó la mirada de los figurines y movió mínimamente los labios; la sonrisa estaba toda en los ojos. Flavia, al cabo de un momento, lo saludó a su vez, pero con más tibieza.

—Buenos días —dijo él, y miró los dibujos. La orla ondulada de dos de los vestidos les daba un aire oriental. Pero, en lugar de los dragones de rigor, las telas tenían dibujos abstractos de unos colores que contrastaban vivamente entre sí, pero no con disonancia sino con armonía.

—¿Qué son? —inquirió él con curiosidad y mientras lo decía comprendió que hubiera debido empezar por preguntar a Brett cómo estaba.

—Bocetos para el nuevo Turandot de La Scala.

—¿Así que lo cantará usted? —preguntó. A pesar de que la presentación de la ópera estaba anunciada para la temporada siguiente, hacía semanas que aparecían rumores en la prensa. La soprano cuyo nombre se había «insinuado» como «posible elección» —éstas eran las expresiones que se utilizaban en La Scala— había dicho que la posibilidad le parecía interesante y que la tomaba en consideración, lo que significaba que no tenía ni la menor intención de aceptar. Se habló después de la posibilidad de que se eligiera a Flavia Petrelli, que no tenía la ópera en su repertorio, y hacía sólo dos semanas ella había difundido un comunicado de prensa en el que declaraba que se negaba categóricamente a plantearse siquiera la posibilidad, lo cual equivalía a una aceptación todo lo formal que cabía esperar de una soprano.

—Debería usted saber que no hay que tratar de resolver los enigmas de Turandot—dijo Flavia con falso desenfado, dando a entender con ello que él había visto lo que no debía. Entonces se inclinó y recogió los bocetos. Rápidamente traducidos, ambos mensajes significaban que él no debía decir nada de aquello.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Brunetti a Brett finalmente.

Aunque ya no tenía los maxilares unidos, Brett sonreía de un modo mecánico, abriendo mucho los labios y doblando las comisuras hacia arriba, como idiotizada.

—Mejor. Un día más, y a casa.

—Dos días —rectificó Flavia.

—Un día o dos —admitió Brett. Al verlo todavía con el abrigo, dijo—: Perdone. Siéntese.

—Señalaba una silla que estaba detrás de Flavia. Él la acercó a la cama, dobló el abrigo sobre el

respaldo y se sentó.

—¿Podríamos hablar de lo que ocurrió? —dijo él, abarcando a ambas mujeres con la pregunta.

Brett preguntó con extrañeza:

—Pero, ¿no habíamos hablado ya de ello?

Brunetti asintió y preguntó:

—¿Qué le dijeron? Exactamente. ¿Puede recordarlo?

—¿Exactamente? —repitió ella, desconcertada.

—¿Hablaron lo suficiente como para permitirle deducir de dónde eran? —insistió Brunetti.

—Comprendo —dijo Brett. Cerró los ojos y regresó momentáneamente al recibidor del apartamento, evocó a los hombres, sus caras y sus voces—. Sicilianos. Por lo menos, el que me pegó. Del otro no estoy tan segura. Habló muy poco. —Miró a Brunetti—. ¿Es importante?

—Podría ayudarnos a identificarlos.

—Así lo espero —terció Flavia sin dejar entrever si sus palabras traducían un reproche o un deseo.

—¿Reconocieron alguna de las fotos? —preguntó Brunetti, aunque estaba seguro de que, de ser así, el agente que les había mostrado las fotos de los hombres que correspondían a las descripciones que ellas habían hecho, se lo hubiera notificado.

Flavia movió la cabeza negativamente y Brett dijo:

—No.

—Dijo que le advirtieron que no acudiera a una cita con el doctor Semenzato. Luego usted habló de cerámicas de la exposición de China. ¿Se refería a la que se celebró en el *palazzo* Ducal?

—Sí.

—Recuerdo —dijo Brunetti—. La organizó usted, ¿verdad?

Ella, sin darse cuenta de lo que hacía, movió la cabeza afirmativamente, y tuvo que apoyarla en las almohadas y esperar a que la habitación dejara de dar vueltas antes de responder:

—Algunas de las piezas procedían de nuestro yacimiento de Xian. Los chinos me designaron para que actuara de enlace. Conozco a bastante gente. —A pesar de que le habían quitado los alambres, movía la mandíbula con precaución; acompañaba sus palabras un zumbido sordo que le resonaba en los oídos.

Flavia se puso a hablar por ella, explicando:

—La exposición se presentó primero en Nueva York y de allí pasó a Londres. Brett fue a Nueva York para la inauguración y volvió para la clausura. Tenía que disponer el transporte a Londres. Pero antes de la inauguración en Londres la llamaron de China porque había ocurrido algo en la excavación. —Miró a Brett y preguntó—: ¿Qué pasó, *cara*?

—El tesoro.

Al parecer, esto bastó para refrescar la memoria a Flavia.

—Habían despejado el pasadizo de la cámara funeraria, y llamaron a Brett a Londres y le dijeron que debía volver para supervisar la excavación de la tumba.

—¿Quién se encargó de montar la exposición aquí, en Venecia?

Esta vez contestó Brett.

—Me encargaba yo, regresé de China tres días antes de que se clausurara en Londres. Y viajé hasta Venecia con las piezas. —Cerró los ojos, y Brunetti pensó que estaba fatigada de tanto hablar, pero los abrió enseguida y prosiguió—: Me marché antes de que la exposición se clausurara, y ellos se encargaron de enviar las piezas a China.

—¿Ellos? —preguntó Brunetti.

Brett miró a Flavia antes de contestar:

—Estaban aquí el *dottor* Semenzato y mi ayudante, que vino de China para desmontar la exposición y enviarlo todo de vuelta.

—¿Usted no estaba?

Ella volvió a mirar a Flavia antes de responder:

—No; no pude venir. No había vuelto a ver las piezas hasta este invierno.

—¿Cuatro años después? —preguntó Brunetti.

—Sí —respondió ella, y agitó una mano como si el ademán hubiera de ayudarla a explicarlo—. Durante el viaje de regreso, el cargamento quedó retenido. Y otra vez al llegar a Pekín. Culpa del papeleo. Fue a parar a un almacén de aduanas de Shanghai y allí estuvo dos años. Las piezas de Xian no llegaron hasta hace dos meses. —Brunetti observó cómo elegía las palabras cuidadosamente para explicarlo—: Pero no eran las mismas. Eran copias. No el soldado ni la cota de malla de jade, que eran los originales, sino las cerámicas. Me di cuenta pero no podía demostrarlo hasta que hiciera las pruebas, y en China no disponía de los medios necesarios.

Brunetti, por la mirada ofendida que le había lanzado Lele, sabía que no debía preguntar cómo había descubierto ella que las piezas eran falsas. Lo sabía, sencillamente. Ya que no podía preguntar el cómo, preguntaría, por lo menos, el cuánto.

—¿Cuántas eran las piezas falsas?

—Tres. Quizá cuatro o cinco. Sólo del yacimiento de Xian, donde yo estoy.

—¿Y las otras piezas de la exposición?

—No lo sé. Ésa no es pregunta que pueda hacerse en China.

Flavia seguía la conversación mirando a uno y otro mientras hablaban, sin mostrar sorpresa, de lo que se deducía que ya estaba enterada.

—¿Qué ha hecho usted? —preguntó Brunetti.

—Hasta ahora, nada.

Brunetti se dijo que, puesto que la conversación tenía lugar en un hospital y ella le hablaba con los labios tumefactos, tal respuesta no podía ser del todo exacta.

—¿A quién se lo ha dicho?

—Sólo a Semenzato. Le escribí desde China hace tres meses que varias de las piezas recibidas eran falsas. Le dije que quería hablar con él.

—¿Y él qué respondió?

—Nada. No contestó mi carta. Esperé tres semanas y traté de llamar por teléfono, pero no es fácil, desde China. Así que vine para hablar con él.

¿Así, sin más? ¿Como no puedes comunicar por teléfono, te subes a un avión y atraviesas medio mundo para hablar con una persona?

Como si le hubiera leído el pensamiento, ella dijo:

—Se trata de mi reputación. Soy responsable de esas piezas.

Aquí intervino Flavia.

—Esas piezas pueden haber sido sustituidas en China. No tiene por qué haber ocurrido aquí. Y no se te puede hacer responsable de lo que ocurriera cuando llegaron allí. —Había animadversión en la voz de Flavia, y a Brunetti le pareció interesante que se mostrara celosa nada menos que de un país.

Su tono no pasó inadvertido a Brett, que respondió ásperamente.

—No importa dónde ocurriera; lo que importa es que ocurrió.

Para crear una distracción y recordando lo que Lele había dicho sobre lo que es «saber» si una cosa es falsa o auténtica, Brunetti, el policía, preguntó:

—¿Tiene pruebas?

—Sí —empezó Brett, con la voz más ronca que cuando él había llegado.

Flavia, al oírla, interrumpió la conversación volviéndose hacia Brunetti.

—Creo que ya es suficiente, *dottor* Brunetti.

Él miró a Brett y tuvo que darle la razón. Los hematomas de la cara parecían ahora más oscuros y ella estaba más postrada que cuando él había entrado. Brett le sonrió y cerró los ojos.

Él no insistió.

—Lo siento, *signora* —dijo a Flavia—. De todos modos, esto no puede esperar.

—Por lo menos, hasta que esté otra vez en casa —dijo Flavia.

Él miró a Brett, buscando su opinión, pero ella dormía, con la cabeza ladeada y la boca abierta.

—¿Mañana?

Flavia parecía reacia pero al fin accedió:

—Sí.

Él se levantó y tomó el abrigo del respaldo de la silla. Flavia fue con él hasta la puerta.

—No está preocupada sólo por su reputación, ¿sabe? —dijo—. Yo no lo entiendo, pero para ella es muy importante que esas piezas vuelvan a China —terminó moviendo la cabeza con evidente perplejidad.

Siendo Flavia Petrelli una de las mejores cantantes e intérpretes dramáticas del momento, Brunetti sabía que era imposible adivinar cuándo hablaba la actriz y cuándo, la mujer. Suponiendo que ahora era sincera, respondió:

—Lo sé. Y es una de las razones por las que quiero aclarar esto.

—¿Y las otras razones? —preguntó ella con suspicacia.

—No trabajaría mejor si lo hiciera por motivos personales, *signora* —dijo él, poniendo fin con estas palabras a la breve tregua que ambos habían mantenido. Se puso el abrigo y salió de la habitación. Flavia se quedó quieta, mirando a Brett, luego volvió junto a la cama, se sentó en su silla y otra vez se puso a mirar los bocetos.

Al salir del hospital, Brunetti vio que el cielo se había cubierto y había entrado en la ciudad un fuerte viento del Sur. Se notaba en el aire una humedad que presagiaba lluvia, lo que significaba que quizá aquella noche los despertara el bramido estridente de las sirenas. Él aborrecía el *acqua alta* con todo el encono de los venecianos, y ya se indignaba al pensar en los turistas que se apiñarían en las pasarelas boquiabiertos, riendo, señalando, haciendo fotos y cortando el paso a la gente que tenía que ir a trabajar o hacer la compra y no deseaba sino verse otra vez cuanto antes en sitio seco, lejos del trastorno, la suciedad y la irritación general que las aguas imparable traían a la ciudad. Él calculaba que, en su recorrido habitual, sólo encontraría agua al cruzar el *campo* San Bartolomeo, al pie del puente de Rialto. Afortunadamente, la zona que rodeaba la *questura* estaba relativamente alta y no la afectaban sino las peores inundaciones.

Brunetti se subió el cuello del abrigo y agachó la cabeza sintiendo el empujón del viento en la espalda; ahora le pesaba no haberse puesto un pañuelo al cuello aquella mañana. Cuando cruzaba por detrás de la estatua de Colleoni, a sus pies se estrellaron en el pavimento los primeros goterones. La única ventaja del viento era que hacía que la lluvia cayera muy en diagonal, con lo que un lado de la estrecha calle quedaba protegida por los aleros de las casas. Los que habían sido más precavidos que él llevaban paraguas y caminaban bien protegidos, sin preocuparse de los viandantes menos afortunados que tenían que desviarse o agacharse para sortearlos.

Brunetti llegó a la *questura* con los hombros del abrigo calados y los zapatos empapados. En su despacho, se quitó el abrigo y lo puso en una percha que colgó de la barra de la cortina, encima del radiador. Quien mirara la ventana desde el otro lado del canal quizá creyera ver a un hombre que se había ahorcado en su despacho. Si el observador trabajaba en la *questura*, su primer impulso sería contar los pisos, para ver si aquélla era la ventana de Patta.

Encima de la mesa, Brunetti encontró una única hoja de papel, un informe de la Interpol de Ginebra que decía que no tenían ficha ni información acerca de Francesco Semenzato. Debajo del texto pulcramente mecanografiado había unas palabras manuscritas: «Circulan rumores, nada concreto. Preguntaré por ahí.» Y al pie, un garabato en el que reconoció la firma de Piet Heinegger.

A media tarde sonó el teléfono. Era Lele, que decía que había podido hablar con varios amigos, incluido el de Birmania. Ninguno se había mostrado dispuesto a decir algo concreto de Semenzato, pero Lele había deducido que existía la impresión de que el director del museo estaba involucrado en el negocio de antigüedades. No en calidad de comprador sino de vendedor. Uno de sus informantes tenía entendido que Semenzato había invertido en una tienda de antigüedades, pero no sabía más, ignoraba dónde estaba y quién pudiera ser el propietario oficial. —Eso apunta a un conflicto de intereses —dijo Brunetti—. Comprar objetos al socio con dinero del museo.

—No sería el único —musitó Lele, pero Brunetti prefirió no darse por enterado del comentario—. Y otra cosa —agregó el pintor.

—¿Qué?

—Cuando hablé de un robo de obras de arte, uno me dijo que había oído hablar de un coleccionista muy importante de Venecia.

—¿Semenzato?

—No —respondió Lele—. No lo pregunté, pero como es sabido que me intereso por él estoy seguro de que, de tratarse de Semenzato, mi amigo me lo hubiera dicho.

—¿Dijo quién era?

—No. No lo sabía. Pero corre el rumor de que se trata de un caballero del Sur. —Lele lo dijo como si le pareciera imposible que un caballero pudiera ser del Sur.

—¿Pero de nombres, nada?

—No, Guido. De todos modos, seguiré preguntando.

—Muchas gracias. Te estoy muy agradecido, Lele. Eso no podría hacerlo yo.

—Desde luego —dijo Lele llanamente. Y, sin molestarse en decir «no hay de qué», terminó con un—: Si hay algo más, ya te llamaré —y colgó.

Brunetti, considerando que ya había trabajado lo suficiente por aquella tarde y deseando evitar que la llegada del *acqua alta* lo pillara a este lado de la ciudad, se fue pronto a casa y tuvo dos horas de quietud y soledad antes de que Paola llegara de la universidad. Venía chorreando porque la lluvia había arreciado y al entrar dijo que había utilizado la cita y mencionado la imaginaria fuente, pero aun así el temible *marchese* había conseguido estropear el efecto, al sugerir que un escritor como James, al que se atribuía tan buena reputación, hubiera podido ahorrarse redundancias tan banales. Mientras la escuchaba, Brunetti descubrió con sorpresa lo mucho que durante los últimos meses había llegado a aborrecer a este chico al que no había visto nunca. Como casi siempre, la comida y el vino disiparon el mal humor de Paola, y cuando Raffi se ofreció a fregar los platos, ella se mostró plenamente contenta y satisfecha.

A las diez ya estaban en la cama, ella, profundamente dormida ante una muestra de escritura estudiantil especialmente desafortunada y él, enfrascado en una nueva traducción de Suetonio. Había llegado al pasaje que describía a los niños que nadaban en la piscina de Tiberio en Capri cuando sonó el teléfono.

—*Pronto* —contestó, con la esperanza de que no fuera un asunto de la policía pero consciente de que, a las once menos diez, no podía ser otra cosa.

—Comisario, aquí Monico. —Brunetti recordó que el sargento Monico tenía el turno de noche aquella semana.

—¿Qué hay, Monico?

—Creo que ha habido un asesinato.

—¿Dónde?

—*Palazzo Ducale*.

—¿Quién?

—El director.

—¿Semenzato?

—Sí, señor.

—¿Qué ha ocurrido?

—Parece un atraco. La mujer de la limpieza lo ha encontrado hace unos diez minutos y ha bajado gritando a los guardias. Ellos han subido al despacho, lo han visto y nos han llamado.

—¿Qué han hecho ustedes? —Brunetti puso el libro en el suelo al lado de la cama y empezó a buscar la ropa con la mirada.

—Hemos llamado al *vicequestore* Patta, pero su esposa nos ha dicho que no estaba y que no sabía cómo localizarlo. —Cualquiera de las dos cosas, se dijo Brunetti, podía ser mentira—. Entonces he decidido llamarle a usted.

—¿Le han dicho algo más los guardias?

—Sí, señor. El que ha llamado ha dicho que había mucha sangre y que parecía que le habían golpeado en la cabeza.

—¿Ya estaba muerto cuando lo vio la mujer de la limpieza?

—Creo que sí, señor. El guardia dijo que cuando ellos subieron lo encontraron muerto.

—Está bien —dijo Brunetti, apartando la ropa de la cama—. Voy para allá. Envíe a quien tenga disponible. ¿Quién hay esta noche?

—Vianello, señor. Estaba de guardia conmigo en el turno de noche y ha salido para allá nada más recibirse la llamada.

—Bien. Llame al *dottor* Rizzardi y dígame que nos veremos allí.

—Sí, señor, iba a llamarle ahora mismo.

—Bien —dijo Brunetti haciendo girar el cuerpo y poniendo los pies en el suelo—. Llegaré en unos veinte minutos. Necesitamos a un equipo para las fotos y las huellas.

—Sí, señor. Avisaré a Pavese y a Foscolo en cuanto hable con el *dottor* Rizzardi.

—De acuerdo. Veinte minutos —dijo Brunetti y colgó. ¿Es posible sentirse horrorizado y no sorprendido, a pesar de todo? Una muerte violenta, sólo cuatro días después de que Brett fuera atacada con una brutalidad similar. Mientras se vestía y se ataba los cordones de los zapatos, Brunetti se exhortaba a no sacar conclusiones precipitadas. Dando la vuelta a la cama, se acercó

a Paola, se inclinó y la sacudió ligeramente por el hombro.

Ella abrió los ojos y lo miró por encima de las gafas que aún no hacía un año que usaba para leer. Llevaba una raída bata de franela comprada en Escocia diez años antes, y, encima, un cárdigan irlandés tejido a mano que sus padres le habían regalado una Navidad no menos lejana. Al verla así, mirándolo con ojos miopes, momentáneamente desorientada al ser sacada de su primer sueño con brusquedad, le recordó a las mujeres sin techo de mirada extraviada que en las noches de invierno se refugiaban en la estación del tren. Sintióse como un traidor por pensar eso, se inclinó más aún entrando en el círculo de luz de la lámpara de lectura y le dio un beso en la frente.

—¿La imperiosa llamada del deber? —preguntó ella, inmediatamente despierta.

—Sí. Semenzato. La mujer de la limpieza lo ha encontrado en su despacho del *palazzo* Ducale.

—¿Muerto?

—Sí.

—¿Asesinado?

—Eso parece.

Ella se quitó las gafas y las puso encima de los papeles esparcidos sobre la colcha.

—¿Has enviado a un agente a la habitación de la americana? —preguntó, dejando que él hallara la lógica de su rápida deducción.

—No —reconoció él—, pero lo enviaré en cuanto llegue al *palazzo*. No creo que esos se arriesguen a matar a dos una misma noche, de todos modos, enviaré a un hombre. —Con qué facilidad «esos» habían cobrado cuerpo, creados por su propia resistencia a creer en la casualidad y por la resistencia de Paola a creer en la bondad humana—. ¿Quién ha llamado?

—Monico.

—Bien —dijo ella. El nombre le era familiar, conocía al hombre—. Si quieres, le llamaré y le diré eso del agente.

—Gracias. No me esperes despierta. Esto llevará tiempo.

—Y esto también —dijo ella echando el cuerpo hacia adelante para recoger los papeles.

Él volvió a agacharse y esta vez la besó en los labios. Ella le devolvió el beso convirtiéndolo en un beso de verdad. Él se enderezó y ella lo sorprendió al abrazarse a su cintura y hundir la cara en su estómago. Dijo unas palabras ahogadas que él no comprendió. Suavemente le acarició el pelo, pero estaba pensando en Semenzato y cerámicas chinas.

Ella lo soltó, alargó la mano hacia las gafas y mientras se las ponía dijo:

—No olvides llevarte las botas.

Cuando el comisario Brunetti de la policía de Venecia llegó al escenario del asesinato del director del museo más importante de la ciudad, llevaba en la mano derecha una bolsa de plástico blanca con el nombre de un supermercado en letras rojas. Dentro de la bolsa había un par de botas de goma negras del cuarenta y dos compradas en Standa tres años antes. Lo primero que hizo al llegar al cuarto de los guardias, situado al pie de la escalera que conducía al museo, fue dejar la bolsa, diciendo al hombre que estaba allí que la recogería al salir.

El guardia, dejando la bolsa al lado de la mesa, dijo:

—Arriba está uno de sus hombres, comisario.

—Bien. Luego vendrán más. Y también el forense. ¿Alguien de la prensa?

—No, señor.

—¿Y la mujer de la limpieza?

—Han tenido que llevarla a su casa. No hacía más que llorar desde que vio la escena.

—¿Tan fuerte es?

El guardia movió la cabeza afirmativamente.

—Hay mucha sangre.

Una herida en la cabeza, recordó Brunetti. Sí, debía de haber mucha sangre.

—La mujer armará revuelo cuando llegue a su casa y eso quiere decir que alguien llamará a *Il Gazzettino* y vendrán periodistas. Procure mantenerlos aquí abajo, por favor.

—Lo intentaré, comisario, pero no sé si lo conseguiré.

—Que no suban —dijo Brunetti.

—Sí, señor.

Brunetti miró hacia el fondo del largo corredor donde se veía el arranque de una escalera.

—¿El despacho es por ahí?

—Sí, señor. Arriba, a la izquierda. Ya verá la luz al final del pasillo. Creo que en el despacho está su agente.

Brunetti dio media vuelta y se alejó por el pasillo. El eco de sus pasos reverberaba tétricamente en las paredes y en la escalera del fondo y volvía a él. El frío, el penetrante frío húmedo del invierno, se filtraba desde el suelo y las paredes de ladrillo del corredor. A su espalda, oyó un golpe seco de metal en piedra, pero no sonó ninguna voz, y él siguió pasillo adelante. La bruma nocturna había depositado una resbaladiza lámina de condensación en los anchos peldaños de piedra que ahora pisaba.

Al llegar arriba, fue hacia la izquierda, guiándose por la luz que salía de una puerta abierta al extremo del pasillo. A mitad de camino, gritó:

—¿Vianello?

Al momento apareció el sargento en la puerta, con un abrigo de lana gruesa del que asomaban unas botas de goma amarillo rabioso.

—*Buona sera, signore* —dijo levantando una mano en un saludo mitad oficial mitad social.

—*Buona sera*, Vianello. ¿Cómo está eso?

La curtida cara de Vianello permaneció impasible al contestar:

—Bastante mal, comisario. Al parecer, hubo lucha: el despacho está revuelto, sillas volcadas, lámparas destrozadas. Era corpulento, por lo que yo diría que han tenido que ser dos. Pero es sólo una primera impresión. Los del laboratorio podrán decirnos más. —Dio un paso atrás para dejar pasar a Brunetti.

Era lo que había dicho Vianello: una lámpara de pie había basculado hacia adelante y chocado contra la mesa sembrándola de los fragmentos de su pantalla de cristal; detrás del escritorio, un sillón estaba tumbado de lado y delante, una alfombra de seda se había fruncido y su largo fleco estaba enredado en el tobillo del hombre que yacía en el suelo a su lado. El caído estaba de bruces, con un brazo debajo del cuerpo y el otro extendido hacia adelante con la mano abierta y la palma hacia arriba, como si ya estuviera pidiendo clemencia en las puertas del cielo.

Brunetti miró la cabeza con su grotesca aureola de sangre y desvió la mirada rápidamente. Pero dondequiera que posara los ojos veía sangre: gotas en la mesa, un fino reguero que iba de la

mesa a la alfombra y cubriendo un ladrillo azul cobalto que estaba en el suelo a medio metro del muerto.

—El guardia de abajo ha dicho que es el *dottor* Semenzato —explicó Vianello en medio del silencio que emanaba de Brunetti—. La señora de la limpieza lo ha encontrado a eso de las diez y media. El despacho estaba cerrado por fuera, pero ella tiene llave y ha entrado a limpiar y a cerciorarse de que las ventanas estuvieran cerradas, y lo ha encontrado así.

Brunetti seguía sin decir nada, sólo se acercó a una de las ventanas y miró al patio del *palazzo* Ducale. Todo estaba en calma; las estatuas de los gigantes seguían custodiando la escalera, ni la sombra huidiza de un gato turbaba la escena bañada por la luna.

—¿Cuánto hace que ha llegado? —preguntó Brunetti.

Vianello se subió la bocamanga para mirar el reloj.

—Dieciocho minutos. Le he buscado el pulso, pero ya no le latía, y estaba frío. Yo diría que llevaba muerto por lo menos un par de horas, pero eso el médico nos lo dirá con más exactitud.

Hacia la izquierda, Brunetti oyó una sirena que rompía el silencio de la noche, y durante un momento pensó que era el equipo del laboratorio que llegaban en lancha haciendo el idiota. Pero la sirena subió de tono, su insistente aullido se hizo más agudo y estridente y luego, lentamente fue bajando hasta la nota primitiva. Era la sirena de San Marco que advertía a la ciudad dormida que las aguas estaban subiendo: había empezado el *acqua alta*.

Los dos hombres del equipo del laboratorio, cuya llegada real había quedado camuflada por la sirena, dejaron sus aparatos en el pasillo, delante del despacho. Pavese, el fotógrafo, asomó la cabeza y miró al hombre que estaba en el suelo. Sin mostrarse afectado por lo que veía, preguntó alzando la voz para hacerse oír sobre la sirena:

—¿Quiere una serie completa, comisario?

Brunetti se volvió de espaldas a la ventana al oír la voz y fue hacia el recién llegado, procurando no acercarse al cadáver antes de que fuera fotografiado y el suelo de alrededor, rastreado en busca de fibras, cabellos o señales de rozaduras. Ignoraba si esta precaución serviría de algo: demasiadas personas se habían acercado ya al cadáver de Semenzato y el escenario debía de estar contaminado.

—Sí, y en cuanto termine con las fotos, vean si hay fibras o pelos. Luego echaremos un vistazo.

Pavese no mostró irritación porque su superior le ordenara semejante obviedad y preguntó:

—¿Quiere de la cabeza una serie aparte?

—Sí.

El fotógrafo se aplicó a preparar sus aparatos. Foscolo, el otro miembro del equipo, ya había montado el pesado trípode sobre el que ahora fijaba la cámara. Pavese, en cuclillas, revolvía en su maleta entre carretes de película y delgados paquetes de filtro y por fin sacó un flash portátil del que pendía un grueso cable eléctrico. Entregó el flash a Foscolo y levantó el trípode. Su rápida ojeada profesional al cadáver le había bastado.

—Luca, haré un par de fotos de toda la habitación desde aquí y luego desde el otro lado. Debajo de la ventana hay un enchufe. Cuando tengamos las tomas de toda la habitación, nos situaremos ahí, entre la ventana y la cabeza. Quiero varias fotos de todo el cuerpo, luego usaremos la Nikon para hacer la cabeza. Me parece que es mejor el ángulo izquierdo. —Reflexionó un momento—. No necesitamos filtros. Para la sangre nos basta el flash.

Brunetti y Vianello esperaban fuera, junto a la puerta de la que brotaba el resplandor intermitente del flash.

—¿Le parece que han usado el ladrillo? —preguntó Vianello al fin.

Brunetti asintió.

—Ya ha visto cómo tiene la cabeza.

—Han querido asegurarse bien, ¿eh?

Brunetti recordó la cara de Brett y apuntó:

—O quizá sea que les gusta hacer eso.

—No lo había pensado —dijo Vianello—. Supongo que es posible.

Minutos después, Pavese asomó la cabeza.

—*Dottore*, hemos terminado con las fotos.

—¿Cuándo las tendrá listas? —preguntó Brunetti.

—Esta tarde, a eso de las cuatro, diría yo.

La respuesta de Brunetti dando conformidad a este plazo fue interrumpida por la llegada de Ettore Rizzardi, *medico legale*, venido en representación del Estado para declarar lo evidente, que el hombre estaba muerto, y sugerir la probable causa de la muerte, que en este caso no sería difícil determinar.

Al igual que Vianello, calzaba botas de goma, pero las suyas eran de un sobrio negro y sólo llegaban hasta el borde del abrigo.

—Buenas noches, Guido —dijo al entrar—. El guardia de abajo me ha dicho que se trata de Semenzato. —Cuando Brunetti asintió, el médico preguntó—: ¿Qué ha pasado?

En lugar de responder, Brunetti se hizo a un lado para que Rizzardi pudiera ver la forzada postura del cuerpo y los manchones y salpicaduras de sangre. Los técnicos habían empezado su trabajo, y ya unas cintas amarillo vivo rodeaban dos rectángulos del tamaño de una guía telefónica, en los que se apreciaban leves rozaduras.

—¿Ya se puede tocar? —preguntó Brunetti a Foscolo, que esparcía un polvo negro en la superficie de la mesa de Semenzato.

El técnico intercambió una mirada con su compañero, que ahora ponía la cinta alrededor del ladrillo azul. Pavese asintió.

Rizzardi fue el primero en acercarse al cadáver. Dejó el maletín en una silla, lo abrió y sacó un par de guantes de fino caucho. Se los puso, se agachó al lado del cuerpo y alargó la mano hacia el cuello del hombre, pero al ver la sangre que le cubría la cabeza cambió de idea y buscó la muñeca del brazo extendido. La carne que tocó estaba fría y la sangre que contenía, paralizada para siempre. Automáticamente, Rizzardi se subió el almidonado puño de la camisa y miró el reloj.

No había que buscar mucho para hallar la causa de la muerte: había dos hendiduras profundas en el parietal y, al parecer, una tercera en la frente, aunque ésta estaba parcialmente cubierta por el cabello de Semenzato que los impactos mortales habían hecho caer hacia adelante. Al inclinarse más aún, Rizzardi descubrió esquirlas de hueso dentro de una de las hendiduras, detrás de la oreja.

Rizzardi se puso de rodillas en busca de una mayor estabilidad y pasó una mano por debajo del cuerpo para ponerlo boca arriba. Ahora se veía la tercera hendidura, rodeada de tejido tumefacto y amoratado. Rizzardi levantó primero una y después otra de las manos del muerto.

—Fíjate en esto, Guido —dijo mostrando el dorso de la mano derecha. Brunetti se arrodilló al lado del médico para examinar la mano de Semenzato. Tenía los nudillos desollados y un dedo hinchado y doblado hacia un lado, con la falange rota—. Ha tratado de defenderse. —Midió el cuerpo con la mirada—. ¿Qué estatura te parece que tendría?

—Uno noventa, desde luego más alto que cualquiera de nosotros.

—Y también más robusto. Habrán sido dos hombres.

Brunetti hizo un gruñido de asentimiento.

—Yo diría que los golpes han venido de delante, que no le han pillado por sorpresa y, mucho menos, si se los han dado con eso —dijo Rizzardi señalando el ladrillo azul eléctrico que estaba dentro de su rectángulo de cinta, a menos de un metro del cadáver—. ¿Nadie ha oído ruido?

—Abajo, en el cuarto de los guardias hay un televisor —respondió Brunetti—. Cuando yo he llegado no estaba encendido.

—Es natural —dijo Rizzardi poniéndose en pie. Se quitó los guantes y los metió descuidadamente en el bolsillo del abrigo—. Eso es todo lo que puedo hacer esta noche. Si tus hombres me lo llevan a San Michele, mañana por la mañana lo examinaré más despacio. Pero creo que está bastante claro. Tres fuertes golpes en la cabeza con el canto de ese ladrillo. No haría falta más.

Vianello, que había permanecido callado durante toda la conversación, preguntó de pronto:

—¿Habrá sido rápido, *dottore*?

Rizzardi, antes de contestar, miró el cadáver.

—Depende de dónde le hayan golpeado primero. Y de la fuerza del golpe. Es posible que se les haya resistido, pero no durante mucho tiempo. Miraré si tiene algo en las uñas. Yo supongo que habrá sido rápido, pero veremos lo que encontramos.

Vianello asintió y Brunetti dijo:

—Gracias, Ettore. Esta misma noche me encargaré del traslado.

—Pero no al hospital, recuerde. A San Michele.

—Desde luego —respondió Brunetti, preguntándose si esta insistencia se debía a algún nuevo episodio de la batalla que el médico tenía entablada con los directores del Ospedale Civile.

—Entonces buenas noches, Guido. Espero poder decirle algo mañana a primera hora de la tarde, pero no creo que haya sorpresas.

Brunetti asintió. Las causas físicas de una muerte violenta raramente revelaban secretos: éstos había que buscarlos en el móvil.

Rizzardi y Vianello se saludaron con un movimiento de cabeza y el doctor dio media vuelta para marcharse. Entonces, de repente, se volvió a mirar los pies de Brunetti.

—¿No lleva botas? —preguntó, visiblemente preocupado.

—Las he dejado abajo.

—Menos mal que las ha traído. Al venir, en la calle della Mandola, el agua ya me llegaba por los tobillos. Esos malditos vagos aún no habían puesto las pasarelas, así que voy a tener que dar la vuelta por Rialto para llegar a casa. Ahora me llegaría por las rodillas.

—¿Por qué no toma el Uno hasta Sant'Angelo? —sugirió Brunetti. Sabía que Rizzardi vivía al lado del Cinema Rossini y desde esta parada del vapor podría llegar a casa sin tener que pasar por la calle della Mandola, una de las zonas más bajas de la ciudad.

Rizzardi miró el reloj e hizo un cálculo rápido.

—No. El próximo pasa dentro de tres minutos. No llegaría. Y luego, a estas horas de la noche, tendría que esperar veinte minutos. Prefiero ir a pie. Además, ¿quién sabe si se habrán molestado en poner la pasarela en la Piazza? —Empezó a andar hacia la puerta, pero su furor por este último de los muchos inconvenientes de vivir en Venecia le hizo volver sobre sus pasos—. Deberíamos elegir a un alcalde alemán. Así las cosas funcionarían.

Brunetti sonrió, dijo buenas noches y escuchó cómo las botas del médico se alejaban chasqueando en las losas del corredor hasta que se extinguió el sonido.

—Comisario, iré a hablar con los guardias y a echar un vistazo por abajo —dijo Vianello saliendo del despacho.

Brunetti se acercó al escritorio de Semenzato.

—¿Ha terminado con esto? —preguntó a Pavese. El técnico trabajaba ahora sobre el teléfono, que había ido a parar al otro extremo de la habitación, arrojado con tanta fuerza contra la pared que había hecho saltar un trozo del yeso antes de hacerse pedazos contra el suelo.

Pavese movió la cabeza afirmativamente y Brunetti abrió el primer cajón. Lápices, bolígrafos, un rollo de cinta adhesiva transparente y una cajita de pastillas de menta.

El segundo cajón contenía un estuche de papel de cartas con el nombre y el título de Semenzato y el nombre del museo en el membrete. Brunetti observó que el nombre del museo estaba impreso en un tipo de letra más pequeño.

En el cajón de abajo había varias carpetas de cartulina, que Brunetti puso encima de la mesa. Abrió la primera y empezó a examinar su contenido.

Quince minutos después, cuando los técnicos le gritaron desde el otro extremo de la habitación que ya habían terminado, Brunetti no sabía de Semenzato mucho más que cuando llegó, pero había averiguado que el museo tenía el proyecto de montar dentro de dos años una gran exposición de dibujos renacentistas, y había concertado importantes préstamos de obras con museos de Canadá, Alemania y Estados Unidos.

Brunetti volvió a guardar las carpetas y cerró el cajón. Cuando levantó la mirada, vio en la puerta a un hombre bajo y fornido que llevaba una parka desabrochada encima de una bata blanca de hospital y calzaba altas botas de goma.

—¿Han terminado con esto, comisario? —preguntó el recién llegado, señalando el cadáver de Semenzato con un vago movimiento de la cabeza. Mientras lo decía, a su lado apareció otro hombre, vestido y calzado de modo similar, que acarreaba sobre el hombro una camilla de lona enrollada con la misma naturalidad que quien lleva un par de remos.

Uno de los técnicos asintió para confirmar que así era y Brunetti dijo:

—Sí. Ya pueden llevárselo. Directamente a San Michele.

—¿Al hospital no?

—No. El *dottor* Rizzardi ha dicho que a San Michele.

—Sí, señor —dijo el hombre encogiéndose de hombros. De todos modos, cobran tiempo extra, y San Michele estaba más lejos que el hospital.

—¿Han venido cruzando la Piazza? —preguntó Brunetti.

—Sí, señor. Tenemos la lancha junto a las góndolas.

—¿Cuánto ha subido?

—Yo diría que unos treinta centímetros. Pero en la Piazza están puestas las pasarelas, de modo que no nos ha costado mucho llegar hasta aquí. ¿Hacia dónde va, comisario?

—Hacia San Silvestro —respondió Brunetti—. Me gustaría saber cómo está la calle dei Fuseri.

El segundo asistente, más alto y más delgado que su compañero, con pelo rubio y rizado asomando bajo su gorra de servicio, respondió:

—Siempre está peor que la Piazza, y no había pasarela cuando pasé por allí hace dos horas camino del trabajo.

—Podríamos subir por el Gran Canal y dejarlo en San Silvestro —se ofreció el primero sonriendo.

—Es muy amable —dijo Brunetti devolviéndole la sonrisa y consciente, lo mismo que ellos, de que corría el tiempo extra—. Pero tengo que pasar por la *questura* —mintió—. Y he traído botas. —Esto era verdad, pero, aunque no las hubiera traído, también hubiera rechazado el ofrecimiento. No le gustaba la compañía de los muertos y prefería destrozarse unos zapatos a viajar con un cadáver.

Entonces entró Vianello y dijo que no había averiguado nada nuevo de los guardias. Uno había reconocido que estaban en el cuarto viendo la televisión cuando la mujer de la limpieza bajó la escalera gritando. Y aquella escalera —le aseguró Vianello— era el único acceso a esta zona del museo.

Se quedaron en el despacho hasta que el cuerpo fue retirado y luego esperaron en el corredor mientras los técnicos cerraban con llave y sellaban la puerta, para impedir la entrada de personas no autorizadas. Los cuatro hombres bajaron la escalera juntos y se pararon delante de la puerta abierta del cuarto de los guardias. El guardia que estaba allí cuando llegó Brunetti interrumpió su lectura de *Quattro Ruote* al oírlos acercarse. Nunca dejaba de sorprender a Brunetti que una persona que vivía en una ciudad sin coches pudiera leer una revista automovilística. ¿Acaso algunos de sus conciudadanos, rodeados de mar por todas partes, soñaban con los coches del mismo modo en que los hombres que están en la cárcel sueñan con mujeres? En medio del silencio absoluto que por la noche reinaba en Venecia, ansiaban oír el rugido del tráfico y el clarín de los claxons. Quizá, sencillamente, no desearan más que la comodidad de poder ir en coche al supermercado y, al regreso, parar y descargar la compra en la puerta de su casa, en lugar de acarrear pesadas bolsas por calles abarrotadas y puentes arqueados y, finalmente, subir los muchos tramos de escalera que, inevitablemente, parecían formar parte de la vida de todos los venecianos.

El hombre, al reconocer a Brunetti, dijo:

—¿Quiere sus botas?

—Sí.

El guardia sacó la bolsa blanca de debajo de la mesa y la tendió a Brunetti, que le dio las gracias.

—Sanas y salvas —dijo el guardia sonriendo.

El director del museo acababa de ser asesinado a golpes en su despacho, y su atacante había pasado por delante del puesto de los guardias sin ser visto, pero por lo menos las botas de

Brunetti estaban indemnes.

Como eran más de las dos cuando Brunetti llegó a casa aquella noche, a la mañana siguiente durmió hasta pasadas las ocho y no despertó, y aún a regañadientes, hasta que Paola lo sacudió ligeramente por el hombro y le dijo que tenía el café al lado. Él consiguió resistirse a volver a la realidad durante unos minutos, pero entonces olió el café, desistió y se decidió a empezar el día. Paola había desaparecido después de dejarle el café, ejercitando una prudencia adquirida con los años.

Cuando se hubo tomado el café, Brunetti se levantó y se acercó a mirar por la ventana. Lluvia. Y recordó que la noche antes la luna estaba casi llena, lo que significaba más *acqua alta* cuando subiera la marea. Se fue por el pasillo al cuarto de baño y tomó una ducha larga, tratando de acumular calor suficiente para todo el día. Otra vez en el dormitorio, empezó a vestirse y, mientras se hacía el nudo de la corbata, decidió ponerse un jersey debajo de la americana, porque las visitas que tenía previstas, una a Brett y la otra a Lele, le obligarían a ir de un extremo a otro de la ciudad. Abrió el segundo cajón del *armadio* en busca de su jersey gris de lambswool. Al no encontrarlo, buscó en el tercer cajón y luego en el primero. Como buen detective, pensó en dónde podía estar la prenda, buscó en los dos cajones restantes y entonces recordó que la semana anterior Raffi le había pedido prestado aquel jersey. Esto significaba —Brunetti estaba seguro— que lo encontraría hecho un ovillo en el suelo del armario de su hijo o en el fondo de un cajón. La reciente mejora del rendimiento académico de su primogénito no afectaba todavía, por desgracia, sus hábitos de orden y pulcritud.

Brunetti cruzó el recibidor y, puesto que la puerta estaba abierta, entró en la habitación de su hijo. Raffi ya había salido para el colegio, pero Brunetti confiaba en que no se hubiera puesto aquel día su jersey. Cuanto más lo pensaba, más deseaba ponérselo y más le irritaba ver frustrado el deseo.

Abrió el armario. Chaquetas, camisas, un anorak de esquí y, en el suelo, botas, zapatillas deportivas y unas sandalias de verano. Pero no se veía el jersey. Tampoco estaba colgado del respaldo de la silla ni de los pies de la cama. Abrió el primer cajón de la cómoda y encontró un revoltijo de ropa interior. El segundo contenía calcetines sueltos y viudos, y algunos —era de temer— no muy limpios. El tercer cajón parecía más prometedor: un chándal y dos camisetas con inscripciones que Brunetti no se molestó en leer. Él buscaba su jersey, no propaganda del bosque pluvial. Apartó la segunda camiseta y su mano se paralizó.

Debajo de las camisetas, semiescondidas pero con descuido, había dos jeringuillas en sus envoltorios de plástico estéril. Brunetti sintió cómo se le aceleraban los latidos del corazón al verlas.

—*Madre di Dio* —dijo en voz alta, y rápidamente volvió la cabeza, temiendo que Raffi entrara y encontrara a su padre registrándole la habitación. Volvió a tapar las jeringuillas con las camisetas y cerró el cajón.

De improviso, recordó un domingo por la tarde de hacía diez años en que había ido al Lido con Paola y los niños. Raffi, corriendo por la playa, pisó un trozo de botella y se hizo un corte en la planta del pie. Y Brunetti, con un nudo en la garganta por el dolor de su hijo y su propia angustia y ternura, había envuelto el pie en una toalla y lo había llevado en brazos corriendo a lo largo de un kilómetro hasta el hospital que estaba al extremo de la playa. Dos horas había esperado, en bañador, helado hasta los huesos por el miedo y el aire acondicionado, hasta que salió un médico y le dijo que el niño estaba bien. Seis puntos y una semana con muletas, pero estaba bien.

¿Qué había impulsado a Raffi? ¿Era él un padre demasiado severo? Nunca había levantado la mano a sus hijos, y la voz, muy pocas veces; el recuerdo de la violencia que había acompañado su propia niñez había bastado para frenar cualquier arrebató. ¿Estaba excesivamente entregado a su trabajo, muy absorto en los problemas de la sociedad para preocuparse por los de sus propios hijos? ¿Cuándo fue la última vez que los había ayudado con los deberes? ¿Y dónde conseguía la droga? ¿Y qué droga? Dios, que no sea heroína, cualquier cosa antes que eso.

¿Paola? Habitualmente, ella sabía lo que hacían los chicos antes que él. ¿Sospechaba algo? ¿Quizá lo sabía y no le había dicho nada? Y, si no lo sabía, ¿debía él ocultárselo a vez, para no

preocuparla?

Extendió el brazo buscando el apoyo del colchón y se sentó lentamente en el borde de la cama de Raffi. Juntó las manos y las oprimió con las rodillas, con la mirada fija en el suelo. Vianello sabía quién vendía droga en este barrio. Si Vianello sabía algo de Raffi, ¿se lo contaría? A su lado, encima de la cama, estaba una de las camisas de Raffi. La atrajo hacia sí, hundió en ella la cara y aspiró el olor de su hijo, el mismo olor que percibió el día en que Paola volvió del hospital con Raffi y él arrimó la cara al vientre del bebé. Se le hizo un nudo en la garganta y notó en la boca sabor a sal.

Estuvo mucho rato sentado en el borde de la cama, recordando el pasado y eludiendo pensar en el futuro. Pero estaba claro que tenía que decírselo a Paola. Aunque ya había reconocido su propia culpa, confiaba en que ella lo tranquilizara, le asegurara que había sido un buen padre para sus dos hijos. ¿Y Chiara? ¿Lo sabía o sospechaba ella? ¿O había algo más? Esta idea le hizo levantarse y salir de la habitación dejando la puerta abierta tal como la había encontrado.

Paola estaba sentada en el sofá de la sala, con los pies apoyados en la mesita de mármol, leyendo el periódico de la mañana. Eso quería decir que ya había salido a la calle a comprarlo, a pesar de la lluvia.

Él se paró en la puerta y la vio volver una página. El radar de los muchos años de matrimonio hizo que ella volviera la cabeza.

—Guido, ¿haces más café? —preguntó, reanudando la lectura del periódico.

—Paola —empezó él. Ella captó el tono y bajó el periódico al regazo—. Paola —repitió él, sin saber lo que tenía que decir ni cómo decirlo—. He encontrado dos jeringuillas en el cuarto de Raffi.

Ella lo miró, esperando que dijera más, volvió a levantar el periódico y siguió leyendo.

—Paola, ¿has oído lo que he dicho?

—¿Hmm? —murmuró ella, alzando la cabeza para leer el titular de la parte superior de la página.

—Digo que he encontrado dos jeringuillas en el cuarto de Raffi. Estaban en el fondo de un cajón.

—Se acercó a ella, con el impulso de arrancarle el periódico de las manos y arrojarlo al suelo.

—Ya. Ahí debían de estar —dijo ella volviendo la página.

Él se sentó en el sofá a su lado y, haciendo un esfuerzo para mantener el gesto tranquilo, puso la palma de la mano sobre el papel y, lentamente, se lo bajó al regazo.

—¿Qué es eso de que «ahí debían de estar»? —preguntó él con voz tensa.

—Guido —dijo ella dedicándole toda su atención ahora que ya no tenía delante el periódico—, ¿qué tienes? ¿No te encuentras bien?

Totalmente inconsciente de lo que hacía, él apretó el puño estrujando el papel.

—Te he dicho que en el cuarto de Raffi he encontrado dos jeringuillas, Paola. Jeringuillas, ¿no lo entiendes?

Ella lo miró fijamente, desconcertada, y entonces comprendió lo que para él significaban las jeringuillas. Se miraban a los ojos, y él vio cómo la madre de Raffi descubría que su marido creía que el hijo de ambos era drogadicto. Apretó los labios, abrió mucho los ojos, echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. Se reía a carcajadas y, en su transporte de hilaridad, se dejó caer de lado en el sofá. Se enjugaba las lágrimas pero no podía dejar de reír.

—Oh, Guido —dijo tapándose la boca con la mano en un vano intento por dominarse—. Oh, Guido, no, no es posible que pienses eso. Drogas no. —Y vuelta a reír.

Durante un momento, Brunetti pensó que era la histeria del pánico, pero eso sería impropio de Paola. No; la suya era una risa provocada por la comicidad. Con un gesto violento, él agarró el periódico y lo arrojó al suelo. Esta manifestación de furor la serenó instantáneamente y se incorporó en el sofá.

—Guido. *I tarli* —dijo como si esto lo explicara todo.

¿También ella estaba drogada? ¿Qué tenía que ver con esto la carcoma?

—Guido —repitió Paola con voz suave, en tono dulce, como si hablara a un loco peligroso—. Te lo dije hace una semana. Tenemos carcoma en la mesa de la cocina. Las patas están llenas de

carcoma. Y la única manera de acabar con ella es inyectar el veneno en los agujeros. Recuerda que te pregunté si me ayudarías a sacar la mesa a la terraza el primer día de sol que tuviéramos, para que no nos mataran a todos los vapores del veneno.

Sí, lo recordaba, pero vagamente. No había prestado atención cuando ella se lo dijo, pero ahora le había vuelto a la cabeza.

—Pedí a Raffi que me comprara jeringuillas y guantes de goma, para inyectar el veneno en la mesa. Creí que se había olvidado, pero por lo visto las trajo, las guardó en el cajón y olvidó decirme que las tenía. —Alargó la mano cubriendo la de él—. No pasa nada. Guido. No es lo que imaginabas.

El sintió cómo una cálida sensación de alivio le recorría el cuerpo, y tuvo que apoyar la cabeza en el respaldo del sofá. Cerró los ojos. Le hubiera gustado poder sentirse tan despreocupado como Paola, poder reírse de lo absurdo de su temor, pero no podía, todavía no.

Cuando por fin consiguió hablar la miró:

—No se lo digas a Raffi, por favor, Paola.

Ella se inclinó hacia él, le puso la palma de la mano en la mejilla y lo miró fijamente, y él creyó que iba a hacerle la promesa, pero la risa volvió a apoderarse de ella y se dejó caer contra su pecho.

El contacto del cuerpo de su mujer lo liberó por fin y él empezó a reír a su vez, primero entre dientes, moviendo la cabeza a derecha e izquierda y luego con una franca carcajada que fue subiendo de tono hasta convertirse en gritos, en aullidos de alivio, de júbilo y de puro gozo. Ella apretó el abrazo buscando sus labios. Y entonces, como una pareja de adolescentes, hicieron el amor en el sofá, arrancándose bruscamente la ropa que acabó en el suelo en un montón con el mismo abandono con que estaba la de Raffi en el armario.

Al pie del puente de Rialto, Brunetti entró en el pasaje cubierto situado a la derecha de la estatua de Goldoni, en dirección a SS Giovanni e Paolo y el apartamento de Brett. Sabía que ella había vuelto a casa porque el agente que estuvo de guardia en la puerta de la habitación del hospital durante un día y medio, regresó a la *questura* cuando le dieron de alta. No se había apostado a un agente en su casa, porque un policía de uniforme no podía estar en una de las estrechas calles de Venecia sin que todo el que pasaba le preguntara qué hacía allí, como tampoco podía rondar por los alrededores un detective de paisano que no fuera vecino del barrio sin que antes de media hora empezaran a recibirse en la *questura* llamadas telefónicas para denunciar su sospechosa presencia. Los forasteros veían en Venecia una ciudad, pero los residentes sabían que en realidad era como un aletargado pueblo del interior, con una inclinación natural al cotilleo, la curiosidad y el recelo, que no difería del más pequeño *paese* de Calabria o Aspromonte.

Aunque hacía ya varios años que Brunetti había estado en el apartamento, lo encontró sin dificultad, a la derecha de la calle dello Squaro Vecchio, tan pequeña que el municipio no se había molestado en pintar el nombre en la pared. Tocó el timbre y al cabo de unos momentos una voz preguntó por el interfono quién era. Le alegró comprobar que tomaban por lo menos esta mínima precaución, ya que muchas veces los habitantes de esta tranquila ciudad abrían la puerta de la calle sin molestarse en preguntar quién llamaba.

A pesar de que el edificio había sido restaurado no hacía muchos años, y la escalera, enyesada y pintada, la sal y la humedad ya habían empezado su labor, devorando la pintura y esparciendo partículas por el suelo, como migas debajo de una mesa. Al encarar el cuarto y último tramo de la escalera, Brunetti levantó la mirada y vio que la pesada puerta metálica del apartamento estaba abierta y que Flavia Petrelli la sostenía. Lo que había en su cara parecía realmente una sonrisa, aunque tensa y nerviosa.

Se estrecharon la mano en la puerta y ella retrocedió para dejarle entrar. Hablaron al mismo tiempo:

—Celebro que haya venido —dijo ella.

—*Permesso* —dijo él al entrar.

Ella llevaba una falda negra y un jersey escotado de un amarillo canario que pocas mujeres se arriesgarían a ponerse. Este color hacía que el cutis aceitunado y los ojos casi negros de Flavia resplandecieran por el contraste. Pero una observación más atenta revelaba que los ojos, aunque hermosos, estaban cansados y que de los labios partían finas líneas de tensión.

Ella le pidió el abrigo y lo colgó en un gran *armadio* que estaba en el lado derecho del recibidor. Brunetti había leído el informe de los agentes que habían acudido al recibir el aviso de la agresión, por lo que no pudo menos que mirar el suelo y la pared de ladrillo. No había ni rastro de sangre, pero olía a un fuerte producto de limpieza y, según le pareció, a cera.

Flavia no inició el movimiento de pasar a la sala sino que lo retuvo allí preguntando en voz baja:

—¿Han averiguado algo?

—¿Se refiere al doctor Semenzato?

Ella movió la cabeza afirmativamente.

Antes de que él pudiera contestar, Brett gritó desde la sala:

—Deja de conspirar, Flavio y hazle pasar.

Ella tuvo a bien sonreír encogiéndose de hombros, luego dio media vuelta y lo condujo a la sala. Tal como él recordaba, incluso en un día tan gris como éste, la pieza estaba inundada por la luz que se filtraba a través de seis grandes claraboyas abiertas en el techo. Brett, vestida con pantalón color borgoña y jersey negro con cuello de cisne, estaba sentada en un sofá situado entre dos ventanas altas. Brunetti observó que las marcas de su cara, aunque mucho menos hinchadas que en el hospital, aún tenían un marcado tinte azul. Ella se movió hacia la izquierda para hacerle sitio y extendió la mano.

Él le estrechó la mano y se sentó a su lado, mirándola atentamente.

—Ya no soy Frankenstein —dijo ella sonriendo para mostrar no sólo que sus dientes ya estaban libres de los alambres que los habían mantenido atados la mayor parte del tiempo que estuvo en

el hospital, sino que el corte del labio se había curado lo suficiente como para permitirle cerrar la boca.

Brunetti, que conocía las pretensiones de omnisciencia de los médicos italianos y su consiguiente inflexibilidad, preguntó sorprendido:

—¿Cómo ha conseguido que la dejaran salir?

—Hice una escena —dijo ella simplemente.

En vista de que no se le daban más explicaciones, Brunetti miró a Flavio, que se tapó los ojos con la mano y movió la cabeza al recordarlo.

—¿Y entonces? —preguntó él.

—Me dijeron que podía marcharme, con la condición de que comiera, de modo que ahora mi dieta se ha ampliado y abarca plátano y yogur.

Al hablar de comida, Brunetti miró más atentamente y vio que, bajo las magulladuras, tenía la cara más delgada, las facciones más angulosas y afiladas.

—Tiene que comer más que eso —dijo y entonces, a su espalda, oyó reír a Flavia, pero cuando se volvió a mirarla, ella le recordó el tema del día preguntando:

—¿Qué hay de Semenzato? Esta mañana lo hemos leído en el periódico.

—Poca cosa se puede añadir a la noticia. Lo mataron en su despacho.

—¿Quién encontró el cadáver? —preguntó Brett.

—La mujer de la limpieza.

—¿Qué ocurrió? ¿Cómo lo mataron?

—Golpeándole en la cabeza.

—¿Con qué? —preguntó Flavia.

—Con un ladrillo.

Brett, con repentina curiosidad, preguntó:

—¿Qué clase de ladrillo?

Brunetti trató de recordar la pieza que había visto al lado del cuerpo.

—Es azul intenso, de un tamaño del doble de mi mano, y tiene marcas doradas.

—¿Y qué hacía allí ese ladrillo? —preguntó Brett.

—La mujer de la limpieza dijo que él lo usaba de pisapapeles. ¿Por qué lo pregunta?

Ella asintió, como en respuesta a otra pregunta, se levantó del sofá apoyando las manos en el asiento y cruzó la sala en dirección a la librería. Brunetti no pudo reprimir una mueca al observar su andar vacilante y la lentitud con que levantaba el brazo para sacar un libro grueso de un estante alto. Con el libro debajo del brazo, Brett volvió hacia ellos y puso el libro encima de la mesa baja que estaba delante del sofá. Abrió el libro y lo hojeó brevemente deteniéndose en una página doble que sostuvo apoyando la palma de las manos a cada lado.

Brunetti se inclinó y vio varias fotos en color de lo que parecía una puerta grande, aunque faltaba la escala, porque no estaba unida a unas paredes sino aislada en una sala, quizá de un museo. Había a cada lado de la puerta un toro alado, enorme, en actitud protectora. El color de la puerta era el mismo azul cobalto que el del ladrillo utilizado para matar a Semenzato y el cuerpo de los animales estaba dibujado en oro. Una mirada más atenta descubría que la pared estaba construida con ladrillos rectangulares y las figuras de los toros esculpidas en bajorrelieve.

—¿Qué es? —preguntó Brunetti señalando la foto.

—La puerta de Istar, de Babilonia —dijo ella—. Ha sido reconstruida en gran parte, pero de ella procede el ladrillo, o quizá de una construcción similar, del mismo sitio. —Antes de que él pudiera preguntar, ella explicó—: Recuerdo haber visto varios de esos ladrillos en los almacenes del museo mientras trabajábamos allí.

—Pero, ¿cómo pudo llegar a su mesa? —preguntó Brunetti.

Brett volvió a sonreír.

—Gangas del oficio, supongo. Como era el director, podía hacer subir a su despacho cualquier pieza de la colección permanente.

—¿Eso es normal? —preguntó Brunetti.

—Sí. Desde luego, no hubiera podido colgar un Leonardo ni un Bellini para su disfrute

particular, pero es frecuente que se usen piezas de los fondos de un museo para decorar un despacho, especialmente, el del director.

—¿Se lleva un control de esta clase de préstamos? —preguntó él.

Al otro lado de la mesa se oyó un susurro de seda cuando Flavia cruzó las piernas mientras decía suavemente:

—Ah, de modo que fue así. —Y entonces agregó, como si Brunetti le hubiera preguntado—: Yo hablé con él una sola vez, y no me gustó.

—¿Cuándo hablaste con él, Flavia? —preguntó Brett, sin responder a Brunetti.

—Media hora antes de conocerte a ti, *cara*. En tu exposición del *palazzo* Ducale.

Casi automáticamente, Brett rectificó:

—No era mi exposición. —A Brunetti le pareció que aquella rectificación había sido hecha ya otras muchas veces.

—Bueno, de quienquiera que fuese —dijo Flavia—. Era el día de la inauguración, y a mí me estaban haciendo los honores de la ciudad, la diva que nos visita, etcétera. —Su tono hacía que el concepto de su fama sonara un poco ridículo. Puesto que Brett tenía que estar enterada de las circunstancias en que se habían conocido, Brunetti supuso que la explicación estaba dirigida a él.

—Semenzato me acompañaba por las salas, pero yo tenía ensayo aquella tarde y quizá estuve un poco brusca con él. —¿Brusca? Brunetti había sido testigo del mal humor de Flavia y «brusco» no parecía un término apropiado para describirlo.

—No hacía más que decirme lo mucho que admiraba mi talento. —Hizo una pausa e inclinándose hacia Brunetti le puso una mano en el antebrazo mientras explicaba—. Eso siempre significa que no me han oído cantar y que, si me oyeran, seguramente no les gustaría, pero como saben que soy famosa les parece que tienen que adularme. —Dada la explicación, retiró la mano e irguió el busto—. Yo tenía la impresión de que, mientras me enseñaba lo fantástica que era la exposición —en un inciso, a Brett—: y lo era, desde luego —y otra vez a Brunetti—: lo que al parecer yo debía comprender era lo fantástico que era él por haber tenido la idea. Aunque no la había tenido él. Bueno, yo entonces ignoraba que era la exposición de Brett... pero él se daba tanta importancia que se me hizo antipático.

Brunetti comprendía perfectamente que a Flavia no le gustara la competencia de personas presuntuosas. No; en esto era injusto, porque ella no era presuntuosa. Tenía que reconocer que la había juzgado mal. Allí no había vanidad, sólo el natural conocimiento de la propia valía y talento, y él sabía de su pasado lo suficiente como para comprender lo mucho que le había costado llegar adonde ahora estaba.

—Y entonces llegaste tú con una copa de champaña y me rescataste —sonrió a Brett.

—Champaña, no es mala idea —dijo Brett, cortando las reminiscencias de Flavia, y Brunetti observó con sorpresa la similitud entre su reacción y la de Paola cada vez que él se ponía a contar a alguien cómo se habían conocido, chocando en el extremo de uno de los pasillos de la biblioteca de la universidad. ¿Cuántas veces durante su matrimonio le habría pedido ella que le trajera una copa o interrumpido su relato haciendo una pregunta a otra persona? ¿Y por qué a él le producía tanto placer referir aquello? Misterios. Misterios.

Flavia, captando la insinuación, se levantó y cruzó la sala. No eran más que las once y media de la mañana, pero, si ellas querían beber champaña, él consideró que no era quién para protestar ni impedirselo.

Brett hojeó el libro y se recostó en el sofá, pero las páginas volvieron solas al lugar anterior, mostrando a Brunetti el toro dorado, un fragmento del cual había matado a Semenzato.

—¿Cómo lo conoció usted? —preguntó Brunetti.

—Colaboré con él en la exposición de China hace cinco años. La mayor parte de nuestra relación fue por carta, ya que mientras se organizaba la exposición yo estaba en China. Le escribía para sugerirle piezas, de las que le enviaba fotos, tamaño y peso, porque había que transportarlas por avión desde Xian y Pekín a Nueva York y luego a Londres y de Londres a Milán, desde donde vendrían a Venecia en camión y en barco. —Hizo una pausa antes de agregar—: No lo conocí personalmente hasta que vine a montar la exposición.

—¿Quién decidió qué piezas había que traer de China?

Ella hizo una mueca al recordar la exasperación sufrida.

—¿Quién sabe? —Viendo que él no comprendía, trató de explicar—: Intervenían en esto el Gobierno chino, con sus ministerios de Antigüedades y Asuntos Exteriores y, por nuestra parte —él observó que, inconscientemente, ella consideraba Venecia «nuestra parte»—, el museo, el departamento de Antigüedades, la Policía de Finanzas, el Ministerio de Cultura y otras varias instituciones que me he esforzado en olvidar. —Su expresión reflejó el mal recuerdo de la burocracia—. Aquí era horrible, mucho peor que en Nueva York y que en Londres. Y tenía que hacer los trámites desde Xian, con cartas que se retrasaban en el correo o que eran retenidas por la censura. Finalmente, al cabo de tres meses, en vista de que las cosas no adelantaban (faltaba un año para la inauguración), decidí venir y en dos semanas lo arreglé casi todo, aunque tuve que ir dos veces a Roma.

—¿Y Semenzato? —preguntó Brunetti.

—Creo que, en primer lugar, debe usted comprender que su nombramiento fue esencialmente político. —Sonrió al ver la sorpresa de Brunetti—. Tenía cierta experiencia en museos, pero no recuerdo de dónde. Su designación fue una compensación política. De todos modos, en el museo había, hay —rectificó inmediatamente— conservadores que son los que se encargan de las colecciones. Su función era ante todo administrativa, y la desempeñaba muy bien.

—¿Y la exposición que se hizo aquí? ¿Le ayudó a usted a montarla? —Se oía a Flavia trajinar en el otro extremo del apartamento, ruido de cajones y armarios que se abrían y cerraban y tintineo de copas.

—Muy poco. Ya le he dicho que para las inauguraciones en Nueva York y en Londres hice viajes relámpago desde Xian, y aquí también vine para la inauguración. —Él creía que ya había terminado de hablar pero entonces ella agregó—: Y me quedé un mes.

—¿Tenía mucho contacto con él?

—Muy poco. Mientras se montaba la exposición él estuvo de vacaciones y luego, cuando volvió, tuvo que ir a Roma a hablar con el ministro para un intercambio con el Brera de Milán en relación con otra exposición que tenían en proyecto.

—Pero algún trato personal tendría con él mientras tanto, ¿no?

—Sí. Era un hombre simpático y, dentro de lo posible, complaciente. Me dio carta blanca en la exposición, dejando que la montara a mi gusto. Luego, cuando se clausuró, hizo otro tanto por mi ayudante.

—¿Su ayudante? —preguntó Brunetti.

Brett lanzó una mirada a la cocina y respondió:

—Matsuko Shibata, una japonesa que me ayudaba en Xian, prestada por el Museo de Tokio, en régimen de intercambio entre los Gobiernos japonés y chino. Había estudiado en Berkeley y regresado a Tokio al licenciarse.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Brunetti.

Ella se inclinó sobre el libro y volvió a hojearlo hasta que su mano se detuvo junto a un delicado biombo japonés con una pintura de garzas que volaban sobre altos bambúes.

—Murió. Sufrió un accidente en la excavación.

—¿Qué ocurrió? —Brunetti habló en voz baja, consciente de que la muerte de Semenzato hacía que Brett empezara a ver este accidente a una luz distinta.

—Una caída. La excavación de Xian es poco más que una fosa cubierta por una especie de hangar de aviación. Las estatuas de los soldados del ejército que el emperador quería llevar consigo a la eternidad estaban sepultadas. En algunos sitios habíamos tenido que excavar tres o cuatro metros para llegar hasta ellas. Hay un camino alrededor de la excavación, con un murete, para que los turistas no se caigan o no nos echen tierra encima con los pies mientras estamos trabajando. Pero en algunas zonas en las que no se permite la entrada a los turistas, no hay muro. Matsuko cayó... —empezó, pero Brunetti observó cómo las nuevas posibilidades que se le aparecían le hacían modificar los términos—. El cuerpo de Matsuko fue hallado al pie de uno de estos lugares. Se había desnucado al caer desde una altura de tres metros. —Miró a Brunetti y

reconoció francamente sus nuevas dudas cambiando la última frase—: La encontraron en el fondo, con el cuello roto.

—¿Cuándo ocurrió?

Sonó una detonación en la cocina. Sin pensar, Brunetti se levantó dando media vuelta y se agachó situándose entre Brett y la puerta de la cocina. Ya sacaba el revólver de debajo de la americana, cuando Flavia gritó: «*Porco vacca*» y ambos oyeron el inconfundible siseo del champaña que brota de la botella, seguido del chapoteo del líquido en el suelo.

Él soltó la pistola y volvió a sentarse sin decir nada a Brett. En otras circunstancias, hubiera sido gracioso, pero ninguno de los dos se rió. Por tácito acuerdo, decidieron pasarlo por alto, y Brunetti repitió la pregunta:

—¿Cuándo ocurrió?

Decidida a ahorrar tiempo respondiendo a todas sus preguntas de inmediato, ella dijo:

—Fue unas tres semanas después de mi primera carta a Semenzato.

—¿Cuándo fue eso?

—A mediados de diciembre. Llevé su cadáver a Tokio. Es decir, fui con él. Con ella. —Calló; le secó la voz un recuerdo que no iba a compartir con Brunetti—. Yo iba a pasar la Navidad en San Francisco —prosiguió—. Así que salí antes y estuve tres días en Tokio. Vi a su familia. —Otra larga pausa—. Luego seguí viaje a San Francisco.

Flavia salió de la cocina sosteniendo en equilibrio con una mano una bandeja de plata con tres flautas de champaña y con la otra, agarrándola por el cuello como si fuera una raqueta de tenis, una botella de Dom Pérignon.

Aquí, con el champaña de media mañana, no se escatimaba.

Había oído las últimas palabras de Brett y preguntó:

—¿Estabas contando a Guido nuestra feliz Navidad? —El empleo del nombre de pila no pasó inadvertido a ninguno de ellos, ni el énfasis con que pronunció «feliz».

Brunetti tomó la bandeja y la puso en la mesa, y Flavia escanció el champaña con liberalidad. La espuma rebosó de una de las copas, resbaló por el cristal, cayó a la bandeja, se salió por el borde y corrió hacia el libro que seguía abierto. Brett lo cerró con un movimiento rápido y lo puso a su lado en el sofá. Flavia dio una copa a Brunetti, puso otra en la mesa, delante del sitio que ella había ocupado y pasó la tercera a Brett.

—*Cin Cin* —brindó Flavia con vivaz artificio, y los tres levantaron las copas—. Si hay que hablar de San Francisco, voy a necesitar el champaña. —Se sentó frente a ellos y tomó lo que era más que un sorbo.

Brunetti la miró interrogativamente y ella se apresuró a explicar:

—Yo cantaba allí. Tosca. Dios, qué desastre. —Con un ademán tan teatral que hacía burla deliberada de sí misma, se llevó el dorso de la mano a la frente, cerró los ojos un momento y prosiguió—: El director era alemán y tenía un «concepto». Desgraciadamente, su concepto consistía en actualizar la ópera para darle «significado» —palabra en la que imprimió vivo desdén— situándola durante la revolución rumana y atribuyendo a «Scarpia» la personalidad de Ceaucescu, o como quiera que aquel hombre horrible lo pronunciara. Yo debía ser la reina diva, pero no de Roma sino de Bucarest. —Se tapó los ojos con una mano pero siguió hablando—. Recuerdo que había tanques y metralletas y, en un momento de la obra, yo tenía que esconderme una granada en el escote.

—No olvides el teléfono —dijo Brett cubriéndose la boca con los dedos y apretando los labios para no reír.

—Ay, cielos, el teléfono, lo había olvidado; eso dice lo mucho que me he esforzado por sacármelo de la cabeza. —Miró a Brunetti, tomó un trago de champaña como si fuera agua mineral y prosiguió con la mirada animada por el recuerdo—. Durante el «*Visse d'arte*», el director quería que tratara de pedir ayuda por teléfono. De modo que allí me tenéis, echada en un sofá, tratando de convencer a Dios de que no merezco lo que me pasa, y la verdad es que no lo merecía, cuando «Scarpia», que creo que era rumano auténtico: por lo menos, nunca entendí ni palabra de lo que decía. —Hizo una pausa y añadió—: Ni de lo que cantaba.

Brett intervino para puntualizar:

—Era búlgaro, Flavia.

El ademán de Flavia, aún con la copa en la mano, era displicente:

—Da lo mismo, *cara*. Todos parecen unos rústicos y apestan a paprika. Y todos gritan de un modo... especialmente, las sopranos. —Terminó su champaña e hizo una pausa mientras volvía a llenarse la copa—. ¿Dónde estaba?

—En el sofá, me parece, suplicando a Dios —apuntó Brett.

—Ah, sí. Entonces «Scarpia», un hombretón patoso, tropieza con el cable del teléfono y lo arranca de la pared. Y aquí me tenéis, echada en el sofá, con la comunicación con Dios cortada. Al otro lado del barítono, entre bastidores, el director gesticulaba como un poseso. Creo que pretendía que volviera a conectar la línea e hiciera la llamada a todo trance. —Tomó un sorbo, sonrió a Brunetti con una afabilidad que lo impulsó a llevarse a su vez la copa a los labios y continuó—: Pero un artista ha de tener sus normas —y, mirando a Brett—: o, como decís los americanos, trazar una raya en la arena. —Aquí se detuvo, y Brunetti se sintió obligado a preguntar:

—¿Qué hizo entonces?

—Agarré el teléfono y canté por él como si el hilo siguiera enchufado a la pared y hubiera alguien al otro extremo. —Puso la copa en la mesa, se levantó, abrió los brazos en actitud angustiada y, sin más preparativos, se puso a cantar las últimas frases del aria—. «*Nell'ora del dolor perchè, Signor, ah, perchè me ne rimuneri così?*» —¿Cómo lo hacía? Estar hablando y, de improviso, lanzar unas notas tan sólidas.

Brunetti se echó a reír salpicándose la camisa de champaña. Brett dejó su copa en la mesa y se oprimió los lados de la boca con las manos.

Flavia, con la expresión de quien entra en la cocina para ver cómo está el guiso y lo encuentra en su punto, volvió a sentarse y continuó el relato.

—«Scarpia» tuvo que volverse de espaldas al público porque no podía contener la risa. Era la primera vez en un mes que me caía simpático. Casi sentí tener que matarlo minutos después. En el entreacto, el director se puso histérico y me gritó que había arruinado su puesta en escena y juró que nunca volvería a trabajar conmigo. Eso se ha cumplido, desde luego. Las críticas fueron terribles.

—Flavia —reconvino Brett—, fueron terribles las críticas del montaje, las de tu actuación fueron estupendas.

Como si hablara con una niña, Flavia explicó:

—Mis críticas siempre son estupendas, *cara*. —Así, sencillamente. Miró a Brunetti—. Fue en pleno fiasco cuando llegó ella —dijo señalando a Brett—. Venía a pasar la Navidad conmigo y con mis hijos. —Movié la cabeza negativamente varias veces—. Venía de llevar el cadáver de aquella muchacha a Tokio. No fue una Navidad feliz.

Brunetti, a pesar del champaña, seguía deseando saber más acerca de la muerte de la ayudante de Brett.

—¿Alguien pensó que podía no haber sido un accidente?

Brett movió la cabeza negativamente. Al parecer, había olvidado la copa que tenía delante.

—No. Casi todos nosotros habíamos resbalado alguna vez al borde de la excavación. Uno de los arqueólogos chinos se había caído un mes antes y se había roto el tobillo. En aquel momento, todos creímos que había sido un accidente. Hubiera podido ser un accidente —añadió sin convicción.

—¿Colaboró ella en la exposición aquí? —preguntó Brunetti.

—En el montaje, no. Para eso vine yo sola. Pero Matsuko supervisó el embalado de las piezas cuando salieron para China.

—¿Estaba usted aquí?

Brett titubeó largamente, miró a Flavia, bajó la cabeza y respondió:

—No; no estaba.

Flavia alargó la mano hacia la botella y echó más champaña en las copas, aunque la única que

necesitaba el relleno era la suya.

Todos callaron durante un rato, hasta que Flavia, mirando a Brett, más que preguntar declaró:

—¿Ella no hablaba italiano, verdad?

—No —respondió Brett.

—Pero tengo entendido que tanto ella como Semenzato hablaban inglés.

—¿Y eso qué importa? —preguntó Brett con un deje de irritación en la voz que Brunetti intuyó sin poder detectar.

Flavia hizo chasquear la lengua y miró a Brunetti fingiendo exasperación.

—Quizá sea verdad lo que dice la gente de nosotros, los italianos, quizá seamos más comprensivos que otros con la falta de integridad. Usted lo comprende, ¿verdad?

Él asintió.

—Eso significa —explicó a Brett, viendo que Flavia callaba— que ella no podía entenderse con la gente de aquí más que a través de Semenzato. Los dos tenían un idioma común.

—Un momento —dijo Brett. Ahora comprendía lo que querían decir, pero tampoco le gustaba—. ¿Así que Semenzato es culpable, sin más, y Matsuko también? ¿Sólo porque los dos hablaban inglés?

Ni Brunetti ni Flavia contestaron.

—Yo trabajé tres años con Matsuko —insistió Brett—. Ella era arqueóloga y conservadora. Ustedes dos no pueden decidir que fuera una ladrona, no pueden erigirse en juez y jurado y, sin más información ni más pruebas, decidir que era culpable. —Brunetti observó que no parecía tener inconveniente en admitir la culpabilidad que ellos atribuían también a Semenzato.

Seguían sin responder. Transcurrió casi un minuto. Finalmente, Brett se recostó en el sofá, luego extendió el brazo y tomó la copa. Pero no bebió sino que hizo girar el champaña y volvió a dejar la copa en la mesa.

—La cuchilla de Occam —dijo finalmente con resignación en la voz.

Brunetti esperaba que Flavia pudiera explicarle estas palabras, pero ella no dijo nada, por lo que tuvo que preguntar:

—¿La cuchilla de quién?

—Guillermo de Occam —repitió Brett, sin apartar los ojos de la copa—. Fue un filósofo medieval, inglés, según creo. Tenía la teoría de que la explicación correcta de cualquier problema suele ser la que hace el uso más simple de la información disponible.

Brunetti no pudo menos que pensar que el tal *signor* Guillermo no era italiano, evidentemente. Miró a Flavia y en su forma de arquear la ceja leyó el mismo pensamiento.

—Flavia, ¿no podría beber otra cosa, por favor? —preguntó Brett tendiendo la copa semillena. Brunetti percibió la vacilación de Flavia, la suspicacia con que lo miró a él y luego otra vez a Brett, y le recordó la mirada de Chiara cuando se le pedía que hiciera algo que la obligaba a salir de la habitación en la que él y Paola iban a hablar de algo de lo que no querían que ella se enterase. Con un movimiento airoso, Flavia se levantó, recogió la copa y se alejó camino de la cocina, deteniéndose en la puerta para decir por encima del hombro:

—Te traeré agua mineral y procuraré tardar mucho en abrir la botella. —Y desapareció dando un portazo.

Brunetti se preguntaba a qué se debía todo aquello.

Cuando Flavia se fue, Brett se lo dijo:

—Matsuko y yo éramos amantes. No se lo he dicho a Flavia, pero lo sabe. —Un golpe seco que llegó de la cocina lo ratificó.

—Empezó en Xian, un año después de que ella llegara a la excavación. —Y, para mayor claridad—: Juntas preparamos la exposición, y ella escribió un texto para el catálogo.

—¿De quién partió la idea de que ella colaborara en la exposición? —preguntó Brunetti.

Brett estaba violenta y no trataba de disimularlo.

—¿De mí? ¿De ella? No lo recuerdo. Vino rodado. Lo hablamos una noche. —Se puso colorada bajo sus cardenales—. Por la mañana, estaba decidido que ella escribiría el artículo y que iría a Nueva York para ayudar a montar la exposición.

—¿Pero usted vino a Venecia sola?

Ella asintió.

—Después de la inauguración en Nueva York, las dos regresamos a China. Yo volví a Nueva York para la clausura y Matsuko fue a Londres a ayudarme a preparar la exposición allí. Inmediatamente después, volvimos a China las dos. Luego yo volé otra vez a Londres para preparar el transporte de las piezas a Venecia. Yo creí que ella se reuniría aquí conmigo para la inauguración, pero se negó, dijo que quería... —Aquí su voz se quebró, y ella tuvo que carraspear antes de repetir—: Dijo que quería que por lo menos esta etapa de la exposición fuera sólo mía y que no vendría.

—Pero vino después de la clausura, ¿no? ¿Cuando había que enviar las piezas de vuelta a China?

—Vino de Xian para tres semanas —dijo Brett. Calló y se miró las manos fuertemente enlazadas—. No lo puedo creer, no lo puedo creer —murmuró, de lo que Brunetti dedujo que sí lo creía—. Entonces, cuando ella vino, todo había terminado ya entre nosotras. Yo había conocido a Flavia en la inauguración. Se lo dije a Matsuko cuando regresé a Xian, aproximadamente un mes después de que se inaugurara la exposición aquí, en Venecia.

—¿Cómo reaccionó ella?

—¿A usted qué le parece, Guido, cómo iba a reaccionar? Era lesbiana, casi una niña, a caballo entre dos culturas, criada en el Japón y educada en Estados Unidos. Cuando volví a Xian desde Venecia, después de estar fuera casi dos meses, y le enseñé el catálogo con su artículo en italiano, lloró. Había ayudado a montar la exposición más importante en este campo que se había celebrado en décadas, estaba enamorada de su jefa y creía que su jefa lo estaba de ella. Y entonces llego yo de Venecia, tan satisfecha, y le digo que lo nuestro ha terminado, que me he enamorado de otra, y cuando ella me pregunta por qué, yo, como una estúpida, me pongo a hablar de cultura, de la dificultad de llegar a entender realmente a alguien de una cultura diferente. Le dije que Flavia y yo compartíamos una misma cultura, y ella y yo, no. —Otro fuerte golpe en la cocina fue suficiente para evidenciar la falsedad del pretexto.

—¿Ella cómo reaccionó?

—Si hubiera sido Flavia, creo que me hubiera matado. Pero Matsuko, por mucho tiempo que hubiera pasado en América, era japonesa. Se inclinó profundamente y salió de mi despacho.

—¿Y desde entonces?

—Desde entonces fue la ayudante perfecta. Formal, distante y eficaz. Era muy competente.

—Hizo una pausa larga y dijo en voz baja—: No me gusta lo que le hice, Guido.

—¿Por qué vino ella a Venecia para encargarse del envío de las piezas a China?

—Yo estaba en Nueva York —dijo Brett como si esto fuera suficiente explicación. Para Brunetti no lo era, pero optó por dejar las aclaraciones para más adelante—. Llamé a Matsuko y le pedí que viniera a supervisar el embalado y el envío de las cosas a China.

—¿Y ella accedió?

—Era mi ayudante, ya se lo he dicho. La exposición significaba tanto para ella como para mí.

—Al oír cómo sonaban sus propias palabras, Brett agregó—: Por lo menos, eso pensaba yo.

—¿Y qué me dice de la familia de Matsuko? —preguntó él.

Evidentemente sorprendida, Brett preguntó:

—¿Su familia?

—¿Son ricos?

—*Ricca sfondata* —respondió. Riqueza sin límites—. ¿Por qué le interesa?

—Para saber si lo hizo por dinero —explicó.

—No me gusta esa manera suya de dar por descontado que ella estaba involucrada en esto —protestó Brett, pero débilmente.

—¿Ya se puede volver sin peligro? —gritó Flavia desde la cocina.

—Basta, Flavia —replicó Brett ásperamente.

Flavia volvió con un vaso de agua mineral en el que subían alegremente las burbujas. Lo puso delante de Brett, miró el reloj y dijo:

—Es hora de las píldoras. —Silencio—. ¿Quieres que te las traiga?

Bruscamente, Brett golpeó con el puño la mesa de mármol, provocando un tintineo de la bandeja y una erupción de burbujas en todos los recipientes.

—Yo puedo ir a buscar las malditas píldoras. —Se levantó del sofá apoyándose en las manos y cruzó rápidamente la habitación. Segundos después, llegaba a la sala el ruido seco de otro portazo.

Flavia se recostó en el respaldo de su sillón, levantó la copa de champaña y tomó un sorbo.

—Caliente —murmuró. ¿El champaña? ¿El ambiente? ¿El genio de Brett? Echó el champaña de su copa en la de Brett y vació la botella en la suya. Tomó un sorbo de prueba y sonrió a Brunetti—. Así está mejor —dijo, dejando la copa en la mesa.

Brunetti, que no sabía si todo esto era un recurso teatral, decidió mantenerse a la expectativa. Estuvieron saboreando el champaña en plácida compañía hasta que, finalmente, Flavia preguntó:

—¿En qué medida era necesario ponerle vigilancia en el hospital?

—Hasta que pueda hacerme una idea más clara de lo que ocurre no sabré en qué medida es necesario lo que se haga —respondió.

Ella sonrió ampliamente.

—Es reconfortante oír a un funcionario público reconocer ignorancia —dijo inclinándose para dejar la copa vacía en la mesa.

Terminado el champaña, su voz cambió a un registro más grave:

—¿Matsuko? —preguntó.

—Probablemente.

—Pero, ¿cómo conoció ella a Semenzato? ¿O, por lo menos, cómo supo que él era la persona que debía abordar?

Brunetti reflexionó.

—Al parecer, él tenía cierta reputación, por lo menos, aquí.

—¿La clase de reputación que habría llegado a oídos de Matsuko?

—Quizá. Hacía años que ella trabajaba con antigüedades, por lo que probablemente había oído rumores. Y dice Brett que su familia es muy rica. Quizá los muy ricos saben estas cosas.

—Sí, las sabemos —convino ella con espontaneidad—. Es casi como un club privado, como si hubiésemos hecho voto de guardarnos los secretos unos a otros. Y siempre es fácil, facilísimo, saber dónde puedes encontrar a un asesor fiscal marrullero, y no es que los haya de otra clase, por lo menos, en este país, o a quien proporcione droga, o chicos, o chicas, o a alguien que se encargue de que un cuadro pase de un país a otro discretamente. Desde luego, no sé cómo funcionan estas cosas en el Japón, pero no creo que allí sea muy distinto de aquí. La riqueza tiene su propio pasaporte.

—¿Había oído algo a propósito de Semenzato?

—Ya le dije que sólo lo vi una vez y no me gustó, por lo que no me interesaba lo que pudiera decirse de él. Y ahora ya es tarde para preguntar, porque todo el mundo se empeñará en hablar bien. —Se inclinó, tomó la copa de Brett y bebió un sorbo—. Aunque, desde luego, dentro de unas semanas las cosas cambiarán y la gente volverá a decir la verdad. Pero ahora no es momento de hacer indagaciones. —Puso la copa en la mesa.

Aunque creía saber la respuesta, Brunetti preguntó:

—¿Brett ha dicho algo de Matsuko? Concretamente, después de que mataran a Semenzato.

Flavia movió la cabeza negativamente.

—No ha dicho mucho de nada. Por lo menos, desde que empezó todo esto. —Se inclinó y movió la copa unos milímetros hacia la izquierda. —Brett teme la violencia. Lo cual no tiene sentido, porque ella es muy valiente. Nosotras, las italianas, no somos valientes. Desenvueltas y descaradas, sí, pero carecemos de valor físico. Cuando está en China, pasa la mitad del tiempo viajando por el país y durmiendo en tiendas de campaña. Hasta se fue al Tíbet en autobús. Me dijo que, como los chinos no quisieron darle visado, falsificó los papeles y se fue. No la asustan estas cosas, las cosas que a la mayoría nos aterrorizan, como los conflictos con las autoridades o el arresto. Pero la violencia física le da miedo. Yo diría que porque es muy cerebral, porque ella se plantea y resuelve las cosas con el intelecto. Desde que esto ocurrió no es la misma. No quiere

abrir la puerta. Finge no oír el timbre y espera a que conteste yo. Y es que tiene miedo.

Brunetti se preguntaba por qué Flavia le contaba estas cosas.

—He de irme dentro de una semana —dijo ella en respuesta a su pregunta—. Mis hijos se han ido con su padre dos semanas a esquiar y regresan entonces. Ya he suspendido tres actuaciones y no puedo suspender ninguna más. Ni quiero. Le he pedido que venga conmigo, pero no quiere.

—¿Por qué?

—No lo sé. No quiere darme la razón. O no puede.

—¿Por qué me dice esto?

—Creo que a usted le escucharía.

—¿Si le dijera qué?

—Si le pidiera que fuera conmigo.

—¿A Milán?

—Sí. Luego, en marzo, tengo que estar un mes en Munich. Podría acompañarme.

—¿No ha de volver a China?

—¿Para acabar desnucada en el fondo de la fosa? —Aunque sabía que su cólera no era para él, Brunetti cerró los ojos.

—¿Ella ha hablado de volver?

—Ella no ha hablado de nada.

—¿Sabe cuándo pensaba marcharse?

—No creo que tuviera un plan. Cuando llegó, dijo que no tenía reserva para el regreso. —Se encaró con la mirada inquisitiva de Brunetti—. Eso dependía de lo que averiguara por medio de Semenzato. —Por su tono, él dedujo que ésta era sólo una parte de la explicación. Esperó el resto—. Pero también dependía de mí, imagino. —Desvió la mirada un momento y agregó—: Me consiguió una invitación para dar lecciones magistrales en Pekín. Quería que fuera con ella.

—¿Y? —preguntó Brunetti.

Flavia desechó la idea agitando la mano y dijo tan sólo:

—Aún no lo habíamos decidido antes de que ocurriera esto.

—¿Y después?

Ella movió la cabeza negativamente.

Con tanto hablar de Brett, hasta aquel momento no reparó Brunetti en que hacía ya mucho rato que ella había salido de la sala.

—¿Es ésa la única puerta? —preguntó.

La pregunta fue tan repentina que Flavia tardó unos instantes en entenderla y luego en descubrir su significado.

—Sí. No hay otra salida. Ni otra entrada. Y el tejado está aislado, no se puede acceder a él. —Se levantó—. Voy a ver qué hace.

Estuvo fuera mucho tiempo, durante el cual Brunetti hojeó el libro que Brett había dejado en el sofá. Miró largamente la puerta de Istar, tratando de averiguar a qué parte de la figura correspondía el ladrillo que había matado a Semenzato. Era como un rompecabezas, y no consiguió encontrar, en el grabado de la puerta, el lugar en el que pudiera encajar la pieza que ahora se encontraba en el laboratorio de la policía de la *questura*.

Transcurrieron casi cinco minutos antes de que Flavia regresara. Mientras hablaba, se quedó de pie al lado de la mesa, con lo que dio a entender a Brunetti que la visita había terminado.

—Ahora duermo. El analgésico que toma es muy fuerte, me parece que contiene tranquilizante. Además, el champaña habrá influido. Dormiré hasta la tarde.

—Necesito volver a hablar con ella.

—¿No puede esperar a mañana?

Realmente, no podía, pero no había más remedio.

—Sí. ¿Le parece bien que venga a la misma hora?

—Desde luego. Le diré que ha quedado en volver. Y trataré de limitar el consumo de champaña.

—La visita podía haber terminado pero, al parecer, la tregua continuaba.

Brunetti, que había decidido que Dom Pérignon era una bebida excelente para media mañana,

pensó que esta precaución era innecesaria y confió en que al día siguiente Flavia hubiera cambiado de opinión.

¿Era esto señal de un alcoholismo incipiente?, pensó Brunetti al descubrir que, durante el camino de regreso a la *questura*, sentía deseos de entrar en un bar a pedir otra copa de champaña. ¿O era, sencillamente, la reacción inevitable a la perspectiva de tener que hablar con Patta aquella mañana? Le parecía preferible la primera explicación.

Cuando abrió la puerta de su despacho, sintió una oleada de aire caliente tan palpable que se volvió a mirar si la veía rodar por el pasillo y arrollar a algún inocente que no estuviera familiarizado con los caprichos del sistema de calefacción. Todos los años, alrededor del día de santa Ágata, 5 de febrero, el calor invadía todos los despachos del lado norte de la cuarta planta de la *questura* al tiempo que desaparecía de los pasillos y despachos del lado sur de la tercera planta. La situación se prolongaba unas tres semanas, generalmente, hasta san Leandro, al que la mayoría de los empleados solían agradecer el favor de su liberación. Nadie había sido capaz no ya de corregir sino de comprender siquiera el fenómeno, a pesar de que hacía por lo menos cinco inviernos que se reproducía la anomalía. La caldera principal había sido objeto de exámenes, revisiones, reajustes, improperios y puntapiés de diversos técnicos, ninguno de los cuales había conseguido repararla. Los que trabajaban en aquellas dos plantas ya se habían resignado y adoptaban las medidas oportunas: unos se quitaban la chaqueta y otros se ponían los guantes.

Brunetti asociaba el fenómeno con la fiesta de santa Ágata tan estrechamente que no podía ver una imagen de la santa mártir, representada indefectiblemente llevando en una fuente los dos pechos cortados, sin imaginar que lo que la santa exhibía eran dos piezas de la caldera central: quizá dos grandes arandelas.

Se quitó el abrigo y la chaqueta mientras cruzaba el despacho y abría las dos altas ventanas. Al instante se quedó helado y recuperó la chaqueta de encima de la mesa adonde la había lanzado. Durante los años, había desarrollado una cronología para abrir y cerrar las ventanas que, si por un lado regulaba eficazmente la temperatura, por el otro, le impedía concentrarse en el trabajo. ¿Estaría a sueldo de la Mafia el encargado de mantenimiento? Al leer los periódicos, daba la impresión de que una persona de cada dos lo estaba, ¿por qué no, pues, el encargado?

Encima de la mesa tenía los consabidos informes de personal y peticiones de información de la policía de otras ciudades, además de cartas de particulares. Una mujer de la pequeña isla de Torcello le escribía para pedirle personalmente que buscara a su hijo, que había sido secuestrado por los sirios. La mujer estaba loca y varios miembros de la policía recibían periódicamente cartas suyas, todas las cuales se referían al mismo hijo inexistente, pero los secuestradores variaban de acuerdo con la actualidad política mundial.

Si iba ahora mismo, podría ver a Patta antes del almuerzo. Con tan halagüeña perspectiva, Brunetti tomó la delgada carpeta que contenía los papeles relacionados con los casos Lynch y Semenzato y bajó al despacho de su superior.

Los lirios frescos abundaban pero la *signorina* Elettra no estaba en su sitio. Quizá había ido a ver a su jardinero paisajista. Brunetti llamó con los nudillos a la puerta de Patta y fue invitado a entrar. El despacho del *vicequestore* no estaba expuesto a las veleidades del sistema de calefacción y se mantenía a la óptima temperatura de 22 grados centígrados, ideal para que su ocupante pudiera permitirse el lujo de quitarse la chaqueta si el ritmo de trabajo se hacía muy intenso. Pero hasta este momento había sido dispensado de tal necesidad, y Brunetti lo encontró sentado detrás de su escritorio, con la americana de mohair bien abrochada y el alfiler de corbata de brillantes en su sitio. Como siempre, Patta parecía haberse escapado de una moneda romana, con sus grandes ojos castaños enmarcados por las restantes perfecciones de su rostro.

—Buenos días, señor —dijo Brunetti, tomando el asiento que Patta le indicaba.

—Buenos días, Brunetti. —Cuando Brunetti se inclinó para poner la carpeta encima de la mesa, su superior la rechazó con un ademán—. Ya lo he leído. Y muy despacio. Veo que usted parte de la hipótesis de que la agresión a la *dottoressa* Lynch y el asesinato del *dottor* Semenzato están relacionados.

—Sí, señor. No veo la posibilidad de que no lo estén.

Durante un momento, Brunetti pensó que Patta, según su costumbre, disentiría de una opinión

que no era la suya, pero su jefe lo sorprendió al mover la cabeza afirmativamente diciendo:

—Probablemente, esté en lo cierto. ¿Qué ha hecho hasta ahora?

—He hablado con la *dottoressa* Lynch —empezó, pero Patta lo interrumpió:

—Espero que con la mayor cortesía.

Brunetti se limitó a un simple:

—Sí, señor.

—Bien, bien. Es una gran benefactora de la ciudad y debe ser tratada con la mayor consideración.

Brunetti dejó pasar la observación sin comentarios y prosiguió:

—Una ayudante japonesa vino a la clausura de la exposición a supervisar el embalaje y expedición de las piezas a China.

—¿Una ayudante de la *dottoressa* Lynch?

—Sí, señor.

—Entiendo. —El tono de Patta era tan obsceno que Brunetti tuvo que esperar un momento antes de preguntar:

—¿Puedo seguir, señor?

—Sí, sí, por supuesto.

—La *dottoressa* Lynch me dijo que esa mujer murió en un accidente en China.

—¿Qué clase de accidente? —preguntó Patta, como si ello tuviera que resultar consecuencia ineludible de su orientación sexual.

—Una caída, en la excavación arqueológica en la que trabajaban.

—¿Cuándo sucedió?

—Hace tres meses. Fue después de que la *dottoressa* Lynch escribiera a Semenzato que pensaba que varias de las piezas que habían llegado a China eran falsas.

—¿Y esas piezas habían sido embaladas por la que murió?

—Eso parece.

—¿Preguntó a la *dottoressa* Lynch cuál era su relación con esta mujer?

En realidad, Brunetti no podía decir que se lo hubiera preguntado.

—No, señor; no se lo pregunté. La *dottoressa* parecía muy afectada por su muerte y por la posibilidad de que esa joven estuviera implicada en lo que ahora sucede aquí, sea lo que sea. Pero eso es todo.

—¿Está seguro, Brunetti? —Patta incluso entornó los ojos al preguntarlo.

—Completamente. Apostaría mi reputación. —Como hacía siempre que mentía a Patta, lo miró a los ojos sin pestañear—. ¿Puedo continuar, señor? —Nada más preguntarlo, Brunetti descubrió que no tenía nada más que decir, o por lo menos, que decir a Patta. No le diría que la familia de la japonesa era tan rica que, probablemente, ella no podía tener un interés económico en sustituir las piezas. La idea de la forma en que Patta reaccionaría a la hipótesis de que el móvil pudieran ser los celos le hacía sentir una ligera náusea.

—¿Cree usted que la japonesa sabía que las piezas que se enviaban a China eran falsas?

—Es posible.

—¿O incluso que lo hubiera organizado ella? —dijo Patta con énfasis—. Tuvo que ayudarla alguien, alguien de aquí, de Venecia.

—Eso parece, señor. Es una posibilidad que estoy investigando.

—¿Cómo?

—He iniciado una investigación de las cuentas del *dottor* Semenzato.

—¿Con qué autoridad? —ladró Patta.

—La mía, señor.

Patta se reservó el comentario.

—¿Qué más?

—He hablado de Semenzato con varias personas, y espero recibir información sobre su reputación real.

—¿A qué se refiere con lo de su «reputación real»?

Ah, cuan raramente la fortuna pone en nuestras manos al enemigo para que hagamos con él lo que queremos.

—¿No le parece, señor, que todo funcionario tiene una reputación oficial, lo que la gente dice de él en público, y una reputación real, lo que la gente sabe que es verdad y dice de él en privado?

Patta apoyó la mano derecha en la mesa con la palma hacia arriba haciendo girar con el pulgar el anillo del dedo meñique, aparentemente concentrado en el movimiento.

—Quizá, quizá. —Levantó la mirada de la palma de la mano—. Prosiga, Brunetti.

—He pensado empezar por estas dos cosas y ver adonde me llevan.

—Sí; me parece lógico —dijo Patta—. Recuerde que quiero saber todo lo que hace y todo lo que averigua. —Consultó su Rolex Oyster—. No quiero entretenerlo más, Brunetti, para que pueda ponerse con esto cuanto antes.

Brunetti se levantó, comprendiendo que había sonado la hora del almuerzo de Patta. Empezó a caminar hacia la puerta, curioso por descubrir la forma en que Patta le recordaría que debía tratar a Brett con guantes de terciopelo.

—Una cosa, Brunetti —dijo Patta cuando su subordinado llegaba a la puerta.

—¿Sí, señor? —preguntó él con verdadera curiosidad, un sentimiento que Patta muy raramente le inspiraba.

—Quiero que trate a la *dottoressa* Lynch con guantes de terciopelo. —Vaya, conque ésta era realmente la fórmula.

De nuevo en su despacho, lo primero que hizo Brunetti después de abrir la ventana fue llamar a Lele. En su casa no contestaban, por lo que Brunetti probó en la galería, donde el pintor descolgó el aparato después de seis señales.

—*Pronto.*

—*Ciao, Lele, aquí Guido. Te llamo por si has podido averiguar algo.*

—¿Sobre esa persona? —preguntó Lele, dándole a entender que no podía hablar con libertad.

—¿Hay alguien contigo?

—Ah, sí, ahora que lo menciona, yo diría que sí. ¿Estará todavía en su despacho dentro de un rato, *signor Scarpa*?

—Sí, estaré aquí una hora todavía.

—Muy bien, *signor Scarpa*. Le llamaré en cuanto termine.

—Gracias, Lele —dijo Brunetti y colgó.

¿Quién podía ser la persona que estaba con Lele que no debía saber que éste hablaba con un comisario de policía?

Repasó los papeles de la carpeta, haciendo anotaciones aquí y allá. Había estado varias veces en contacto con la sección de la policía encargada de la investigación del robo de obras de arte, pero en este momento lo único que podía darles era el nombre de Semenzato; pruebas, ninguna. Aunque era posible que Semenzato tuviera una reputación que no aparecía en los informes oficiales, una reputación que no llegaba al papel.

Hacia cuatro años, Brunetti había tratado con uno de los capitanes de la brigada antirrobo de arte de la policía de Roma, acerca de un retablo gótico robado de la iglesia de San Giacomo dell'Orio. Giulio nosecuántos, no recordaba el apellido. Descolgó el teléfono y marcó el número de la *signorina Elettra*.

—¿Sí, comisario? —dijo, cuando él se identificó.

—¿Ha sabido algo de Heinegger o de sus amigos del banco?

—Esta tarde lo sabré.

—Bien. Mientras tanto, le agradeceré que mire si puede encontrar en los archivos el nombre de un capitán de la sección antirrobo de obras de arte de Roma. Giulio nosecuántos. Nos escribimos hará unos cuatro años, quizá cinco, sobre un robo que se cometió en San Giacomo dell'Orio.

—¿Tiene alguna idea de dónde pueda estar archivado, comisario?

—O en mi nombre, ya que yo redacté el informe original, o en el nombre de la iglesia o, quizá, en robo de obras de arte. —Reflexionó un momento y agregó—: Compruebe la ficha de un tal Sandro... es decir, Alessandro Benelli con dirección en San Lio. Creo que aún estará en la cárcel, pero quizá se mencione el nombre del capitán. Si mal no recuerdo, declaró en el juicio.

—Sí, señor. ¿Lo quiere para hoy?

—Sí, *signorina*, si es posible.

—Bajaré al archivo ahora mismo. Quizá encuentre algo antes del almuerzo.

El optimismo de la juventud.

—Gracias, *signorina* —dijo Brunetti y colgó. En el mismo instante, sonó el teléfono. Era Lele.

—No podía hablar, Guido. Tenía en la galería a alguien que quizá pueda serte útil en esto.

—¿Quién es? —Como Lele no contestara, Brunetti se apresuró a pedir disculpas, al recordar que lo que él necesitaba era la información, no la fuente—. Perdona, Lele. Olvida que te he preguntado eso. ¿Qué te ha dicho?

—Al parecer, el *dottor Semenzato* era un hombre muy ocupado. Además de director del museo, era socio de dos tiendas de antigüedades, una de aquí y otra de Milán. El hombre con el que yo hablaba trabaja en una de las tiendas.

Brunetti resistió la tentación de preguntar en cuál y guardó silencio, sabiendo que Lele le diría lo que considerase necesario.

—Parece ser que el dueño de estas tiendas, no Semenzato sino el dueño oficial, tiene acceso a piezas que no llegan a mostrarse en las tiendas. Esta persona me ha dicho que en dos ocasiones se desembalaron por error piezas que se habían recibido en la tienda y que, en cuanto el dueño

las vio, las hizo volver a embalar diciendo que eran para su colección particular.

—¿Te ha dicho qué piezas eran?

—Una era un bronce chino y la otra, una cerámica preislámica. Me ha dicho también, y creo que esto puede interesarte, que estaba casi seguro de haber visto una foto de la cerámica en un artículo sobre las piezas que se llevaron del museo de Kuwait.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—La primera vez fue hace un año y la segunda, hará unos tres meses —respondió Lele.

—¿Te ha dicho algo más?

—Que varios clientes de su tienda tienen acceso a la colección privada.

—¿Y él cómo lo sabe?

—A veces, hablando con estos clientes, el dueño se refería a piezas que tenía pero que no estaban en la tienda. O llamaba por teléfono a un cliente y le decía que tal día recibiría tal o cual pieza, pero esas piezas no pasaban por la tienda. Sin embargo, después parecía que se había hecho la venta.

—¿Por qué te ha contado eso, Lele? —preguntó Brunetti, aunque comprendía que no debía preguntar.

—Hace años trabajamos juntos en Londres, y le hice varios favores.

—¿Y cómo se te ha ocurrido preguntarle precisamente a él?

Lele, en lugar de ofenderse, se rió.

—Oh, verás, pregunté por ahí por Semenzato y me dijeron que hablase con mi amigo.

—Gracias, Lele, —Brunetti, al igual que todos los italianos, sabía que la trama sutil de los favores personales envuelve todo el sistema social. Todo parece casual: alguien habla con un amigo, luego cambia impresiones con un primo, y la información va circulando. Y esta información modifica el saldo entre el Debe y el Haber. Antes o después, los favores se pagan y las deudas se cobran.

—¿Quién es el dueño de las tiendas?

—Francesco Murino, un napolitano. Tuve tratos con él hace años cuando abrió la tienda de aquí, y es un *vero figlio di puttana*. Si aquí se hace algún negocio sucio, seguro que él mete mano.

—¿Es el de la tienda de Santa Maria Formosa?

—Sí, ¿lo conoces?

—Sólo de vista. Que yo sepa, nunca ha tenido problemas con la policía.

—Guido, ya te he dicho que es napolitano. Claro que no ha tenido problemas, pero eso no significa que no sea una víbora. —El énfasis que Lele puso en sus palabras despertó la curiosidad de Brunetti acerca de los tratos que pudiera haber tenido con Murino.

—¿Nadie ha dicho nada más de Semenzato?

Lele resopló con impaciencia.

—Ya sabes lo que ocurre cuando alguien se muere. Nadie quiere decir la verdad.

—Sí; lo mismo me ha dicho otra persona esta mañana.

—¿Qué más te ha dicho esa persona? —preguntó Lele con lo que parecía auténtica curiosidad.

—Que espere un par de semanas, porque entonces la gente empezará a decir la verdad otra vez.

Lele soltó una carcajada tan fuerte que Brunetti tuvo que apartar el auricular del oído hasta que su amigo acabó de reír.

—Cuánta razón tiene —dijo entonces Lele—. Aunque no creo que tarden tanto.

—¿Quieres decir con eso que hay más cosas que decir de él?

—No, Guido; no quiero inducirte a error, pero a un par de personas no ha parecido sorprenderles mucho que muriera de este modo. —Como Brunetti no preguntara, Lele explicó—: Al parecer, tenía tratos con gente del Sur.

—¿Es que ahora se interesan por el arte? —dijo Brunetti.

—Sí; por lo visto ya no tienen bastante con las drogas y las prostitutas.

—Creo que vale más que de ahora en adelante doblemos la vigilancia en los museos.

—Guido, ¿a quién crees que compren los cuadros?

¿Sería esto otro salto cualitativo: la Mafia, competidora de Sotheby's?

—Lele, ¿son de fiar esas personas con las que has hablado?

—Puedes creer lo que dicen, Guido.

—Gracias, Lele. Si sabes algo más, dímelo, por favor.

—Descuida. Guido, si en esto están implicados los caballeros del Sur, vale más que tengas cuidado, ¿de acuerdo? —Una señal del poder que la Mafia empezaba a adquirir aquí, en el Norte, era la de que la gente era reacia a pronunciar su nombre.

—Naturalmente, Lele, y gracias otra vez.

—Lo digo en serio —insistió Lele antes de colgar.

Brunetti colgó a su vez y, casi sin pensar, cruzó el despacho y abrió la ventana para que entrara aire frío. Los trabajos de la fachada de la iglesia de San Lorenzo que quedaba enfrente, habían sido interrumpidos durante el invierno, y el andamiaje estaba desierto. Uno de los grandes plásticos que lo cubrían se había desgarrado y, a pesar de la distancia, Brunetti lo oía restallar ásperamente sacudido por el viento. Sobre la iglesia navegaban oscuras nubes que venían del Sur y que, seguramente, traían más lluvia para la tarde.

Brunetti miró el reloj. No había tiempo para visitar al *signor* Murino antes del almuerzo, pero aquella tarde pasaría por la tienda, a ver cuál era su reacción ante la visita de un comisario de policía. La Mafia. Obras de arte robadas. Sabía que más de la mitad de los museos del país estaban casi permanentemente cerrados, pero nunca se había detenido a pensar lo que esto podía significar por lo que se refería a hurto, robo y, en el caso de las piezas de la exposición de China, sustitución. Los vigilantes estaban mal pagados y, sin embargo, sus sindicatos eran fuertes y se oponían a que se permitiera trabajar en los museos a guardias voluntarios. Recordaba haber oído años atrás la sugerencia de que se permitiera servir como guardias voluntarios de los museos a los jóvenes que optaban por dos años de servicio social en lugar del año y medio de servicio militar. La idea ni llegó a debatirse en el Senado.

Suponiendo que Semenzato hubiera intervenido en la sustitución de piezas auténticas por falsas, ¿quién mejor situado que un anticuario para vender los originales? Él disponía de la clientela y también de los conocimientos necesarios para hacer una valoración exacta y, por otra parte, si ello era necesario, sabría cómo hacer la entrega de las piezas sin la interferencia de la policía y del departamento financiero de la comisión de Bellas Artes. Hacer entrar y salir del país obras de arte era juego de niños. Bastaba una mirada al mapa de Italia para ver lo permeables que eran las fronteras. Miles de kilómetros de bahías, calas, ensenadas y playas. Además, para los bien organizados o bien relacionados, estaban los puertos y los aeropuertos por los que cualquier cosa podía pasar impunemente. No eran sólo los que guardaban los museos los que estaban mal pagados.

Un golpe en la puerta interrumpió sus reflexiones.

—*Avanti* —gritó cerrando la ventana. Hora de volver a asarse.

Entró la *signorina* Elettra, con un bloc en una mano y una carpeta en la otra.

—En esta carpeta he encontrado el apellido del capitán. Es Carrara, Giulio Carrara. Sigue en Roma pero el año pasado fue ascendido a *maggiore*.

—¿Cómo lo ha averiguado, *signorina*?

—He llamado a su despacho en Roma y he hablado con su secretaria. Le he dicho que le avise de que usted le llamará esta tarde. Ya había salido a almorzar y no volverá hasta las tres y media.

—Brunetti sabía lo que en Roma podía significar las tres y media.

Como si hubiera expresado su pensamiento en voz alta, la *signorina* Elettra dijo:

—Le he preguntado y ella me ha dicho que realmente regresa a las tres y media, así que estoy segura de que puede llamarle.

—Gracias, *signorina* —dijo y una vez más dio gracias en silencio de que esta maravilla pudiera resistir incólume el diario asalto de las intemperancias de Patta—. ¿Puedo preguntarle cómo ha conseguido encontrar el nombre tan pronto?

—Oh, hace meses que trato de familiarizarme con los archivos. He hecho varios cambios porque el sistema actual no tiene lógica. Espero que nadie se moleste.

—No lo creo. Nadie ha podido encontrar nunca nada en ese archivo, de modo que cualquier

cambio tiene que ser para mejorar. Además, se supone que todo está pasado al sistema informático.

Ella lo miró con la expresión del que ha pasado algún tiempo en medio de las fichas acumuladas, y Brunetti tomó nota de no repetir esta observación. La joven puso la carpeta encima de la mesa. Él observó que hoy llevaba un vestido de lana negra con un atrevido cinturón rojo ceñido a la fina cintura. La joven sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente.

—¿Siempre hace aquí tanto calor, comisario? —preguntó.

—No, *signorina*, es algo que ocurre durante unas semanas a partir de primeros de febrero. Generalmente, termina antes de fin de mes. No afecta su despacho.

—¿Es el *scirocco*? —La pregunta era lógica. Si el viento cálido de África traía el *acqua alta*, también podía traer temperatura alta al despacho.

—No, *signorina*. Es el sistema de calefacción. Nadie ha podido descubrir la causa. Ya se acostumbrará. De todos modos, antes de fin de mes habrá pasado.

—Así lo espero —dijo ella volviendo a enjugarse la frente—. Si no desea nada más, me iré a almorzar.

Brunetti miró el reloj y vio que era casi la una.

—Llévese un paraguas —dijo—. Parece que volverá a llover.

Brunetti fue a almorzar a casa con su familia, y Paola cumplió su promesa de no contar a Raffi lo que había pensado su padre al ver las jeringuillas en su habitación. Pero, a cambio de su silencio, obtuvo de Brunetti la firme promesa de que no sólo la ayudaría a sacar la mesa a la terraza a la primera señal de buen tiempo sino que también manejaría las jeringuillas para inyectar el insecticida en los múltiples agujeros hechos por las carcomas en las patas del mueble para hibernar en ellos.

Después del almuerzo, Raffi se encerró en su cuarto, diciendo que tenía que hacer deberes de griego, concretamente, traducir diez páginas de Homero para el día siguiente. Dos años antes, cuando se consideraba un anarquista, se encerraba en su cuarto para elucubrar sombríamente sobre los males del capitalismo y quién sabe si precipitar con ello su caída. Pero este año había encontrado no sólo novia sino también, al parecer, el afán de ser admitido en la universidad. En cualquier caso, seguía desapareciendo de la mesa inmediatamente después de la comida, de lo que Brunetti deducía que su deseo de soledad obedecía más a un imperativo de la adolescencia que a una orientación política.

Paola formuló veladas amenazas a Chiara si no la ayudaba a fregar los cacharros, y mientras ellas dos trajinaban Brunetti se asomó a la cocina para decirles que se iba a trabajar.

Cuando salió a la calle, ya había empezado a caer la lluvia que había estado amenazando toda la mañana, todavía era fina pero tenía trazas de arreciar. Abrió el paraguas y torció por Rugetta, camino del puente de Rialto. A los pocos minutos, se felicitó de haberse acordado de ponerse las botas, porque en el suelo se habían formado grandes charcos que invitaban a chapotear. Cuando hubo cruzado el puente, la lluvia arreció, y Brunetti llegó a la *questura* con los pantalones empapados de la pantorrilla a la rodilla, por encima de lo que protegían las botas.

En el despacho, se quitó la chaqueta y pensó que ojalá pudiera quitarse también los pantalones y colgarlos encima del radiador: allí se secarían en dos minutos. Pero se limitó a dejar la ventana abierta para enfriar el despacho y luego se sentó a la mesa, marcó el número de la centralita y pidió que le pusieran con la brigada antirrobo de arte de la policía de Roma. Cuando consiguió comunicación, dio su nombre y preguntó por el *maggiore* Carrara.

—*Buon giorno*, comisario.

—Enhorabuena, *maggiore*.

—Gracias, ya era hora.

—Todavía es muy joven. Le sobra tiempo para llegar a general.

—Cuando yo llegue a general, en los museos de este país no quedará ni un solo cuadro. —La risa de Carrara, cuando al fin llegó, se había producido con la demora suficiente como para que Brunetti se quedara con la duda de si el comentario era realmente una broma.

—Por eso le llamo, Giulio.

—¿Por cuadros?

—No sé si cuadros, en cualquier caso, museos.

—¿De qué se trata? —preguntó Carrara con aquella viva curiosidad que, según recordaba Brunetti, sentía el romano por su trabajo.

—Tenemos un caso de asesinato.

—Sí, lo sé, Semenzato, en el *palazzo* Ducale. —La voz era neutra.

—¿Sabe algo de él, Giulio?

—¿Oficial o extraoficialmente?

—Oficialmente.

—No sé nada. Nada de nada. Absolutamente nada. —Adelantándose a Brunetti, Carrara interrumpió su propia letanía para preguntar—: ¿Es suficiente para pasar a la pregunta siguiente, Guido?

—Está bien —sonrió Brunetti—. ¿Y extraoficialmente?

—Es curioso que me haga esa pregunta. En realidad, tengo encima de la mesa una nota para llamarle. No sabía que llevaba usted el caso hasta que leí su nombre en el periódico esta mañana, y pensé en llamarle para hacerle varias sugerencias. Y de paso pedirle un par de favores. Creo que hay varias cosas que nos interesan a ambos.

—¿Como por ejemplo?

—Sus cuentas bancarias.

—¿Las de Semenzato?

—¿No estábamos hablando de él?

—Lo siento Giulio, pero durante todo el día se me ha estado repitiendo que no se debe hablar mal de los muertos.

—Si no podemos hablar mal de los muertos, ¿de quién vamos a hablar mal? —preguntó Carrara con sorprendente sensatez.

—Ya tengo a una persona trabajando en eso. Mañana deberíamos disponer de las cuentas. ¿Algo más?

—Me gustaría echar una ojeada a la lista de sus llamadas de larga distancia, tanto desde su domicilio como desde su despacho del museo. ¿Cree que podrá conseguirlas?

—¿Todavía hablamos extraoficialmente?

—Sí.

—Las tendrá.

—Bien.

—¿Algo más?

—¿Ya ha hablado con la viuda?

—No; personalmente, no. Habló con ella uno de mis hombres. ¿Por qué?

—Quizá ella sepa qué viajes hizo su marido durante los últimos meses.

—¿Por qué le interesa eso? —preguntó Brunetti con auténtica curiosidad.

—No existe una razón especial, Guido. Pero nos gusta saber eso cuando el nombre de una persona nos ha saltado a la vista más de una vez.

—¿Y ha sido así en este caso?

—Sí.

—¿Con qué motivo?

—Ninguno en concreto, a decir verdad. —Carrara parecía pesaroso por no poder concretar una acusación—. Dos hombres a los que arrestamos en el aeropuerto hace más de un año con figuras de jade chinas dijeron que habían oído mencionar su nombre en una conversación. Eran simples correos; no sabían prácticamente nada; ni siquiera el valor de lo que transportaban.

—¿Y era? —preguntó Brunetti.

—Miles de millones de liras. Las figuras procedían del Museo Nacional de Taiwan, del que habían desaparecido tres años antes, nadie sabía cómo.

—¿Eran esas figuras lo único que había desaparecido?

—No; pero son lo único que se ha recuperado. Hasta el momento.

—¿En qué otra ocasión oyó mencionar su nombre?

—Se lo oí a uno de los pequeños delincuentes a los que aquí tenemos colgados de un hilo. En cualquier momento podríamos encerrarlo por drogas y allanamiento pero lo dejamos libre a cambio de la información que nos pasa de vez en cuando. Nos dijo que había oído mencionar el nombre de Semenzato durante una conversación telefónica de uno de los hombres a los que él vende cosas.

—¿Cosas robadas?

—Naturalmente. No tiene nada más que vender.

—¿Y ese hombre hablaba con Semenzato o de Semenzato?

—Hablaban de él.

—¿Le dijo qué había oído?

—El que hablaba sólo dijo a la otra persona que debía tratar de ponerse en contacto con Semenzato. En un principio, la referencia no parecía incriminatoria. Al fin y al cabo, se trataba de un director de museo. Pero después atrapamos a los dos hombres en el aeropuerto y ahora Semenzato aparece muerto en su despacho. Así que pensé que había llegado el momento de hablar de eso con usted. —Carrara hizo una pausa lo bastante larga como para señalar que él ya no tenía nada más que ofrecer y que había llegado el momento de ver lo que podía conseguir—. ¿Qué han podido averiguar ustedes sobre él?

—¿Recuerda la exposición de China que se celebró hace unos años?

Carrara emitió un gruñido de asentimiento.

—Varias de las piezas que iban en la expedición de vuelta a China eran copias.

Por la línea llegó claramente el silbido de Carrara, que tanto podía ser de sorpresa como de admiración por semejante hazaña.

—Y, al parecer, Semenzato era socio comanditario de un par de negocios de antigüedades, uno de aquí y otro de Milán —prosiguió Brunetti.

—¿Quién es el dueño?

—Francesco Murino. ¿Lo conoce?

El tono de Carrara era lento y comedido.

—Sólo como conocíamos a Semenzato, extraoficialmente. Pero nos hemos tropezado con su nombre más de una vez y más de dos.

—¿Algo en concreto?

—Nada. Por lo visto, sabe cubrirse bien. —Se hizo una larga pausa y entonces Carrara agregó, en una voz repentinamente más seria—: O alguien más lo cubre.

—¿Ésas tenemos? —preguntó Brunetti. Aquella respuesta podía significar cualquier cosa: una rama del Gobierno, la Mafía, un Gobierno extranjero, incluso la Iglesia.

—Sí. Ninguna de las pistas conduce a ningún sitio. Oyes un nombre y luego dejas de oírlo. La brigada de Delitos Económicos le ha hecho tres inspecciones en los dos últimos años, y está limpio.

—¿Se ha asociado su nombre al de Semenzato?

—Aquí, no. ¿Qué más tenemos?

—¿Conoce a la *dottoressa* Lynch?

—*L'americana*? —preguntó Carrara.

—Sí.

—Naturalmente que sé quién es. Al fin y al cabo, estoy licenciado en Historia del Arte, Guido.

—¿Tan conocida es?

—Su libro sobre arte chino es el mejor que se ha escrito. Sigue en China, ¿verdad?

—No; está aquí.

—¿En Venecia? ¿Y qué hace ahí?

Lo mismo se había preguntado Brunetti. La respuesta que se había dado era que estaba tratando de decidir entre regresar a China, quedarse junto a su amante y, ahora, descubrir si su anterior amante había sido asesinada.

—Vino para hablar con Semenzato acerca de las piezas que se enviaron a China. La semana

pasada, dos gorilas le dieron una paliza. Le hicieron una fisura en la mandíbula y le fracturaron varias costillas. Apareció en los periódicos.

Otra vez sonó el silbido de Carrara, pero ahora consiguió transmitir compasión.

—Aquí no hablaron de ello.

—Su ayudante, una japonesa que vino para supervisar la devolución de las piezas a China, murió allí de accidente.

—Freud dice no sé dónde que los accidentes no existen, ¿verdad?

—No sé si Freud incluía a China cuando dijo eso, pero no parece que fuera un accidente, desde luego.

El gruñido de Carrara podía significar cualquier cosa. Brunetti optó por interpretarlo como una afirmación y dijo:

—Mañana por la mañana hablaré con la *dottoressa* Lynch.

—¿Por qué?

—Quiero convencerla para que salga de la ciudad una temporada y quiero saber más cosas acerca de las piezas sustituidas. Qué eran, si tienen valor en el mercado...

—Claro que tienen valor en el mercado —le interrumpió Carrara.

—Sí, eso ya lo imagino, Giulio. Pero quiero tener una idea de cuál pueda ser ese valor y de si podrían venderse abiertamente.

—Perdón. No entendí a qué se refería, Guido. —Su pausa podía interpretarse como una disculpa, y agregó—: Si viene de una excavación de China, puedes pedir lo que quieras.

—¿Tanto valor tiene?

—Tanto valor. Pero, ¿qué desea saber concretamente?

—Primero, dónde y cómo se hicieron las copias.

Carrara le interrumpió otra vez.

—Italia está llena de talleres que se dedican a hacer copias, Guido. Copias de todo: estatuas griegas, joyas etruscas, alfarería Ming, pinturas renacentistas. Usted diga qué quiere y saldrá un artesano italiano que le hará una copia que engañará a los especialistas.

—¿Pero no tienen ustedes toda clase de medios para detectarlas? La prueba del carbono 14 y esas cosas.

Carrara se rió.

—Hable con la *dottoressa* Lynch, Guido. Le dedica un capítulo de su libro. Estoy seguro de que puede decirle cosas que le mantendrán despierto en las largas noches de invierno. —Brunetti oyó ruido en el otro extremo del hilo, seguido de un silencio, cuando Carrara cubrió el micro con la mano. Al cabo de un momento, el *maggiore* le decía—: Perdone, Guido, pero acaban de darme una conferencia con Vietnam que hace dos días que estoy tratando de conseguir. Llámeme si sabe algo. Yo también le llamaré. —Antes de que Brunetti pudiera asentir, Carrara había colgado.

Totalmente ajeno al calor que hacía en su despacho, Brunetti reflexionaba sobre lo que le había dicho Carrara. Tómese un director de museo, agréguese guardias, sindicatos, un poco de Mafia y el resultado era un cóctel lo bastante fuerte como para dar a la rama antirrobo de obras de arte una buena resaca. Sacó una hoja de papel del cajón y empezó a hacer la lista de la información que necesitaba de Brett. Una descripción completa de las piezas falsificadas. Más información acerca de cómo pudo llevarse a cabo la sustitución y de dónde y cómo se habían hecho las copias. Y necesitaba una descripción detallada de las conversaciones mantenidas y la correspondencia intercambiada con Semenzato.

Interrumpió la escritura y dejó que su pensamiento derivara hacia lo personal: ¿regresaría Brett a China? Al pensar en ella, evocando la imagen de cómo la había visto por última vez, dando un puñetazo en la mesa y saliendo de la sala con un portazo, advirtió una discrepancia que hasta aquel momento se le había escapado. ¿Por qué ella sólo había recibido una paliza mientras Semenzato había sido asesinado? Brunetti no dudaba de que los hombres enviados a su casa sólo llevaban órdenes de hacerle llegar su violenta advertencia para que no acudiera a la cita. Pero, ¿por qué molestarse, si de todos modos iban a matar a Semenzato? ¿La intervención de Flavia había alterado el equilibrio de las cosas o acaso Semenzato, de algún modo, había provocado la violencia que le había costado la vida?

Primero, las cosas prácticas. Llamó a Vianello y le pidió que subiera y que, al pasar por delante del despacho de Patta, rogara a la *signorina* Elettra que lo acompañara. El informe de la Interpol no había llegado todavía, por lo que pensaba que ya era hora de empezar a indagar por su cuenta. Fue a la ventana y la abrió mientras esperaba que llegaran.

Entraron juntos, minutos después. Vianello abrió la puerta e invitó a la mujer a entrar primero. Cuando ambos estuvieron dentro, Brunetti cerró la ventana y el sargento, el adusto y tosco Vianello, acercó una silla a la mesa de Brunetti y la ofreció a la *signorina* Elettra. ¿Vianello?

Mientras se sentaba, la *signorina* Elettra dejó una hoja de papel en la mesa de Brunetti.

—Ha llegado esto de Roma, comisario. —En respuesta a su muda pregunta, agregó—: Han identificado las huellas.

Bajo el membrete de los *carabinieri*, la carta, que tenía una firma indescifrable, decía que las huellas tomadas del teléfono de Semenzato correspondían a las de Salvatore La Capra, de veintitrés años, residente en Palermo. A pesar de su juventud, La Capra tenía a su espalda un número considerable de arrestos y acusaciones: extorsión, violación, agresión, intento de asesinato y asociación con conocidos miembros de la Mafia. Acusaciones que habían sido retiradas en distintas fases del largo proceso legal que mediaba entre el arresto y el juicio. Tres testigos del caso de extorsión habían desaparecido; la mujer que había presentado la denuncia de violación se había retractado. La única acusación que se había mantenido contra La Capra era por exceso de velocidad, infracción por la que había pagado una multa de cuatrocientas veintidós mil liras. El informe señalaba también que La Capra, que no estaba empleado, vivía con su padre.

Cuando acabó de leer el informe, Brunetti miró a Vianello.

—¿Ha visto esto?

Vianello asintió.

—¿Por qué me suena el nombre? —preguntó Brunetti dirigiéndose a los dos.

La *signorina* Elettra y Vianello empezaron a hablar al mismo tiempo, pero el sargento, al oírla, se interrumpió y le cedió la palabra con un ademán.

Como ella callara, Brunetti, irritado por tanta ceremonia, azuzó:

—¿Bueno?

—¿El arquitecto? —preguntó la *signorina* Elettra, y Vianello movió la cabeza afirmativamente. Bastó para refrescar la memoria a Brunetti. Hacía cinco meses, el arquitecto encargado de unas extensas obras de restauración en un *palazzo* del Gran Canal, había denunciado al propietario del *palazzo* por amenazas formuladas por el hijo de éste, de recurrir a la violencia si la restauración, que ya había entrado en el octavo mes, sufría más retrasos. El arquitecto había

intentado justificarse alegando dificultades en la obtención de los permisos de obra, excusas que el hijo del dueño había rechazado, advirtiéndole que su padre no era hombre que estuviera acostumbrado a que se le hiciera esperar y que quienes incomodaban a su padre o a él mismo solían pasarlo mal. Al día siguiente, y antes de que la policía hubiera tenido tiempo de actuar, el arquitecto volvió a presentarse en la *questura* para decir que todo había sido un malentendido y que en realidad no habían mediado amenazas. Los cargos se habían retirado, pero se redactó el informe de la denuncia, que habían leído los tres, por lo que ahora recordaban que ésta había sido hecha contra Salvatore La Capra.

—Creo que deberíamos ver si el *signorino* La Capra o su padre están en casa —propuso Brunetti—. Y usted, *signorina*, haga el favor de mirar si encuentra algo sobre el padre. Si no tiene otra cosa que hacer, desde luego.

—No, *dottore*. Ya está hecha la reserva para la cena del *vicequestore*, de modo que puedo ponerme con esto inmediatamente. —Con una sonrisa, ella se levantó y Vianello, como una sombra, fue hasta la puerta delante de ella, la sostuvo abierta mientras ella salía y luego volvió a su silla.

—He hablado con la esposa, comisario. Bueno, con la viuda.

—Sí, he leído su informe. Era muy corto.

—La visita fue corta, comisario —dijo Vianello con voz opaca—. No había mucho que decir. La mujer estaba muy apenada, casi no podía hablar. Le hice unas preguntas, pero ella no paraba de llorar y tuve que dejarlo. No creo que comprendiera por qué estaba yo allí ni por qué le hacía preguntas.

—¿Era dolor de verdad? —preguntó Brunetti. Los dos policías habían visto mucho dolor de una y otra clase, verdadero y falso, y podían distinguirlo.

—Creo que sí, señor.

—¿Cómo es ella?

—Unos cuarenta años, diez menos que él. Sin hijos, por lo que él era todo lo que tenía, no creo que esa mujer encajara muy bien aquí.

—¿Por qué no? —preguntó Brunetti.

—Semenzato era veneciano pero ella es del Sur. De Sicilia. Nunca le ha gustado esto. Dijo que, cuando acabara todo esto, quería volver a su tierra.

Brunetti se preguntó cuántos hilos de esta trama apuntarían hacia el Sur. Desde luego, el lugar de procedencia de la mujer no lo autorizaba a considerarla sospechosa de asociación con malhechores. Mientras se hacía esta exhortación, dijo:

—Que le intervengan el teléfono.

—¿De la *signora* Semenzato? —La sorpresa de Vianello era audible.

—¿Y de quién estamos hablando, Vianello?

—¡Si acabo de hablar con ella y casi no se tiene en pie! No finge, comisario, estoy seguro.

—No se pone en duda su dolor, Vianello. Lo que está en entredicho es la integridad de su marido. —Brunetti también sentía curiosidad por lo que la viuda supiera de las actividades de su marido, pero, en vista de la insólita tesitura galante adoptada por Vianello, creyó preferible callar.

Vianello aún objetó:

—No obstante...

—¿Qué hay del personal del museo? —cortó Brunetti.

Vianello se dejó conducir al redil.

—Parece ser que apreciaban a Semenzato. Era competente, se llevaba bien con los sindicatos y solía delegar mucha responsabilidad, por lo menos, en la medida en que el Ministerio se lo permitía.

—¿Qué quiere decir?

—Que dejaba que los conservadores decidieran qué cuadros tenían que someterse a restauración, qué técnicas había que emplear, cuándo había que llamar a especialistas del exterior. Por lo que he podido deducir, el que ocupó el cargo antes que él se empeñaba en controlarlo todo y eso

hacía que los asuntos se retrasaran, ya que él se empeñaba en conocer hasta el último detalle. La mayoría preferían a Semenzato.

—¿Alguna cosa más?

—Volví al ala del edificio en la que estaba el despacho de Semenzato y eché un vistazo con luz de día. En el pasillo hay una puerta que comunica con el ala izquierda, pero está condenada. Y desde el tejado, imposible descolgarse. Así que tuvieron que subir por la escalera.

—Pasando por delante de la oficina de los guardias —Brunetti terminó por él.

—Y también al salir —agregó Vianello sin indulgencia.

—¿Qué ponían aquella noche en televisión?

—Repeticón de *Golpo Grosso* —respondió Vianello con una prontitud que hizo que Brunetti se preguntara si el sargento no habría estado aquella noche en su casa, al igual que media Italia, viendo cómo semifamosas se desnudaban poco a poco ante los alaridos del público del estudio. Probablemente, si los pechos eran lo bastante grandes, los ladrones hubieran podido llevarse hasta la Basílica de la Piazza sin que nadie se enterara hasta la mañana siguiente.

Parecía un buen momento para cambiar de tema.

—Está bien, Vianello, vea qué puede hacer para que alguien se encargue de ese teléfono. —La frase no podía ser considerada terminante; ni el tono, de despedida. Por lo menos, no del todo.

De común acuerdo, la conversación se dio por terminada. Vianello se puso en pie. Se veía que no estaba de acuerdo con esta nueva invasión del dolor de la viuda Semenzato, pero aceptaba el encargo.

—¿Nada más, comisario?

—Nada más. —Normalmente, Brunetti hubiera pedido ser informado cuando hubiera sido intervenido el teléfono, pero en este caso prefirió dejarlo al criterio de Vianello. El sargento movió la silla unos centímetros hacia adelante, para centrarla frente a la mesa de Brunetti, alzó la mano en un vago saludo y salió del despacho sin más palabras. Brunetti se dijo que ya era suficiente tener que tratar con una *prima donna* en Cannaregio. No necesitaba otra en la *questura*.

Brunetti salió de la *questura* quince minutos después llevando las botas y el paraguas. Cortó hacia la izquierda en dirección a Rialto, pero luego torció a la derecha, otra vez a la izquierda y al poco cruzaba el puente que conduce a *campo* Santa Maria Formosa. Frente a él, al otro lado del *campo*, se levantaba el *palazzo* Priuli abandonado desde que él pudiera recordar, plato fuerte de un envenenado litigio sobre un testamento impugnado. Mientras herederos y presuntos herederos se disputaban su propiedad, el *palazzo* se entregaba con aplicación y perseverancia a su labor de deterioro, indiferente a herederos, reclamaciones y legalidad. Largos churretes de herrumbre bajaban por las paredes de piedra desde las rejillas que trataban de impedir la entrada a los intrusos, y el tejado se descoyuntaba formando protuberancias y hendiduras y abriendo aquí y allá grietas por las que el sol se colaba a curiosear en el desván cerrado desde hacía años. El Brunetti romántico había imaginado muchas veces que el *palazzo* Priuli sería el lugar ideal para recluir a una tía loca, a una esposa rebelde o a una heredera recalcitrante, mientras que su yo más pragmático y veneciano lo consideraba un inmueble muy apetecible y contemplaba sus ventanas dividiendo el espacio interior en apartamentos, oficinas y estudios.

Tenía la vaga idea de que la tienda de Murino se hallaba en el lado norte, entre una pizzería y una tienda de máscaras. La pizzería estaba cerrada, en espera de la vuelta de los turistas, pero tanto la tienda de máscaras como la de antigüedades estaban abiertas y sus luces brillaban entre la lluvia invernal.

Cuando Brunetti empujó la puerta de la tienda, sonó una campanilla en una habitación situada más allá de un par de cortinas de terciopelo adamascado colgadas de un arco que conducía al interior. La sala tenía el brillo discreto de la riqueza, una riqueza antigua y sólida. Sorprendentemente, eran pocas las piezas expuestas, pero cada una exigía la plena atención del visitante. Al fondo había un aparador de nogal que relucía merced a siglos de cuidados, con cinco cajones en el lado izquierdo. A mano derecha de Brunetti se extendía una larga mesa de roble, procedente sin duda del refectorio de algún convento. También a la mesa se le había sacado brillo, aunque sin tratar de disimular las muescas y otras señales debidas a un largo uso. A sus pies yacían dos leones de mármol que abrían las fauces con una amenaza que quizá en tiempos fuera intimidatoria. Pero el tiempo había desgastado los dientes y suavizado los rasgos, y ahora parecían encararse a sus enemigos con lo que más que un rugido era un bostezo.

—*C'è qualcuno?* —gritó Brunetti hacia el fondo de la tienda. Miró al suelo y observó que su paraguas había dejado ya un gran charco en el parquet de la tienda. El *signor* Murino debía de ser un optimista, además de forastero, para haber puesto parquet en una zona de la ciudad tan baja como ésta. La primera *acqua alta* grave inundaría la tienda estropeando la madera y llevándose la cola y el barniz cuando bajara la marea.

—*Buon giorno?* —volvió a gritar dando unos pasos hacia el arco y dejando un rastro de gotas en el suelo.

Una mano apareció entre las cortinas y apartó una de ellas. El hombre que salió a la tienda era el mismo al que Brunetti recordaba haber visto en la ciudad y que alguien —ya no recordaba quién— le había dicho que era el anticuario de Santa Maria Formosa. Murino era bajo, como muchos meridionales y su pelo negro, rizado y lustroso, formaba una corona que le rozaba el cuello de la camisa. Tenía la tez oscura y tersa y las facciones pequeñas y regulares. Lo que desconcertaba en este prototipo de belleza mediterránea eran los ojos, de un verde claro y opalino. Aunque tamizados por los cristales redondos de unas gafas con montura de oro y sombreados por unas pestañas tan largas como negras, aquellos ojos eran el rasgo dominante de su cara. Los franceses —Brunetti lo sabía— habían conquistado Nápoles hacía siglos, pero la reliquia más corriente de su larga ocupación era el pelo rojo que a veces se veía en la ciudad, no estos claros ojos nórdicos.

—*¿Signor Murino?* —preguntó extendiendo la mano.

—Sí —respondió el anticuario tomando la mano de Brunetti y devolviéndole el apretón con firmeza.

—Guido Brunetti, comisario de policía. Me gustaría hablar un momento con usted.

La expresión de Murino seguía siendo de cortés curiosidad.

—Deseo hacerle unas preguntas acerca de su socio. ¿O quizá debería decir su difunto socio?

Brunetti vio a Murino absorber esta información y esperó mientras el otro consideraba cuál debía ser su reacción visible. Todo esto, sólo en cuestión de segundos, pero Brunetti había tenido ocasión de observar el proceso durante décadas y estaba familiarizado con él. Las personas ante las que se presentaba tenían una colección de reacciones que ellas consideraban apropiadas, y formaba parte del trabajo del policía estudiar su expresión mientras las iban repasando una a una, en busca de la más adecuada. ¿Sorpresa? ¿Temor? ¿Inocencia? ¿Curiosidad? Vio a Murino pasar revista a varias posibilidades y estudió su rostro mientras iba considerándolas y descartándolas. Al parecer, se decidió por la última.

—¿Sí? ¿Y qué quiere saber, comisario? —La sonrisa era cortés; y el tono, amistoso. Miró al suelo y vio el paraguas de Brunetti—. Permítame que me lo lleve, por favor —dijo, y consiguió que pareciera que le preocupaba más la incomodidad de Brunetti que el deterioro que el agua causara en su parquet. Llevó el paraguas a un paragüero de porcelana decorado con flores que había al lado de la puerta, lo introdujo en él y se volvió hacia Brunetti—. ¿Me da el abrigo?

Brunetti advirtió que Murino trataba de marcar el tono de la conversación, un tono amistoso y relajado, manifestación verbal de su inocencia.

—Gracias, no se moleste —respondió Brunetti y, con su respuesta, ajustó el tono a su propia medida—. ¿Cuánto tiempo ha sido socio suyo?

Murino no acusó que hubiera detectado la pugna por el dominio de la conversación.

—Cinco años, desde que abrí esta tienda.

—¿Y la tienda de Milán? ¿También tenía participación en ella?

—Oh, no. Son negocios independientes. Sólo tenía participación en ésta.

—¿Y cómo llegó a ser socio?

—Ya sabe lo que son estas cosas. Se corre la voz.

—No; lo siento, pero no lo sé, *signor* Murino. ¿Cómo se hizo socio suyo?

La sonrisa de Murino era persistentemente relajada; estaba decidido a no darse por enterado de la rudeza de Brunetti.

—Cuando tuve la oportunidad de alquilar este local, me puse en contacto con varios amigos míos de esta ciudad, con vistas a conseguir un préstamo. Tenía la mayor parte de mi capital invertido en las existencias de la tienda de Milán, y en aquel momento el mercado de antigüedades estaba estancado.

—¿A pesar de lo cual quería abrir otra tienda?

La sonrisa de Murino era seráfica.

—Yo tenía confianza en el futuro. La gente puede retraerse durante algún tiempo, pero son crisis pasajeras y al fin siempre vuelven a comprar cosas bellas.

Al igual que una mujer deseosa de que le regalen los oídos, Murino parecía estar pidiendo a Brunetti que dedicara un cumplido a las piezas que tenía en la tienda, relajando con ello la tensión creada con las preguntas.

—¿Su optimismo quedó justificado, *signor* Murino?

—Oh, no puedo quejarme.

—¿Y cómo se enteró su socio de su interés en un préstamo?

—Bueno, ya sabe lo que pasa, se corre la voz. —Al parecer, ésta era toda la explicación que el *signor* Murino estaba dispuesto a dar.

—¿Y entonces se presentó él, dinero en mano, solicitando ser su socio?

Murino se acercó a un arcón de novia y limpió una marca de dedos con el pañuelo. Se agachó, situando los ojos en plano horizontal con la superficie del arcón y frotó varias veces la marca hasta hacerla desaparecer. Dobló el pañuelo en un rectángulo perfecto, volvió a guardarlo en el bolsillo de la chaqueta, se volvió de espaldas al arcón y se apoyó en el borde.

—Sí; podríamos decir que así fue.

—¿Y qué consiguió a cambio de su inversión?

—El cincuenta por ciento de los beneficios durante diez años.

—¿Quién llevaba los libros?

—Tenemos un *contabile* que se encarga de eso.

—¿Quién hace las compras?

—Yo.

—¿Y las ventas?

—Yo. O mi hija. Trabaja aquí dos días a la semana.

—¿Así que usted y su hija son los que saben qué se compra y a qué precio y qué se vende y a qué precio?

—Tengo recibos de todas las compras y de todas las ventas, *dottor* Brunetti —dijo Murino casi con indignación en la voz.

Brunetti consideró durante un momento la opción de decir a Murino que en Italia todo el mundo tiene recibos de todo y que todos los recibos no son más que pruebas fabricadas para evadir el pago de impuestos. Pero uno no tiene necesidad de decir que llueve de arriba abajo ni que en primavera florecen los árboles. Análogamente, no es necesario hablar de la existencia del fraude fiscal, mucho menos, a un anticuario, y no digamos un anticuario napolitano.

—Estoy seguro de que las tiene, *signor* Murino —dijo Brunetti, y cambió de tema—. ¿Cuándo lo vio por última vez?

Murino esperaba la pregunta, porque la respuesta fue inmediata:

—Hace dos semanas. Fuimos a tomar una copa y le dije que a últimos de mes pensaba hacer un viaje de compras por Lombardía. Le dije que quería cerrar la tienda durante una semana y le pregunté si tenía algún inconveniente.

—¿Lo tenía?

—No; ninguno.

—¿Y su hija?

—Está muy ocupada preparando exámenes. Estudia derecho. A veces no entra nadie en la tienda en todo el día. Por eso me pareció que era un buen momento para cerrar. Además, tenemos que hacer pequeñas reparaciones.

—¿Qué reparaciones?

—Una puerta que da al canal se ha salido de los goznes. Si queremos utilizarla, tendremos que cambiar el marco —dijo señalando hacia las cortinas de terciopelo—. ¿Quiere verla?

—No, gracias. *Signor* Murino, ¿nunca se le ocurrió pensar que su socio pudiera incurrir en cierta incompatibilidad?

Murino sonrió interrogativamente.

—Me temo que no comprendo.

—Permita entonces que trate de aclarárselo. Su otro cargo podría haber servido para, digamos, favorecer su inversión conjunta en este negocio.

—Lo lamento, pero sigo sin comprender. —La sonrisa de Murino no hubiera parecido fuera de lugar en la cara de un ángel.

Brunetti puso ejemplos.

—Quizá utilizándolo a usted como especialista cuando se enteraba de que determinadas piezas o colecciones iban a ponerse a la venta. Quizá recomendando la tienda a personas que manifestaran interés por un objeto determinado.

—Eso nunca se me ocurrió.

—¿Se le ocurrió a su socio?

Murino sacó el pañuelo para limpiar otra marca. Cuando la superficie quedó a su gusto, dijo:

—Yo era su socio, comisario, no su confesor. Creo que a esa pregunta sólo él podría responder.

—Pero eso, desgraciadamente, no es posible.

Murino movió la cabeza tristemente.

—No; no es posible.

—¿Qué pasará ahora con su participación en el negocio?

La cara de Murino era todo asombro e inocencia.

—Oh, yo seguiré repartiendo los beneficios con su viuda.

—¿Y usted y su hija seguirán comprando y vendiendo?

La respuesta de Murino tardó en llegar, pero cuando se produjo no fue sino la confirmación de lo evidente.

—Sí, naturalmente.

—Naturalmente —corroboró Brunetti, aunque la palabra no sonó igual ni tenía el mismo sentido dicha por él.

La cara de Murino se encendió de una cólera repentina, pero antes de que pudiera contestar, Brunetti dijo:

—Muchas gracias por su tiempo, *signor* Murino. Que tenga un provechoso viaje a Lombardía.

Murino se apartó del arcón y se acercó a la puerta a buscar el paraguas de Brunetti. Se lo dio sosteniéndolo por la tela todavía mojada. Abrió la puerta, la sostuvo cortésmente y, cuando Brunetti salió, la cerró con suavidad. Brunetti se encontró bajo la lluvia y abrió el paraguas. Una ráfaga de aire trató de arrancárselo de la mano, pero él lo sujetó con fuerza y se encaminó a casa. Durante toda la conversación ninguno de los dos había pronunciado ni una sola vez el nombre de Semenzato.

Mientras cruzaba el *campo* barrido por la lluvia, Brunetti se preguntaba si Semenzato podía haber confiado en que un hombre como Murino llevara debidamente las cuentas de todas las compras y ventas. Desde luego, Brunetti había visto asociaciones comerciales más extrañas todavía, y no debía olvidar que él no conocía a Semenzato sino, por así decir, en retrospectiva, visión que rara vez favorece la claridad. De todos modos, ¿quién iba a ser tan incauto como para fiarse de la palabra de un anticuario tan escurridizo como aquél? Aquí una voz más fuerte que sus intentos de sofocarla apostilló: «Y napolitano por más señas.» Nadie aceptaría su palabra sin más. Pero, si el grueso de sus transacciones se hacía en objetos robados y falsificaciones, el rendimiento del negocio lícito tendría escasa importancia. En este caso, Semenzato no se hubiera molestado en cuestionar los recibos ni la palabra de Murino sobre si un *armadio* o una mesa se había comprado por tanto y vendido por tanto más. Al pensar en términos de precios, pérdidas y ganancias, Brunetti tuvo que reconocer que no disponía de cifras base, no tenía idea del valor de mercado de las piezas que, según Brett, habían desaparecido. Ni siquiera sabía qué piezas eran. Eso, mañana.

A causa de la lluvia, que era cada vez más fuerte, y de la amenaza de *acqua alta*, las calles estaban insólitamente desiertas, a pesar de ser la hora en que la gente volvía del trabajo a casa o salía a hacer las últimas compras antes de que cerraran las tiendas. Brunetti podía transitar fácilmente por las estrechas calles sin tener que molestarse en ladear el paraguas para dejar paso a otros transeúntes. Ni siquiera en el ancho tramo superior del puente de Rialto había gente: lo nunca visto. Muchos de los puestos de venta estaban vacíos y las cajas de frutas y verduras habían sido retiradas antes de la hora del cierre y los vendedores habían escapado del frío intenso y del diluvio persistente.

Al entrar en su edificio, cerró con un portazo: con tiempo húmedo, la cerradura se atascaba y había que recurrir a la violencia para hacer que el pesado portalón se cerrara o se abriera. Agitó varias veces el paraguas, lo enrolló y se lo puso debajo del brazo. Agarrando el pasamanos con la derecha, inició la larga ascensión hasta su apartamento. En el primer piso, la *signora* Bussola, viuda de un abogado y sorda, veía el *telegiornale*, lo que significaba que toda la planta tenía que oír las noticias. Como era de suponer, tenía puesto RAI Uno; ella no quería saber nada de esos ultras de izquierda de RAI Due. En el segundo piso, los Rossi estaban callados, lo que significaba que habían terminado la discusión y estaban en la parte trasera de la casa, el dormitorio. En el tercer piso tampoco se oía nada. Hacía dos años había ido a vivir allí una pareja joven que había comprado toda la planta, pero Brunetti podía contar con los dedos de una mano las veces que había visto a uno u otro en la escalera. Se decía que él trabajaba para el municipio, aunque no se sabía exactamente a qué se dedicaba. La mujer salía por la mañana temprano y volvía a las cinco y media de la tarde, y nadie sabía tampoco adonde iba ni qué hacía, un hecho que a Brunetti le parecía milagroso. En el cuarto piso sólo había olores. Los Amabile salían poco, pero inundaban la escalera de deliciosos y tentadores aromas culinarios. Esta noche parecía haber *capriolo* y, quizá, alcachofas, aunque también podían ser berenjenas fritas.

Y, por fin, su propia puerta y la promesa de sosiego. Que se desvaneció nada más poner un pie en el recibidor. Del fondo del apartamento llegaban los sollozos de Chiara. ¿Qué le pasaba a su pequeña espartana, la niña que nunca lloraba, a la que podías castigar privándola de lo que más deseaba sin que se le escapara ni una lágrima, y que había permanecido pálida pero impávida mientras le reducían la fractura de la muñeca? Y ahora no sólo lloraba sino que berreaba.

Brunetti fue rápidamente por el pasillo hasta la habitación. Paola, sentada al borde de la cama, acunaba a su hija.

—Cielo, no podemos hacer nada más. Hemos puesto hielo y ahora hay que esperar a que haga efecto.

—Duele, *mamma*, duele mucho. ¿No puedes hacer algo?

—Puedo darte un poco más de aspirina. Quizá te calme.

Chiara hipó y repitió con una voz extrañamente aguda:

—*Mamma*, por favor haz algo.

—¿Qué pasa, Paola? —preguntó él con voz átona, muy serena.

—Oh, Guido —dijo Paola volviéndose hacia él pero sin soltar a la niña—. Le ha caído la mesa en el dedo.

—¿Qué mesa? —preguntó él, en lugar de qué dedo.

—La mesa de la cocina. —La que tenía carcoma. ¿Qué hacían, querían moverla solas? ¿Por qué, si estaba lloviendo? No podían sacarla a la terraza. Pesaba demasiado.

—¿Cómo ha sido?

—No me ha creído cuando le he dicho que había tantos agujeros, ha querido tumbarla de lado para mirar, se le ha escurrido de las manos y le ha caído en el dedo gordo del pie.

—A ver —dijo él, mirando el pie que descansaba encima de la colcha, envuelto en una toalla que sujetaba una bolsita de plástico llena de hielo sobre el dedo lesionado, para prevenir la hinchazón.

Era lo que él suponía, pero el dedo tenía peor aspecto de lo que había imaginado, estaba hinchado, con la uña de un rojo vivo que prometía amarotarse con el tiempo.

—¿Está roto? —preguntó.

—No, papá, puedo moverlo sin que duela. Pero da unos latigazos muy fuertes —dijo Chiara. Había dejado de llorar, pero su cara indicaba que el dolor era intenso—. Por favor, papá, haz algo.

—Papá no puede hacer nada, Chiara —dijo Paola ladeando un poco el pie y ajustando la bolsa de hielo.

—¿Cuándo ha sido? —preguntó él.

—Esta tarde, nada más irte tú —respondió Paola.

—¿Y está así desde entonces?

—No, papá —dijo Chiara, defendiéndose de la implícita acusación de que se había pasado la tarde llorando—. Me ha dolido al principio, luego se ha calmado y ahora vuelve a doler un montón. —Ya había pedido una vez a su padre que hiciera algo, y Chiara no era de las que repiten una petición.

Entonces Brunetti recordó algo que había aprendido hacía años, en el servicio militar. A uno de los hombres de su unidad se le cayó una tapa de alcantarilla en el dedo gordo del pie. No se lo rompió porque le dio en la punta, pero se le hinchó y se le puso muy rojo como a Chiara.

—Algo se puede hacer —empezó, y Paola y Chiara se volvieron a mirarlo.

—¿El qué? —preguntaron al unísono.

—Es un poco espeluznante —dijo él—, pero efectivo.

—¿Qué es, papá? —dijo Chiara, a la que volvía a temblarle la barbilla del dolor.

—Tengo que atravesar la uña con una aguja para que salga la sangre.

—¡No! —gritó Paola, abrazando más estrechamente a su hija.

—¿Funciona, papá?

—Aquella vez funcionó, hace muchos años. No lo hice yo sino el médico, pero yo miraba.

—¿Te parece que podrás, papá?

Él se quitó el abrigo y lo dejó a los pies de la cama.

—Creo que sí, cielo. ¿Quieres que pruebe?

—¿Me calmará el dolor?

—Creo que sí.

—De acuerdo.

Él miró a Paola, pidiendo opinión. Ella dio un beso a Chiara en el pelo, la envolvió en un abrazo más apretado y movió la cabeza, afirmativamente, tratando de sonreír a su marido.

Él fue a la cocina, sacó una vela del tercer cajón de la derecha del fregadero, la insertó en una palmatoria de cerámica, tomó una caja de fósforos y volvió al dormitorio. Puso la palmatoria en el pupitre de Chiara, encendió la vela y fue al estudio de Paola. Del cajón de arriba sacó un clip sujetapapeles y lo estiró para obtener una fina varilla mientras volvía al cuarto de Chiara. Había dicho «aguja» pero después recordó que el médico había utilizado un clip porque —según dijo— una aguja era muy fina para perforar la uña rápidamente.

Puso la vela a los pies de la cama, detrás de Paola.

—Creo que vale más que no mires, cielo —dijo a Chiara. Para impedirlo, él se sentó en el borde de la cama, de espaldas a Paola, y destapó el pie.

Cuando él le tocó el dedo, la niña, instintivamente, lo retiró doblando la rodilla, pero enseguida, con la boca pegada al hombro de su madre, dijo:

—Lo siento —y volvió a dejar el pie inerte. Él lo asió con la mano izquierda y retiró la bolsa de hielo. Tuvo que cambiar de postura, procurando no volcar la vela, hasta quedar de cara a ellas dos. Tomó el pie y sujetó firmemente el talón entre las rodillas.

—Todo va bien, cielo. Será un momento —dijo tomando la vela con una mano y sosteniendo un extremo del clip con la otra. Cuando el calor le abrasó las yemas de los dedos, soltó el clip derramando la cera en la colcha. Madre e hija hicieron una mueca de dolor por lo brusco del movimiento.

—Un momento, un momento —dijo él, y volvió a la cocina mascullando entre dientes. Sacó unas tenazas del cajón de abajo y volvió al dormitorio. Cuando hubo encendido la vela otra vez y todo volvía a estar como antes, asiendo un extremo del clip con las tenazas, sostuvo el otro extremo en la llama hasta que se puso al rojo. Entonces, rápidamente, para no pensar en lo que hacía, aplicó la punta candente al centro de la uña que empezó a humear. Le sostenía el tobillo con la mano izquierda, para impedir que retirara el pie.

De pronto, el hierro dejó de encontrar resistencia y una sangre oscura brotó del dedo y le corrió por la mano. Entonces sacó el clip y, actuando más por instinto que por lo que pudiera recordar, apretó el dedo para que sangrara por el agujero de la uña.

Durante la operación, Chiara había estado abrazada a Paola, que había mantenido los ojos apartados de lo que hacía Brunetti. Pero al levantar la cabeza vio que Chiara lo miraba por encima del hombro de su madre y luego se miraba el pie.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Sí —contestó él—. ¿Cómo va?

—Mejor, papá. Ya no me aprieta ni me da latigazos. —Pasó revista al instrumental: vela, tenazas, clip sujetapapeles—. ¿Y eso es todo lo que hay que hacer? —preguntó con verdadera curiosidad, olvidando las lágrimas.

—Eso es todo —respondió él dando un apretón al tobillo.

—¿Crees que yo sabría hacerlo?

—¿Te refieres a ti misma o a otra persona? —preguntó él.

—Las dos cosas.

—No veo por qué no.

Paola, a la que Chiara, fascinada por este descubrimiento científico, parecía haber olvidado, soltó a su hija que ya había dejado de sufrir, y recogió de la cama la bolsa de hielo y la toalla. Se levantó, miró un momento a la pareja como el que estudia una forma de vida alienígena y se fue a la cocina.

A la mañana siguiente, el pie de Chiara había mejorado lo suficiente como para permitirle ir a la escuela, aunque decidió ponerse tres pares de calcetines de lana y las botas altas de goma, no sólo porque seguía lloviendo y persistía la amenaza de *acqua alta* sino porque las botas eran anchas y no le oprimían el dedo lastimado. Cuando él estuvo vestido y dispuesto para ir a trabajar, ella ya se había marchado, pero él encontró en su sitio de la mesa de la cocina una hoja de papel con un gran corazón rojo dibujado y, debajo, en la pulcra letra de imprenta de su hija: «*Grazie, Papà.*» Él dobló cuidadosamente el dibujo y lo guardó en el billetero.

Brunetti no se había preocupado de llamar por teléfono para avisar a Flavia y Brett de su visita —daba por descontado que las dos estaban en casa—, aunque cuando tocó el timbre ya eran casi las diez, una hora bastante decente para presentarse en una casa a hablar de asesinatos.

Dijo a la voz del interfono quién era y empujó la pesada puerta cuando el interruptor accionó la cerradura desde arriba. Dejó el paraguas apoyado en un rincón, se sacudió casi a la manera de un perro y empezó a subir escalones.

Hoy la que había abierto la puerta era Brett, que sonrió al verlo y él observó que su blanca sonrisa volvía a ser la de antes.

—¿Dónde está la *signora* Petrelli? —preguntó mientras la seguía a la sala.

—Flavia no suele estar presentable antes de las once. Y, antes de las diez, no está ni siquiera humana. —Él vio también que la mujer se movía con más soltura, sin tomar tantas precauciones por temor a que un movimiento o gesto enteramente natural despertara el dolor.

Brett indicó un sillón y ocupó su lugar en el sofá; la poca luz que entraba en la habitación venía de las ventanas situadas detrás de ella y su cara quedaba en sombra. Cuando estuvieron sentados, él sacó del bolsillo el papel con las anotaciones que había hecho el día antes, a pesar de que no necesitaba recordatorio alguno de lo que deseaba averiguar.

—Hábleme de las piezas que vio en China, las que cree que son falsas —dijo sin preámbulos.

—¿Qué quiere saber?

—Todo.

—Eso es mucho.

—Necesito saberlo todo de las piezas que cree que fueron robadas. Y también cómo pudo hacerse.

Ella empezó a responder inmediatamente:

—De cuatro estoy segura, la otra es auténtica. —Aquí su expresión cambió y lo miró confusa—: De cómo se hizo no tengo ni idea.

Ahora fue él el desconcertado.

—Pues ayer alguien me dijo que en un libro que ha escrito le dedica todo un capítulo.

—Oh —hizo ella con un alivio audible—, se refería a eso, a cómo se hicieron. Creí que preguntaba cómo las robaron. De eso no tengo ni idea, pero puedo decirle cómo se fabrican las piezas falsas.

Brunetti no quería aludir a la implicación de Matsuko, por lo menos, por el momento, y se limitó a preguntar:

—¿Cómo?

—Es un proceso bastante simple. —Su voz cambió, adquiriendo el tono firme y rápido del especialista—. ¿Sabe algo de alfarería o cerámica?

—Muy poco —reconoció él.

—Las piezas robadas eran todas del siglo II antes de Cristo —empezó a explicar, pero él la interrumpió:

—¿Hace más de dos mil años?

—Sí. Ya entonces los chinos tenían una cerámica muy bella y unos métodos de fabricación muy sofisticados. Pero las piezas que faltan son muy simples, por lo menos, lo eran entonces, cuando se fabricaron. No están vidriadas y suelen tener figuras de animales pintadas a mano. Colores primarios: rojo y blanco, a menudo, sobre fondo negro. —Se levantó y fue a la librería. Estuvo un rato de pie delante del mueble, moviendo la cabeza rítmicamente al leer los títulos.

Finalmente, extrajo un libro de un estante situado frente a ella y lo llevó hacia donde estaba Brunetti. Lo abrió por el índice, buscó la página y pasó el libro abierto a Brunetti.

Él vio la foto de una vasija en forma de calabaza, tapada, sin referencia de escala. La decoración estaba dividida en tres franjas horizontales: el cuello y la tapadera, una ancha zona central y una tercera franja que llegaba hasta la base. En la zona central, sobre la parte más ancha de la pieza, se veía la figura de un animal con la boca abierta que tanto podía ser un lobo estilizado como un zorro o incluso, un perro, de color blanco, con el cuerpo erguido y la cabeza vuelta hacia la izquierda, las patas traseras abiertas y las delanteras extendidas a cada lado. La sensación de movimiento creada por la figura se reflejaba en una serie de curvas geométricas y espirales que se repetían a lo largo de la parte frontal de la vasija y, presumiblemente, de su parte posterior no retratada. El borde estaba picado y desportillado, pero la imagen central se hallaba intacta y era muy bella. El epígrafe sólo indicaba que pertenecía a la dinastía Han, lo que a Brunetti no le decía nada.

—¿Son cosas como ésta las que encuentran en Xian? —preguntó.

—Esta pieza procede del oeste de China, pero no de Xian. Es una pieza singular. Dudo que en Xian encontremos algo parecido.

—¿Por qué?

—Porque han pasado dos mil años. —Parecía creer que ésta era suficiente explicación.

—Dígame cómo la copiaría usted —dijo él, sin apartar la mirada de la foto.

—En primer lugar, necesitaríamos a un buen ceramista, una persona que hubiera tenido ocasión y tiempo de estudiar las piezas originales, que las hubiera visto de cerca, que hubiera trabajado con ellas, quizá que hubiera colaborado en una excavación o en una exposición. Eso le habría permitido ver los fragmentos originales y conocer el espesor de las distintas piezas. Luego, un buen pintor, alguien que pudiera copiar un estilo, captar la intención, y reproducir el dibujo con exactitud, a fin de que la pieza pareciera la misma que había estado expuesta.

—¿Sería difícil conseguir eso?

—Muy difícil. Pero hay hombres y mujeres que se preparan muy bien para eso y lo hacen magníficamente.

Brunetti puso el dedo justo encima de la figura central.

—El dibujo parece desgastado, realmente viejo. ¿Cómo imitan eso?

—Es relativamente fácil. Entierran las piezas. Hay quienes incluso las sumergen en aguas negras. —Al ver la instintiva mueca de repugnancia de Brunetti, explicó—: Eso corroe la pintura, que así envejece antes. Luego hacen saltar pequeños fragmentos, generalmente, del borde o de la base. —Ella señaló una pequeña muesca que se veía en el borde del vaso de la foto, justamente debajo de la tapadera cilíndrica, y otra de la base, donde ésta descansaba en la superficie de la mesa.

—¿Es muy difícil? —preguntó Brunetti.

—Hacer una pieza que engañe al profano no es difícil, pero sí lo es dar gato por liebre a un especialista.

—¿Como usted? —preguntó él.

—Sí —respondió ella sin molestarse en exhibir falsa modestia.

—¿Cómo las distingue? —preguntó Brunetti y, matizando la pregunta, añadió—: ¿Qué es lo que le indica que se trata de una falsificación? ¿Qué es eso que otras personas no pueden ver?

Antes de responder, ella hojeó el libro, deteniéndose de vez en cuando a contemplar una foto. Luego, lo cerró y miró a Brunetti.

—Está la pintura, si el color es el que se usaba cuando supuestamente se fabricó la pieza. Y el trazo, si denota vacilación en la ejecución. Eso indica que el pintor estaba tratando de copiar el dibujo y tenía que pararse a reflexionar para adaptarlo a unos cánones. Los artistas originales no tenían que preocuparse por eso, ellos pintaban lo que querían, y su trazo es fluido. Si no les gustaba, probablemente, rompían la olla.

A él le llamó la atención esta denominación familiar.

—¿Olla o vaso?

Ella se echó a reír.

—Ahora dos mil años después, son vasos, pero para los que las fabricaban y las usaban eran, sencillamente, ollas.

—¿Para qué se usaban? —preguntó Brunetti—. En aquel tiempo.

Ella se encogió de hombros.

—Para lo que la gente ha usado siempre los cacharros: para guardar el arroz, llevar agua, almacenar grano. Ese del animal tiene tapadera, lo que indica que querían que lo que hubiera dentro estuviera preservado, probablemente, de los ratones. Eso apunta a arroz o a trigo.

—¿Qué valor pueden tener? —preguntó Brunetti.

Ella se recostó en el respaldo del sofá y puso una pierna encima de la otra.

—No sé cómo contestar a eso.

—¿Por qué no?

—Porque, para que haya un precio, tiene que haber un mercado.

—¿Y?

—No hay mercado para esas piezas.

—¿Por qué no?

—Porque existen muy pocas. La del libro está en el Metropolitan de Nueva York. Quizá haya tres o cuatro más en museos de otras partes del mundo. —Cerró los ojos un momento, y Brunetti la vio repasar mentalmente listas y catálogos. Cuando los abrió le dijo—: Sólo recuerdo tres: dos en Taiwan y una en una colección privada.

—¿Ninguna más?

Ella movió la cabeza negativamente.

—Ninguna. —Pero añadió—: Por lo menos, que esté expuesta o forme parte de una colección conocida.

—¿Y en colecciones privadas?

—Quizá. Pero alguno de nosotros habría oído hablar de ellas, y en ningún libro hay referencias. Creo que puede decirse que no hay más que éstos.

—¿Cuánto puede valer una de las piezas que están en los museos? —preguntó él y, al ver que la mujer empezaba a mover la cabeza negativamente, atajó—: Ya sé, ya sé, es imposible ponerle precio exacto, pero, ¿podría darme una idea del valor?

Ella tardó en responder.

—El precio sería el que pidiera el vendedor o el que el comprador estuviera dispuesto a pagar. ¿Cien mil...? Los precios se fijan en dólares. ¿Doscientos mil? ¿Más? Es que no se puede fijar un precio porque existen muy pocas piezas de esta calidad. Dependería del interés del comprador por conseguirla y del dinero que tuviera.

Brunetti convirtió el precio dado por ella a millones de libras: ¿doscientos, trescientos? Antes de que pudiera terminar el cálculo, ella prosiguió:

—Pero eso es sólo para la cerámica, los vasos. Que yo sepa, no ha desaparecido ninguna de las estatuas de los soldados, pero, si eso ocurriera, no tendría precio.

—De todos modos, el dueño no podría mostrarla en público, ¿verdad? —preguntó Brunetti.

Ella sonrió.

—Desgraciadamente, hay personas a las que no importa no poder mostrar al público sus bienes. Sólo quieren poseerlos, saber que una pieza es suya. No sé si los mueve el amor a la belleza o el deseo de propiedad, pero hay gente que sólo desea tener una pieza en su colección, aunque nadie la vea. Aparte de ellos mismos, por supuesto. —Al ver su expresión de escepticismo añadió—: Acuérdense de aquel millonario japonés que quería que lo enterraran con su Van Gogh.

Brunetti recordaba vagamente haber leído la noticia hacía un año. El hombre adquirió el cuadro en una subasta y luego estipuló en su testamento que él debía ser enterrado con el cuadro, mejor dicho, situando los términos por orden de importancia, que el cuadro debía ser enterrado con él. Entonces hubo un gran revuelo en el mundo del arte.

—Al fin el hombre se dejó disuadir y dijo que renunciaba, ¿verdad?

—Por lo menos, así se publicó —dijo ella—. Yo nunca creí esa historia, pero si le hablo de él es

para que pueda hacerse una idea de lo que sienten ciertas personas acerca de sus posesiones. Creen que su derecho de propiedad es el valor absoluto y finalidad primordial del coleccionismo, no la belleza del objeto. —Movi6 la cabeza negativamente—. Siento no poder explicarlo mejor, pero, como ya le he dicho, para m6 eso no tiene sentido.

Brunetti comprend6 que a6n no ten6a una respuesta satisfactoria a su pregunta inicial.

—Sigo sin comprender c6mo puede saber si una pieza es el original o una copia. —Antes de que ella pudiera responder, agreg6—: Un amigo me ha dicho que tienen ustedes un sexto sentido que les dice si una cosa es aut6ntica o falsa. Pero eso me parece muy subjetivo. Porque, cuando dos especialistas discrepan y uno dice que una pieza es buena y el otro que es falsa, ¿c6mo se resuelve el caso? ¿Llamando a un tercero y someti6ndolo a votaci6n? —Brunetti sonri6 dando a entender que bromeaba, pero no pod6a imaginar otro medio.

La sonrisa con que ella respondi6 indicaba que hab6a captado el tono.

—No; recurrimos a los t6cnicos. Pueden hacerse an6lisis para determinar la antigüedad de un objeto. —Con un cambio de inflexi6n en la voz, pregunt6—: ¿Seguro que quiere o6r todo esto?

—S6.

—Procurar6 no pasarme de pedante —dijo doblando las rodillas y recogiendo los pies encima del sof6—. Son muchas las pruebas que pueden hacerse con los cuadros: an6lisis de la composici6n qu6mica de las pinturas para ver si corresponden a la 6poca en la que se supone que se pint6 el cuadro, rayos X para ver lo que hay debajo de la capa superficial y hasta dataci6n al carbono 14. —6l asinti6, indicando que estaba familiarizado con los tres procesos.

—Pero aqu6 no se trata de cuadros.

—No, es verdad. Los chinos nunca trabajaron con 6leos, por lo menos en los per6odos a los que correspond6a la exposici6n. La mayor6a de las piezas eran de cer6mica y de metal. El metal nunca me ha interesado, por lo menos, de un modo especial, pero s6 que es casi imposible comprobar su autenticidad por m6todos cient6ficos. Hay que fiarse de la vista.

—¿Y para la cer6mica, no?

—Naturalmente que se necesita la mirada del perito, pero por fortuna las t6cnicas para comprobar la autenticidad son casi tan sofisticadas como para la pintura. —Hizo una pausa antes de volver a preguntar—: ¿Quiere explicaciones t6cnicas?

—S6, desde luego —dijo 6l sacando el bol6grafo, acci6n que le hizo sentirse como un estudiante.

—La t6cnica m6s utilizada, y tambi6n la m6s segura, se llama termoluminiscencia. Para ello basta con extraer unos treinta miligramos de cer6mica de la pieza a probar. —Adelant6ndose a su pregunta explic6—: Es f6cil. Lo sacamos de la parte posterior de un plato o de la base de una vasija o estatua. La cantidad necesaria es casi inapreciable, una muestra. Entonces una c6lula fotoel6ctrica multiplicadora nos indicar6, con un margen de error de un diez a un quince por ciento, la edad del material.

—¿C6mo opera? —pregunt6 Brunetti—. Quiero decir, por qu6 principio.

—Cuando se cuece la arcilla, ver6, si se cuece a m6s de unos trescientos grados cent6grados, todos los electrones del material quedar6n... borrados... Supongo que no hay otra palabra m6s gr6fica. El calor destruye sus cargas el6ctricas. Entonces, a partir de ah6, empiezan a absorber nuevas cargas el6ctricas. Y eso es lo que mide el fotomultiplicador, la energ6a absorbida. Cuanto m6s viejo el material, m6s brilla.

—¿Y es muy exacto?

—Como le digo, con un margen de error de hasta un quince por ciento. Esto significa que una pieza a la que se atribuyen dos mil a6os de antigüedad, la lectura nos indicar6, con una aproximaci6n de unos trescientos a6os, cu6ndo se hizo, es decir, cu6ndo se coci6.

—¿Y prob6 usted las piezas por este m6todo en China?

Ella movi6 la cabeza negativamente.

—No; en Xian no disponemos de estos aparatos.

—Entonces, ¿c6mo puede estar segura?

Ella sonri6 al responder:

—La vista. Me bast6 con mirarlas para tener la casi absoluta certeza de que eran falsas.

—¿Y qué acabó de convencerla? ¿Consultó a alguien?

—Ya se lo dije. Escribí a Semenzato. Y, cuando no obtuve respuesta, vine a Venecia para hablar con él personalmente. —Le ahorró la pregunta—. Sí, traje muestras, muestras de las tres piezas más sospechosas y de otras dos que también podían serlo.

—¿Sabía Semenzato que tenía usted esas muestras?

—No. No se lo dije.

—¿Dónde están?

—Al venir hice escala en California y dejé un juego a un amigo que es conservador del museo Getty. Allí tienen un buen equipo y le pedí que hiciera las pruebas.

—¿Las hizo?

—Sí.

—¿Y?

—Cuando salí del hospital le llamé. Las tres piezas que me habían parecido falsas fueron hechas hace sólo unos años.

—¿Y las otras dos?

—De las otras dos una es auténtica y la otra falsa.

—¿Basta una sola prueba?

—Sí.

En cualquier caso, lo que les había ocurrido a ella y a Semenzato era confirmación suficiente.

Al cabo de un momento, Brett preguntó:

—¿Y ahora qué?

—Estamos tratando de descubrir quién mató a Semenzato y quiénes eran los dos hombres que vinieron aquí.

La mirada de ella era desapasionada y escéptica. Al fin preguntó:

—¿Y qué posibilidades tienen de conseguirlo?

Él sacó del bolsillo interior las fotos de la policía de Salvatore La Capra y las pasó a Brett:

—¿Era éste uno de ellos?

Ella miró las fotos unos momentos y se las devolvió.

—Eran sicilianos —dijo—. A estas horas ya habrán cobrado y estarán otra vez en casa con la mujer y los niños. Su viaje fue un éxito, hicieron todo lo que se les había encargado: asustarme a mí y matar a Semenzato.

—Eso no tiene sentido.

—¿Y qué lo tiene?

—He hablado con gente que lo conocía o que había oído hablar de sus actividades, y parece ser que Semenzato estaba involucrado en ciertas cosas en las que un director de museo no debería intervenir.

—¿Por ejemplo?

—Era socio comanditario de un negocio de antigüedades. Otros dicen que su opinión profesional estaba en venta. —Al parecer, Brett no necesitaba que le explicasen el significado de este último.

—¿Y eso qué importancia tiene?

—Si su intención hubiera sido matarlo, hubieran empezado por ahí y luego hubieran venido a decirle a usted que se callara si no quería que le sucediera lo mismo. Pero no: empezaron por usted. Y, si eso hubiera resultado, Semenzato no se hubiera enterado, por lo menos oficialmente, de la sustitución.

—Usted da por descontado que él estaba involucrado —dijo Brett. Al ver que Brunetti movía la cabeza afirmativamente, comentó—: Eso es mucho suponer.

—No cabe otra explicación —adujo él—. ¿Cómo si no iban a saber dónde encontrarla y estar al corriente de la cita?

—¿Y si, a pesar de lo que me hicieron, yo hubiera hablado con él?

A él le sorprendió que ella no lo hubiera deducido por sí misma, y no deseaba revelárselo ahora. No contestó.

—¿Y bien?

—Si Semenzato estaba implicado en esto, lo que hubiera ocurrido si usted hubiera hablado con él es evidente —dijo Brunetti, reacio a ser más explícito.

—Pues sigo sin entenderlo.

—En lugar de matarlo a él la hubieran matado a usted —dijo simplemente.

La miraba a la cara al decirlo. Vio el efecto, primero, en los ojos, espanto e incredulidad, y luego observó cómo apretaba los labios y se le crispaba la cara al comprender la enormidad de la revelación.

Afortunadamente, Flavia eligió este momento para hacer su entrada en la sala, trayendo consigo ese aroma floral de jabón, champú o alguna de esas cosas que usan las mujeres para oler divinamente en el momento del día menos indicado. ¿Por qué la mañana y no la noche?

Vestía un sencillo vestido de lana marrón, ceñido a la cintura por varias vueltas de una faja color naranja anudada a un lado que le colgaba hasta más abajo de la rodilla y ondeaba al andar. No llevaba maquillaje y, al mirarla, Brunetti se dijo que no le hacía ninguna falta.

—*Buon giorno* —dijo ella sonriendo al darle la mano.

Él se levantó para estrechársela. Flavia miró a Brett para incluirla en su ofrecimiento:

—Voy a hacer café. ¿Queréis una taza? —Y con una sonrisa—: Es un poco temprano para champaña.

Brunetti aceptó y Brett rehusó la invitación. Flavia dio media vuelta y se fue a la cocina. Su breve paso había abierto un inciso en la conversación, dejando en suspenso la última frase, pero ahora había que volver a ella.

—¿Por qué lo mataron? —preguntó Brett.

—No lo sé. ¿Quizá por diferencias con los otros implicados? ¿Por una desavenencia acerca de lo que había que hacer con usted?

—¿Está seguro de que lo mataron por este asunto?

—Creo preferible trabajar con esta hipótesis —respondió él escuetamente. No le sorprendía que ella se resistiera a admitir su punto de vista. Ello supondría reconocer que estaba en peligro: muertos Matsuko y Semenzato, ella era la única persona que podía denunciar el robo. Quien hubiera matado a Semenzato no creería que ella no había traído de China sólo sospechas sino también pruebas y pensaría que matándolo a él borraba la única pista. Si un día llegaba a descubrirse el robo, no era fácil que el Gobierno de la República Popular China sospechara de la codicia criminal de los capitalistas occidentales sino que probablemente buscaría a los ladrones en su propio país.

—En China, ¿quién estaba al cuidado de las piezas seleccionadas para la exposición?

—Tratábamos con un empleado del museo de Pekín, llamado Xu Lin. Es uno de sus principales arqueólogos y una autoridad en Historia del Arte.

—¿Viajó él con las piezas?

Ella movió la cabeza negativamente.

—No; su pasado político se lo impedía.

—¿Por qué?

—Su abuelo era terrateniente, por lo que él estaba considerado políticamente indeseable o, cuando menos, sospechoso. —Observó la expresión de sorpresa de Brunetti—. Ya sé que parece irracional. —Hizo una pausa y agregó—: Es irracional, desde luego, pero así son las cosas. Durante la Revolución Cultural, este hombre pasó diez años cuidando cerdos y abonando con estiércol los campos de coles. Pero, terminada la Revolución, volvió a la universidad y, como era un estudiante brillante, no pudieron evitar que obtuviera ese empleo en Pekín. De todos modos, no le permiten salir del país. Los únicos que viajaron con la expedición fueron altos funcionarios del partido que querían salir al extranjero para ir de compras.

—Y usted.

—Sí; y yo. —Al cabo de un momento, añadió en voz baja—: Y Matsuko.

—¿Así que usted es la única a la que pueden hacer responsable del robo?

—Desde luego, soy la responsable. No van a acusar a los funcionarios del partido, que venían en viaje de placer, si pueden echar la culpa de todo a una occidental.

—¿Qué cree usted que ocurrió?

Ella agitó la cabeza a derecha e izquierda.

—No hay nada que tenga sentido y, si algo lo tiene, no puedo creerlo.

—¿Y es? —Lo interrumpió la llegada de Flavia con una bandeja. Pasó por su lado, se sentó en el sofá al lado de Brett y dejó la bandeja en la mesa delante de ellos. En la bandeja había dos tazas de café. Dio una a Brunetti, tomó la otra y se arrellanó en el sofá.

—Le he puesto dos terrones. Creo que es así como le gusta.

Ajena a la interrupción, Brett prosiguió:

—Alguien de aquí debió de abordar a alguno de los funcionarios del partido. —Aunque Flavia no había oído la pregunta que había dado pie a esta explicación, no trató de disimular su reacción a la respuesta. Se volvió a mirar fijamente a Brett en hosco silencio y luego intercambió una mirada con Brunetti. Como ninguno de ellos decía nada, Brett admitió—: De acuerdo. De acuerdo. O a Matsuko. Quizá fue Matsuko.

Antes o después —Brunetti estaba seguro—, se vería obligada a retirar el «quizá».

—¿Y Semenzato? —preguntó Brunetti.

—Es posible. En todo caso, alguien del museo.

—¿Alguno de esos funcionarios del partido hablaba italiano? —preguntó él repentinamente.

—Sí, dos o tres.

—¿Dos o tres? —repitió Brunetti—. ¿Cuántos había?

—Seis. El partido cuida bien de los suyos.

Flavia resopló.

—¿Y lo hablaban bien? ¿Lo recuerda?

—Bastante bien —respondió ella lacónicamente. Después admitió—: No lo bastante bien como para eso. Yo era la única que podía entenderme con los italianos. Si hubo algún trato, tuvo que hacerse en inglés. —Brunetti recordó que Matsuko se había licenciado por Berkeley.

Flavia, exasperada, saltó:

—Brett, ¿cuándo te dejarás de estupideces y te darás cuenta de lo que ocurrió? A mí no me importa lo tuyo con la japonesa, pero tú tienes que ver las cosas con claridad. Es tu vida lo que está en juego. —Acabó de hablar tan repentinamente como había empezado, se llevó la taza a los labios y, al encontrarla vacía, la dejó en la mesa con un golpe seco.

Se hizo un largo silencio hasta que, finalmente, Brunetti preguntó:

—¿Cuándo pudo haberse hecho la sustitución?

—Después de la clausura de la exposición —dijo Brett con voz insegura.

Brunetti miró a Flavia que, en silencio, se contemplaba las manos cruzadas en el regazo.

Brett suspiró profundamente y dijo casi en un susurro:

—De acuerdo. De acuerdo. —Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y se quedó mirando las gotas de lluvia que repicaban en el cristal de la claraboya. Al fin dijo—: Ella vino a supervisar la operación de embalado. Tenía que comprobar cada pieza antes de que la policía de aduanas italiana sellara cada caja y luego la jaula.

—¿Ella hubiera reconocido una falsificación? —preguntó Brunetti.

La respuesta de Brett tardó en llegar.

—Sí; ella hubiera visto la diferencia. —Durante un momento, él pensó que iba a decir más, pero calló. Miraba la lluvia.

—¿Cuánto tardarían en embalarlo todo?

Brett reflexionó un momento antes de contestar:

—Cuatro o cinco días.

—¿Y entonces qué? ¿Adonde fueron las jaulas?

—Fueron a Roma con Alitalia, pero se quedaron allí más de una semana porque en el aeropuerto había huelga. De Roma fueron a Nueva York, donde la aduana americana las retuvo. Finalmente, fueron embarcadas en un avión de las líneas aéreas chinas y llevadas a Pekín. Cada vez que las jaulas se cargaban y descargaban de un avión, se inspeccionaban los sellos y en los aeropuertos extranjeros había guardias que las vigilaban.

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde que las piezas salieron de Venecia hasta que llegaron a Pekín?

—Más de un mes.

—¿Y cuánto, hasta que usted las vio?

Ella se revolvió en el sofá antes de contestar, y sin mirarle dijo:

—Como ya le he dicho, no volví a verlas hasta este invierno.

—¿Dónde estaba usted cuando fueron embaladas?

—Ya se lo dije, en Nueva York.

—Conmigo —intervino Flavia—. Yo debutaba en el Met. Estrenábamos dos días antes de que la exposición se clausurara aquí. Pedí a Brett que me acompañara y ella vino.

Al fin Brett apartó la mirada de la lluvia y se volvió hacia Flavia.

—Y dejé que Matsuko se encargara del embarque. —Volvió a apoyar la cabeza en el sofá y a mirar las claraboyas—. Me fui a Nueva York para una semana y me quedé tres. Luego me fui a Pekín a esperar el embarque. Como no llegaba, volví a Nueva York y gestioné el despacho por la aduana de Estados Unidos. Pero entonces —agregó— decidí quedarme en Nueva York. Llamé a Matsuko para decirle que me retrasaría y ella se ofreció a ir a Pekín para revisar la colección cuando por fin llegara a China.

—¿Ella tenía que examinar las piezas que componían la expedición? —preguntó Brunetti. Brett asintió.

—Si usted hubiera estado en China, ¿hubiera desembalado la colección personalmente?

—Es lo que acabo de decirle —respondió Brett secamente.

—¿Y hubiera descubierto la sustitución en aquel momento?

—Naturalmente.

—¿Vio alguna de las piezas antes de este invierno?

—No. Cuando llegaron a China, desaparecieron en una especie de limbo burocrático durante seis meses, luego fueron exhibidas en unos almacenes y finalmente fueron devueltas a los museos que las habían prestado.

—¿Y fue entonces cuando se dio cuenta de que no eran las mismas?

—Sí, y escribí a Semenzato. Fue hace unos tres meses. —Bruscamente, levantó la mano y golpeó el brazo del sofá—. Cerdos —dijo con la voz ahogada por el furor—. Cerdos canallas.

Flavia le puso la mano en la rodilla para calmarla.

Brett se volvió hacia ella y sin cambiar la voz le dijo:

—Flavia, no es tu carrera la que está arruinada. El público seguirá acudiendo a oírte cantar hagas lo que hagas, pero esa gente ha destruido diez años de mi vida. —Se interrumpió un momento y agregó, suavizando la voz—: Y toda la de Matsuko.

Cuando Flavia fue a protestar, prosiguió:

—Se acabó. Cuando los chinos se enteren, no me dejarán volver. Yo era responsable de esas piezas. Matsuko me trajo los papeles de Pekín y yo los firmé cuando regresé a Xian. Daba fe de que estaban todas y de que se hallaban en el mismo estado que cuando salieron del país. Hubiera debido estar allí comprobándolo todo, pero la envié a ella en mi lugar porque yo estaba en Nueva York contigo, oyéndote cantar. Y eso me ha costado mi carrera.

Brunetti miró a Flavia, la vio enrojecer ante la cólera creciente de Brett, vio la elegante línea que formaban hombro y brazo mientras miraba a Brett ladeando el cuerpo, contempló la curva de su cuello y su mentón. Quizá valía el sacrificio de una carrera.

—Los chinos no tienen por qué enterarse —dijo él.

—¿Qué? —preguntaron las dos a la vez.

—¿Dijo a esos amigos que hicieron las pruebas de qué eran las muestras? —preguntó a Brett.

—No. ¿Por qué?

—Entonces, al parecer, nosotros somos los únicos que saben lo ocurrido. Eso, a no ser que usted lo dijera a alguien en China.

Ella denegó con la cabeza.

—No se lo dije a nadie. Sólo a Semenzato.

Aquí intervino Flavia para decir:

—Y no hay que temer que él se lo dijera a alguien, aparte de la persona a la que los vendió.

—Pero yo tengo que decirlo —insistió Brett.

Brunetti y Flavia se miraron. Los dos sabían lo que había que hacer en este caso, y a ambos les costó un gran esfuerzo no exclamar: «¡Americanos!»

Flavia decidió explicárselo:

—Mientras los chinos no se enteren, tu carrera estará a salvo.

Para Brett fue como si Flavia no hubiera dicho nada.

—Esas piezas no se pueden exhibir. Son falsas.

—Brett —dijo Flavia—, ¿cuánto tiempo hace que han vuelto a China?

—Casi tres años.

—¿Y nadie se ha dado cuenta de que no son auténticas?

—No —concedió Brett.

Aquí intervino Brunetti:

—Entonces no es probable que llegue a descubrirse. Además, podrían haberse sustituido en cualquier momento de los cuatro últimos años.

—Pero nosotros sabemos que no es así.

—Eso es precisamente lo que yo digo, *cara*. —Flavia decidió volver a explicárselo—. Aparte de los que robaron los vasos, nosotros somos los únicos que lo sabemos.

—Eso no importa —dijo Brett, alzando de nuevo la voz con indignación—. Además, antes o después alguien lo descubrirá.

—Y, cuanto más tarde en llegar ese momento, mejor para ti, menos probable será que asocien contigo lo ocurrido. —Hizo una pausa para dejar que sus palabras hicieran efecto y agregó—: A no ser que quieras echar por la borda diez años de trabajo.

Brett estuvo mucho rato sin hablar. Los otros la observaban mientras ella consideraba todo lo dicho. Brunetti estudiaba su expresión y le parecía estar viendo la pugna entre sentimiento y razón. Cuando vio que ella iba a hablar, dijo impulsivamente:

—Claro que, si descubrimos quién mató a Semenzato, es probable que recuperemos los vasos originales. —No podía saberlo, pero había visto la cara de Brett y sabía que iba a negarse a callar.

—Pero, aunque así fuera, tendrían que volver a China, y eso es imposible.

—Imposible no —replicó Flavia riendo. Al comprender que Brunetti sería más receptivo, se volvió hacia él y explicó—: Las lecciones magistrales.

Brett saltó al instante:

—Dijiste que no, rechazaste la invitación.

—Eso fue el mes pasado. ¿De qué me serviría ser *prima donna* si no puedo cambiar de opinión? Tú misma me dijiste que, si aceptaba, me tratarían como a una reina. No iban a registrarme las maletas en el aeropuerto de Pekín, estando allí el ministro de Cultura para recibirme. Como soy una diva, esperarán que viaje con once maletas. No es cosa de decepcionarlos.

—¿Y si, a pesar de todo, abren las maletas? —preguntó Brett, pero no había temor en su voz.

La reacción de Flavia fue inmediata:

—Si mal no recuerdo, a uno de nuestros ministros le encontraron droga en un aeropuerto de África y no pasó nada. Y en China tiene que ser mucho más importante una diva que un ministro. Además, lo que nos preocupa es tu reputación, no la mía.

—Seriedad, Flavia.

—Hablo en serio. No existe ni la más remota posibilidad de que registren mi equipaje, por lo menos, al entrar. Tú me has dicho que el tuyo no lo han mirado nunca, y hace años que entras y sales de China.

—Siempre puede darse el caso, Flavia —dijo Brett, pero Brunetti percibió que no lo creía.

—Por lo que me has contado de sus ideas sobre mantenimiento, más probabilidades hay de que el avión se estrelle, pero no por eso vamos a dejar de ir. Además, podría ser interesante. Quizá

me dé alguna idea sobre Turandot. —Brunetti creyó que había terminado de hablar, pero entonces añadió—: ¿Y por qué perdemos el tiempo hablando de esto? —Miró a Brunetti como si le hiciera responsable del robo de los vasos.

Brunetti descubrió entonces con sorpresa que no tenía ni idea de si ella hablaba en serio cuando decía que llevaría las piezas a China de contrabando. Y dijo a Brett:

—En cualquier caso, ahora no puede usted decir nada a los chinos. Quienquiera que haya matado a Semenzato no sabe que nos ha hablado de la sustitución, y tampoco, que hemos descubierto el móvil del asesinato. Y quiero que siga ignorándolo.

—Pero usted ha venido a esta casa y también fue al hospital —objetó Brett.

—Brett, usted misma dijo que aquellos hombres no eran venecianos. Yo podría ser cualquiera, un amigo, un pariente. Y no me han seguido. —Era verdad. Sólo un nativo de la ciudad podría seguir a otra persona por sus estrechas calles, sólo un veneciano podía conocer sus intrincados vericuetos y sus callejones sin salida.

—Entonces, ¿qué hago? —preguntó Brett.

—Nada —respondió él.

—¿Qué quiere decir?

—Eso, sencillamente. En realidad, sería prudente que se fuera de la ciudad durante una temporada.

—No me apetece mucho andar por ahí con esta cara —dijo ella, pero lo dijo humorísticamente: buena señal.

Flavia dijo entonces a Brunetti:

—He estado tratando de convencerla para que me acompañe a Milán.

Buen aliado, Brunetti preguntó:

—¿Cuándo se va?

—El lunes. Ya les he dicho que el jueves cantaré. Han preparado un ensayo con piano para el martes por la tarde.

Él preguntó a Brett:

—¿Piensa ir? —Como ella no contestara, agregó—: Creo que es una buena idea.

—Lo pensaré —fue lo más que Brett se avino a decir, y Brunetti decidió no insistir. Si alguien podía convencerla, sería Flavia, no él.

—Si decide ir, le agradeceré que me avise.

—¿Cree que existe peligro? —preguntó Flavia.

Brett se adelantó a contestar:

—Probablemente, habría menos peligro si creyeran que he hablado con la policía. Así no tendrían que hacer algo para impedírmelo. —Y a Brunetti—: Tengo razón, ¿no?

Él no tenía la costumbre de mentir, ni siquiera a las mujeres.

—Sí, es verdad. Cuando los chinos sean informados de la falsificación, el que matara a Semenzato ya no tendrá motivos para tratar de cerrarle la boca a usted. Sabrán que su intimidación no la detuvo. —Comprendía que también podían tratar de silenciarla permanentemente, pero prefirió no decirlo.

—Fantástico —dijo Brett—. Puedo informar a los chinos y salvar el pescuezo pero hundir mi carrera. O me callo, salvo mi carrera y sólo tengo que preocuparme de salvar el pescuezo.

Flavia se inclinó y puso la mano en la rodilla de Brett.

—Es la primera vez que me pareces tú desde que empezó esto.

Brett sonrió:

—Nada como el miedo a la muerte para espabilarla a una.

Flavia irguió el busto y preguntó a Brunetti:

—¿Diría usted que los chinos están involucrados en esto?

Brunetti no era más propenso que cualquier otro italiano a creer en teorías de conspiración, lo que significa que solía verlas hasta en la coincidencia más inofensiva.

—No creo que la muerte de su amiga fuera accidental —dijo a Brett—. Eso quiere decir que esa gente tiene a alguien en China.

—Quienquiera que sea «esa gente» —apostilló Flavia con énfasis.

—El que yo no sepa quiénes son no significa que no existan —le dijo Brunetti.

—Precisamente —convino Flavia, y sonrió.

Él dijo entonces a Brett:

—Por eso creo que sería mejor que se fuera de la ciudad una temporada.

Ella asintió vagamente, aunque sin duda no convencida.

—Si me voy, se lo comunicaré. —No podía considerarse una promesa. Volvió a apoyar la cabeza en el respaldo. Encima de ellos repicaba la lluvia.

Él volvió su atención a Flavia, que señaló la puerta con la mirada e hizo un pequeño gesto con la barbilla para indicarle que era hora de irse.

Brunetti comprendió que ya estaba dicho casi todo y se puso en pie. Brett, al verlo, puso los pies en el suelo y fue a levantarse.

—No te muevas —dijo Flavia, que ya iba hacia el recibidor—. Yo lo acompañaré.

Él se inclinó para estrechar la mano de Brett. Ninguno de los dos habló.

En la puerta, Flavia le tomó la mano y se la apretó con calor.

—Gracias —fue lo único que dijo, y sostuvo la puerta mientras él cruzaba por delante de ella y empezaba a bajar la escalera. La puerta, al cerrarse, cortó el sonido de la lluvia.

Aunque había asegurado a Brett que no lo habían seguido, Brunetti se paró un momento al salir de la casa, antes de torcer por la calle della Testa y miró a derecha e izquierda, buscando alguna cara a la que pudiera recordar haber visto cuando entró. Ninguna le resultaba familiar. Echó a andar hacia la derecha y entonces le acudió a la memoria algo que le habían dicho hacía años, cuando vino al barrio buscando el apartamento de Brett.

Giró hacia la izquierda hasta la primera calle ancha transversal, la *Giancinto Gallina*, y allí, en la esquina, tal como lo recordaba de su primera visita, estaba el quiosco de prensa, frente al colegio de segunda enseñanza, de cara a la que era la principal arteria del barrio. Y, como si no se hubiera movido desde la última vez que él la había visto, encontró a la *signora* María, encaramada a un alto taburete en el interior del quiosco, con su toquilla de media que le daba por lo menos tres vueltas al cuello. Tenía la cara colorada, del frío, de un brandy matinal o, quizá, de las dos cosas, y su pelo corto parecía más blanco por el contraste.

—*Buon giorno, signora* Maria —dijo él alzando la cara con una sonrisa hacia la mujer parapetada detrás de diarios y revistas.

—*Buon giorno, commissario* —le respondió la mujer, como si fuera un viejo cliente.

—Si sabe quién soy, *signora*, sabrá también por qué estoy aquí.

—*L'americana?* —preguntó ella, aunque en realidad no era una pregunta.

Él notó un movimiento a su espalda; de repente, una mano se adelantó con rapidez y agarró un periódico de uno de los montones que Maria tenía ante sí, alargando a la mujer un billete de diez mil liras.

—Diga a su madre que el fontanero irá esta tarde a las cuatro —dijo Maria al devolver el cambio.

—*Grazie*, Maria —dijo la joven, y se fue.

—¿En qué puedo ayudarle? —le preguntó Maria.

—Usted debe de ver a todo el que pasa por esta calle. —Ella asintió—. Si ve rondar por aquí a alguien que no sea del barrio, ¿podría llamar a la *questura*?

—Claro que sí, comisario. He tenido los ojos bien abiertos desde que ella volvió a casa, pero no he visto a nadie.

Otra mano, ésta masculina, cruzó por delante de Brunetti y tomó un ejemplar de *La Nuova*. La mano se retiró para reaparecer al momento con un billete de mil liras y unas monedas que Maria recibió con un «*Grazie*» a media voz.

—¿Has visto a Piero, Maria? —preguntó el hombre.

—Está en casa de tu hermana. Ha dicho que te espera allí.

—*Grazie* —dijo el hombre alejándose.

Brunetti comprendió que había acudido a la persona apropiada.

—Si llama, pregunte por mí —dijo sacando la billetera para darle una tarjeta.

—De acuerdo, *dottor* Brunetti —dijo la mujer—. Ya tengo el número. Si hay algo, lo llamo.

—Alzó una mano en ademán amistoso y él vio que llevaba guantes de lana con las puntas recortadas, para manejar el cambio.

—¿Quiere tomar algo, *signora*? —preguntó señalando con un movimiento de la cabeza el bar situado en la esquina de enfrente.

—No vendría mal un café contra el frío —respondió ella—. Un *caffè corretto* —puntualizó, y él asintió. Si tuviera que estar toda la mañana aquí sentado, sin moverse, con este frío húmedo, también le gustaría un chorro de grappa en el café. Le dio las gracias otra vez y entró en el bar, donde pagó un *caffè corretto* para que se lo llevaran a la *signora* Maria. Por la reacción del camarero, era evidente que ésta era práctica normal en el vecindario. Brunetti no recordaba si había en el actual Gobierno un ministro de Información; si así era, nadie mejor cualificado para el cargo que la *signora* Maria.

Al llegar a la *questura*, subió rápidamente a su despacho, que, sorprendentemente, no estaba ni glacial ni tropical. Durante un momento fugaz, alimentó la ilusión de que al fin el sistema de calefacción hubiera sido reparado, ilusión que se desvaneció cuando el radiador situado debajo

de la ventana se puso a soltar vapor con un gemido agudo. Entonces, al ver el montón de papeles que tenía encima de la mesa, Brunetti se explicó el fenómeno: la *signorina* Elettra debía de haberlos traído hacía poco y había abierto la ventana unos minutos.

Colgó el abrigo detrás de la puerta y se acercó a la mesa. Se sentó y empezó a leer los documentos. El primero era un extracto de las cuentas bancarias de Semenzato correspondientes a los cuatro últimos años. Brunetti no tenía ni la menor idea de cuánto ganaba un director de museo, dato que se propuso averiguar, pero sabía lo que eran las cuentas de una persona rica. Se habían hecho ingresos cuantiosos sin aparente regularidad y análogamente, sin una pauta manifiesta, se habían retirado importes de cincuenta millones o más. En el momento de la muerte de Semenzato, el saldo era de doscientos millones de liras, una suma enorme para tenerla en una cuenta de ahorro. Los datos que figuraban en la segunda hoja indicaban que sus inversiones en bonos del Estado ascendían al doble de esta cantidad. ¿Una esposa rica? ¿Operaciones de Bolsa afortunadas? ¿O algo más?

En las hojas siguientes se detallaban las llamadas al extranjero hechas desde el número de su despacho. Eran varias docenas, pero tampoco se advertía un patrón.

Las tres últimas hojas recogían los importes pagados con cargo a las tarjetas de crédito durante los dos últimos años, y Brunetti pudo deducir de ellos los billetes de avión adquiridos. Repasó la lista rápidamente, sorprendido por la frecuencia y la envergadura de los viajes. Al parecer, para el director del museo, pasar un fin de semana en Bangkok era tan normal como para cualquier persona irse a la casa de la playa. O hacer una visita de tres días a Taipei y, de regreso a Venecia, dormir una noche en Londres. El detalle de los cargos de sus dos tarjetas de crédito indicaba que Semenzato no escatimaba en los gastos cuando viajaba.

Debajo de estos papeles, encontró un fajo de hojas de fax sujetas con un clip. Todas hacían referencia a Carmello La Capra. En la primera hoja, la *signorina* Elettra había escrito en lápiz la observación: «Un hombre interesante.» El padre de Salvatore no tenía un medio de vida visible: ni empleo ni trabajo fijo. En su declaración de impuestos de los tres últimos años indicaba la profesión de «asesor», término que, asociado a su procedencia de Palermo, hizo sonar señales de alarma en la mente de Brunetti. Su extracto bancario indicaba que se habían ingresado fuertes sumas en sus distintas cuentas, en divisas, por así decir, interesantes, cuando no sospechosas: pesos colombianos, escudos ecuatorianos y rupias paquistanés. Brunetti encontró una copia de la escritura de venta del *palazzo* que La Capra había comprado hacía dos años y que debió de pagar en efectivo, ya que de ninguna de sus cuentas se había retirado una suma proporcionada a la adquisición.

La *signorina* Elettra había conseguido no sólo copias de los estados de cuentas de La Capra sino también liquidaciones de los pagos hechos con las tarjetas de crédito, tan completas como las que ella había obtenido de Semenzato. Brunetti, que sabía lo mucho que se tardaba en conseguir esta información por la vía oficial, no tuvo más remedio que admitir que habían sido obtenidos extraoficialmente, lo que probablemente equivalía a decir ilegalmente. Así lo admitió, y siguió leyendo. Sotheby's y la taquilla del Metropolitan Opera de Nueva York, Christie's y el Covent Garden de Londres y la Sydney Opera House, seguramente, al regreso de un fin de semana en Taipei. La Capra se había hospedado, cómo no, en el Oriental de Bangkok, donde al parecer pasó un fin de semana. Al ver esto, Brunetti buscó la lista de los viajes y la liquidación de los pagos con tarjeta de crédito de Semenzato. Puso un papel al lado del otro. La Capra y Semenzato habían pasado en el Oriental las mismas dos noches. Brunetti separó las hojas de uno y otro y las dispuso encima de la mesa en dos columnas. Por lo menos en cinco ocasiones, Semenzato y La Capra habían estado en una ciudad extranjera en el mismo hotel y las mismas fechas.

¿Sentía el cazador esta emoción cuando veía las primeras huellas en la nieve o cuando oía un susurro de hojas a su espalda y al volverse descubría el vivo flamear de unas alas? La Capra y su nuevo *palazzo*, La Capra y sus compras en Sotheby's, La Capra y sus viajes al Próximo y al Lejano Oriente. Su camino se cruzaba repetidamente con el de Semenzato, y Brunetti sospechó que la razón era su común interés por las cosas muy bellas y muy caras. ¿Y Murino? ¿Cuántos de

los objetos que adornaban el nuevo hogar del *signor* La Capra habían salido de su tienda? Brunetti decidió bajar al despacho de la *signorina* Elettra para darle las gracias personalmente pero abstenerse de preguntar por su fuente de información. La puerta del despacho estaba abierta, y ella tecleaba en el ordenador mirando la pantalla con la cabeza ladeada. Hoy las flores —observó Brunetti— eran rosas rojas, por lo menos, dos docenas, símbolo de amor y añoranza. Ella notó su presencia, levantó la mirada hacia él, sonrió y dejó de escribir.

—*Buon giorno*, comisario. ¿En qué puedo ayudarle?

—He venido a darle las gracias, *bravissima* Elettra, por los papeles que ha dejado en mi mesa.

Ella sonrió, al oírle usar su nombre de pila, como si viera en ello un tributo y no una libertad.

—No hay de qué darlas. Interesantes las coincidencias, ¿verdad? —preguntó sin tratar de disimular la satisfacción que le producía haberlas observado.

—Muy interesantes. ¿Y las listas de llamadas telefónicas? ¿Las tiene?

—Están verificándolas, para ver si hablaron el uno con el otro. Tienen las listas del teléfono del *signor* La Capra de Palermo además del teléfono y el fax que se hizo instalar aquí. Les he pedido que busquen si alguna llamada procedía del domicilio o el despacho de Semenzato, pero eso lleva más tiempo y probablemente no lo tendremos hasta mañana.

—¿Todo esto lo debemos a su amigo Giorgio? —preguntó Brunetti.

—No; él está en Roma, haciendo un cursillo, de modo que les dije que el *vicequestore* Patta necesitaba esta información inmediatamente.

—¿Le preguntaron para qué la necesitaba?

—Claro que sí, comisario. No querría usted que facilitaran esta clase de información sin la debida autorización, ¿verdad?

—Por supuesto que no. ¿Y qué les dijo?

—Que era un asunto confidencial. Asunto del Gobierno. Eso hará que trabajen más aprisa.

—¿Y si el *vicequestore* se entera? ¿Y si ellos se lo mencionan y le dicen que ha usado usted su nombre?

La sonrisa de la muchacha se hizo más cálida todavía.

—Les dije que él tendría que negar que estaba al corriente y que no le gustaría que le hablaran de ello. Además, me parece que están acostumbrados a hacer cosas tales como controlar teléfonos particulares y hacer listas de llamadas.

—Eso me parece a mí también —convino Brunetti. E incluso tenía la impresión de que se guardaban grabaciones de lo que ciertas personas decían durante esas llamadas, una idea paranoica que compartía con buena parte de la población, pero no lo dijo a la *signorina* Elettra sino que le preguntó—: ¿Existe alguna posibilidad de que nos las den hoy?

—Les llamaré. A lo mejor esta tarde.

—¿Tendrá la bondad de subírmelas si llegan, *signorina*?

—Naturalmente —respondió ella, volviendo a mirar el teclado.

Él fue hacia la puerta, pero antes de llegar, tratando de aprovechar el clima de confianza de los últimos minutos, dijo:

—*Signorina*, perdone la pregunta, pero siempre me ha intrigado por qué vino a trabajar para nosotros. No todo el mundo renunciaría a un empleo en la Banca d'Italia.

Ella dejó de escribir, pero mantuvo los dedos en las teclas:

—Oh, me apetecía un cambio —respondió con naturalidad, y volvió a concentrarse en la escritura.

«Sí, y los peces vuelan», pensaba Brunetti al subir a su despacho. Durante su ausencia, el calor se había hecho tórrido, por lo que abrió las ventanas unos minutos, aunque no del todo, para que no entrara la lluvia. Luego las cerró y volvió a su mesa.

La Capra y Semenzato: el misterioso personaje del Sur y el director del museo. El hombre acaudalado con pasión por el lujo y el director de museo bien situado para satisfacerla. Eran una pareja interesante. ¿Qué otros objetos podía tener en su poder el *signor* La Capra? ¿Los tendría ya en su *palazzo*? ¿Se habían terminado los trabajos de restauración y, en tal caso, qué cambios se habían hecho? Sería fácil averiguarlo: no tenía más que ir al ayuntamiento y pedir que le

enseñaran los planos. Desde luego, lo que figurara en los planos quizá no se pareciera mucho a lo que se había hecho en realidad, pero si preguntaba cuál de los inspectores municipales había firmado la licencia, podría hacerse una idea de la relación.

Quedaba la cuestión de qué objetos podía contener el recién restaurado *palazzo*, pero averiguarlo exigía otra clase de planteamiento. En Venecia, ciudad en la que *palazzi* como el de La Capra se vendían a razón de siete millones de liras el metro cuadrado, no existía el magistrado que libraba una orden de registro sobre la base de una coincidencia de fechas en unas facturas de hotel.

Brunetti decidió probar primero la vía oficial, lo que suponía hacer una llamada al otro extremo de la ciudad, a las oficinas del *catasto*, donde tenían que registrarse todos los planos, proyectos y cambios de propiedad. Tardó mucho en conseguir comunicación con el despacho adecuado, y su llamada deambuló por los teléfonos de funcionarios displicentes que, antes ya de que Brunetti tuviera ocasión de explicarles lo que quería, estaban seguros de que esa información debía dársela otra persona. Varias veces probó de hablar en veneciano, confiando en que el uso del dialecto le facilitara las cosas al demostrar a la persona que estaba al otro extremo del hilo que quien llamaba era no sólo un policía sino un veneciano nativo. Las tres primeras personas le contestaron en italiano —no eran venecianas— y la cuarta, en un sardo cerrado y totalmente incomprensible, por lo que Brunetti tuvo que recurrir otra vez al italiano; pero ni aun así. Finalmente, tras varias tentativas más, encontró lo que buscaba.

Sintió viva alegría cuando oyó una voz de mujer que hablaba en el más puro veneciano y, por si fuera poco, con marcado acento de Castello. Olviden lo que dijo Dante de que si el toscano tiene dulce sabor. Ésta sí que era lengua para el deleite.

Mientras esperaba pacientemente que la burocracia se aviniera a escucharle, Brunetti abandonó la pretensión de conseguir una copia de los planos, por lo que se limitó a pedir el nombre de la empresa que había hecho la restauración. Era Scattalon, una de las mejores y más caras de la ciudad. En realidad, esta firma tenía un contrato, más o menos a perpetuidad, para proteger el *palazzo* de su suegro contra los no menos perpetuos estragos del tiempo y las mareas.

Arturo, el hijo mayor de Scattalon, estaba en el despacho, pero no estaba dispuesto a revelar a la policía datos de un cliente.

—Lo siento, comisario, pero se trata de información reservada.

—Lo único que me interesa es poder hacerme una idea aproximada del importe de las obras, diez millones más o menos —explicó Brunetti, que no comprendía por qué había de ser reservada o confidencial esta información.

—Lo siento, pero es totalmente imposible. —En el otro extremo del hilo se apagó el sonido, y Brunetti supuso que Scattalon había tapado el micro con la mano para hablar con otra persona. Al momento decía—: Para dar esta clase de información, necesitamos una petición judicial.

—¿Serviría de algo si yo le pidiera a mi suegro que hablara con su padre? —preguntó Brunetti.

—¿Y quién es su suegro? —preguntó Scattalon.

—El conde Orazio Falier —dijo Brunetti saboreando por primera vez en su vida cada una de las sonoras sílabas que se deslizaban por su lengua.

Nuevamente se ahogó el sonido al otro extremo, pero Brunetti aún percibía un ronco murmullo de voces masculinas. El teléfono golpeó ligeramente una superficie dura, se oyeron ruidos de fondo y otra voz que decía:

—*Buon giorno, dottor* Brunetti. Tiene que perdonar a mi hijo. Es nuevo en la empresa. Acaba de salir de la universidad y todavía no está familiarizado con el negocio.

—Desde luego, *signor* Scattalon, lo comprendo perfectamente.

—¿Qué información desea, *dottor* Brunetti? —preguntó Scattalon.

—La cifra aproximada de lo que el *signor* La Capra invirtió en la restauración de su *palazzo*.

—Desde luego, *dottore*. Un momento, voy a buscar la carpeta. —El teléfono fue puesto otra vez en la mesa, pero Scattalon no tardó en volver. Dijo que no sabía a cuánto había ascendido el precio de compra, pero calculaba que, durante el último año, su empresa había facturado a La Capra por lo menos quinientos millones, en concepto de mano de obra y materiales. Brunetti

supuso que ésta era la cifra *in bianco*, el importe oficial que se declararía al Gobierno. Como no conocía a Scattalon, no podía preguntar al respecto, pero era de suponer que la mayor parte del trabajo se había pagado *in nero*, con lo que Scattalon se evitaba tener que declarar y pagar impuestos por el ingreso. Brunetti calculó que a lo indicado habría que sumar por lo menos otros quinientos millones de liras, embolsados, si no por el propio Scattalon, por otros industriales a los que se hubiera pagado en negro.

Respecto a los trabajos en sí, Scattalon no pudo ser más explícito. Tejado y cielo raso nuevos, refuerzo de la estructura con vigas de acero (con la consiguiente multa que hubo que pagar por ello), eliminación del revoque de las paredes, enyesado, cambio de la instalación de agua y electricidad y de los sistemas de calefacción y aire acondicionado, construcción de tres escaleras nuevas, colocación de parquet en los salones principales y doble vidrio en las ventanas de todo el edificio. Brunetti, aun siendo profano en la materia, comprendía que la obra tenía que haber costado mucho más de lo que Scattalon decía. En fin, allá se las compusiera con el fisco.

—Tenía entendido que había proyectado una sala para su colección —inventó Brunetti—. ¿No acondicionaron ustedes un espacio para pinturas o... —aquí hizo una pausa, confiando en acertar—... cerámicas?

Scattalon, tras una breve vacilación, durante la cual debió de sopesar sus obligaciones para con La Capra y con el conde, respondió:

—Había en la tercera planta una sala que podía servir como una especie de galería. Pusimos cristal a prueba de balas y rejas en todas las ventanas. Está en la parte de atrás del *palazzo* —agregó Scattalon— y las ventanas miran al Norte, por lo que recibe luz indirecta, pero son grandes, por lo que la habitación es clara.

—¿Una galería?

—Bueno, él no dijo que lo fuera, pero lo parece. Hay una sola puerta, blindada, y hornacinas en la pared. Serían perfectas para albergar estatuas no muy grandes, o cerámicas.

—¿Y el sistema de alarma? ¿Lo instalaron ustedes?

—No; nosotros no hacemos esta clase de trabajos. Si lo instaló, tuvo que encargarlo a otra empresa.

—¿Sabe si lo hizo?

—Lo ignoro.

—¿Qué opinión le merece ese hombre, *signor* Scattalon?

—Es fabuloso, resulta un verdadero placer trabajar para él. Muy razonable. Con mucha imaginación. Y un gusto excelente.

Brunetti dedujo de esto que La Capra era un hombre caprichoso y extravagante que no regateaba y tampoco repasaba las facturas muy atentamente.

—¿Sabe si el *signor* La Capra vive ahora en el *palazzo*?

—Sí. Nos ha llamado varias veces para subsanar ciertos detalles que se pasaron por alto durante las últimas semanas de las obras. —Brunetti reparó en el útil giro impersonal de la frase: los detalles «se pasaron» por alto, no los pasaron por alto los operarios de Scattalon. Qué maravilloso poder el del lenguaje.

—¿Y podría decirme si hubo que subsanar algún detalle en esa sala que llama usted la galería?

La respuesta de Scattalon fue inmediata:

—Yo no la he llamado así, *dottor* Brunetti. He dicho que podría servir para tal fin. No; allí no se había pasado por alto ningún detalle.

—¿Sabe si alguno de sus hombres entró en esa habitación cuando volvieron al *palazzo* a dar los últimos toques?

—Si no tenían nada que hacer allí, seguro que no entraron.

—Naturalmente, *signor* Scattalon, naturalmente. Estoy seguro de que así es. —Su intuición le decía que la paciencia de Scattalon daba para una sola pregunta más—: ¿El único acceso a esa habitación es por la puerta?

—Sí; y por el conducto del aire acondicionado.

—¿Las rejillas pueden abrirse?

—No. —Un escueto monosílabo, claramente final.

—Le quedo muy agradecido por su ayuda, *signor* Scattalon. Así se lo diré a mi suegro —concluyó Brunetti, sin dar más explicaciones al final de la conversación de las que había dado al principio, pero seguro de que Scattalon, como la mayoría de los italianos, recelaba de todo lo que estuviera relacionado con una investigación policial y se guardaría bien de mencionar aquella conversación a alguien, y sobre todo a un cliente que quizá todavía no hubiera acabado de pagarle.

Se preguntaba Brunetti si el *signor* La Capra resultaría ser otro de aquellos personajes bien protegidos que iban apareciendo en escena con una frecuencia inquietante. Llegaban al Norte procedentes de Sicilia y Calabria, inmigrantes en su propia tierra, provistos de una riqueza que no tenía raíces, por lo menos, que pudieran detectarse. Durante muchos años, los habitantes de Lombardía y el Véneto, las regiones más ricas del país, se habían creído libres de la *piovra*, aquel pulpo de múltiples tentáculos en que se había convertido la Mafia. Hasta ahora, las muertes, las bombas en los bares y restaurantes cuyos dueños se negaban a pagar protección, los tiroteos en el centro de las ciudades, eran todo *roba dal Sud*, cuestión del Sur. Y, así había que reconocerlo, mientras toda aquella violencia y sangre se había mantenido en el Sur, nadie se había preocupado mucho por ella; los Gobiernos se encogían de hombros, como si aquello fuera otra pintoresca costumbre de los *meridione*. Pero, durante los últimos años, la Italia industrializada se había visto infectada por el fenómeno, como si de una plaga del campo a la que no se pudiera poner coto se tratara, y en vano buscaba la manera de contener el avance de la enfermedad.

Con la violencia, con los asesinos a sueldo que mataban a niños de doce años para hacer llegar su mensaje a los padres, habían venido los hombres con cartera, los educados mecenas de la ópera y las artes, con sus hijos universitarios, sus bodegas bien provistas y su afán de ser tenidos por filántropos, epicúreos y caballeros, no por lo criminales que eran en realidad, con sus poses y su retórica sobre la *omertà* y la lealtad.

Durante un momento, Brunetti se obligó a sí mismo a considerar que el *signor* La Capra podía muy bien ser lo que parecía: un hombre acaudalado que había comprado y restaurado un *palazzo* del Gran Canal. Pero no podía dejar de recordar que en el despacho de Semenzato estaban las huellas dactilares de Salvatore La Capra ni que La Capra padre y Semenzato habían visitado al mismo tiempo varias ciudades. ¿Coincidencia? Qué absurdo.

Scattalon le había dicho que La Capra residía en el *palazzo*. Quizá hubiera llegado el momento de que el representante de uno de los estamentos oficiales de la ciudad fuera a saludar al nuevo residente para intercambiar impresiones acerca de la necesidad de adoptar medidas de seguridad en estos tiempos en que, lamentablemente, la criminalidad estaba en auge.

Puesto que el *palazzo* se hallaba en el mismo lado del Gran Canal que su casa, Brunetti almorzó en ella, pero no tomó café, pensando que quizá el *signor* La Capra se lo ofrecería amablemente. El *palazzo* se encontraba al final de la calle Dilerá, que desemboca en el Gran Canal. Al acercarse, Brunetti observó las señales de la restauración. La capa exterior de *intonaco* que cubría las paredes de ladrillo, todavía estaba limpia de *graffiti*. No tenía más marca que la huella de la reciente *acqua alta*, que había llegado aproximadamente a la altura de las rodillas de Brunetti: el revoque naranja oscuro estaba ligeramente descolorido y había empezado a saltar, y a los lados de la estrecha calle se veían sus fragmentos, barridos o impelidos por los pies de los transeúntes. Las cuatro ventanas de la planta baja estaban provistas de robustas rejas que impedían el acceso. Detrás, se veían postigos nuevos, cerrados. Brunetti se situó al otro lado de la calle y levantó la cabeza para mirar a los pisos altos. Todas las aberturas tenían postigos de madera verde oscuro, abiertos éstos, y doble vidrio. Los canalones instalados bajo las nuevas tejas de barro eran de cobre, lo mismo que los tubos por los que bajaba el agua que aquéllos recogían. A la altura del primer piso y hasta el suelo, los tubos eran de latón, metal menos tentador.

La placa situada junto al único timbre era de un gusto refinado: sólo el apellido, «La Capra», en cursiva. Brunetti oprimió el pulsador y se acercó al interfono.

—*Sì, chi è?* —preguntó una voz masculina.

—*Polizia* —respondió él, decidido a no perder el tiempo en sutilezas.

—*Sì. Arrivo* —dijo la voz, y Brunetti oyó sólo un chasquido metálico. Esperó.

Al cabo de unos minutos, abrió la puerta un joven con traje azul marino. Tenía los ojos oscuros, iba bien rasurado y era lo bastante guapo como para ganarse la vida haciendo de modelo, aunque quizá excesivamente fornido para resultar bien en las fotos.

—¿Sí? —preguntó, sin sonreír, pero sin mostrarse más adusto que cualquier ciudadano normal al que una llamada de la policía obligara a salir a la puerta.

—*Buon giorno*. Soy el comisario Brunetti. Deseo hablar con el *signor* La Capra.

—¿Sobre qué?

—Delincuencia ciudadana.

El joven se quedó donde estaba, delante de la puerta, sin hacer ademán de acabar de abrirla para permitir pasar a Brunetti. Esperaba más explicaciones y, cuando comprendió que el visitante no tenía intención de ser más explícito, dijo:

—Creí que en Venecia no había delincuencia. —La frase, ya más larga, reveló su acento siciliano; y el tono, su agresividad.

—¿Está en casa el *signor* La Capra? —preguntó Brunetti, cansado de preámbulos y empezando a sentir el frío.

—Sí. —El joven dio un paso atrás y abrió la puerta para que entrara Brunetti. Éste se encontró en un gran patio con un pozo circular en el centro. A la izquierda, una escalera sostenida por columnas de mármol subía hasta el primer piso y, girando sobre sí misma, seguía hasta el segundo y tercero. Cabezas de león esculpidas en piedra se erguían a intervalos en la balaustrada de mármol. Debajo de la escalera quedaban vestigios de las obras recientes: una carretilla llena de sacos de cemento, un rollo de gruesa lámina de plástico y grandes botes con churretes de pintura de varios colores.

En lo alto del primer tramo de escaleras, el joven abrió una puerta y retrocedió un paso para permitir a Brunetti entrar en el *palazzo*. Nada más entrar, Brunetti oyó una música que llegaba de los pisos superiores. A medida que subía la escalera se intensificaba el sonido, hasta que, envuelta en él, percibió una voz de soprano. Al parecer, el acompañamiento era de cuerda, pero la música aún era lejana. El joven abrió otra puerta y, en aquel instante, la voz se elevó sobre los instrumentos y, durante cinco latidos del corazón, quedó sola, sustentándose únicamente en la belleza, antes de descender de nuevo al mundo menor de los violines.

Avanzaron por un corredor de mármol y por una escalera interior. La música subía de volumen y la voz se hacía más clara a medida que se acercaban a la fuente. El joven parecía no oírla, a pesar de que aquel sonido llenaba el espacio por el que se movían. En lo alto del segundo tramo de la escalera, el joven abrió otra puerta y volvió a retroceder, invitando con un movimiento de la cabeza a Brunetti a entrar en un largo corredor. Tenía que indicárselo por señas, ya que no hubiera podido hacerse oír.

Brunetti pasó por delante de él y empezó a caminar por el corredor. El joven le dio alcance y abrió una puerta de la derecha; esta vez, se inclinó cuando pasaba Brunetti, y cerró la puerta a su espalda, dejándolo dentro, sordo a todo lo que no fuera la música.

Brunetti, que no podía ejercitar más sentido que el de la vista, vio en los cuatro ángulos de la habitación grandes paneles cubiertos de tela desde el suelo hasta la altura de un hombre, orientados hacia el centro de la habitación. Y allí, recostado en una chaise-longue tapizada de piel marrón claro, había un hombre que, absorto en un librito que tenía en las manos, no parecía haber advertido la entrada de Brunetti. Éste se paró en la misma puerta, a observarlo. Y a escuchar la música.

La voz de la soprano era purísima, un sonido generado en el corazón y alimentado por su calor que brotaba con esa aparente facilidad que es exclusiva de los cantantes que poseen las mayores facultades y la mejor técnica. La voz hacía pausa en una nota, luego se elevaba, se afirmaba, coqueteaba con lo que ahora identificó él como un arpa y enmudecía un momento mientras los violines y el violonchelo dialogaban con el arpa. Y entonces, como si no hubiera dejado de estar presente, la voz volvía y arrastraba consigo a la cuerda, subiendo y subiendo. Brunetti sólo distinguía palabras y frases sueltas, «*disprezzo*», «*perchè*», «*per pietade*», «*fugge il mio bene*», pero todas hablaban de amor y de ausencia. Ópera, desde luego, pero no podía adivinar cuál.

El hombre de la chaise-longue aparentaba unos cincuenta y tantos años, y su cintura denotaba afición a la buena mesa y la vida sedentaria. El rasgo dominante de su cara era la nariz, grande y carnosa —la misma nariz que Brunetti había visto en la foto de comisaría de su hijo, el presunto

violador—, sobre la que cabalgaban unas gafas de media luna. Los ojos eran grandes, límpidos y muy oscuros, casi negros. La cara, aunque completamente afeitada, tenía en las mejillas ese tinte azulado que denota una barba poblada.

La música entró en un melancólico *diminuendo* y se apagó. Sólo en el silencio que siguió, Brunetti fue consciente de la perfecta calidad del sonido, perfección merced a la cual lo exagerado del volumen pasaba inadvertido.

El hombre se relajó en la chaise-longue y dejó caer el librito al suelo. Cerró los ojos, con la cabeza hacia atrás y el cuerpo flácido. Aunque no se había dado por enterado de la llegada de Brunetti, éste no dudaba de que el hombre era consciente de su presencia; más aún, tenía la impresión de que le hacía destinatario de estas manifestaciones de deleite estético.

Con suavidad, como su suegra solía aplaudir un aria que no le había gustado pero de la que le habían dicho que estaba muy bien cantada, Brunetti se golpeó las yemas de los dedos unas con otras, lánguidamente.

Como obligado a volver de unas alturas que los simples mortales no osaban pisar, el hombre de la chaise-longue abrió los ojos, agitó la cabeza con fingido asombro y se volvió a mirar a la fuente de esta tibia reacción.

—¿No le ha gustado la voz? —preguntó con auténtica sorpresa.

—Oh, la voz me ha gustado mucho —respondió Brunetti y agregó—: pero la interpretación me ha parecido un poco forzada.

Si La Capra captó la ambigüedad de la frase, no lo dio a entender. Recogió el libreto y lo levantó en el aire.

—La mejor voz de la época, la única gran cantante —dijo agitando el libreto para mayor énfasis.

—¿La *signora* Petrelli? —preguntó Brunetti.

El hombre torció el gesto como si hubiera mordido algo desagradable.

—¿Cantar Haendel? ¿La Petrelli? —preguntó con gesto de fatigada sorpresa—. Lo único que ella puede cantar es Verdi y Puccini. —Pronunció los nombres como el que dice «sexo» y «pasión».

Brunetti fue a objetar que Flavia también cantaba Mozart, pero sólo preguntó:

—¿El *signor* La Capra?

Al oír su nombre, el hombre se puso en pie, obligado por sus deberes de anfitrión a dejarse de valoraciones estéticas, y fue hacia Brunetti con la mano extendida.

—Sí, ¿con quién tengo el honor?

Brunetti le estrechó la mano y devolvió la ceremoniosa sonrisa.

—Comisario Guido Brunetti.

—¿Comisario? —Daba la impresión de que La Capra nunca había oído la palabra.

Brunetti asintió.

—De policía.

Una momentánea confusión se reflejó en la cara del hombre, pero esta vez Brunetti pensó que la emoción podía ser real, no fabricada para el público. La Capra se repuso rápidamente y preguntó con gran cortesía:

—¿Y puedo preguntar, comisario, cuál es el motivo de su visita?

Brunetti no quería que La Capra sospechara que lo relacionaba con la muerte de Semenzato, por lo que había decidido no decir que en el escenario del crimen se habían encontrado las huellas de su hijo. Y, hasta que pudiera hacerse una idea más clara del hombre, no quería darle a entender que la policía tenía curiosidad por averiguar qué relación podía haber entre él y Brett.

—El robo, *signor* La Capra —dijo Brunetti, y repitió—: El robo.

Al momento, el *signor* La Capra fue todo cortés atención.

—¿Sí, comisario?

Brunetti dibujó su sonrisa más amistosa.

—He venido para hablar de la ciudad, *signor* La Capra, puesto que es usted nuevo residente, y de algunos de los riesgos de vivir aquí.

—Es usted muy amable, *dottore* —repuso La Capra, devolviendo sonrisa por sonrisa—. Pero,

disculpe, no podemos quedarnos aquí como dos estatuas. ¿Me permite que le ofrezca un café? Ya habrá almorzado, ¿verdad?

—Sí. Pero un café no vendría mal.

—Ah, venga conmigo. Bajaremos a mi estudio y haré que nos lo traigan. —Con estas palabras, el hombre salió de la habitación y condujo a Brunetti por la escalera abajo. En el segundo piso, abrió una puerta y retrocedió cortésmente para que Brunetti entrase primero. Los libros cubrían dos de las paredes; y unas pinturas muy necesitadas de una buena limpieza, lo que las hacía parecer mucho más valiosas, la tercera. Tres altas ventanas dominaban el Gran Canal, en el que se observaba el habitual tráfico de embarcaciones en una y otra dirección. La Capra indicó a Brunetti un diván tapizado de seda y él se acercó a un largo escritorio de roble, donde descolgó el teléfono, pulsó un botón y pidió que subieran café al estudio.

Su anfitrión cruzó el despacho y se sentó frente a Brunetti, subiéndose cuidadosamente el pantalón para que no se le marcaran rodilleras.

—Como le decía, *dottor* Brunetti, me parece muy considerado por su parte el que haya venido a hablar conmigo. No dejaré de dar las gracias al *dottor* Patta cuando lo vea.

—¿Es amigo del *vicequestore*? —preguntó Brunetti.

La Capra levantó la mano en un ademán de modesta negación de semejante distinción.

—No tengo tanto honor. Pero ambos somos miembros del Lions' Club, por lo que coincidimos en ciertos actos sociales. —Hizo una pausa y agregó—: Esté seguro de que le daré las gracias por su consideración.

Brunetti asintió en señal de gratitud, sabiendo muy bien lo que pensaría Patta de aquella consideración.

—Dígame, *dottor* Brunetti, ¿de qué desea prevenirme?

—No es que yo pueda prevenirle de algo en concreto, *signor* La Capra. Pero creo que debe usted saber que, en esta ciudad, las apariencias engañan.

—¿Sí?

—Da la impresión de que tenemos una ciudad pacífica... —empezó Brunetti y se interrumpió para preguntar—: ¿Sabe que hay sólo setenta mil habitantes?

La Capra asintió.

—Por lo tanto, a primera vista puede parecer que es una apacible ciudad de provincias, que sus calles son seguras. —Aquí Brunetti se apresuró a puntualizar—: Y lo son; la gente puede transitar por ellas a cualquier hora del día o de la noche con toda tranquilidad. —Hizo otra pausa y añadió, como si acabara de ocurrírsele—: Y, en general, también puede estar segura en su casa.

—Si me permite que le interrumpa, comisario, ésta es una de las razones que me impulsaron a venir, para gozar de esa seguridad, de esa tranquilidad que sólo en esta ciudad parece subsistir aún hoy.

—¿Usted es de...? —preguntó Brunetti, aunque el acento que afloraba a pesar de los esfuerzos de La Capra por disimularlo, no dejaba lugar a dudas.

—Palermo —respondió La Capra.

Brunetti no respondió enseguida, dejando que el nombre flotara en el aire.

—A pesar de todo —prosiguió—, y de ello he venido a hablarle, existe el riesgo de robo. En esta ciudad viven muchas personas ricas, y algunas de ellas, engañadas quizá por el sosiego que aparentemente reina en ella, no toman todas las precauciones convenientes por lo que respecta a las medidas de seguridad de sus viviendas. —Miró en derredor y prosiguió con un airoso ademán—: Puedo ver que tiene usted aquí muchas cosas bellas. —El *signor* La Capra sonrió, pero rápidamente inclinó la cabeza con aparente modestia—. Espero que se habrá preocupado de protegerlas debidamente —terminó Brunetti.

A su espalda se abrió la puerta y entró en la habitación el mismo joven de antes, que traía una bandeja con dos tazas de café y un azucarero de plata que descansaba en tres esbeltas patas armadas de garras. Permaneció en silencio al lado de Brunetti mientras éste tomaba una taza y le echaba dos cucharaditas de azúcar. Repitió el proceso con el *signor* La Capra y salió de la habitación sin haber pronunciado ni una palabra, llevándose la bandeja.

Mientras removía el azúcar, Brunetti observó que el café estaba cubierto de la fina capa de espuma que sólo producen las cafeteras exprés eléctricas: en la cocina del *signor* La Capra no se hacía el café en fogón de gas.

—Es muy amable al venir a prevenirme, comisario. Es cierto que muchos de nosotros vemos Venecia como un oasis de paz en lo que es una sociedad cada vez más criminal. —Aquí el *signor* La Capra movió la cabeza a derecha e izquierda—. Pero puedo asegurarle que he tomado todas las precauciones para garantizar la seguridad de mis bienes.

—Me alegra oírlo, *signor* La Capra —dijo Brunetti dejando taza y plato en una mesita de mármol situada al lado del diván—. No me cabe duda de que habrá extremado la prudencia, teniendo objetos tan hermosos. Al fin y al cabo, le habrá costado mucho adquirir algunos de ellos.

Esta vez, la sonrisa del *signor* La Capra, cuando llegó, estaba muy velada. Apuró el café y se inclinó hacia adelante para dejar la taza al lado de la de Brunetti. No dijo nada.

—¿Lo consideraría una intrusión si yo le preguntara qué clase de protección ha dispuesto, *signor* La Capra?

—¿Intrusión? —preguntó La Capra abriendo mucho los ojos con expresión de sorpresa—. En modo alguno. Estoy seguro de que la pregunta obedece al interés que siente por sus conciudadanos. —Dejó que sus palabras se sedimentaran y entonces explicó—: Mandé instalar una alarma antirrobo. Pero, lo que es más importante, tengo vigilancia las veinticuatro horas. Uno de mis empleados está siempre aquí. Yo me fío más de la lealtad de mi personal que de cualquier dispositivo mecánico comprado. —Aquí el *signor* La Capra elevó la temperatura de su sonrisa—. Quizá parezca anticuado, pero yo creo en los valores de la lealtad y el honor.

—Por supuesto —dijo Brunetti sin convicción, pero sonrió dando a entender que había comprendido—. ¿Permite que la gente vea las otras piezas de su colección? Si éstas son una muestra —dijo Brunetti abarcando con un ademán toda la habitación—, debe de ser impresionante.

—Ah, comisario, lo siento —dijo La Capra moviendo ligeramente la cabeza—, pero ahora no podría enseñárselas.

—¿No? —preguntó Brunetti cortésmente.

—Verá, el caso es que la habitación en la que pienso exponerlas no está terminada a mi entera satisfacción. La iluminación, las baldosas del suelo, hasta los paneles del techo me desagradan y me sentiría violento, sí, francamente violento, enseñándolos ahora. Pero con mucho gusto le invitaré a ver mi colección cuando la sala esté terminada y... —buscaba la palabra adecuada y al fin la encontró—: Y presentable.

—Es usted muy amable, *signore*. ¿Entonces puedo esperar que volvamos a vernos?

La Capra asintió, pero no sonrió.

—Debe usted de ser una persona muy ocupada —dijo Brunetti poniéndose en pie. Qué extraño, pensaba, que un amante del arte fuera reacio a enseñar su colección a un visitante que mostrara curiosidad o entusiasmo por las cosas bellas. Brunetti nunca había visto algo igual. Y más extraño todavía era que, hablando de la delincuencia en la ciudad, La Capra no hubiera creído oportuno mencionar ninguno de los dos incidentes que, esta misma semana, habían destruido la calma de Venecia y la vida de personas que, al igual que él, tenían amor al arte.

Al ver que Brunetti se levantaba, La Capra se puso en pie y fue con él a la puerta, bajó la escalera, cruzó el patio y lo acompañó hasta la entrada del *palazzo*. Sostuvo la puerta mientras Brunetti salía a la calle. Se estrecharon la mano cordialmente y el *signor* La Capra permaneció en la puerta mientras Brunetti se alejaba por la estrecha calle hacia *campo* San Paolo.

20

Después de pasar media hora con La Capra, Brunetti se decía que hablar ahora con Patta sería demasiado para una sola tarde, pero decidió ir a la *questura* de todos modos, por si tenía algún mensaje. Habían llamado dos personas: Giulio Carrara, que rogaba que Brunetti le llamara a Roma, y Flavia Petrelli, que decía que volvería a llamar.

Brunetti pidió que le pusieran con Roma y al poco rato hablaba con el *maggiore*. Carrara no perdió el tiempo en conversación personal sino que empezó inmediatamente con Semenzato.

—Guido, aquí tenemos algo que indica que estaba metido en más cosas de las que nos imaginábamos.

—¿Qué cosas?

—Hace dos días, interceptamos un cargamento de ceniceros de alabastro que llegaron a Livorno procedentes de Hong Kong, para un mayorista de Verona. Lo normal, el hombre recibe los ceniceros, les pone una etiqueta y los vende, «Made in Italy».

—¿Por qué interceptaron el cargamento? No parece que se trate de cosas que normalmente hayan de interesarles.

—Uno de nuestros confidentes dijo que no sería mala idea echar un vistazo al cargamento.

—¿Por lo de las etiquetas? —preguntó Brunetti, desconcertado—. ¿No es cosa de la aduana?

—Oh, éstos habían cobrado —dijo Carrara con displicencia—. El cargamento hubiera estado seguro hasta Verona. Pero esa persona nos avisó por lo que venía con los ceniceros.

Brunetti captó la insinuación.

—¿Y qué encontraron?

—¿Sabe qué es Angkor Wat, ¿verdad?

—¿De Camboya?

—Si pregunta eso es que lo sabe. Cuatro de las cajas contenían estatuas procedentes de templos de allí.

—¿Está seguro? —Nada más decirlo, Brunetti deseó haber hecho la pregunta en otros términos.

—Nuestro trabajo es estar seguros —dijo Carrara, pero como simple explicación—. Tres de las piezas fueron vistas en Bangkok hace años, pero desaparecieron del mercado antes de que la policía pudiera confiscarlas.

—Giulio, no sé cómo pueden estar seguros de que vienen de Angkor Wat.

—Los franceses hicieron muchos dibujos de los templos cuando Camboya era aún una colonia, y luego se han hecho fotos. Dos de las estatuas habían sido fotografiadas, y por eso estamos seguros.

—¿Cuándo se tomaron las fotografías? —preguntó Brunetti.

—En 1985. Un equipo de arqueólogos de una universidad estadounidense pasó allí varios meses, dibujando y retratando, pero entonces la zona de combate se extendió hacia allí y tuvieron que huir. Pero disponemos de copias de todas las reproducciones. Por eso estamos seguros, completamente seguros, de dos de las piezas. Y probablemente las otras dos tienen la misma procedencia.

—¿Alguna idea de adonde se enviaban?

—No. Sólo tenemos la dirección del mayorista de Verona.

—¿Han hecho algo al respecto?

—Hemos puesto a dos hombres a vigilar el almacén de Livorno y hemos intervenido los teléfonos, tanto el del almacén como el de la oficina de Verona.

A Brunetti le parecía que el hallazgo de cuatro simples estatuas no justificaba semejante despliegue, pero se reservó la opinión.

—¿Y del mayorista qué se sabe?

—Nada; es nuevo para nosotros. Los de aduanas tampoco tienen nada contra él.

—¿Usted qué piensa?

Carrara reflexionó un momento antes de contestar:

—Yo diría que está limpio. Y probablemente eso significa que, antes de que se haga la entrega, alguien retirará las estatuas.

—¿Dónde? ¿Cómo? —preguntó Brunetti. Y entonces añadió—: ¿Sabe alguien que abrieron ustedes las cajas?

—Hicimos que los de la policía de aduanas cerraran el almacén y armaran mucho revuelo a propósito de un envío de encaje que venía de las Filipinas. Mientras ellos abrían esos bultos, nosotros echamos un vistazo a los ceniceros, volvimos a cerrar las cajas y lo dejamos todo como estaba.

—¿Y los encajes?

—Oh, lo de siempre. Venía el doble de mercancía de la que se declaraba en los documentos, de modo que confiscaron todo el envío y ahora están calculando el importe de la multa.

—¿Y los ceniceros?

—Siguen en el almacén.

—¿Qué harán con ellos?

—Yo no me encargo de ese asunto, Guido. Corresponde a la oficina de Milán. Hablé con el que lo lleva, y dice que quiere intervenir en el momento en que vayan a recoger las cajas con las estatuas.

—¿Y usted qué opina?

—Yo dejaría que se las llevaran y trataría de seguirlos.

—Si se las llevan —dijo Brunetti.

—Aunque no se las lleven, tenemos vigilancia permanente en el almacén, y cuando se muevan lo sabremos. Además, el que sea enviado a recoger las estatuas no será importante y probablemente no sabrá mucho, aparte de adonde tiene que llevarlas, de modo que no servirá de gran cosa arrestarlo.

Finalmente, Brunetti preguntó:

—Giulio, ¿no es una operación muy complicada para cuatro estatuas? Y aún no me ha dicho cómo se ha relacionado con esto a Semenzato.

—Una idea clara tampoco nosotros la tenemos, pero el hombre que nos llamó nos dijo que en Venecia había gente, y se refería a la policía, Guido, que podía estar interesada en esto. —Antes de que Brunetti pudiera interrumpirle, Carrara agregó—: No quiso dar más explicaciones, pero dijo que había más envíos. Que éste era sólo uno de tantos.

—¿Todos de Oriente? —preguntó Brunetti.

—Eso no lo especificó.

—¿Hay aquí mercado para esas cosas?

—Aquí, en Italia, no, pero lo hay en Alemania y, una vez en Italia la mercancía, es fácil hacerla llegar allí.

Ningún italiano se molestaría en preguntar por qué no se hacían los envíos directamente a Alemania. Se rumoreaba que los alemanes consideraban la ley como algo que había que cumplir, mientras que los italianos la veían como algo que había que analizar y luego evadir.

—¿Cuál puede ser el valor, el precio? —preguntó Brunetti, sintiéndose el típico veneciano.

—Fabuloso, no por la belleza de las estatuas en sí sino porque proceden de Angkor Wat.

—¿Podrían venderse libremente en el mercado? —preguntó Brunetti, pensando en la sala que el *signor* La Capra había dispuesto en el tercer piso de su *palazzo* y preguntándose cuántos *signor* La Capra podría haber.

Nuevamente, Carrara reflexionó antes de contestar.

—No; probablemente, no. Pero eso no significa que no haya mercado para ellas.

—Comprendo. —Era sólo una posibilidad, pero preguntó—: Giulio, ¿tienen algo acerca de un tal La Capra, Carmello La Capra? De Palermo. —Mencionó la coincidencia con Semenzato en los viajes al extranjero: las mismas ciudades y las mismas fechas.

Después de una breve pausa, Carrara respondió:

—El nombre me resulta vagamente familiar, pero no puedo asociarlo a algo concreto. Déme una hora, miraré en el ordenador si hay algo sobre él.

La siguiente pregunta de Brunetti obedecía a simple curiosidad profesional:

—¿Tienen mucha información en su ordenador?

—Montones —dijo Carrara con audible orgullo—. Listados de nombres, ciudades, siglos, formas de arte, artistas, técnicas de reproducción. Pida usted lo que quiera: si ha sido robado o falsificado, aparecerá en el ordenador. Ese hombre podría estar con su apellido o con cualquier alias o mote que pueda tener.

—El *signor* La Capra no es hombre que consienta que le pongan mote —explicó Brunetti.

—Ah, vamos, uno de éstos. Pues en tal caso podría estar en «Palermo» —y entonces Carrara añadió, innecesariamente—: Es un archivo muy voluminoso. —Hizo una pausa para dar tiempo a Brunetti a asimilar el comentario y preguntó—: ¿Le interesa algún tipo de arte en especial, alguna técnica?

—Cerámica china —apuntó Brunetti.

—Ah —dijo Carrara prolongando la exclamación y elevando el tono—. De ahí me sonaba el nombre. No recuerdo exactamente qué fue, pero si el nombre me suena por esa asociación, estará en el ordenador. Luego le llamo, Guido.

—Se lo agradeceré, Giulio. —Entonces, por simple curiosidad, preguntó—: ¿Existe la posibilidad de que lo envíen a Verona?

—No lo creo. Los hombres de Milán son de lo mejor que tenemos. Yo iría sólo si resultara que eso está relacionado con alguna de mis investigaciones en curso.

—Comprendo. Llámeme si encuentra algo sobre La Capra. Estaré toda la tarde. Y gracias, Giulio.

—No me las dé hasta que sepa lo que puedo decirle —repuso Carrara, y colgó antes de que Brunetti pudiera contestar.

Brunetti preguntó por teléfono a la *signorina* Elettra si había recibido la lista de llamadas de La Capra y Semenzato y descubrió con satisfacción que no sólo Telecom había enviado las listas sino que, además, ella había podido detectar numerosas llamadas hechas entre los teléfonos de sus respectivos domicilios y despachos en Italia, así como a hoteles del extranjero cuando uno de los dos hombres se hospedaba en ellos.

—¿Quiere que se las lleve, comisario?

—Si tiene la bondad, *signorina*.

Mientras la esperaba, Brunetti abrió la carpeta de Brett y marcó el número que allí se indicaba. El teléfono sonó siete veces pero nadie contestó. ¿Significaba esto que ella había seguido su consejo y se había ido a Milán? Quizá Flavia había llamado para comunicárselo.

Sus especulaciones fueron interrumpidas por la llegada de la *signorina* Elettra, hoy, vestida de gris, muy sobria; sobria, hasta que Brunetti bajó la mirada y vio unas medias negras decoradas con un abigarrado dibujo ¿de flores? y unos zapatos rojos, con unos tacones más altos que los que Paola se había atrevido a llevar nunca. Se acercó a la mesa y le puso delante una carpeta marrón.

—He marcado con un círculo las llamadas que se corresponden —explicó.

—Gracias, *signorina*. ¿Se ha guardado copia?

Ella asintió.

—Muy bien. Vea ahora si puede conseguir la lista de llamadas de la tienda de antigüedades de Francesco Murino, de *campo* Santa Maria Formosa, y si Semenzato o La Capra lo llamaron o él a ellos.

—Me he tomado la libertad de llamar a la American Telegraph and Telephone a Nueva York —dijo la *signorina* Elettra—, para averiguar si alguno de ellos utilizaba tarjetas de llamadas internacionales. La Capra, sí. El hombre con el que he hablado me ha dicho que me pasaría por fax una lista de las llamadas de los últimos años. Quizá la tenga esta misma tarde.

—¿Ha hablado usted personalmente con él, *signorina*? —preguntó Brunetti, admirado—. ¿En inglés? ¡Un amigo en Banca d'Italia y, además, habla inglés!

—Naturalmente, él no hablaba italiano, a pesar de trabajar en la sección internacional. —¿Debía escandalizarse Brunetti por este fallo? Si así era, se escandalizaría, porque era evidente que la *signorina* Elettra estaba escandalizada.

—¿Y cómo es que usted habla inglés?

—Eso es lo que hacía en la Banca d'Italia, *dottore*. Traducir del inglés y del francés.

Él no pudo contener la pregunta.

—¿Y se marchó?

—No tuve alternativa, comisario —dijo ella y, al ver su perplejidad, explicó—: Mi jefe me pidió que tradujera al inglés una carta para un banco de Johannesburgo. —Ella calló y se inclinó y sacó de la carpeta otro papel. ¿Ésta era toda la explicación que iba a darle?

—Lo siento, *signorina*, pero no comprendo. ¿Le pidió que tradujera una carta para Johannesburgo? —Ella asintió—. ¿Y tuvo usted que marcharse por eso?

Ella lo miró con ojos muy abiertos.

—Naturalmente, comisario.

Él sonrió.

—Lo siento, pero sigo sin entenderlo. ¿Por qué tuvo que marcharse?

Ella lo miró fijamente, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que en realidad no hablaban el mismo idioma.

—Las sanciones —dijo vocalizando con claridad.

—¿Las sanciones? —repitió él.

—Contra Sudáfrica, comisario. Todavía estaban en vigor, de modo que no tuve más remedio que negarme a traducir la carta.

—¿Se refiere a las sanciones contra el Gobierno de Sudáfrica?

—Desde luego, comisario. Fueron decretadas por la ONU, ¿no?

—Creo que sí. ¿Y por eso no quiso usted escribir la carta?

—¿Qué sentido tiene declarar sanciones si la gente no va a imponerlas? —preguntó ella con perfecta lógica.

—Ninguno, imagino. ¿Y qué ocurrió entonces?

—Oh, él se puso muy desagradable. Escribió una carta de amonestación. Se quejó al sindicato. Y nadie me defendió. Todos parecían pensar que yo debía haber traducido la carta. De modo que no tuve más remedio que dimitir. No podía seguir trabajando para aquella gente.

—Naturalmente —convino él, inclinando la cabeza sobre la carpeta y jurándose impedir por todos los medios que Paola y la *signorina* Elettra llegaran a conocerse.

—¿Eso es todo, comisario? —preguntó ella, sonriendo con la esperanza de que quizá ahora él hubiera comprendido.

—Sí, *signorina*, gracias.

—Cuando llegue el fax de Nueva York se lo subiré.

—Gracias, *signorina*. —Ella sonrió y salió del despacho. ¿Cómo la habría encontrado Patta?

No cabía la menor duda: Semenzato y La Capra habían hablado por lo menos cinco veces durante el año último; ocho, si las llamadas que Semenzato había hecho a hoteles de diversos países cuando La Capra estaba allí eran para él. Desde luego, se podía objetar —y Brunetti no dudaba de que así lo haría un buen abogado defensor— que no tenía nada de particular que estos dos hombres se conocieran. A los dos les interesaban las obras de arte. La Capra podía haber hecho a Semenzato muchas consultas legítimamente: procedencia, autenticidad, precio. Brunetti miraba los papeles tratando de descubrir una sincronía entre las llamadas telefónicas y el movimiento de las cuentas bancarias de uno y otro, pero ésta no aparecía.

Sonó el teléfono. Él descolgó y dio su nombre.

—Te he llamado antes.

Inmediatamente reconoció la voz de Flavia y advirtió de nuevo su tono grave, tan distinto del que tenía cuando cantaba. Pero esta sorpresa no era nada comparada con la que sintió al oír el tuteo.

—He ido a hacer una visita. ¿Qué sucede?

—Brett no quiere ir conmigo a Milán.

—¿Ha dicho por qué?

—Dice que no se encuentra bien para viajar, pero es cabezonería. Y miedo. No quiere reconocerlo, pero tiene miedo de esa gente.

—¿Y tú? —preguntó él tuteándola a su vez con complacencia—. ¿Te marchas?

—No tengo alternativa —dijo Flavia, y enseguida rectificó—: Sí la tengo. Podría quedarme si quisiera, pero no quiero. Mis hijos van a casa y quiero estar allí para recibirlos. Y el martes tengo ensayo con piano en La Scala. Ya cancelé una actuación, y ahora les he dicho que cantaré. Brunetti se preguntaba qué podía hacer él en este asunto, y Flavia no tardó en informarle.

—¿Podrías hablar con ella? ¿Hacerla entrar en razón?

—Flavia —empezó él, vivamente consciente de que ésta era la primera vez que la llamaba así—, si tú no la has convencido, dudo mucho de que yo pueda hacerle cambiar de idea. —Y, antes de que ella tuviera tiempo de protestar, agregó—: No es que trate de escurrir el bulto, es que no creo que dé resultado.

—¿Y ponerle protección?

—Sí; podría poner a un hombre en el apartamento. —Casi sin pensar, rectificó—: O a una mujer. La respuesta fue inmediata. Y áspera:

—El que no nos acostemos con hombres no quiere decir que nos dé miedo estar en una habitación con uno de ellos.

Él se quedó callado hasta que ella preguntó:

—Bueno, ¿no vas a decir algo?

—Estoy esperando que pidas perdón por tu estupidez.

Ahora tocó callar a Flavia. Finalmente, con gran alivio, él la oyó decir en tono más suave:

—De acuerdo. Perdón por mi estupidez y por mi arranque. Será que estoy acostumbrada a tratar a la gente sin miramientos. Y que quizá aún soy muy susceptible por lo que se refiere a Brett y a mí.

Presentadas las disculpas, Flavia volvió a la cuestión:

—No sé si podremos convencerla para que acepte tener a alguien en el apartamento.

—Flavia, no dispongo de otro medio para protegerla. —Él oyó un fuerte ruido, como de maquinaria pesada—. ¿Qué es eso?

—Un barco.

—¿Dónde estás?

—En Riva degli Schiavoni —dijo ella—. No quería llamar desde casa, y he salido a dar un paseo. —Aquí cambió la voz—. No estoy lejos de la *questura*. ¿Puedes recibir visitas en horas de trabajo?

—Naturalmente —rió él—. Soy un jefe.

—¿Puedo ir ahora? No me gusta hablar por teléfono.

—Desde luego. Cuando quieras. Ahora mismo. Espero una llamada, pero no tiene sentido que sigas dando vueltas por ahí con esta lluvia. Además —agregó sonriendo para sí—, aquí se está caliente.

—De acuerdo. ¿Pregunto por ti?

—Sí. Di al agente de la puerta que estás citada y él te acompañará a mi despacho.

—Gracias. Ahora mismo voy. —Colgó sin darle tiempo a despedirse.

En cuanto Brunetti colgó, el teléfono volvió a sonar. Era Carrara.

—Guido, su *signor* La Capra estaba en el ordenador.

—¿Sí?

—La cerámica china me ha permitido localizarlo.

—¿Por qué?

—Por dos cosas. Hará unos tres años, de una colección particular de Londres desapareció un bol de celadón. El hombre al que al fin acusaron de la sustracción dijo que un italiano le había pagado para que consiguiera concretamente esa pieza.

—¿La Capra?

—Él no lo sabía. Pero la persona que lo delató dijo que uno de los intermediarios que había agenciado el trato usó el nombre de La Capra.

—¿«Agenciado el trato»? —preguntó Brunetti—. ¿Quiere decir, sencillamente, organizado el robo de una sola pieza?

—Sí. Es cada vez más frecuente —respondió Carrara.

—¿Y la otra cosa? —preguntó Brunetti.

—Es sólo un rumor. Lo tenemos en la lista de «casos sin confirmar».

—¿De qué se trata?

—Hará unos dos años, en París, un marchante de arte chino, un tal Philippe Bernadotte, fue muerto una noche en la calle mientras paseaba al perro. Sus asaltantes le robaron la cartera y las llaves. Con las llaves entraron en su casa, pero, por extraño que parezca, no le robaron nada. Eso sí, registraron sus archivos y, al parecer, se llevaron papeles.

—¿Y La Capra?

—El socio de la víctima recordaba que días antes de su muerte, *monsieur* Bernadotte había mencionado una disputa que había tenido con un cliente que lo acusaba de haber vendido una pieza que sabía que era falsa.

—¿El cliente era el *signor* La Capra?

—El socio no lo sabía. Sólo recordaba que *monsieur* Bernadotte se había referido a él varias veces llamándolo «el cabrito», pero pensó que bromeaba.

—¿*Monsieur* Bernadotte y su socio eran capaces de vender una pieza sabiendo que era falsa?

—preguntó Brunetti.

—El socio, no. Pero, al parecer, Bernadotte había estado complicado en varias ventas y compras dudosas que habían sido investigadas.

—¿Por la brigada antirrobo de obras de arte?

—Sí. La oficina de París tenía un dossier sobre él.

—¿Y de su casa no se llevaron nada, después de matarlo?

—Parece que no, pero el que lo ha matado tuvo tiempo de revisar sus archivos y sus inventarios y sacar lo que le interesara.

—¿Así que es posible que el *signor* La Capra fuera «el cabrito» al que había aludido la víctima?

—Eso parece —convino Carrara.

—¿Algo más?

—No; pero si ustedes pueden darnos más datos, se lo agradeceremos.

—Diré a mi secretaria que le envíe todo lo que tenemos, y si descubrimos algo más sobre él y Semenzato se lo diré.

—Gracias, Guido. —Y Carrara colgó.

¿Qué era lo que cantaba el conde Almaviva? «*E mifaràil destino ritrovar questo paggio in ogni loco!*» También parecía ser el destino de Brunetti encontrar a La Capra dondequiera que mirase. De todos modos, Cherubino era bastante más inocente que el *signor* La Capra. Por lo que Brunetti había averiguado, cabía sospechar que La Capra estaba involucrado en la muerte de Semenzato. Pero todo era puramente circunstancial, no tendría valor alguno ante un tribunal. Brunetti oyó un golpe en la puerta y gritó: «*Avanti!*». Un policía de uniforme abrió y dio un paso atrás para que entrara Flavia Petrelli. Cuando ella pasaba por delante del policía, Brunetti vio cómo la mano del agente hacía un marcial saludo antes de cerrar la puerta. Brunetti no tuvo que preguntarse a quién se rendía homenaje con el gesto.

Flavia llevaba un impermeable marrón oscuro forrado de piel. El frío de la tarde había puesto color en su cara, que seguía limpia de maquillaje. Rápidamente, cruzó el despacho y estrechó la mano que él le tendía.

—¿Así que aquí es donde trabajas? —dijo.

Él dio la vuelta a la mesa y se hizo cargo del impermeable, que el calor de la habitación hacía innecesario. Mientras ella miraba en derredor, él colgó la prenda de una percha, detrás de la puerta. Vio que estaba mojada y, al mirar a Flavia, vio brillar gotas de agua en su pelo.

—¿No traes paraguas?

Ella, maquinalmente, se llevó la mano al pelo y pareció sorprenderse al encontrarlo mojado.

—No llovía cuando he salido de casa.

—¿Y cuándo ha sido eso? —preguntó él volviendo hacia ella.

—Después del almuerzo. Serían poco más de las dos, supongo. —Su respuesta era vaga y daba a

entender que realmente no podía recordarlo.

Él acercó otra silla a la que tenía delante de la mesa y esperó a que la mujer se acomodara antes de sentarse frente a ella. Hacía sólo unas horas que la había visto y lo sorprendía el cambio que notaba en su cara. Esta mañana parecía tranquila y relajada cuando, con una vivacidad muy italiana, le pedía ayuda para convencer a Brett de que debía pensar en su propia seguridad. Y ahora daba la impresión de estar rígida, en vilo, y la crispación que se advertía en su boca era nueva.

—¿Cómo está Brett? —preguntó él.

Ella suspiró y agitó una mano en un ademán de impotencia.

—A veces, hablar con ella es como tratar de razonar con uno de mis hijos. Dice que sí a todo, reconoce que tengo razón y luego hace lo que se le antoja.

—¿Que ahora es...?

—Quedarse aquí en lugar de ir conmigo a Milán.

—¿Cuándo te marchas?

—Mañana por la noche. Hay un vuelo que llega a las nueve. Así tendré tiempo de abrir el apartamento e ir a recibir a los niños al aeropuerto al día siguiente por la mañana.

—¿Ha dicho por qué no quiere ir?

Flavia se encogió de hombros, como si lo que Brett dijera y la verdad fueran dos cosas independientes.

—Dice que no consentirá que el miedo la eche de su propia casa, que no va a huir ni a esconderse conmigo.

—¿Crees que es la verdadera razón?

—¿Y quién sabe cuál es su verdadera razón? —preguntó ella ásperamente—. A Brett le basta con querer o no querer hacer una cosa. Ella no necesita razones ni excusas. Hace sólo lo que le apetece. —No escapó a Brunetti que sólo otra persona no menos voluntariosa encontraría tan irritante esta cualidad.

Aunque Brunetti deseaba preguntar a Flavia por qué había ido a verle, dijo tan sólo:

—¿Y no podrías convencerla?

—Si la conocieras, no lo preguntarías —dijo Flavia secamente, pero entonces sonrió—: No; no podría. Probablemente, si yo le dijera que no se fuera, se sentiría tentada de marcharse. —Movi6 la cabeza negativamente y repiti6—: Lo mismo que mis hijos.

—¿Quieres que hable yo con ella? —preguntó Brunetti.

—¿Crees que serviría de algo?

Ahora tocó a Brunetti encogerse de hombros.

—No lo sé. Tampoco tengo mucho éxito con mis propios hijos.

Ella lo miró, sorprendida:

—No sabía que tuvieras hijos.

—Para un hombre de mi edad, lo más natural es tenerlos, ¿no?

—Sí, claro —respondió ella, y meditó un momento antes de volver a hablar—. Es que en ti siempre he visto sólo al policía, es casi como si no fueras una persona corriente. —Antes de que él pudiera decirlo, ella admitió—: Sí, ya sé, y a mí sólo me conoces como cantante.

—Bueno, tampoco es exacto —dijo él.

—¿Cómo que no? Cuando me conociste estaba actuando.

—Sí, pero la función había terminado. Y desde entonces sólo te he oído en disco. Y me parece que no es lo mismo.

Ella lo miró fijamente, bajó la mirada al regazo y volvió a mirarlo:

—Si te diera entradas para la función de La Scala, ¿irías?

—Sí, con mucho gusto.

—¿Y a quién llevarías? —preguntó ella con una amplia sonrisa.

—A mi esposa —dijo él simplemente.

—Ah —dijo ella no menos simplemente. Pero una sílaba puede ser muy elocuente. La sonrisa se borró un momento y cuando reapareció era tan amistosa como antes, pero no tan cálida.

Él repitió la pregunta:

—¿Quieres que hable con ella?

—Sí; confía mucho en ti, y quizá te escuche. Alguien tiene que convencerla de que debe irse de Venecia. Yo no he podido.

La ansiedad que advertía en su voz lo impulsó a decir:

—No creo que en realidad corra tanto peligro si se queda. Su apartamento es seguro, y no será tan imprudente como para dejar entrar a cualquiera. El riesgo es pequeño.

—Sí —dijo Flavia con una lentitud que indicaba lo poco que la convencía el argumento. Como si hubiera vuelto repentinamente de un lugar muy lejano y no supiera cómo había llegado aquí, recorrió el despacho con la mirada y preguntó apartando de sí el cuello del jersey—. ¿Tienes que quedarte aquí mucho rato todavía?

—No; ya estoy libre. Si quieres, te acompaño y hablo con ella, a ver si quiere escucharme.

Flavia se levantó, fue a la ventana, miró la fachada cubierta de San Lorenzo y el canal que discurría frente al edificio.

—Muy bonito, pero no sé cómo puedes soportarlo. —¿Se refería al matrimonio?, pensó Brunetti—. Al cabo de una semana, empiezo a sentirme atrapada. —¿Hablaba de la fidelidad? Se volvió a mirarlo—. Pero, con todos sus inconvenientes, no deja de ser la ciudad más bella del mundo, ¿verdad?

—Sí —respondió él sencillamente, ayudándola a ponerse el impermeable.

Antes de salir, Brunetti sacó dos paraguas del armario y dio uno a Flavia. En la puerta principal de la *questura*, los dos guardias que habitualmente se limitaban a dar a Brunetti un lacónico «*Buona notte*», se cuadraron y levantaron la mano en un saludo impecable. Fuera la lluvia caía con fuerza y el agua del canal empezaba a inundar la acera. Brunetti se había calzado las botas, pero Flavia llevaba unos mocasines que ya estaban empapados.

Él la tomó del brazo y torcieron hacia la izquierda. De vez en cuando, una ráfaga de viento les lanzaba la lluvia a la cara, giraba bruscamente y les azotaba las pantorrillas. Se cruzaban con muy pocos transeúntes, todos bien equipados con botas e impermeable, evidentemente, venecianos que si estaban fuera de casa era porque no tenían más remedio. Maquinalmente, él evitaba las calles en las que el agua ya habría subido y la llevaba hacia Barbería delle Tolle, que conducía a la parte alta, donde estaba el hospital. No les faltaba más que un puente para llegar allí cuando se encontraron frente a una zona en la que había que hundirse hasta el tobillo en un agua gris y aceitosa. Él se paró, preguntándose cómo llevar a Flavia al otro lado, pero ella se soltó de su brazo y siguió andando, ajena al agua fría que él oía borbotearle en los zapatos.

El viento y la lluvia barrían la pequeña explanada del *campo* SS. Giovanni e Paolo. En una esquina, debajo de un toldo que ondeaba furiosamente, había una monja que, con resignada indefensión, se asía a un paraguas eviscerado. El *campo* propiamente dicho parecía haberse contraído, el borde estaba ya bajo las aguas que habían convertido el canal en un lago alargado que iba ensanchándose progresivamente.

Casi corriendo, con un rápido chapoteo, cruzaron el *campo* en dirección al puente que los llevaría a la calle della Testa y el apartamento de Brett. Desde lo alto del puente, vieron que en el tramo que tenían que recorrer a continuación el agua les llegaría hasta la pantorrilla, pero no se detuvieron. Cuando llegaron a la zona inundada al pie del puente, Brunetti se cambió el paraguas a la mano izquierda y tomó a Flavia del brazo con la derecha. Y fue oportuno, porque en aquel momento ella tropezó, se fue hacia adelante y, de no haberla sujetado él, hubiera caído de cara.

—*Porco Giuda* —exclamó ella—. El zapato. Se me ha salido. —Los dos registraron con la mirada el agua oscura, pero el zapato había desaparecido. Ella tanteaba con el pie en el agua. Nada. La lluvia arreciaba.

—Tenga —dijo Brunetti cerrando el paraguas y dándoselo. Rápidamente, se inclinó y la tomó en brazos. Ella, desprevenida, con un movimiento reflejo, se le agarró al cuello y le golpeó la cabeza con el mango del paraguas que él acababa de entregarle. Él dio un traspiés, pero recuperó el equilibrio y echó a andar. Dobló las dos esquinas que faltaban y al llegar a la puerta de la casa la dejó en el suelo.

El pelo le chorreaba, el agua se le metía por el cuello y le resbalaba por el cuerpo. Mientras la traía en brazos, había tropezado y el agua fría le había entrado en la bota mojándole el zapato. Pero había conseguido traerla a casa. Cuando la dejó en el suelo, se apartó el pelo que tenía pegado a la frente.

Rápidamente, ella abrió la puerta y entró en el zaguán, donde el agua tenía la misma altura que en la calle. Empezó a subir la escalera. El segundo peldaño ya estaba seco. Al oír a Brunetti chapotear a su espalda, ella subió dos peldaños más y se volvió a mirarlo.

—Gracias. —Se quitó el otro zapato, que dejó tirado en la escalera, y siguió subiendo. Él la seguía de cerca. En el segundo rellano, oyeron la música que fluía escaleras abajo. Al llegar arriba, frente a la puerta metálica, ella eligió una llave, la introdujo en la cerradura y la hizo girar. La puerta no se movió.

Ella sacó la llave, eligió otra y abrió la cerradura de la parte superior de la puerta, luego accionó la primera cerradura.

—Es extraño —dijo volviéndose hacia él—. Está cerrada con dos llaves.

A él le pareció lógico que Brett echara las dos llaves desde dentro.

—Brett —gritó Flavia al empujar la puerta. La música salió a su encuentro, pero Brett no—. Soy yo —dijo Flavia—. Guido ha venido conmigo.

Nadie contestó.

Descalza, dejando un reguero de agua en el suelo, Flavia entró en la sala y fue al fondo del apartamento, a mirar en los dos dormitorios. Cuando volvió estaba más pálida. A su espalda, cantaban violines, vibraban trompetas y se restauraba la armonía universal.

—Brett no está en casa, Guido. Se ha marchado.

Aquella tarde, cuando Flavia salió del apartamento, Brett, sentada a su escritorio, miraba las hojas esparcidas ante ella. Contemplaba gráficos de las temperaturas a que ardían distintos tipos de madera, tamaños de los hornos descubiertos en China Occidental, los isótopos hallados en el vidriado de los vasos de las tumbas de la zona y una reconstrucción ecológica de la flora local dos mil años atrás. Si interpretaba y combinaba los datos de un modo, obtenía un esquema de la forma en que se cocía la cerámica, pero si disponía las variables de otro modo, su tesis se venía abajo, todo era absurdo, y ella hubiera debido quedarse en China, donde estaba su sitio.

Esta idea le hizo preguntarse si podría volver algún día, si Flavia y Brunetti conseguirían arreglar el estropicio —no encontraba otra palabra— y ella podría volver al trabajo. Apartó los papeles con impaciencia. No tenía objeto terminar el artículo, si dentro de poco la autora iba a ser desacreditada por haber sido instrumento de un sonado fraude artístico. Se levantó de la mesa y se acercó a las hileras de CDs pulcramente clasificados, buscando una música apropiada para su estado de ánimo. Nada vocal. No estaba de humor para oír a unos tarados obesos cantar sus amores y sus nostalgias. Amor y nostalgia. Y tampoco nada de arpa: su sonido quejumbroso le haría estallar los nervios. Bien, ya lo tenía: si algo podía demostrarle que en el mundo aún quedaba un poco de cordura, alegría y amor, era la Sinfonía Júpiter.

Ya estaba convencida de que había cordura y alegría y empezaba a creer otra vez en el amor cuando sonó el teléfono. Contestó porque pensó que podía ser Flavia, que hacía más de una hora que había salido.

—*Pronto* —dijo, consciente de que era la primera vez que usaba el teléfono en casi una semana.

—¿*Professoressa* Lynch? —preguntó una voz masculina.

—Sí.

—Unos amigos míos le hicieron una visita la semana pasada —dijo el hombre con una voz bien modulada y serena, alargando las sílabas con el sonsonete del acento siciliano. Como Brett no respondiera, agregó—: Estoy seguro de que lo recuerda.

Ella siguió sin decir nada, sosteniendo el teléfono con una mano rígida y recordando la visita con los ojos cerrados.

—*Professoressa*, he pensado que le interesaría saber que su amiga —la voz recalcó irónicamente la palabra—, su amiga la *signora* Petrelli está ahora con esos mismos caballeros. Sí, en este momento, mientras usted y yo hablamos, mis amigos dialogan con ella.

—¿Qué quiere? —preguntó Brett.

—Ah, había olvidado lo directos que son ustedes los americanos. Pues quiero hablar con usted, *professoressa*.

Después de un largo silencio, Brett preguntó:

—¿Hablar de qué?

—Oh, pues de arte chino, naturalmente, especialmente, de unas cerámicas de la dinastía Han que supongo que deseará ver, Pero antes tenemos que hablar de la *signora* Petrelli.

—Yo no quiero hablar con usted.

—Eso me temía, *dottorressa*. Por ello me he tomado la libertad de rogar a la *signora* Petrelli que viniera a mi casa.

Brett dijo lo único que se le ocurrió:

—Ella está aquí conmigo.

El hombre se echó a reír.

—Vamos, *dottorressa*, no se haga la estúpida conmigo, yo sé que es usted una mujer muy inteligente. Si ella estuviera con usted, hubiera colgado el teléfono inmediatamente y en este momento estaría llamando a la policía en lugar de hablar conmigo. —Dejó que sus palabras surtieran efecto y preguntó—: ¿Me equivoco?

—¿Cómo puedo saber que está con ustedes?

—Ah, no puede, *dottorressa*, y eso forma parte del juego. Pero sabe que no está con usted y sabe que está fuera de casa desde las dos y catorce, hora en que ha salido a la calle y se ha encaminado hacia Rialto. Hace un día muy desapacible para pasear. Lluve mucho. Ya tendría

que haber vuelto. En realidad, si me permite la observación, ya hace rato que debería haber vuelto, ¿no? —Brett no contestaba y él insistió—: ¿No?

—¿Qué quiere? —preguntó Brett con cansancio.

—Así me gusta. Quiero que venga a verme, *dottoressa*. Quiero que venga ahora, que se ponga el abrigo y salga del apartamento. Alguien que está esperándola me la traerá. En cuanto usted salga, la *signora* Petrelli podrá marcharse.

—¿Dónde está?

—No esperará que le diga eso, ¿verdad? —preguntó él con fingido asombro—. Conteste, ¿hará lo que le pido?

La respuesta salió espontáneamente, sin pensar:

—Sí.

—Muy bien. Una sabia decisión. Estoy seguro de que se alegrará de haberla tomado. Lo mismo que la *signora* Petrelli. Cuando acabemos de hablar, no cuelgue el teléfono, no quiero que haga llamadas. ¿Lo ha entendido?

—Sí.

—Oigo música. ¿La Júpiter?

—Sí.

—¿Qué versión?

—Abbado —respondió ella con una creciente sensación de irrealidad.

—Ah, no es buena elección, ni hablar —dijo él rápidamente sin tratar de disimular la decepción que le causaba su gusto—. Los italianos no tienen idea de cómo hay que dirigir a Mozart. Bueno, podemos hablar de eso cuando venga. Quizá incluso escuchemos una grabación de Von Karajan. Creo que es muy superior. De momento, deje la música, póngase el abrigo y baje la escalera. Y no trate de dejar un mensaje porque alguien subirá con sus llaves para cerciorarse, de modo que puede ahorrarse la molestia. ¿Entendido?

—Sí —respondió ella sin ánimo.

—Entonces deje el teléfono, vaya a buscar el abrigo y salga del apartamento —ordenó él con una voz que por primera vez se aproximaba al que debía de ser su tono natural.

—¿Cómo sé que dejarán marchar a Flavia? —preguntó Brett, tratando de que su voz pareciera serena.

Esta vez él se rió.

—No lo sabe. Pero yo le aseguro, es más, le doy mi palabra de caballero de que tan pronto como usted salga del apartamento con mis amigos alguien hará una llamada y la *signora* Petrelli podrá marcharse. —Como ella no respondiera, él agregó—: No hay alternativa, *dottoressa*.

Ella puso el teléfono en la mesa, salió al recibidor y descolgó el abrigo del armario. Volvió a la sala, fue a su escritorio y tomó una pluma. Rápidamente, escribió unas palabras en un papel pequeño y fue a la librería. Miró el panel de control del tocadiscos, oprimió la tecla «Repetir» y puso el papel en la caja vacía del CD, la cerró y la dejó apoyada en la puerta del tocadiscos. Recogió las llaves de encima de la mesa del recibidor y salió.

Cuando abrió la puerta de la calle, dos hombres entraron rápidamente en el zaguán. En uno de ellos reconoció al más bajo de los que la habían golpeado y tuvo que hacer un esfuerzo para no dar un paso atrás. Él sonrió y extendió la mano.

—Las llaves —exigió. Ella las sacó del bolsillo y se las dio. El hombre desapareció por la escalera arriba y tardó cinco minutos en volver, durante los cuales el otro hombre estuvo observándola, mientras ella miraba el agua que entraba por debajo de la puerta con la pequeña ondulación que señalaba la llegada del *acqua alta*.

Cuando el hombre volvió, su compañero abrió la puerta y salieron a la calle inundada. Seguía diluviando y no llevaban paraguas. Rápidamente, se encaminaron hacia Rialto. Iban uno a cada lado de ella y cuando en las estrechas calles se cruzaban con otros transeúntes se situaban uno delante y otro detrás. Al otro lado del puente, los dos hombres trataron de ir hacia la izquierda, pero el agua había subido mucho a lo largo del Gran Canal, y tuvieron que seguir por el mercado, en el que sólo quedaban los más atrevidos. Torcieron a la izquierda, subieron a una de

las pasarelas de madera colocadas sobre los soportes metálicos y siguieron hacia San Polo. Ella comprendía que había sido imprudente. No podía estar segura de si el que la había llamado tenía a Flavia. Aunque, si no la había seguido, ¿cómo podía saber la hora exacta en que ella había salido del apartamento y adonde se dirigía? Tampoco podía tener la certeza de que aquel hombre dejara marchar a Flavia a cambio de que ella se aviniera a hablar con él. Era sólo una posibilidad. Pensó en Flavia, la recordó sentada junto a su cama cuando despertó en el hospital, recordó a Flavia en escena, en el primer acto de Don Giovanni, cantando «*E nasca il tuo timor dal mio periglio*» y recordó otras cosas. Era una posibilidad y se había arriesgado.

El que iba delante se volvió hacia la izquierda, bajó de la pasarela al agua y fue hacia el Gran Canal. Ella reconoció la calle Dilerá, recordó que allí había una tintorería especializada en prendas de ante y se admiró de poder pensar en algo tan trivial en un momento semejante.

Con el agua por encima del tobillo, se pararon delante de una gran puerta de madera. El más bajo la abrió con una llave y Brett se encontró en un patio, bajo la lluvia que batía el agua atrapada en su interior. Los dos hombres, uno delante y otro detrás de ella, le hicieron cruzar el patio. Subieron un tramo de la escalera exterior, abrieron otra puerta y entraron. Allí los recibió un hombre más joven que, con un movimiento de la cabeza, les indicó que podían marcharse. Luego, sin decir nada, dio media vuelta, condujo a Brett por un largo pasillo, una segunda escalera y luego una tercera. Al llegar arriba, se volvió para decirle:

—El impermeable.

Se situó detrás de ella, que, con dedos torpes de frío y de angustia, peleaba con los botones. Por fin consiguió quitarse el impermeable. Él lo tomó, lo dejó caer al suelo con indolencia, la abrazó bruscamente y le manoseó los pechos mientras se frotaba rítmicamente contra ella y le susurraba al oído:

—Tú aún no sabes lo que es un italiano de verdad, ¿eh, *angelo mio*? Espera, espera y verás.

Brett dejó caer la cabeza hacia adelante y sintió que se le doblaban las rodillas. Luchó por permanecer de pie y lo consiguió, pero perdió su otra batalla contra las lágrimas.

—Ah, eso está bien —dijo el hombre a su espalda—. Me gusta cuando lloráis.

Dentro de la habitación sonó una voz. Con la misma brusquedad con que la había abrazado, el hombre se apartó de ella y abrió la puerta. Se hizo a un lado para que ella entrara y cerró la puerta quedándose fuera. Ella, empapada, empezaba a tiritar.

Había un hombre de unos cincuenta años en el centro de aquella habitación con suelo de madera llena de vitrinas de plexiglás sobre soportes cubiertos de terciopelo que se alzaban hasta la altura de los ojos. Unos focos disimulados en las gruesas vigas de madera del techo iluminaban las vitrinas, vacías algunas de ellas. Similar iluminación tenían las hornacinas que vio en las blancas paredes, pero éstas todas parecían contener algún objeto.

El hombre se adelantó sonriendo.

—*Dottoressa* Lynch, es un gran honor. Nunca imaginé que tendría el placer de conocerla personalmente. —Se detuvo delante de ella, con la mano extendida todavía y prosiguió—: Quiero que sepa ante todo que he leído sus libros y me han parecido muy ilustrativos, especialmente, el dedicado a las cerámicas.

Ella no hacía ademán de darle la mano, por lo que el hombre bajó la suya, pero no se apartó.

—Celebro que haya accedido a venir.

—¿Tenía elección? —preguntó Brett.

El hombre sonrió.

—Claro que tenía elección, *dottoressa*. Siempre hay elección. Sólo que cuando la elección es difícil decimos que no la tenemos. Pero siempre hay elección. Hubiera podido negarse a venir, y hubiera podido llamar a la policía. Pero no lo hizo, ¿verdad? Sonrió otra vez y hasta su mirada se hizo más cálida, quizá por su sentido del humor, quizá por algo tan siniestro que Brett prefirió no analizarlo.

—¿Dónde está Flavia?

—Oh, la *signora* Petrelli está bien, se lo aseguro. Lo último que he sabido de ella es que volvía de la Riva degli Schiavoni, camino de su apartamento.

—¿Entonces no la tiene usted?

Él se echó a reír.

—Claro que no, *dottoressa*. En ningún momento. No hay necesidad de mezclar a la *signora* Petrelli en este asunto. Además, si algo pudiera ocurrirle a su voz, nunca me lo perdonaría. Y no es que me entusiasme todo lo que canta —añadió con la condescendencia de la persona de gusto más refinado—, pero su talento me inspira franco respeto.

Brett dio media vuelta y fue hacia la puerta. Hizo girar el picaporte, pero no pudo abrir. Probó otra vez, con más fuerza, y tampoco consiguió que la puerta cediera. Mientras tanto, el hombre se había situado frente a una de las vitrinas iluminadas. Cuando ella se volvió, lo vio contemplar las pequeñas piezas que contenía la vitrina, casi ajeno a su presencia.

—¿Va a dejarme marchar? —preguntó ella.

—¿Le gustaría ver mi colección, *dottoressa*? —preguntó él como si no la hubiera oído.

—Quiero salir de aquí.

Nuevamente, fue como si no hubiera dicho nada.

Él seguía mirando las dos figuritas de la vitrina.

—Estas dos pequeñas piezas de jade deben de ser de la dinastía Shang, ¿no le parece? Probablemente, del período An-yang. —Dio la espalda a la vitrina y sonrió a Brett—. Desde luego, es un período muy anterior al de su especialidad, *dottoressa*, unos mil años, pero sin duda le resultarán familiares. —Fue hacia la siguiente vitrina y se paró a mirar su contenido—. Fíjese en esta bailarina. Todavía conserva casi toda la pintura; es algo insólito en una pieza del Han Occidental. Tiene unas muescas en la parte inferior de la manga, pero si la pongo un poco ladeada no se ven. —Extendió los brazos, levantó la cubierta de plexiglás del soporte y la dejó en el suelo. Cuidadosamente, tomó la figura, que medía unos treinta centímetros, y cruzó la habitación.

Al llegar frente a Brett, puso la estatua cabeza abajo para que ella pudiera ver los pequeños desconchados de una de las largas mangas. La pintura que cubría la parte superior del vestido seguía siendo roja, al cabo de tantos siglos, y la negra falda aún relucía.

—Debe de haber salido de alguna tumba hace muy poco, o no estaría tan bien conservada, imagino.

Enderezó la estatua y permitió a Brett una última mirada antes de llevársela y ponerla cuidadosamente en su pedestal.

—Qué gran idea, la de enterrar cosas bellas, mujeres bellas, con los muertos. —Reflexionó sobre lo que acababa de decir y agregó, mientras volvía a poner la cubierta—: Claro que estaba mal sacrificar a criados y esclavos para que los acompañaran en su viaje al otro mundo. Pero, a pesar de todo, es una hermosa idea, honra mucho a los muertos. —La miró otra vez—. ¿No opina lo mismo, *dottoressa* Lynch?

Ella se preguntaba si esta escena tan teatral no tendría por objeto intimidarla para que secundara sus oscuros fines. ¿Era fingido su interés por aquellos objetos, o pretendía hacerle creer que estaba loco y que, por lo tanto, era capaz de hacerle daño si se resistía? ¿O quizá sólo quería que admirara su colección?

Ella miró en derredor, empezando a ver realmente los objetos. Ahora él estaba junto a una olla neolítica decorada con el motivo de la rana, con dos pequeñas asas en la parte inferior. Parecía tan bien conservada que ella se acercó para verla mejor.

—Una preciosidad, ¿verdad? —comentó él, voluble—. Si viene por aquí, *professoressa*, le enseñaré algo de lo que estoy especialmente orgulloso. —Se paró delante de otra vitrina en la que sobre un panel forrado de terciopelo negro, descansaba un disco de jade blanco profusamente tallado—. Qué hermosura —dijo, inclinándose a admirarlo—. Diría que es del período de los Estados en Guerra, ¿no cree?

—Sí —respondió ella—. Lo parece, especialmente, por el motivo de los animales.

Él sonrió con auténtico gozo.

—Eso es exactamente lo que me convenció, *dottoressa*. —Volvio a mirar el medallón y luego a Brett—: No imagina lo halagador que es para un aficionado el que un especialista confirme su

opinión.

Ella no era especialista en objetos del neolítico, pero no consideró oportuno sacarlo de su error.

—Cualquier marchante o el departamento oriental de cualquier museo hubiera podido confirmárselo.

—Desde luego —dijo él distraídamente—. Pero prefiero no acudir a ellos.

El hombre se alejó hacia el otro extremo de la habitación, y se detuvo frente a una de las hornacinas de la que sacó una pieza metálica alargada con artísticas incrustaciones de oro y plata.

—En general, los metales no me interesan, pero cuando lo vi no pude resistir la tentación. —Se lo mostró y sonrió cuando ella tomó el objeto y le dio la vuelta examinando una y otra cara.

—¿Es una fibula? —preguntó ella al ver un cierre del tamaño de un guisante en uno de los extremos. El objeto era tan largo como su mano, estrecho y afilado como una cuchilla. Una cuchilla.

Él sonreía encantado.

—¡Muy bien! Sí, señora. Hay otra en el Metropolitan de Nueva York, pero yo diría que el trabajo de ésta es más delicado —dijo señalando con un grueso dedo una incrustación ondulada que recorría la superficie plana. Desinteresándose del objeto, él se volvió de espaldas a Brett y atravesó de nuevo la habitación. Ella, de cara a la hornacina, haciendo pantalla con su propio cuerpo, se guardó la fibula en el bolsillo del pantalón.

Él se inclinó sobre otra vitrina y, al ver lo que había en ella, Brett sintió que le flaqueaban las rodillas y los huesos se le helaban de terror. Porque dentro de la vitrina estaba el vaso cubierto que había sido sustraído de la colección expuesta en el palazzo Ducal.

Él dio la vuelta a la vitrina, mirando a Brett a través del plexiglás.

—Ah, veo que ha reconocido el vaso, *dottor*essa. Es fabuloso, ¿verdad? Siempre había deseado uno de éstos, pero no se encuentran. Como muy acertadamente señala usted en su libro.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho asiéndose los hombros, para tratar de retener algo del calor que huía de su cuerpo.

—Hace frío aquí —dijo.

—Sí, ¿verdad? Tengo rollos de seda en esos cajones, y no quiero caldear la habitación hasta que pueda protegerlos en una cámara con regulación de temperatura y humedad. Así que tendrá que soportar esta incomodidad mientras esté aquí, *dottor*essa. Aunque ya habrá tenido ocasión de acostumbrarse a la incomodidad durante sus estancias en China.

—Y también por lo que sus hombres me hicieron —dijo ella en voz baja.

—Ah, sí, debe usted perdonarlos. Les dije que le hicieran una advertencia, pero mis amigos suelen mostrar un exceso de celo en lo que consideran que es la defensa de mis intereses.

Ella ignoraba por qué, pero sabía que aquel hombre mentía, y que sus órdenes habían sido directas y explícitas.

—¿Y al *dottor* Semenzato, también tenían que hacerle una advertencia?

Por primera vez, él la miró con franco desagrado, como si el que ella dijera eso en cierto modo amenazara su control de la situación.

—¿A él también? —preguntó ella con naturalidad.

—¡Santo Dios, *dottor*essa! ¿Por quién me toma?

Ella optó por no responder.

—En fin, ¿por qué no decírselo? El *dottor* Semenzato era un hombre muy pusilánime. Bien, supongo que eso puede admitirse, pero después empezó a ser también muy codicioso, y eso ya es inadmisibile. Fue tan necio como para sugerir que las dificultades que usted estaba creando merecían una compensación económica. A mis amigos, como le decía, les molesta ver mi honor en entredicho. —Frunció los labios y agitó la cabeza al recordarlo.

—¿Su honor? —preguntó Brett.

La Capra no se extendió en explicaciones al respecto.

—Y luego la policía estuvo aquí haciendo preguntas. Por todo ello, he considerado conveniente hablar con usted.

Mientras él hablaba, Brett tuvo una revelación demoledora: si le hablaba de la muerte de Semenzato tan francamente era porque no tenía nada que temer de ella. Ella vio dos sillas arrimadas a la pared del fondo, fue hasta allí y se sentó pesadamente en una de ellas. Se sentía tan débil que dejó que su cuerpo se venciera hacia adelante y apoyó la cabeza en las rodillas, pero el dolor de las costillas aún vendadas la obligó a erguir el tronco ahogando una exclamación.

La Capra le lanzó una rápida mirada.

—Pero no hablemos del *dottor* Semenzato, teniendo aquí con nosotros cosas tan bellas.

—Tomó el vaso con las dos manos, fue hacia Brett, se inclinó y se lo mostró—; Mire esto. Fíjese en la fluidez de las líneas de la pintura, el movimiento de esas patas. Hubiera podido pintarse ayer, ¿no le parece? Una ejecución plenamente moderna. Una maravilla.

Ella miró el vaso que tan bien conocía y miró al hombre.

—¿Cómo lo consiguió? —preguntó ella con cansancio.

—Ah —dijo él irguiendo el cuerpo y volviendo a la vitrina, en la que depositó cuidadosamente la cerámica—. Secreto profesional, *dottor*essa. No me pida que se lo revele —dijo, aunque era evidente que estaba deseando decirlo.

—¿Fue Matsuko? —preguntó ella deseando saber por lo menos eso.

—¿Su amiguita japonesa? —preguntó él con sarcasmo—. *Dottor*essa, a su edad, debería usted saber que no hay que mezclar la vida personal con la vida profesional, especialmente cuando se trata con gente joven. Ellos no tienen nuestra visión del mundo, no saben separar las cosas como nosotros. —Se detuvo un momento, como midiendo la profundidad de su sabiduría, y prosiguió—: Ellos tienden a tomarlo todo de un modo muy personal, a verse a sí mismos como el centro del universo. Y por eso pueden ser muy peligrosos. —Sonrió, pero no era agradable ver su sonrisa—. O también muy útiles.

Él volvió a cruzar la habitación y se quedó delante de ella mirándola a la cara.

—Claro que fue ella. Pero sus motivos no estaban muy claros. No quería dinero, y hasta se ofendió cuando Semenzato se lo ofreció. Tampoco quería perjudicarla a usted, *dottor*essa, en realidad, si eso puede servirle de consuelo. Simplemente, no se paró a pensarlo con calma.

—¿Por qué lo hizo entonces?

—Oh, al principio por despecho, el clásico caso de amante abandonada que quiere vengarse de la persona que la ha hecho sufrir. No creo que llegara ni a comprender claramente lo que nosotros nos proponíamos, el alcance de nuestros planes. Estoy seguro de que creyó que sólo queríamos una pieza. Y hasta diría que ella deseaba que se descubriera la sustitución. Ello pondría en tela de juicio el criterio de usted. Al fin y al cabo, usted había seleccionado las piezas para la exposición y, si se descubría la sustitución cuando las piezas fueran devueltas, parecería que había elegido para la exposición una imitación en lugar de un original. Hasta después no se dio cuenta de lo inverosímil que parecería que hubiera falsificaciones en el museo de Xian, Pero entonces ya era tarde. Las piezas habían sido copiadas, dicho sea de paso, con un fuerte desembolso, lo cual, naturalmente, hacía aún más necesario que se utilizaran todas las copias.

—¿Cuándo?

—Durante la operación de embalado en el museo. En realidad, fue muy fácil, más de lo que pensábamos. La japonesa protestó, pero ya era tarde. —Calló y miró a lo lejos, recordando—. Creo que fue entonces cuando comprendí que aquella muchacha acabaría siendo un estorbo. Y tenía razón.

—¿Y por eso había que eliminarla?

—Naturalmente —dijo él con naturalidad—. Comprendí que no había otra solución.

—¿Qué hizo ella?

—Oh, aquí nos causó bastantes molestias y cuando regresó a China y usted le dijo que varias de las piezas le parecían falsas, ella escribió una carta a sus padres, para preguntarles qué debía hacer. Naturalmente, entonces decidí que había que eliminarla sin más dilación. —Ladeó la cabeza con un gesto que anunciaba una revelación—: Francamente, me sorprendió que resultara tan fácil. Yo pensaba que en China era más difícil organizar esas cosas. —Movié la cabeza a

derecha e izquierda lentamente, lamentando este nuevo ejemplo de contaminación cultural.

—¿Cómo sabe que Matsuko escribió a sus padres?

—Porque leí la carta —respondió él con sencillez y enseguida puntualizó—: Quiero decir que leí una traducción.

—¿Cómo la consiguió?

—Toda su correspondencia era interceptada. —Lo decía en un tono casi de reproche, como si ella hubiera tenido que adivinar por lo menos esto—. Por cierto, ¿cómo se las arregló usted para hacer llegar aquella carta a Semenzato? —Su curiosidad era real.

—La di a una persona que iba a Hong Kong.

—¿Alguien de la excavación?

—No; un turista al que conocí en Xian. El hombre iba a Hong Kong y le pedí que la echara al correo allí. Sabía que así llegaría antes.

—Muy lista, *dottoressa*. Muy lista, sí.

Ella se estremeció de frío. Hacía ya mucho rato que no sentía los pies. Los levantó del suelo de mármol y los puso en el travesaño de la silla. La lluvia le había empapado el jersey y se sentía atrapada dentro de su ropa helada. Empezó a tiritar violentamente y cerró los ojos, esperando a que pasara el espasmo. El dolor que desde hacía días se mantenía latente en la mandíbula se había despertado y convertido en una llama viva.

Cuando Brett abrió los ojos, el hombre se había ido de su lado y estaba en el otro extremo de la habitación alargando los brazos hacia otro vaso.

—¿Qué va a hacer conmigo? —preguntó ella esforzándose por mantener la voz firme y serena.

Él se volvió hacia ella, sosteniendo el vaso cuidadosamente con las dos manos.

—Creo que esta pieza es la más hermosa de todas las que tengo —dijo haciéndola girar ligeramente para que ella pudiera seguir el sobrio dibujo del contorno—. Viene de la provincia de Ch'ing-hai, al extremo de la Gran Muralla. Yo diría que tiene cinco mil años, ¿no le parece?

Brett lo miraba con pasividad y vio a un hombre grueso de mediana edad que sostenía en las manos un bol marrón decorado.

—Le he preguntado qué piensa hacer conmigo —repitió ella, interesada sólo en esto y no en el bol.

—¿Hmm? —murmuró él distraídamente, dejando de contemplar el bol un momento para mirarla—. ¿Con usted, *dottoressa*? Lo siento, pero aún no he tenido tiempo de pensarlo. Era tanto mi interés por traerla a ver mi colección...

—¿Por qué?

Él se quedó donde estaba, justo delante de ella. De vez en cuando, alargaba el brazo con el dedo extendido para hacer girar el bol un milímetro hacia un lado y luego hacia, el otro.

—Porque tengo muchas cosas hermosas y no puedo enseñarlas a nadie —dijo con un pesar tan evidente que no podía ser fingido—. La miró con una sonrisa amistosa que pretendía explicar muchas cosas—. Quiero decir a nadie que cuente. Porque si las enseño a personas que no entienden de cerámicas, no creo que puedan apreciar la belleza ni la singularidad de lo que ven.

—Aquí calló, esperando que ella comprendiera su dilema.

Lo comprendía.

—¿Y, si las enseña a personas que entienden de arte o cerámica chinos, sabrán de dónde han salido?

—Muy sagaz —dijo él alzando las manos con evidente satisfacción ante su perspicacia. Se le nubló la cara—. Es difícil tratar con gente que no entiende. En todas estas maravillas —describió con la mano derecha un ademán que abarcaba todo lo que había en la habitación— no ven nada más que ollas y vasos, y no perciben su belleza.

—Lo cual no les impide conseguírselas, ¿verdad? —preguntó ella sin tratar de disimular el sarcasmo.

Él encajó la frase con ecuanimidad.

—No, desde luego. Yo les digo lo que hay que conseguir y ellos me lo traen.

—¿También les dice cómo conseguirlo? —Empezaba a costarle demasiado esfuerzo hablar.

Quería que aquello terminara.

—Eso según a quién lo encargo. A veces tengo que ser explícito.

—¿Tuvo que ser muy «explícito» con los hombres que envió a mi casa?

Ella le vio disponerse a mentir, pero entonces optó por cambiar de tema.

—¿Qué le parece la colección, *dottoressa*?

De pronto, ella ya no pudo más. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo de la silla.

—Le he preguntado qué le parece la colección, *dottoressa* —repitió él alzando la voz.

Lentamente, más por agotamiento que por obstinación, Brett movió la cabeza a derecha e izquierda con los ojos cerrados.

Con el dorso de la mano y de un modo enteramente casual, más como advertencia que como castigo, él le golpeó la cabeza a la altura de la sien. Era poco más que un cachete, pero fue suficiente para que la fisura de la mandíbula se abriera y cerrara con una explosión de dolor que ahuyentó de su cerebro el pensamiento y el conocimiento.

Brett se deslizó al suelo y quedó inmóvil. Él la miró un momento, fue hacia el pedestal, se agachó a coger la cubierta de plexiglás y la colocó cuidadosamente sobre el bol, lanzó otra mirada a la mujer que había quedado inconsciente y salió de la habitación.

Brett estaba de regreso en China, en la tienda instalada en la excavación para el personal arqueológico. Dormía, pero el saco estaba en mal sitio, y ella sentía en los huesos la dureza del suelo. La estufa de gas había vuelto a apagarse, y el frío cruel de la meseta esteparia le mordía las carnes. Se había negado a ir a la Embajada en Pekín a que le pusieran la vacuna contra la encefalitis y ahora había enfermado, había enfermado de encefalitis, ya sentía el primer síntoma, una jaqueca espantosa, ya se estremecía con las convulsiones de la fiebre mientras el cerebro se inflamaba con la infección mortal. Matsuko la había advertido, ella se había vacunado en Tokio. Si tuviera otra manta, si Matsuko le trajera algo para el dolor de cabeza... Abrió los ojos, esperando ver la lona de la tienda, pero vio piedra gris debajo de su brazo, y una pared, y entonces recordó.

Cerró los ojos y se quedó quieta, tendiendo el oído, para averiguar si el hombre seguía en la habitación. Levantó la cabeza y consideró que el dolor era soportable. Sus ojos le confirmaron lo que ya le habían dicho los oídos: él se había ido, dejándola sola con su colección.

Se alzó sobre las rodillas y, apoyándose en la silla, se puso de pie. Le latían las sienes y la habitación le daba vueltas. Cerró los ojos hasta que se le pasó el vahído. El dolor partía de debajo de las orejas y le perforaba el cráneo.

Cuando abrió los ojos vio que un lado de la habitación era todo ventanas enrejadas. Se obligó a ir hasta la puerta para intentar abrirla, pero estaba cerrada. Al principio, el dolor se recrudecía a cada paso que daba, pero probó a relajar los músculos de la mandíbula y se le calmó mínimamente. Arrastró una silla hasta las ventanas y, muy despacio, se subió a ella. Al otro lado vio el tejado de la casa de enfrente. A la izquierda, más tejados y, a la derecha, el Gran Canal.

Seguía lloviendo intensamente, y de pronto ella notó la ropa mojada y pegada al cuerpo. Se bajó de la silla con movimientos inseguros y buscó en la habitación una fuente de calor, pero no la había. Se sentó en la silla con los brazos cruzados sobre el pecho, tratando de dominar el temblor que la sacudía. Apretó las manos contra los costados y notó un objeto duro. La fibula. A través de la tela empapada del pantalón, la oprimió como si fuera un talismán.

Pasaba el tiempo; no hubiera podido decir cuánto. La luz que entraba por las ventanas menguaba, cambiando del plomo mate del día a la penumbra del anochecer. Sabía que tenía que haber luz eléctrica en la habitación, pero le faltaban las fuerzas para buscarla. Además, la luz no cambiaría nada; sólo podría reconfortarla un poco de calor.

Al fin oyó girar una llave en la cerradura y la puerta se abrió para dar paso al hombre que antes la había golpeado. Detrás de él venía el joven que la había traído hasta aquí no recordaba cuánto tiempo atrás.

—*Professoressa* —empezó el más viejo con una sonrisa—, espero que ahora podamos continuar nuestra conversación. —Se volvió a decir algo al joven, en un dialecto que parecía siciliano, pero hablaba tan deprisa que ella no entendió nada. Los dos hombres fueron entonces hacia ella, y Brett no pudo resistir el impulso de levantarse y situarse detrás de la silla.

El más viejo se paró delante de la vitrina que contenía el bol marrón y se quedó mirándolo. El joven se mantenía a su lado y su mirada iba de su compañero a Brett.

Nuevamente, con la delicadeza del entendido que caracterizaba todos sus movimientos cuando manejaba las piezas de su colección, el hombre retiró la cubierta de plexiglás y levantó el bol. Cual un sacerdote que portara una ofrenda a un altar lejano, cruzó la habitación con el bol entre las manos.

—Como le decía antes de la interrupción, creo que procede de la provincia de Ch'ing-hai, aunque también podría ser de Kansu. Seguro que comprende por qué no puedo hacerlo examinar por un perito.

Brett levantó el mentón y miró fijamente al hombre, miró al joven que se mantenía a su lado, como un acólito, miró el bol, vio su belleza y volvió la cara, desentendiéndose.

—Aquí puede verse —dijo el hombre haciendo girar ligeramente el bol— el punto de sellado de los aros. Es extraño, ¿verdad?, que parezca un vaso hecho en un torno. Y el dibujo. Siempre me ha interesado la forma en que los pueblos primitivos utilizaban las formas geométricas, casi

como si pudieran adivinar el futuro y supieran que volveríamos a ellas. —Desvió la atención del bol, como si le costara trabajo, para mirar a Brett—: Como le decía, es la pieza más bella de mi colección. Quizá no la más valiosa, pero sí la que más quiero. —Rió entre dientes como el que comparte un chiste con un colega—. ¡Y lo que tuve que hacer para conseguirla!

Ella quería cerrar los ojos y los oídos, no escuchar este desvarío. Pero recordó lo ocurrido cuando había dejado de prestar atención y emitió un sonido interrogativo, no atreviéndose a hablar por el dolor que sabía que ello había de causarle.

—Un coleccionista de Florencia. Un viejo muy testarudo. Habíamos tenido tratos comerciales y cuando se entero de que me interesaban las cerámicas chinas me llevó a su casa para enseñarme su colección. Bien, cuando vi esta pieza, me enamoré. Comprendí que hasta que fuera mía no podría descansar.

Levantó el bol y lo hizo girar otra vez, contemplando la fina tracería de líneas negras que discurrían por el costado, se deslizaban sobre el borde y llegaban hasta el centro del recipiente.

—Le pedí que me lo vendiera, pero él se negó, me dijo que no le interesaba el dinero. Le ofrecí más, más de lo que valía el bol, y luego doblé la oferta. —Apartó los ojos del bol y la miró a ella, tratando de reconstruir y así explicar su indignación. Agitó la cabeza y volvió a mirar la pieza—. Él siguió negándose. Así que no tuve alternativa. Él no me dejó alternativa. Le hice una oferta más que generosa y no la aceptó. Entonces tuve que usar otros métodos.

La miraba invitándola a preguntarle qué se había visto forzado a hacer. Y, de pronto, cuando le vino a la cabeza esta palabra, «forzado», Brett comprendió que aquello no era un guión que él se hubiera preparado para justificar sus actos; aquello no era una escena que él representara para congraciarse con ella. Aquel hombre hablaba con entera convicción. Quiso una cosa, se la negaron, y se vio forzado a tomarla. Así, sencillamente. Y, en el mismo instante, Brett comprendió dónde se encontraba ella: atravesada en su camino, impidiéndole disfrutar libremente de la posesión de las cerámicas que con tantos esfuerzos y gastos había sustraído de la exposición del *palazzo* Ducale. Y entonces supo que la mataría, que le quitaría la vida con la misma naturalidad con que la había golpeado cuando ella se negó a contestar a su pregunta. Se le escapó un gemido, que él tomó por una pregunta y continuó:

—Quería hacer que pareciera un simple robo, pero, si desaparecía el bol, él comprendería que yo estaba implicado. Pensé en mandar sacarlo y quemar la casa. —Hizo una pausa y suspiró al recordarlo—. Pero no pude. Había allí muchas cosas bellas, y no podía verlas destruidas, —Bajo el bol, mostrándole su interior—. Mire ese círculo, cómo lo rodean las líneas realzando la muestra. ¿Cómo eran capaces de hacer eso? —Se irguió musitando—: Sencillamente prodigioso. Prodigioso.

Mientras tanto, el joven permanecía a su lado sin decir nada, escuchando cada palabra, siguiendo cada gesto con los ojos, inexpresivamente.

El hombre volvió a suspirar y prosiguió:

—Dejé bien claro que eso debía hacerse cuando él estuviera solo. No veía razón para hacer sufrir a la familia. Una noche, cuando regresaba de Siena en automóvil... —se interrumpió, buscando la expresión más delicada—. Sufrió un accidente. Lamentable. Perdió el control del vehículo en la *superstrada*. El coche se salió de la carretera y se incendió. En medio de la confusión que siguió a su muerte, transcurrió algún tiempo antes de que se descubriera la desaparición del bol.

—Su voz se suavizó al cambiar al tono filosófico—. Me pregunto si en mi preferencia por esta pieza pudo influir el que tuviera que tomarme tantas molestias para conseguirla, —Y, en tono más coloquial—: No sabe cómo me alegro de poder finalmente enseñarla a alguien que sea capaz de apreciarla. —Lanzando una mirada al joven, agregó—: Aquí todos tratan de comprender, de compartir mi entusiasmo, pero no han dedicado años al estudio de estas cosas como yo. Y como usted, *professoressa*.

Su sonrisa se hizo benévola.

—¿No le gustaría tenerla en la mano, *dottoressa*? Nadie más que yo la ha tocado desde que... en fin, desde que la adquirí. Estoy seguro de que le gustará palpar la perfecta curva del fondo. Le sorprenderá lo poco que pesa. Siento no disponer de los medios científicos adecuados. Me

gustaría comprobar su composición al espectroscopio, saber de qué está hecha; quizá eso explicara por qué es tan ligera. ¿Querría usted decirme qué le parece?

El hombre sonrió de nuevo y le tendió el bol. Ella hizo un esfuerzo por separar su dolorido cuerpo de la pared en la que estaba apoyado y alargó los brazos tomando cuidadosamente sobre la palma de las manos la pieza que él le ofrecía y miró su interior. Las líneas negras que había trazado una mano hábil, muerta hacía cinco milenios, recorrían el fondo girando aparentemente al azar y dividían espacios blancos que encerraban pequeños círculos negros a modo de dianas. El bol casi parecía vibrar de vida y alegría. Vio que las líneas no estaban espaciadas con regularidad, y esta falta de simetría denotaba el pulso humano y falible del artesano. A través de unas lágrimas involuntarias, Brett contemplaba la belleza de aquel mundo lejano en el que pronto se encontraría ella. Lloraba por su propia muerte y por el poder de este hombre que tenía delante para poseer tanta belleza y perfección.

—Fabuloso, ¿verdad? —dijo él.

Brett le miró a los ojos. Él le quitaría la vida con la misma facilidad con que escupía el hueso de una cereza. Y después seguiría viviendo rodeado de toda esta belleza, disfrutando plenamente de lo que eran sus bienes más preciados. Ella dio un pequeño paso atrás y alzó los brazos en ademán solemne, poniéndose el bol a la altura de la cara. Luego, lentamente, con plena deliberación, separó las manos y dejó caer el bol al suelo de mármol, en el que se estrelló lanzando fragmentos contra sus pies y piernas.

El hombre se abalanzó hacia ella pero no llegó a tiempo de salvar el bol. Al pisar un fragmento triturándolo, se tambaleó hacia atrás, chocó con el joven y se agarró a él para sujetarse. La cara se le puso roja y luego blanca. Masculló unas palabras que Brett no entendió y se volvió rápidamente hacia ella. Se desasió a medias y fue hacia ella, pero el joven le rodeaba el pecho con un brazo y tiraba de él hacia atrás. Le habló al oído en voz baja pero vehemente, manteniendo el brazo firme para impedirle llegar hasta Brett.

—Aquí no —dijo—. No en medio de tus cosas bonitas. —El otro gruñó una respuesta que ella no entendió—. Yo lo haré —dijo el joven—. Abajo.

Mientras ellos hablaban con vehemencia, Brett introdujo la mano derecha en el bolsillo y rodeó con ella el extremo más estrecho de la fibula; el otro extremo era puntiagudo; y el borde, afilado y hasta cortante. Ella los miraba y escuchaba, pero sus voces sonaban cada vez más lejos y sólo le llegaban a ráfagas. Al mismo tiempo, descubrió que ya no tenía frío; al contrario, sentía calor, estaba ardiendo. Ellos hablaban y hablaban con voces apresuradas. Ella se ordenó a sí misma permanecer allí de pie, sujetando la cuchilla, pero de pronto el esfuerzo se hizo excesivo y, lentamente, volvió a sentarse. Dejó caer la cabeza hacia adelante y, al ver los trozos de cerámica esparcidos por el suelo, no pudo recordar qué eran.

Al cabo de mucho tiempo, oyó abrirse y cerrarse la puerta y cuando levantó la mirada vio que en la habitación sólo estaba el joven. Una laguna en el tiempo, y él la asía por el brazo y la levantaba. Ella se dejó sacar de la habitación y llevar por la escalera abajo. A cada paso, el dolor le explotaba en la cabeza. Al llegar abajo, cruzaron el patio bajo el diluvio hasta una puerta de madera.

Sin soltarle el brazo, precaución que casi la hizo reír por lo innecesaria, él dio la vuelta a la llave y empujó la puerta. Ella vio una escalera que descendía hacia una negrura poblada de destellos. A partir del primer escalón, la oscuridad parecía palpable y abajo se veía el brillo de la luz en el agua.

El hombre se volvió hacia Brett y la lanzó hacia adelante. Sus pies tropezaron en el umbral y, por puro reflejo, buscaron los peldaños. Pisaron agua en el primero y, en el segundo, resbalaron en musgo y algas. Ella sólo tuvo tiempo de levantar los brazos antes de caer al agua, que iba subiendo de nivel.

Para Flavia lo más urgente era parar la música que resonaba de un modo grotesco por todo el apartamento. Mientras ella iba hacia la librería, de los oboes y los violines brotaban unas ondas de belleza trascendente, pero ella sólo ansiaba la paz del silencio. Miró el complicado aparato estéreo, sintiéndose atrapada e indefensa en el sonido que brotaba de él y se maldijo por no haberse preocupado de aprender su funcionamiento. Pero en aquel momento la música se elevó a alturas de una belleza aún mayor, se proclamó la armonía universal, y la sinfonía terminó. Ella se volvió a mirar a Brunetti, aliviada.

Cuando abría la boca para hablar, retumbaron en la habitación los acordes iniciales de la sinfonía. Ella se revolvió levantando una mano hacia el aparato como si quisiera silenciarlo de un golpe. Su mano tropezó con la caja de plástico del CD que estaba apoyada en la parte frontal y la hizo caer a sus pies, abierta. Ella le lanzó un puntapié, falló y la buscó con la mirada, deseando aplastarla, porque le parecía que así pondría fin a aquella música que se derramaba alegremente por el apartamento. Notó que a su lado estaba Brunetti. Él extendió el brazo por delante de ella e hizo girar el mando del volumen hacia la izquierda. La música se apagó dejando la habitación en un silencio explosivo. Él se agachó, recogió la caja y volvió a agacharse para recuperar el folleto que se había salido y un pedazo de papel que estaba debajo de éste.

«Ha llamado un hombre. Tienen a Flavia.» No había escrito nada más. Ni la hora, ni una explicación de su intención. Pero su ausencia del apartamento era toda la explicación que él necesitaba.

Sin decir nada, pasó el papel a Flavia.

Ella lo leyó y comprendió inmediatamente. Estrujó el papel con fuerza, haciendo una bola, pero enseguida abrió la mano y lo puso en la librería, alisándolo, dolorosamente consciente de que quizá éste fuera el último recuerdo de Brett.

—¿A qué hora has salido de casa? —preguntó Brunetti.

—A eso de las dos. ¿Por qué?

Él miró el reloj, calculando posibilidades. Habrían esperado un rato antes de llamar, dando tiempo al supuesto secuestro, y alguien la habría seguido para cerciorarse de que no regresaba antes de tiempo. Eran casi las siete, por lo que hacía varias horas que tenían a Brett. Brunetti no tuvo que preguntarse quién había hecho aquello. El nombre de La Capra estaba tan claro como si acabara de ser pronunciado. ¿Adonde la habrían llevado? ¿A la tienda de Murino? Sólo en el caso de que el anticuario estuviera complicado en los asesinatos, lo que parecía poco probable. La respuesta evidente era, pues, el *palazzo* de La Capra. Nada más ocurrírsele, se puso a pensar en la forma de entrar, y comprendía que no había posibilidad de conseguir un permiso de registro basándose en la coincidencia de tres fechas en unos cargos de tarjetas de crédito y la descripción de una habitación que podía servir tanto de prisión como de galería privada. Las intuiciones de Brunetti no contarían para nada, especialmente en relación con un hombre de la aparente relevancia y, lo que era más importante, la evidente riqueza de La Capra.

Si Brunetti volvía al *palazzo*, lo más seguro era que La Capra se negara a recibirlo y sin, permiso judicial, no había manera de entrar. A menos que...

Flavia le asió el brazo.

—¿Sabes dónde está?

—Creo que sí.

Al oírlo, Flavia salió al recibidor y, al cabo de un momento, volvió a entrar con unas botas de caucho negro en la mano. Se sentó en el sofá, se las calzó encima de las medias mojadas y se puso en pie.

—Voy contigo —dijo—. ¿Dónde está?

—Flavia... —empezó él, pero ella cortó:

—He dicho que voy contigo.

Brunetti comprendió que no podría disuadirla, e inmediatamente decidió lo que había que hacer.

—Primero, voy a llamar por teléfono. Por el camino te lo explicaré. —Descolgó el teléfono, marcó el número de la *questura* y preguntó por Vianello.

Cuando el sargento se puso al aparato, Brunetti dijo:

—Soy yo, Vianello. ¿Hay alguien por ahí?

En respuesta al sonido afirmativo de Vianello, Brunetti prosiguió:

—Entonces límitese a escuchar mientras le explico. ¿Recuerda que me dijo que había trabajado tres años en robos con escalo? —Por la línea llegó un gruñido ronco—. Necesito que me haga un favor. Una puerta. De un edificio. —El siguiente gruñido era claramente interrogativo—. De madera, con refuerzo de metal, nueva. Me parece que tiene dos cerraduras. —Esta vez oyó un resoplido, provocado por la insultante simplicidad del encargo. Sólo dos cerraduras. Sólo refuerzo de metal. Brunetti pensó con rapidez, recordando el vecindario. Miró por la ventana: había oscurecido y seguía lloviendo—. Nos encontraremos en *campo* San Aponal. Lo antes posible. Y, Vianello —agregó—, no lleve el abrigo de uniforme. —La única respuesta fue una risa grave, y Vianello colgó.

Cuando Brunetti y Flavia llegaron al zaguán, vieron que el agua había seguido subiendo, mientras, al otro lado de la puerta, se oía el fragor de la lluvia.

Agarraron los paraguas y salieron a la calle. El agua les llegaba casi al borde de las botas. Transitaba muy poca gente, y enseguida llegaron a Rialto, donde el agua estaba aún más alta. De no ser por las pasarelas de madera instaladas en sus montantes de hierro, el agua se les hubiera metido en las botas e impedido avanzar. Al otro lado del puente, descendieron otra vez al agua y torcieron hacia San Polo, los dos, empapados y exhaustos por el esfuerzo de caminar por las calles inundadas. En San Aponal entraron en un bar a esperar a Vianello, agradeciendo verse a cubierto.

Llevaban tanto tiempo inmersos en este mundo acuático que a ninguno le pareció extraño que dentro del bar el agua les llegara a media pantorrilla ni que el camarero chapoteara al moverse detrás del mostrador mientras servía tazas y copas.

Las puertas vidrieras del bar estaban empañadas y de vez en cuando Brunetti tenía que abrir un círculo en el vaho con la manga, para ver si llegaba Vianello. Figuras encorvadas vadeaban el pequeño *campo*. Muchos habían abandonado el paraguas, que no ofrecía sino una protección ilusoria contra una lluvia que, arrastrada por un viento caprichoso, llegaba desde cualquier ángulo.

Brunetti sintió de pronto un peso en el brazo y al volverse vio la cabeza de Flavia apoyada en él. Tuvo que doblar el cuello para oír lo que decía:

—¿Crees que estará bien?

Él no encontraba palabras, no le vino a los labios una mentira piadosa. No pudo sino rodearle los hombros con el brazo. Notó que temblaba y trató de convencerse de que era de frío, no de miedo. Pero seguía sin encontrar palabras.

Poco después, la silueta de oso de Vianello apareció en el *campo*, procedente de Rialto. El viento hacía ondear el impermeable a su espalda, y Brunetti vio que llevaba unas botas de pescador hasta la cintura, Oprimió el brazo de Flavia.

—Ya está aquí.

Ella se apartó de él lentamente, cerró los ojos un momento y trató de sonreír.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió ella, moviendo la cabeza para más énfasis.

Él abrió la puerta del bar y llamó a Vianello, que cruzó rápidamente el *campo* hacia ellos. El viento y la lluvia irrumpieron en el supercaldeado bar, y luego entró Vianello chapoteando y haciendo más pequeño el local con su sola presencia. Se quitó su gorro marinero y lo sacudió varias veces contra el respaldo de una silla salpicando en círculo. Arrojó el gorro a una mesa y se pasó los dedos por el pelo lanzando más agua a su espalda. Miró a Brunetti, vio a Flavia y preguntó:

—¿Dónde es?

—Abajo, junto al agua, al final de la calle Dilerá. Es la casa recién restaurada. A la izquierda.

—¿La que tiene rejas?

—Sí —respondió Brunetti preguntándose sí habría en la ciudad un solo edificio que Vianello no

conociera.

—¿Qué quiere, comisario, que entremos dentro?

Brunetti sintió un profundo alivio al oír el plural.

—Sí. Hay un patio, pero con esta lluvia no creo que haya alguien allí. —Vianello asintió, completamente de acuerdo. Con este tiempo, las personas normales se quedaban en casa.

—De acuerdo. Espere aquí y veré lo que puedo hacer. Si es la casa que pienso, no creo que tengamos dificultades. No tardaré. Déme unos tres minutos y luego venga. —Lanzó una rápida mirada a Flavia, agarró el gorro y salió a la lluvia.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Flavia.

—Entraré a ver si está —dijo él aunque no tenía ni la más remota idea de lo que esto podía significar en la práctica. Brett podía estar en cualquiera de las innumerables habitaciones del *palazzo*. Incluso podía no estar allí sino muerta, flotando en el agua sucia que se había apoderado de la ciudad.

—¿Y si no está? —preguntó Flavia tan rápidamente que Brunetti comprendió que había tenido su misma visión.

En lugar de responder, él dijo:

—Quiero que te quedes aquí. O que vuelvas al apartamento. No puedes hacer nada.

Sin molestarse en discutir, ella rechazó sus palabras agitando una mano y preguntó:

—¿No crees que ya habrá tenido tiempo? —Sin darle tiempo a responder, lo empujó a un lado y salió del bar al *campo*, donde abrió el paraguas con un movimiento brusco y se quedó esperando.

Él salió del bar y se reunió con ella, tapándole el viento con su cuerpo.

—No puedes venir. Esto es cosa de la policía.

Una ráfaga de viento los azotó y a ella le echó el pelo a la cara tapándole los ojos. Ella lo apartó con un ademán impaciente y miró a Brunetti, imperturbable.

—Sé dónde es. O me llevas o te sigo. —Y, cuando él fue a protestar, lo atajó—: Es mi vida, Guido.

Brunetti dio media vuelta y entró en la calle Dilerá, furioso, y tratando de contener el impulso de meterla en el bar y hacer que se quedara allí a la fuerza. Cuando se acercaban al *palazzo*, Brunetti observó con extrañeza que la estrecha calle estaba desierta. No se veía ni rastro de Vianello y la pesada puerta parecía estar cerrada. Cuando pasaban por delante, la puerta se abrió repentinamente. A la débil iluminación de la calle, apareció una mano grande que les hacía señas para que entraran, seguida de la cara de Vianello, que sonreía y chorreaba agua de lluvia.

Brunetti entró, pero antes de que pudiera cerrar la puerta, Flavia se deslizó al interior del patio. Se quedaron quietos un momento, mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad.

—Muy fácil —dijo Vianello cerrando la puerta.

Como estaban muy cerca del Gran Canal, el agua tenía aquí más profundidad y había convertido el patio en un lago sobre el que seguía precipitándose la lluvia. La única luz venía de las ventanas del *palazzo*, situadas en el lado izquierdo, e incidía en el centro del patio, dejando en la oscuridad el lado en el que estaban ellos. Silenciosamente, los tres se situaron a resguardo de la lluvia debajo de la galería que cubría tres lados del patio, en una oscuridad que los hacía casi invisibles entre sí.

Brunetti se daba cuenta de que había venido obedeciendo a un simple impulso, sin pensar en lo que haría una vez dentro. En su única visita al *palazzo* había sido conducido al último piso con tanta celeridad que no había podido hacerse una idea de la distribución del edificio. Recordaba haber pasado por delante de puertas que conducían desde la escalera exterior a las habitaciones de cada planta, pero no podía adivinar lo que había detrás de aquellas puertas; él sólo había visto la habitación del último piso en la que había hablado con La Capra, y el estudio del piso inferior. También pensaba que él, Brunetti, un agente del orden, acababa de participar en un delito; peor aún, había complicado en tal delito a una civil y a un compañero del cuerpo.

—Espera aquí —susurró Brunetti acercando los labios al oído de Flavia, a pesar de que el ruido de la lluvia hubiera ahogado su voz. Estaba muy oscuro para que él pudiera ver el gesto que ella

hubiera hecho en respuesta, pero intuyó que retrocedía más aún hacia la oscuridad.

—Vianello —dijo asiendo el brazo de su sargento y atrayéndolo hacia sí—. Voy a subir la escalera para tratar de entrar. Si hay complicaciones, llévesela de aquí. No se preocupe por nadie, a menos que traten de detenerlo. —Vianello asintió. Brunetti dio varios pasos hacia la escalera, moviendo las piernas despacio contra la resistencia del agua. Hasta que llegó al segundo peldaño no se liberó de la presión del agua. El súbito cambio le hizo sentirse extrañamente ligero, como si pudiera levitar sin el menor esfuerzo. Pero esta sensación de ligereza lo hacía más sensible al frío lacerante que despedía el agua helada que tenía dentro de las botas y que le pegaba la ropa al cuerpo. Se inclinó y se quitó las botas, subió varios peldaños, los bajó y las empujó con el pie al agua. Se quedó esperando hasta que desaparecieron y volvió a subir.

En lo alto del primer tramo, se detuvo en el pequeño rellano e hizo girar el picaporte de la puerta que daba acceso al interior. El manubrio cedió, pero la puerta no se abrió; estaba cerrada con llave. Subió otro tramo y también encontró la puerta cerrada.

Se volvió y miró por encima de la barandilla al lugar del patio en el que debían de estar Flavia y Vianello, pero no pudo ver nada más que el reflejo de la luz en el agua acibillado por la lluvia.

En el último piso notó con sorpresa que la puerta cedía a la presión de su mano, y vio un largo corredor. Entró, cerró la puerta y se quedó quieto un momento, oyendo el sonido del agua que le goteaba del impermeable al suelo de mármol.

Lentamente, sus ojos se habituaron a la luz del corredor, mientras él tendía el oído tratando de captar cualquier sonido que pudiera llegar del otro lado de aquellas puertas.

Un escalofrío lo estremeció y él bajó la cabeza y encogió los hombros, tratando de encontrar calor en algún lugar de su cuerpo. Cuando levantó la mirada, vio a La Capra en el vano de una puerta, a pocos metros de él, que lo miraba con la boca abierta.

La Capra fue el primero en recuperarse de la sorpresa y esbozó una sonrisa fácil.

—*Signor* policía, así que ha vuelto. Qué feliz coincidencia. Precisamente acabo de poner en la galería las últimas piezas. ¿Le gustaría verlas?

Brunetti lo siguió a la galería y paseó la mirada por las vitrinas. Al entrar, La Capra se volvió para decirle:

—Permítame el abrigo. Debe usted de estar helado, andando por ahí con esta lluvia. Una noche como ésta. —Agitó la cabeza a derecha e izquierda ante la idea.

Brunetti se quitó el abrigo, notando el peso del agua que lo empapaba al darlo a La Capra. También el otro hombre pareció sorprendido por el peso de la prenda y, sin saber qué hacer con ella, optó por dejarla sobre el respaldo de una silla, desde donde el agua siguió chorreando al suelo profusamente.

—¿Qué le trae de nuevo a esta casa, *dottore*? —preguntó La Capra, pero, antes de que Brunetti pudiera contestar, dijo—: Permítame que le ofrezca algo de beber. ¿Grappa, quizá? O un ponche de ron. Por favor, no puedo consentir que pase frío, siendo huésped de mi casa, sin ofrecerle algo. —Sin esperar respuesta, se acercó a un interfono colgado de la pared y pulsó un botón. Segundos después se oyó un leve chasquido y La Capra dijo por el micro—: ¿Querrás subir una botella de grappa y un ponche de ron caliente? —Se volvió hacia Brunetti sonriendo, el perfecto anfitrión—. Será sólo un momento. Mientras esperamos, dígame, *dottore*, ¿qué le trae otra vez por aquí tan pronto?

—Su colección, *signor* La Capra. He descubierto muchas cosas sobre ella. Y sobre usted.

—¿En serio? —preguntó La Capra, sin alterar la sonrisa—. No pensé que yo fuera tan conocido en Venecia.

—Y también en otros sitios. En Londres, por ejemplo.

—¿En Londres? —La Capra mostró una cortés sorpresa—. Qué raro. Me parece que no conozco a nadie en Londres.

—No; pero a lo mejor ha adquirido allí alguna pieza.

—Ah, sí, claro, eso será sin duda —respondió La Capra sin dejar de sonreír.

—Y en París —añadió Brunetti.

Nuevamente, la sorpresa de La Capra fue perfecta, como si hubiera estado esperando oír mencionar París después de Londres. Antes de que pudiera decir algo, la puerta se abrió y entró un joven, que no era el mismo que abrió a Brunetti la vez anterior. Traía una bandeja con botellas, vasos y un termo de plata. Dejó la bandeja en una mesa baja y dio media vuelta para marcharse. Brunetti lo reconoció, no sólo por la foto de archivo enviada por la policía de Roma sino por el parecido con su padre.

—No, Salvatore, quédate a beber algo con nosotros —dijo La Capra. Y a Brunetti—: ¿Qué va a tomar, *dottore*? Veo que hay azúcar. ¿Quiere que le prepare un ponche?

—No, muchas gracias. Un poco de grappa será suficiente.

Jacopo Poli, en delicada botella de vidrio soplado; sólo lo mejor para el *signor* La Capra. Brunetti vació el vaso de un trago y lo dejó en la bandeja antes de que La Capra hubiera acabado de echar el agua caliente en su propio ron. Mientras La Capra vertía y removía, Brunetti miraba la habitación. Muchas de las piezas se parecían a objetos que había visto en el apartamento de Brett.

—¿Otro vasito, *dottore*? —preguntó La Capra.

—No, gracias —dijo Brunetti deseando controlar el temblor que aún lo estremecía.

La Capra acabó de mezclar la bebida, tomó un sorbo y dejó el vaso en la bandeja.

—Venga, *dottor* Brunetti. Permítame mostrarle algunas de mis nuevas piezas. Llegaron ayer mismo, y reconozco que estoy muy contento de tenerlas aquí.

La Capra empezó a caminar hacia la pared izquierda de la galería, y Brunetti oyó que algo crujía bajo la suela de su zapato. Al mirar al suelo, vio fragmentos de barro esparcidos en círculo en aquel lado de la habitación. Uno de los fragmentos estaba cruzado por una línea negra. Rojo y negro, los dos colores dominantes de la cerámica que Brett le había mostrado y de la que le había hablado.

—¿Dónde está ella? —preguntó Brunetti, cansado y helado.

La Capra se paró de espaldas a Brunetti y tardó un momento en volverse a mirarlo.

—¿Dónde está quién? —preguntó al volverse, sonriendo inquisitivamente.

—La *dottoressa* Lynch —respondió Brunetti.

La Capra no apartaba la mirada de Brunetti, pero éste notó que de padre a hijo iba algo, un mensaje.

—¿La *dottoressa* Lynch? —preguntó La Capra, en tono de perplejidad, pero aún muy cortés—. ¿Se refiere a la científica norteamericana? ¿La que escribe sobre cerámica china?

—Sí.

—Ah, *dottor* Brunetti, no sabe usted cómo me gustaría que estuviese aquí. Tengo dos piezas... entre las que recibí ayer... sobre las que empiezo a tener dudas. No estoy seguro de que sean tan viejas como pensé cuando... —la pausa fue mínima, pero Brunetti estaba seguro que intencionada— cuando las adquirí. Daría cualquier cosa por poder preguntar a la *dottoressa* Lynch qué opina de ellas. —Miró al joven y luego, rápidamente, a Brunetti—. Pero, ¿qué le hace pensar que ella pudiera estar aquí?

—Porque no puede estar en ningún otro sitio —explicó Brunetti.

—Me parece que no le entiendo, *dottore*. No sé de qué me habla.

—Hablo de esto —dijo Brunetti estirando la pierna y aplastando con el pie uno de los fragmentos.

La Capra, involuntariamente, hizo una mueca de dolor al oírlo, pero insistió:

—No le entiendo. Si se refiere a estos fragmentos, la explicación es bien sencilla. Mientras se desembalaban las piezas, alguien fue muy descuidado con una de ellas. —Mirando los fragmentos, movió la cabeza con tristeza, como si no pudiera creer que alguien fuera tan torpe—. He dado orden de que el responsable sea castigado.

Cuando La Capra acabó de hablar, Brunetti notó el movimiento a su espalda, pero, antes de que pudiera volverse, La Capra se acercó y lo tomó del brazo.

—Pero venga a ver las piezas nuevas.

Brunetti se desasió y dio media vuelta. El joven ya estaba en la puerta. La abrió, sonrió a Brunetti, salió de la habitación y cerró la puerta. Brunetti oyó el sonido inconfundible de una llave al girar en la cerradura.

Unos pasos rápidos se alejaron por el corredor. Brunetti miró a La Capra.

—Ya es tarde, *signor* La Capra —dijo Brunetti, esforzándose en razonar con voz serena—. Sé que está aquí. Si intenta hacer algo contra ella, empeorará su propia situación.

—Le ruego que me disculpe, *signor* policía, pero no sé de qué me habla —dijo La Capra sonriendo con cortesía y perplejidad.

—Le hablo de la *dottoressa* Lynch. Me consta que está aquí.

La Capra sonrió otra vez y abrió la mano señalando la habitación y todos los objetos que contenía.

—No comprendo su insistencia. Sin duda, si estuviera aquí, se encontraría con nosotros, gozando de la contemplación de toda esta hermosura. —Su acento se hizo más cálido todavía—. ¿No me creerá capaz de privarla de semejante placer, verdad?

La voz de Brunetti no era menos tranquila.

—Creo que ha llegado el momento de poner fin a la farsa, *signore*.

La carcajada de La Capra cuando Brunetti dijo esto estaba cargada de verdadero gozo.

—Oh, yo diría que el farsante es usted, *signor* policía. Está en mi casa sin haber sido invitado, por lo que yo diría que su entrada es ilegal. De manera que no tiene derecho a decirme lo que debo o no debo hacer. —Su voz fue haciéndose más áspera y, cuando terminó de hablar, casi jadeaba de cólera. Al oírse a sí mismo, La Capra recordó el papel que estaba representando, se volvió de espaldas a Brunetti y dio varios pasos hacia una de las vitrinas.

—Observe, si gusta, las líneas de este jarro —dijo—. Con qué delicadeza serpentean hacia la parte posterior, ¿no le parece? —Dibujó una etérea onda en el aire con la mano, imitando el discurrir de la línea pintada en la parte frontal del alto jarro que contemplaba—. Siempre me ha parecido fabuloso el sentido de la belleza que tenía aquella gente. Miles de años atrás, y ya eran unos enamorados de la belleza. —Sonriendo, pasando de simple entendido a filósofo, miró a Brunetti y preguntó—: ¿Cree que el secreto de la humanidad pueda ser el amor a la belleza?

Como Brunetti no respondiera a esta banalidad, La Capra abandonó el tema y pasó a la siguiente vitrina. Riendo entre dientes, comentó:

—A la *dottoressa* Lynch le hubiera gustado ver esto.

Algo en su voz, un tono de obsceno secreteo, hizo que Brunetti mirara la vitrina frente a la que estaba el otro hombre. Dentro vio una pieza que tenía una forma de calabaza que le recordó la de la foto que le había enseñado Brett. También ésta estaba decorada con la figura de un zorro con cuerpo humano, erguido y en actitud de caminar hacia la izquierda, casi idéntica a la que aparecía en la pieza de la foto.

Espontáneamente, la idea tomó cuerpo. Si La Capra no tenía inconveniente en mostrarle este vaso, estaba claro que ya no tenía nada que temer de Brett, la única persona que podría identificar su origen. Brunetti giró sobre sí mismo y dio dos zancadas hacia la puerta. Antes de llegar, se paró, ladeó el cuerpo dándose impulso y levantó la pierna derecha. Con todas sus fuerzas, dio una patada justo debajo de la cerradura. La violencia del golpe sacudió todo su cuerpo, pero la puerta no se movió.

A su espalda, La Capra rió entre dientes.

—Ah, qué impetuosos son ustedes, los del Norte. Lo siento, pero no se abrirá, *signor* policía, por muy fuerte que le dé. Mal que le pese, tendrá que ser usted mi invitado hasta que Salvatore regrese después de cumplir el encargo. —Con plena confianza, se volvió de nuevo hacia las vitrinas—. Esta pieza data del primer milenio antes de Cristo. Es bonita, ¿verdad?

Al salir de la galería, el joven tomó la precaución de cerrar la puerta con llave dejando ésta en la cerradura. Le divertía pensar que su padre estaría perfectamente seguro, nada menos que con un policía. La idea era tan disparatada que iba riéndose por el pasillo. Pero la risa se le heló cuando, al abrir la puerta del fondo, vio que seguía lloviendo. ¿Cómo podía esta gente vivir con este tiempo y con esa agua negra y sucia que brotaba del mismo suelo? Aunque él no lo reconocía, la verdad era que tenía miedo de aquellas aguas, de lo que pudiera tocar su pie al hundirse en ellas o, peor, de lo que pudiera rozarle las piernas o deslizarse al interior de sus botas.

Pero se decía que ésta sería la última vez que metía los pies en el agua. Cuando hubiera hecho aquello, cuando se hubiera resuelto este asunto, podría volver a la casa a esperar que aquellas aguas repugnantes volvieran a los canales, a la laguna, al mar, donde tenían que estar. No sentía ningún afecto por estas frías aguas adriáticas, tan diferentes del amplio y tranquilo horizonte turquesa que se extendía frente a su casa de Palermo. No se explicaba qué podía haber inducido a su padre a comprar una casa en esta ciudad tan sucia. Él decía que era por la seguridad de su colección, porque aquí el peligro de robo era mínimo. Pero en Sicilia nadie se atrevería a robar en casa de Carmello La Capra.

Él sospechaba que la razón no era otra que la que impulsaba a su padre a tener aquella estúpida colección de ollas: para darse importancia y conseguir que lo considerasen un señor. A Salvatore esto le parecía absurdo. Él y su padre eran señores por nacimiento, no necesitaban que esos estúpidos *polentoni* se lo confirmaran.

Miró otra vez el patio inundado, diciéndose que tendría que ponerse botas y meter los pies en el agua para cruzarlo. Pero la idea de la misión que lo aguardaba al otro lado bastó para animarlo: lo había pasado bien jugando con la americana, pero había llegado el momento de poner fin al juego.

Se agachó y se calzó un par de altas botas de goma, tirando con fuerza para introducir el zapato. Le llegaban hasta la rodilla y tenían el borde ancho y un poco ondulado como la corola de una anémona. Cerró la puerta a su espalda y bajó pesadamente la escalera exterior, maldiciendo la lluvia impetuosa. Cortando el agua, cruzó lentamente el patio en dirección a la puerta de madera. Aunque hacía poco rato que había dejado allí a la americana, el agua había subido de nivel y ya cubría el panel inferior. Quizá ella ya se hubiera ahogado. Aunque hubiera conseguido subirse a uno de los grandes nichos de la pared, no le costaría mucho ahogarla. Sólo sentía no tener tiempo para violarla. Nunca había violado a una lesbiana, y le parecía que tenía que gustarle. Bien, otra llamada telefónica podría traer aquí a su amiga la cantante y entonces tendría la oportunidad. Quizá su padre se opusiera, pero no tenía por qué enterarse. La cautela de su padre le había privado de aquel placer en la visita a casa de la americana. Había enviado a Gabriele y Sandro, y entre los dos habían hecho una chapuza. Con este cúmulo de violencia, resentimiento y voluptuosidad en el ánimo cruzaba el patio Salvatore La Capra.

Venía preparado para la oscuridad que lo envolvía, y sacó del bolsillo de la americana una linterna con la que iluminó el pestillo de la puerta. Lo descorrió y tiró de la puerta hacia sí, con fuerza, para vencer la resistencia del agua. Frente a él se abrió un espacio alto y abovedado. En el agua aceitosa flotaban sillas y mesas, almacenadas allí durante la restauración de la casa y abandonadas en lo que fuera un embarcadero interior, situado a medio metro por debajo del nivel del patio y separado del canal por otra gruesa puerta de madera, asegurada con una cadena. Sería cuestión de un minuto, cuando hubiera terminado con ella, abrir la puerta del fondo y empujarla a las aguas más profundas del canal.

A su izquierda oyó un borboteo y hacia él volvió el haz de la linterna. Los ojos que vio brillar eran muy pequeños y estaban muy juntos para ser humanos. Haciendo ondear la larga cola, la rata se volvió de espaldas a la luz y se alejó chapoteando por detrás de una caja que flotaba.

La voluptuosidad se disipó. Lentamente, Salvatore giró la linterna hacia la derecha, parándose a registrar cada uno de los nichos de la pared en los que el agua alcanzaba medio palmo. Al fin la descubrió, acurrucada en uno de ellos, con la cabeza apoyada en las rodillas. Ahora la luz permaneció fija, pero la mujer no se movió.

Así pues, no tendría más remedio que meterse en el agua e ir hasta allí para acabar de una vez. Armándose de valor, bajó el pie despacio hasta asentarlo firmemente en la resbaladiza superficie del primer peldaño y a continuación buscó el segundo. Juró violentamente al sentir que el agua le entraba por el borde de la bota. Durante un momento, pensó en arrancarse la maldita bota, para poder moverse con más soltura, pero al recordar los ojos rojos que había visto a ras de agua cambió de idea. Preparado para lo inevitable, bajó el otro pie y sintió cómo se le inundaba el zapato. Deslizó el pie derecho hacia adelante, sabiendo que no había más que tres peldaños, pero resistiéndose a creerlo hasta que el pie se lo confirmara. Luego enfocó con la linterna la figura encogida en el nicho y fue hacia ella con el agua hasta medio muslo.

Mientras avanzaba, hacía planes, decidido a extraer del acto todo el placer posible. Como no había donde dejar la linterna, tendría que metérsela en el bolsillo, con la bombilla para arriba, y esperaba que la luz le permitiera ver la cara de la mujer mientras la mataba. No parecía que le quedaban muchas fuerzas para luchar, pero en el pasado se había llevado más de una sorpresa, y confiaba en que también esta vez así fuera. Mucho forcejeo, no, desde luego, y menos, con toda esta agua, pero le parecía que él se merecía por lo menos una resistencia testimonial, especialmente, teniendo que renunciar a placeres que en otras circunstancias hubiera podido extraer de ella.

Al oírle llegar, ella levantó la cabeza y lo miró con ojos muy abiertos, deslumbrados por la luz de la linterna.

—*Ciao, bellezza* —susurró él, y se rió como su padre.

Ella cerró los ojos y volvió a apoyar la cabeza en las rodillas. Él, con la mano derecha, puso la linterna en el bolsillo de la americana, inclinada hacia adelante, iluminando a la mujer. La veía sólo vagamente, pero confiaba en que la luz fuera suficiente.

Antes de empezar lo que había venido a hacer, no pudo resistir la tentación de darle un toque en un lado de la mandíbula, con la delicadeza del que golpea una copa de cristal para oír la sonar. Volvió la cabeza, para recolocar la linterna que había resbalado hacia la parte posterior del bolsillo. Como no miraba a la víctima sino la linterna, no la vio levantar el brazo por encima de su cabeza. Ni vio la fibula que asomaba de su puño. Sólo advirtió su presencia al sentir su punta roma en la garganta, justo debajo de la mandíbula y recibir el impacto del golpe que lo lanzó hacia atrás. Se tambaleó hacia la derecha y miró a la mujer, a tiempo de ver brotar un grueso chorro de sangre. Al darse cuenta de que la sangre era suya, gritó, pero ya era tarde. La luz se apagó cuando él se hundió en el agua.

El ruido de la llave al girar en la cerradura hizo que tanto Brunetti como La Capra miraran hacia la puerta, que al abrirse reveló la figura de Vianello que chorreaba.

—¿Quién es usted? —preguntó La Capra—. ¿Qué hace aquí?

Vianello, sin hacerle caso, dijo a Brunetti.

—Creo que debería venir conmigo, comisario.

Brunetti se puso en movimiento al instante y salió pasando por delante de Vianello sin decir palabra. Hasta que llegaron al extremo del corredor, antes de salir a la lluvia que no cesaba, no preguntó Brunetti:

—¿Se trata de la americana?

—Sí, señor.

—¿Está bien?

—Está con su amiga, comisario, pero no sé cómo está. Ha permanecido mucho tiempo en el agua. —Sin esperar a oír más, Brunetti empezó a bajar la escalera rápidamente.

Las encontró al pie de la escalera, muy juntas bajo el impermeable de Vianello. En aquel momento, desde la casa, alguien encendió las luces llenando el patio de una claridad cegadora que convirtió a las dos mujeres en una oscura *Pietà* alzada sobre el zócalo de la pared del patio.

Flavia estaba arrodillada en el agua, con un brazo alrededor de Brett, sujetándola contra la pared con el peso de su propio cuerpo. Brunetti se inclinó sobre las dos mujeres, sin atreverse a tocarlas y llamó a Flavia. Ella lo miró, y el terror que él vio en sus ojos le hizo volverse hacia su compañera. Brett tenía sangre en el pelo, en la cara y en la ropa.

—*Madre di Dio* —susurró él.

Vianello se acercó haciendo remolinos en el agua.

—Llame a la *questura*, Vianello —ordenó Brunetti—. Pero no desde aquí. Llame desde fuera. Que envíen una lancha con todos los hombres disponibles. Y una ambulancia. Ahora mismo. Rápido.

Vianello ya iba hacia la pesada puerta de madera antes de que Brunetti acabara de hablar. Cuando la abrió una ola recorrió el patio y lamió las piernas de Brunetti.

Arriba se oía la voz de La Capra.

—¿Qué pasa ahí abajo? ¿Quién hay?

Brunetti se apartó de las dos mujeres que seguían abrazadas y miró hacia lo alto de la escalera. El hombre estaba en la puerta, su figura, recortada sobre la luz del interior, parecía la de un cristo malévolo en el umbral de una tumba siniestra.

—¿Qué hacen ahí abajo? —preguntó otra vez, con la voz más perentoria y áspera. Salió a la lluvia y miró fijamente a las dos mujeres y al hombre que no era su hijo—. ¿Salvatore?

—gritó—. Salvatore, contesta. —La lluvia tableteaba.

La Capra dio media vuelta y desapareció en el interior del *palazzo*. Brunetti se inclinó y puso una mano en el hombro de Flavia.

—Flavia, levántate. No podemos quedarnos aquí. —Ella no daba señales de haberle oído. Él miró entonces a Brett, que lo miraba a su vez, con los ojos muy abiertos, pero sin expresión. Él puso una mano bajo el brazo de Flavia y la levantó y lo mismo hizo con Brett. Dio un paso hacia la puerta de la calle que había quedado entornada, rodeando con un brazo el peso inerte de Brett que se le escurría, y tuvo que soltar a Flavia para sostenerla con los dos brazos. La puso de pie y llevándola casi en vilo la obligaba a mover las piernas por el agua helada, hacia la puerta, apenas consciente de la presencia de Flavia a su lado, que se movía en la misma dirección.

—*Salvatore, figlio mio, dove sei?* —sonó encima de ellos la voz, chillona, desgarrada, delirante. Brunetti levantó la cabeza y vio a La Capra que los miraba fijamente desde lo alto de la escalera, con una escopeta de caza en una mano. Despacio, empezó a bajar la escalera, ajeno a las cortinas de agua que lo azotaban desde todas las direcciones.

Brunetti, lastrado por el peso péndulo de Brett, comprendió que no podría alcanzar la puerta antes de que La Capra llegara al pie de la escalera.

—Flavia —dijo con apremio—. Sal de aquí. Yo la sacaré. —Flavia miró de él a La Capra que

seguía bajando la escalera como una furia vengadora implacable y luego a Brett. Después miró a la puerta de la calle, que estaba a pocos metros. Antes de que pudiera moverse, tres hombres aparecieron en lo alto de la escalera, y en dos de ellos reconoció a los que había echado del apartamento de Brett.

—Capo —gritó uno a La Capra.

Éste se volvió lentamente.

—Entrad. Esto es cosa mía. —Como ellos permanecieran quietos, él levantó la escopeta, pero lo hizo con expresión ausente, inconsciente de lo que tenía en la mano—. Entrad. No os metáis en esto. —Temerosos, entrenados para obedecer, ellos entraron, y La Capra se volvió para seguir bajando.

Ahora se movía deprisa, tanto que, antes de que Flavia pudiera moverse, ya estaba abajo.

—Está dentro —dijo Flavia a Brunetti en voz baja, señalando con la barbilla la puerta del otro lado del patio.

La Capra hundió las piernas en el agua ajeno a ella, pero de la presencia de aquellas tres personas que estaban bajo la lluvia sí era consciente, porque las encañonaba con la escopeta mientras cruzaba el patio. Desde la puerta del sótano, gritó al interior:

—¿Salva? Salva, contesta.

Sus rodillas desaparecieron en el agua al bajar el primer escalón. Se volvió un momento a mirar a Brunetti y a las dos mujeres. Pero entonces pareció olvidarse de ellos y siguió bajando a la oscura caverna.

—¡Flavia, pronto! —dijo Brunetti. Dio media vuelta, lanzando hacia ella el peso de Brett que tenía apoyado en la cadera. Flavia, sorprendida por el brusco movimiento, tendió los brazos instintivamente para recibir a Brett, pero no tenía fuerzas para sostenerla y las dos se hundieron en el agua hasta las rodillas. Brunetti se alejó de ellas y corrió por el patio levantando surtidores de agua. Al otro lado de la puerta, se oía la voz de La Capra que llamaba a su hijo una y otra vez. Brunetti asió el borde de la puerta con las dos manos y empujó con todas sus fuerzas para moverla por el agua, parecía de plomo, la cerró con un furioso puntapié y tiró con fuerza del pestillo hasta hacerlo correr.

Detrás de la puerta retumbó la escopeta, llenando de ecos el espacio cerrado. Unos cuantos perdigones se incrustaron en la madera, pero la descarga principal rebotó en la pared de piedra. Se oyó otra detonación, pero La Capra disparaba a ciegas y los proyectiles chocaron inofensivamente contra el agua.

Brunetti cruzó otra vez el patio hacia Flavia y Brett, que iban despacio hacia la puerta principal, entreabierta. Él se situó al otro lado de Brett y la sostuvo por la cintura, impulsándola hacia adelante. Cuando se acercaban a la puerta, oyeron fuertes chapoteos y gritos que se acercaban por la calle. Brunetti vio a Vianello empujar la puerta, seguido de dos agentes de uniforme con las pistolas en la mano.

—Arriba hay tres hombres —les dijo Brunetti—. Tengan cuidado. Probablemente, estarán armados. En el almacén hay otro. Tiene una escopeta.

—¿Es lo que hemos oído?

Brunetti asintió y miró hacia la calle.

—¿Dónde están los otros?

—Ahora vienen —dijo Vianello—. He llamado desde el bar del *campo*. Han hecho una llamada por radio. Cinquellini y Marcolini, que estaban cerca, han sido los primeros en llegar —explicó el sargento señalando con la cabeza a los dos hombres que se habían apostado debajo de la galería, fuera de la línea de fuego de los pisos altos del *palazzo*.

—¿Subimos a buscarlos? —preguntó Vianello mirando la puerta del tercer piso.

—No —dijo Brunetti, que no veía la necesidad—. Esperaremos a que lleguen los otros. —Como respondiendo al conjuro de sus palabras, empezó a oírse a lo lejos el lamento en dos tonos de una sirena que se acercaba. Y al poco, de la dirección opuesta, por el Gran Canal arriba, desde el hospital, venía aullando otra sirena.

—Flavia —dijo él mirando a la mujer—. Ve con Vianello. Él os llevará a la ambulancia. —Y al

sargento—. Acompáñelas y vuelva. Y que vengan los hombres. —Vianello dio unos pasos y, con la soltura que le daba su fuerza considerable, tomó en brazos a Brett, y, seguido de Flavia, la sacó del patio y la llevó por la estrecha calle hasta el embarcadero, en el que dos luces azules parpadeaban entre la lluvia incesante.

Siguieron unos momentos de calma. Brunetti se permitió a sí mismo relajarse un poco, y entonces su cuerpo empezó a acusar el esfuerzo, tiritaba de frío y daba diente con diente. Haciendo un esfuerzo, avanzó por el agua y se unió a los dos agentes que estaban debajo de la galería, para, por lo menos, ponerse a resguardo de la lluvia.

Detrás de la puerta del almacén se oyó un alarido de puro terror animal, y La Capra se puso a aullar el nombre de su hijo una vez y otra. Al fin el nombre cedió paso a unos broncos sollozos de pena que resonaban en todo el patio.

Brunetti hizo una mueca de dolor, pidiendo en silencio a Vianello que se diera prisa. Recordó el cráneo destrozado de Semenzato y el sonido de la atormentada voz de Brett, pero, a pesar de todo, lo conmovían los gritos de dolor de aquel hombre.

—Eh, los de ahí abajo —gritó un hombre desde la puerta de lo alto de la escalera—. Vamos a bajar. No queremos líos. —Brunetti, al volverse, vio a los tres hombres con las manos en alto.

En aquel momento, entró Vianello seguido de cuatro hombres con chalecos antibala y metralletas. Los de la escalera también los vieron, se pararon y volvieron a gritar:

—No queremos jaleo.

Los cuatro hombres armados se dispersaron por el patio, impulsados por el instinto y el entrenamiento a buscar refugio detrás de las columnas de mármol.

Brunetti empezó a ir hacia la puerta del almacén, pero se detuvo cuando vio que dos de las metralletas lo apuntaban.

—Vianello —gritó, agradeciendo tener un motivo para enfadarse—. Dígales quién soy. —Se daba cuenta de que, para aquellos hombres, él no era más que un individuo mojado con una pistola en la mano.

—Es el comisario Brunetti —gritó Vianello, y las metralletas se volvieron otra vez hacia los hombres que se habían quedado inmóviles en la escalera.

Brunetti siguió hacia la puerta, de la que seguían llegando gemidos de un dolor intenso. Hizo deslizarse el pasador y tiró de la puerta. Ésta se atascó, y él tuvo que esforzarse mucho para mover la madera hinchada sobre el suelo de piedra. Su figura, recortada sobre la luz brillante del patio, ofrecía un blanco perfecto a un tirador escondido en el oscuro almacén; pero él ni lo pensó: los sollozos le hacían descartar tal posibilidad.

Sus ojos tardaron unos instantes en acostumbrarse a la oscuridad, pero al fin distinguió a La Capra arrodillado en el suelo, con el agua hasta el pecho, componiendo una *pietà* masculina que era como una réplica grotesca de la que Brunetti acababa de ver en el patio. Pero esta figura tenía un carácter irreparable del que la otra carecía, porque aquí un padre lloraba a un hijo único cuyo cadáver había sacado de las sucias aguas.

Brunetti abrió la puerta de su despacho y, al encontrarlo sólo tibio y con el radiador en silencio, volvió a dar gracias a san Leandro mentalmente, a pesar de que habían transcurrido varias semanas desde que el santo había obrado su milagro anual. Había otras señales de primavera: en su casa, aquella mañana había observado que los pensamientos de la terraza ya se abrían paso a través de la tierra de los tiestos, endurecida por el invierno, y Paola había dicho que aquel fin de semana los replantaría; a su lado, la mesa de la cocina, con las patas bien empapadas de veneno, se cocía al sol; también había visto las primeras gaviotas de cabeza negra que todos los años pasaban unas breves vacaciones de primavera en las aguas de los canales antes de poner rumbo a otros lugares; y el aire circulaba entre las islas y las aguas con una suavidad que era una bendición.

Colgó el abrigo en el armario y se fue hacia la mesa, pero antes de llegar se desvió a la ventana. Esta mañana había movimiento en el andamiaje que cubría San Lorenzo; hombres subían y bajaban por las escalas y andaban por el tejado. Pero Brunetti estaba seguro de que aquella actividad humana, a diferencia de la eclosión de la naturaleza, sería una primavera falsa y efímera, seguramente acabaría en cuanto se renovaran los contratos.

Se quedó un rato en la ventana, hasta que le hizo volverse el alegre «*Buon giorno*» de la *signorina* Elettra. Hoy venía de amarillo, con un vestido de suave seda hasta la rodilla, y con unos tacones tan finos que él se alegró de que el suelo fuera de mosaico y no de parquet. Lo mismo que las flores, las gaviotas y las brisas tibias, ella traía consigo la gracia primaveral, y él sonrió con algo parecido a la alegría.

—*Buon giorno, signorina* —dijo él—. Está muy bonita esta mañana. Como la misma primavera.

—Ah, este pingo —dijo ella, displicente, sacudiendo con la punta de los dedos la falda del vestido que debía de haberle costado por lo menos el sueldo de una semana. Pero su sonrisa de complacencia desmentía sus palabras, por lo que él no insistió. La joven le entregó dos carpetas con una carta prendida con un clip sobre una de ellas—. Para la firma, *dottore*.

—¿La Capra? —preguntó él.

—Sí. Es el informe de por qué usted y el sargento Vianello entraron en el *palazzo* aquella noche.

—Ah, sí —murmuró él mientras leía rápidamente el documento de dos páginas escrito en respuesta a la queja presentada por los abogados de La Capra de que la entrada de Brunetti en su casa dos meses antes había sido ilegal. El escrito, dirigido al *praetore*, explicaba que, en el curso de su investigación, el comisario había empezado a sospechar que La Capra estaba implicado en el asesinato de Semenzato, basándose en el hecho de que en el despacho de Semenzato se habían hallado las huellas dactilares de Salvatore La Capra. Con esta premisa y acuciado por la desaparición de la *dottoressa* Lynch, había ido al *palazzo* de La Capra acompañado por el sargento Vianello y la *signora* Petrelli. Al llegar, encontraron abierta la puerta del patio (tal como se mencionaba en las declaraciones firmadas por el sargento Vianello y la *signora* Petrelli) y, al oír lo que les parecieron gritos de mujer, entraron.

El informe incluía una descripción de los hechos que se habían producido después de su llegada (confirmada también por las declaraciones del sargento Vianello y la *signora* Petrelli), información que ofrecía al *praetore* para disipar cualquier duda que pudiera tener acerca de la legalidad de su entrada en la propiedad del *signor* La Capra, por cuanto que es derecho, más aún, incluso deber de un ciudadano particular acudir a una llamada de socorro, especialmente, si el acceso es fácil y legal. Seguía una respetuosa despedida. Brunetti tomó la pluma que le ofrecía la *signorina* Elettra y firmó la carta.

—Gracias, *signorina*, ¿alguna otra cosa?

—Sí, *dottore*. Ha llamado la *signora* Petrelli para confirmar su cita.

Más favores de la primavera.

—Gracias, *signorina* —dijo él tomando las carpetas y devolviéndole la carta. Ella le sonrió y salió del despacho.

La primera carpeta era de la oficina de Carrara en Roma y contenía la lista completa de los

objetos de la colección de La Capra que la brigada antifraude de arte había conseguido identificar. La lista de procedencias parecía una guía para turistas —o policías— interesados en yacimientos saqueados de la Antigüedad: Herculano, Volterra, Paesto, Corinto... El Cercano y el Lejano Oriente estaban bien representados: Xian, Angkor Wat, el museo de Kuwait. Algunas de las piezas parecían haber sido adquiridas legalmente, pero eran las menos. Varias eran imitaciones. De calidad, pero imitaciones. Los documentos intervenidos en la casa de La Capra demostraban que muchos de los objetos ilegales habían sido adquiridos a Murino, cuya tienda había sido clausurada, a fin de que la brigada antifraude de arte pudiera hacer el inventario completo de las existencias de la propia tienda y del almacén de Mestre. Murino negó tener conocimiento de las compras ilegales e insistió en que aquellas piezas debían de haber sido adquiridas por el *dottor* Semenzato, su antiguo socio. De no ser porque había sido arrestado cuando aceptaba la entrega de cuatro cajas de ceniceros de alabastro fabricados en Hong Kong con las cuatro estatuas camufladas entre ellos, quizá le hubieran creído. Pero ahora se hallaba bajo arresto, y su abogado estaba obligado a presentar las facturas y certificados de aduanas que implicaran a Semenzato.

La Capra se encontraba en Palermo, adonde había llevado el cuerpo de su hijo para ser enterrado, y parecía haber perdido todo interés por su colección. Había hecho caso omiso de las peticiones de nuevos documentos acreditativos de compra o propiedad. Por consiguiente, la policía había confiscado todas las piezas que se sabía o suponía robadas y seguía indagando la procedencia de las pocas que aún no habían sido identificadas. Brunetti observó complacido que Carrara se había encargado de que las piezas sustraídas de la exposición china del *palazzo* Ducal no figuraran en el inventario de los objetos hallados en casa de La Capra. Sólo tres personas —Brunetti, Flavia y Brett— sabían dónde estaban.

La segunda carpeta contenía la abundante documentación del caso contra La Capra, su difunto hijo y los hombres que fueron arrestados con él. Los dos hombres que habían golpeado a la *dottor* Lynch estaban en el *palazzo* aquella noche y fueron arrestados con La Capra y otro hombre. Los dos primeros habían confesado la agresión, pero mantenían que habían ido para robar. Decían no saber nada del asesinato del *dottor* Semenzato.

La Capra, por su parte, insistía en que ignoraba que aquellos dos hombres, a los que identificó como su chófer y su guardaespaldas, trataran de robar en el apartamento de la *dottor* Lynch, una mujer cuyo talento profesional él tenía en la más alta consideración. Al principio, también había asegurado que ni había tenido tratos con el *dottor* Semenzato ni lo conocía siquiera. Pero ante la información que llegaba de todos los lugares en los que él y Semenzato se habían encontrado y las declaraciones firmadas por diversos marchantes y anticuarios que asociaban a ambos en multitud de transacciones, las aseveraciones de La Capra se retiraron como el *acqua alta* al cambiar la marea o la dirección del viento. Y el nuevo viento le trajo el recuerdo de que, en efecto, quizá había comprado una o dos piezas al *dottor* Semenzato.

Se le había ordenado regresar a Venecia, si no quería ser conducido por la policía, pero se había puesto en manos de un médico que lo había ingresado en una clínica privada, aquejado de «depresión nerviosa provocada por el sufrimiento personal». Allí seguía, física y legalmente intocable, en un país en el que sólo el vínculo entre padre e hijo permanece sagrado.

Brunetti apartó las carpetas a un lado y miró fijamente la mesa vacía, imaginando las fuerzas que ya habrían entrado en juego. La Capra era un hombre que no carecía de influencia. Y ahora su hijo, un joven de carácter violento, estaba muerto. ¿Acaso no habían recordado los dos gorilas, al día siguiente de hablar con su abogado, haber oído decir a Salvatore que el *dottor* Semenzato había tratado a su padre sin el respeto que se merecía? Se trataba de una estatua que él había comprado para su padre y que había resultado falsa... o un asunto parecido. Y, sí, creían recordar haberle oído decir que él haría que el *dottore* se arrepintiera de haber recomendado a su padre, o a él mismo, para su padre, la compra de objetos falsos.

Brunetti no dudaba de que, con el tiempo, los dos gorilas recordarían más y más cosas que atribuir al pobre Salvatore, obcecado por su empeño en defender el honor de su padre y el suyo propio. Y probablemente recordarían también las muchas ocasiones en las que el *signor* La

Capra había tratado de convencer a su hijo de que el *dottor* Semenzato era un hombre íntegro, que siempre obraba de buena fe cuando garantizaba piezas que después eran vendidas por Murino, su socio. Tal vez los jueces, si el caso llegaba a los tribunales, tuvieran que escuchar un relato que hablaría del deseo de Salvatore de procurar a su padre tan sólo satisfacciones, como cumplía a un hijo tan amante como él. Y Salvatore, que no era un chico sofisticado, pero tenía un corazón de oro, habría tratado de obtener esos presentes para su amado padre de la única manera que se le había ocurrido, buscando el asesoramiento del *dottor* Semenzato. Y, dado su amor filial y el intenso deseo de complacer a su padre, no era difícil imaginar su furor al descubrir que el *dottor* Semenzato había intentado aprovecharse de su inocencia y de su generosidad, vendiéndole una copia en lugar del original. Sería, pues, una injusticia, ahondar en el dolor de un padre, un padre que tenía que sobrellevar a un tiempo el dolor por la pérdida de su adorado hijo único y por el descubrimiento de lo que aquel hijo había sido capaz de hacer tanto para dar una satisfacción a su padre como para defender el honor de la familia.

Sí, la historia se aceptaría, y la asociación entre La Capra y Semenzato, en lugar de incriminarlo, serviría para demostrar la buena fe que presidía sus relaciones, truncadas por la falta de escrúpulos de Semenzato por un lado y el apasionamiento de Salvatore por el otro, quien ya se hallaba, ay, fuera del alcance de la ley. De haber sido más propenso al sentimentalismo, Brunetti hubiera pensado que La Capra había pagado el más alto precio por la muerte de Semenzato, pero no lo era, y se decía que el precio más alto lo había pagado Salvatore.

Brunetti se levantó y se alejó de la mesa y de las carpetas que le habían llevado a esta conclusión. Él había visto a La Capra con su hijo, lo había sacado de las aguas cenagosas y había ayudado al hombre, que no dejaba de gritar, a llevar el cuerpo de su hijo hasta el pie de los tres peldaños. Y allí había necesitado la ayuda de Vianello y dos agentes para separarlos y poner fin al fútil intento de La Capra de cerrar con sus dedos la herida exangüe del costado del cuello de su hijo.

Brunetti nunca pensó que una vida pudiera pagarse con otra vida, por lo que volvió a desechar la idea de que La Capra había pagado la muerte de Semenzato. Todo dolor es único e independiente y sólo corresponde a una pérdida. Pero le resultaba difícil sentir aversión personal por el hombre al que había visto por última vez sollozando en brazos de un policía que trataba de impedir que viera cómo se llevaban el cadáver de su hijo en una camilla con la cara cubierta por la chaqueta empapada de Vianello.

Ahuyentó aquellos recuerdos. Todo aquello ya no le incumbía, ahora estaba en manos de otra autoridad, y él ya no podía influir en el resultado. Ya había tenido más que suficiente de muerte y violencia, de belleza robada y de anhelo de perfección. Ahora le apetecía contemplar la primavera con sus muchas imperfecciones.

Una hora después, Brunetti salió de la *questura* y se encaminó hacia San Marcos. En todas partes veía las mismas cosas que había visto durante muchos días, pero hoy descubría en ellas señales de primavera. Hasta miraba con simpatía a los omnipresentes turistas vestidos de colores pastel. La Via XXII Marzo lo llevó al puente de la Accademia. Al otro lado, vio la primera cola de la temporada de los turistas que esperaban para entrar en el museo, pero él había quedado saturado de arte para rato. Ahora lo atraía el agua y la idea de sentarse al tibio sol con Flavia, tomar un café, charlar de unas cosas y otras, observar con qué facilidad su rostro pasaba del reposo a la alegría y otra vez al reposo. Habían quedado a las once en Il Cucciolo, y él ya tenía ganas de oír chapotear el agua bajo las tablas de la terraza, y observar los movimientos indolentes de los camareros, no desentumecidos aún de su letargo invernal, y rehuir el parasol, grande y ufano, empeñado en dar sombra antes de tiempo. Y, sobre todo, tenía ganas de oír el sonido de su voz.

Frente a él vio las aguas del canal de la Giudecca y, al otro lado, las alegres fachadas de las casas. Por la izquierda apareció un buque cisterna, muy alto, sin carga, y hasta su casco veteado de gris parecía bonito y alegre a esta luz. Se acercó correteando un perro que levantó la pata y luego se puso a dar vueltas para atraparse la cola.

Al llegar al borde del agua, torció hacia la izquierda en dirección a la terraza del bar, buscando a

Flavia con la mirada. Cuatro parejas, un hombre solo, otro hombre, una mujer con dos niños, una mesa con seis o siete jovencitas a las que oyó reír a distancia. Pero Flavia no estaba. Se habría retrasado. O quizá no la había reconocido. Empezó otra vez por la mesa más cercana y fue mirando a cada cliente, por el mismo orden. Entonces la vio, sentada con los dos niños, un chico alto y una niña llenita, todavía con la grasa infantil.

Su sonrisa se borró y fue sustituida por otra. Con la sonrisa nueva, se acercó a la mesa y estrechó la mano que ella le tendía.

Ella le sonrió a su vez alzando la cara.

—Guido, cuánto me alegro de volver a verte. Y qué día tan espléndido. —Miró al muchacho—. Paolino, es el *dottor* Brunetti. —El chico se levantó, era casi tan alto como Brunetti, y le estrechó la mano.

—*Buon giorno, dottore*. Quiero darle las gracias por haber ayudado a mi madre. —Casi parecía que había estado ensayando la frase, y la pronunció formalmente, como el que trata de hacerse el hombre se dirige al que ya lo es. Tenía los ojos oscuros de la madre, pero la cara más larga y delgada.

—Ahora yo, *mamma* —dijo la niña y, como Flavia tardara en reaccionar, se levantó y tendió la mano a Brunetti—. Yo soy Vittoria, pero mis amigos me llaman Vivi.

Mientras le estrechaba la mano, Brunetti dijo:

—En tal caso, me gustaría llamarte Vivi.

La niña era lo bastante pequeña como para sonreír, y lo bastante mayor como para desviar la mirada y ponerse colorada.

Él acercó una silla, se sentó y luego rectificó la posición para que el sol le diera en la cara. Durante varios minutos, la conversación fue general, los niños le preguntaban sobre su trabajo de policía, si llevaba pistola, y cuando él dijo que sí, dónde la llevaba. Vivi quiso saber si había disparado contra alguien y pareció decepcionada cuando él dijo que no. Los niños no tardaron en descubrir que ser policía en Venecia era muy diferente de serlo en *Corrupción en Miami*, revelación que les hizo perder interés en él y en su profesión.

Se acercó el camarero. Brunetti pidió un Campari con soda y Flavia otro café que luego cambió por un Campari. Los niños empezaban a mostrarse audiblemente inquietos y Flavia les propuso que se llegaran por el muelle arriba hasta Nico's a comprar *gelato*, idea que tuvo el beneplácito general.

Los niños se alejaron. Vivi tenía que apresurar el paso para mantenerse a la altura de la zancada de Paolo.

—Son muy simpáticos —dijo él y, como Flavia no respondiera, agregó—: No sabía que los hubieras traído a Venecia.

—No es frecuente que pueda pasar un fin de semana con ellos, pero como este sábado no actuaba en la función de tarde decidí venir. Ahora canto en Munich —explicó.

—Ya lo sé. Lo he leído en los periódicos.

Ella miraba hacia el otro lado del canal, en dirección a la iglesia del Redentore.

—Nunca había estado aquí a principios de primavera.

—¿Dónde te alojas?

Ella desvió la mirada de la iglesia volviéndola hacia él.

—En casa de Brett.

—Ah, ¿ha venido contigo? —preguntó él. Había visto a Brett por última vez en el hospital, pero ella había estado allí sólo una noche, y dos días después se había ido con Flavia a Milán. No había vuelto a saber de ninguna de las dos hasta la víspera, en que Flavia lo había llamado por teléfono para concertar esta cita.

—No; ella se ha ido a Zurich, a dar una conferencia.

—¿Cuándo regresa? —preguntó él cortésmente.

—La semana próxima estará en Roma. Yo termino en Munich el martes por la noche.

—¿Y después?

—Después, Londres, pero sólo para un recital, y luego China —dijo ella, con una nota de

reproche porque lo hubiera olvidado—. Estoy invitada a dar una tanda de lecciones magistrales en el Conservatorio de Pekín. ¿No te acuerdas?

—¿Así que pensáis seguir adelante con el plan? ¿Y llevarás las piezas? —preguntó él, sorprendido de su decisión.

Ella no trató de disimular la autocomplacencia.

—Naturalmente que lo pensamos, es decir, lo pienso.

—¿Y cómo? ¿Cuántas piezas son? ¿Tres? ¿Cuatro?

—Cuatro. Llevo siete maletas, y el ministro de Cultura irá a recibirme al aeropuerto. Dudo mucho que busquen antigüedades en los equipajes que entran en el país.

—Pero, ¿y si las encuentran?

Ella agitó una mano en un ademán genuinamente teatral.

—Siempre podría decir que eran un presente que llevaba para el pueblo de China, que pensaba ofrecérselo después de dar las lecciones, en prueba de gratitud por haberme invitado.

Él estaba seguro de que, llegado el caso, así lo haría y que saldría bien librada. Se echó a reír.

—Te deseo suerte.

—Gracias —dijo ella, segura de no necesitarla.

Estuvieron callados durante un rato. Brett, aunque invisible, estaba presente. Pasaban embarcaciones tableteando. El camarero les llevó las bebidas y ellos se alegraron de la distracción.

—¿Y después de China? —preguntó él finalmente.

—Muchos viajes hasta finales del verano. Es otra de las razones por las que he querido pasar el fin de semana con los niños. Tengo que ir a París, a Viena y a Londres. —Como él no respondiera, agregó, alegrando el tono—: Tengo que morirme en París y en Viena, «Lucia» y «Violetta».

—¿Y en Londres? —preguntó él.

—Mozart. «Fiordiligi». Y, después, mi primer intento con Haendel.

—¿Brett irá contigo? —preguntó él tomando un sorbo de su bebida.

Ella volvió a mirar hacia la iglesia, la iglesia del Redentor.

—Ella se quedará en China por lo menos durante varios meses —fue toda la respuesta de Flavia.

Él volvió a beber y miró el agua, advirtiendo súbitamente la danza de la luz en su rizada superficie. Tres gorriones se posaron cerca de sus pies, buscando comida. Lentamente, él alargó la mano, tomó un pellizco del brioche que había en una fuente delante de Flavia y los echó a los pájaros. Ansiosamente, éstos se abatieron sobre él despedazándolo y cada uno se fue a comer su parte en lugar más seguro.

—¿Su carrera ante todo? —preguntó él.

Flavia asintió y se encogió de hombros.

—Me parece que se la toma más en serio que... —dejó la frase sin terminar.

—¿Que tú la tuya? —preguntó él con escepticismo.

—Yo diría que, en cierto modo, sí. —Al ver que él iba a protestar, le puso la mano en el brazo y explicó—: Mira, Guido, cualquiera puede ir a escucharme y luego romperse las manos aplaudiendo, sin que por ello tenga que entender de música o de canto. Basta con que le guste el traje, o el argumento, o quizá sólo grita *brava* porque es lo que gritan todos. —Al ver que él no parecía convencido, insistió—: Es la verdad. Puedes creerme. Después de cada función, mi camerino se llena de personas que me dicen cuándo les ha gustado mi actuación aunque aquella noche haya cantado como un perro. —Él observó cómo cruzaba por su cara el reflejo de este recuerdo, y comprendió que decía la verdad.

»Y ahora piensa en lo que hace Brett. Son muy pocas las personas que saben algo de su trabajo: sólo quienes están realmente enterados de lo que hace, y todos son científicos que pueden valorarlo. Supongo que la diferencia entre nosotras es que a ella sólo pueden juzgarla sus pares, personas de su mismo nivel, por lo que el baremo es mucho más alto y el elogio tiene mucho valor. A mí puede aplaudirme cualquier imbécil por puro capricho.

—Pero lo que tú haces es hermoso.

Ella se rió de buena gana.

—Que Brett no te oiga decir eso.

—¿Por qué? ¿Es que a ella no se lo parece?

Sin dejar de reír, ella explicó:

—No lo entiendes, Guido. Brett piensa que lo que ella hace también es hermoso, y que las cosas con las que trabaja son tan hermosas como las arias que yo canto.

Él recordó entonces que en la declaración de Brett había un punto oscuro que él deseaba aclarar. Pero no hubo tiempo: ella estaba en el hospital y, al salir de él, abandonó Venecia inmediatamente después de firmar la declaración oficial.

—Hay algo que no comprendo —empezó, y se echó a reír al darse cuenta de la gran verdad que acababa de decir.

La sonrisa de ella era vacilante, inquisitiva.

—¿Qué?

—Es algo de la declaración de Brett —explicó él. La cara de Flavia se relajó—. Escribió que La Capra le había mostrado un bol, un bol chino. He olvidado a qué milenio se atribuía.

—El tercer milenio antes de Cristo —dijo Flavia.

—¿Te habló de ello?

—Naturalmente.

—Entonces quizá puedas ayudarme. —Ella asintió y él prosiguió—: En su declaración, dijo que lo rompió, que lo dejó caer al suelo deliberadamente.

Flavia asintió.

—Sí, hablamos de ello. Eso me dijo. Así ocurrió.

—Pues es lo que no comprendo —dijo Brunetti.

—¿El qué?

—Si tanto ama esas cosas, si tanto trabaja por salvarlas, entonces el bol a la fuerza tenía que ser falso, ¿se trataba de una de esas imitaciones que La Capra compraba creyéndolas auténticas?

Flavia no dijo nada y volvió la cabeza hacia el molino abandonado que se levantaba a un extremo de la Giudecca.

—¿No? —insistió Brunetti.

Ella se volvió a mirarlo, el sol la iluminaba por la izquierda, recortando su perfil sobre los edificios del otro lado del canal.

—¿No, qué? —preguntó ella.

—Tenía que ser una imitación, o no la hubiera destruido.

Durante mucho rato, él pensó que ella se había abstraído para no contestarle. Los gorriones volvieron y esta vez Flavia desmenuzó el resto del brioche en pequeños fragmentos y se los echó. Los dos contemplaron a los pajaritos que engullían las migas doradas y miraban a Flavia pidiendo más. Luego, al mismo tiempo, levantaron la mirada de los gorriones que piaban y sus ojos se encontraron. Al cabo de un largo momento, ella volvió la cara hacia el muelle por el que vio venir a sus hijos con cucuruchos de helado en la mano.

—¿Qué dices? —preguntó Brunetti, que necesitaba la respuesta.

Sobre el agua resonaban las carcajadas de Vivi.

Flavia se inclinó y otra vez le puso la mano en el brazo:

—Guido —empezó, sonriendo—, eso ya no importa, ¿no te parece?

Notas

[1] Enfermo mental. (N. de la t.)

[2] Sé amable y después sé amable y después sé amable. (N. de la t.)

Autor 

